

CRIMEN & CIA.

**Elmore
Leonard**

**CHANTAJE
MORTAL**



Harry Mitchell está pasando la clásica crisis de la madurez. Desde hace meses tiene una aventura con una chica que podría ser su hija y hasta cree sentirse enamorado de ella. Hasta ahí, todo normal. El problema es que han estado filmándolo en secreto unos chantajistas. Hasta ahora ha sido un empresario respetable. Pero cuanto más acosado se siente, más peligroso puede llegar a ser.



Elmore Leonard

Chantaje mortal

Crimen & Cia. - 19

ePub r1.4

Titivillus 09.08.15

Título original: *52*

Pick-Up

Elmore Leonard, 1974

Traducción: Enrique de Hériz

Diseño de cubierta: Jordi Paris

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



Para J. S.

1

NUNCA SE ACOSTUMBRARÍA a ir al apartamento de la chica. Se sentía tenso al entrar en su coche y tomar la carretera que serpenteaba entre el grupo de casas del vecindario. Incluso en la oscuridad se sentía tenso. Pero, cuando llegaba al garaje y abría con su mando a distancia la puerta de doble hoja, se tranquilizaba.

Tuvo frío en el garaje, de pie entre su coche y el de Cini, rebuscando en la oscuridad entre el montón de llaves que llevaba sujetas por un aro. No le gustaban las llaves y habría deseado que hubiese otra forma de hacerlo. Habría deseado no tener tantas puertas que cerrar.

En la cocina la temperatura era agradable, gracias al calor que la luz proyectaba sobre la cocina metálica. Limpia y brillante, sin restos en el fregadero ni en la encimera. Estaba limpia y en orden, lo cual, por alguna razón, le sorprendió.

El resto del apartamento estaba a oscuras, pese a que la pálida luz del atardecer se reflejaba en la puerta corredera de cristal que cruzaba la sala de estar. A la derecha quedaban la entrada principal y un tramo de escalera que acababa en un recibidor y dos habitaciones. Detrás de la escalera, la puerta del estudio estaba cerrada.

—¿Cini? —llamó.

Normalmente se oía música y, en aquel silencio, el lugar parecía vacío. Pero ella tenía que estar allí, porque su coche estaba en el garaje. Probablemente estaría en la ducha. Siguió escuchando un rato antes de dirigirse al teléfono de la cocina.

El sonido de la fábrica se superponía a la voz de la persona que contestó al teléfono cuando él dijo:

—Soy el señor Mitchell, ¿puedes localizarme a Vic, por favor?

La cubitera no estaba en la encimera. Normalmente estaba preparada, junto a dos vasos. Tal vez en alguna otra ocasión tampoco habían estado, pero solo hoy se había percatado de ello.

—Vic, soy el señor Mitchell. Hoy ya no volveré... No, estoy cansado. El hijo de puta se toma cuatro vodkas con Martini, un *Shish Kebab*, café y tres puros. Volvemos a su oficina y todavía tengo que aguantar toda esa mierda sobre las fechas de entrega.

Esperó durante casi un minuto, apoyado en la encimera, asintiendo a veces con la cabeza, mirando hacia la ventana que había sobre el fregadero, en la que, colgado de la cuerda de la persiana, había un mochuelo de cristal de colores.

—¿Sabes qué te digo, Vic? Llama tú a los clientes y trágate esas comidas; yo me encargaré de la fábrica... Victor... De acuerdo, tienes un problema, pero sabemos con semanas de antelación cuándo hemos de entregar algo, ¿no? Tenemos en cuenta la posibilidad de fallos, roturas o casualidades divinas. Pero cumplimos Victor. Cumplimos con las entregas, pagamos las facturas y nos llevamos siempre nuestro dos por ciento a los diez días. Así ha sido siempre, desde que estoy en este negocio. Si tienes problemas con una máquina, arregla esa hija de puta porque, te diré una cosa, no pienso aguantar una comida de esas cada día y además dirigir la fábrica. ¿Me entiendes?

Escuchó de nuevo, dándole a su jefe de fabricación el mismo tiempo que él se había tomado.

—De acuerdo, hablaremos mañana a primera hora... Sí... De acuerdo, Vic. Oye, si alguien llama preguntando por mí dices que estoy ahí y que ya devolveré la llamada.

Colgó, se concedió el tiempo de encender un cigarrillo y llamó a su casa. Mientras esperaba, iba pensando que podía haber manejado mejor el asunto de Vic, no haber sido tan duro.

—¿Barbara? ¿Qué tal?... No, vuelvo a estar en la fábrica. Por fin. He pasado toda la tarde en el Tech Center... No, mejor que vayas a tu aire, probablemente llegaré tarde. Vic tiene un problema y he de ver si... Lo sé, eso mismo le dije. Pero contratar a alguien no es algo que se haga en dos días. Oye, si me necesitas y en mi

despacho no contestan estoy en el almacén o por ahí. Deja el recado. Te llamaré... Vale, hasta luego.

No había acabado el cigarrillo, pero no lo necesitaba, así que lo apagó al colgar.

Encendió la luz del cuarto de estar. Le gustaban aquellos muebles, los adornos naranjas y blancos, y los cuadros abstractos y aquellas plantas que parecían árboles. Había pagado a un decorador para que lo montara, y era suyo. Con el tiempo había empezado a acostumbrarse a aquel lugar, pese a que conservaba aún la sensación, casi siempre, de encontrarse en la *suite* de algún hotel o en una casa ajena. Al pie de la escalera, alzó la vista y llamó de nuevo a la chica.

—¿Cini?

Esperó.

—¡Eh, señora, estoy en casa!

Le sonaba extraño. Lo estaba diciendo, y se oía a sí mismo, pero le sonaba extraño, como si no fuera él quien lo dijera. Permaneció quieto a la escucha. Pero el sonido que finalmente oyó no procedía del piso superior. Venía del estudio, el débil zumbido de un motor. Miró hacia la puerta cerrada.

Identificó el sonido al abrir la puerta y ver el proyector de películas en marcha, con la bombilla encendida, iluminando un cuadrado blanco al otro lado de la habitación: la pantalla, preparada, a la espera. El sonido y el resplandor de la luz. Nada más, hasta que una figura salió de la oscuridad para ponerse delante de la pantalla: un hombre al que en seguida identificó como negro, a pesar de que cubría su rostro con una media de *nylon* que desdibujaba sus facciones. Al mismo tiempo, supo que el revólver que empuñaba aquel hombre era un Colt Special del treinta y ocho.

Pese a la media que cubría su cara, las palabras del hombre eran claras. Con calma, dijo:

—Siéntate, cabrón. Es la hora del cine familiar.

Después, recordaría haber dicho «¿qué queréis?» y «¿dónde está ella?» y luego haberse dado la vuelta al oír un ruido a su espalda. Después, intentaría concentrarse en lo que vio en aquel momento, antes de que se apagara la luz del cuarto de estar: dos hombres, a los que recordaba como un tipo fornido y otro escuálido con el pelo largo. Aunque no había podido ver sus rostros, ni siquiera sus ropas,

recordaba una impresión, el contraste entre el tipo delgado de hombros huesudos y el otro, musculoso, inclinado sobre el proyector. Eso es todo lo que vio de ellos. El negro le encañonó, empujándole hacia una silla, y Mitchell dijo:

—¿Le importaría decirme qué pasa?

El tipo huesudo, ahora junto al proyector, contestó:

—No se habla durante la proyección.

El negro le sentó en la silla de un empujón y permaneció detrás de él. Mitchell quedó sentado de cara a la pantalla. Se recostó y sintió en su nuca la presión del cañón del revólver. Un momento después, vio la cuenta atrás de los números, a medida que la película iba entrando en el proyector.

—Ya habías visto algo de esto antes —dijo el huesudo—. Quiero que sepas todo lo que sabemos nosotros para que te entre bien en la cabeza, ¿te enteras?

Mitchell se vio a sí mismo a todo color en la pantalla, con su traje de baño verde y el brillo del bronceador en su brazo. Estaba echado en una tumbona, leyendo el «Wall Street Journal». El proyector susurraba en la habitación oscura. Instantes después, se vio a sí mismo apartar el periódico, alzar la vista, mover la cabeza y sonreír pacientemente. Recordaba aquel momento. Recordaba que estuvo a punto de decirle «no, por Dios». Pero no había dicho nada porque solo ellos dos iban a ver la película.

Mientras él se contemplaba en la pantalla, la voz del tipo huesudo dijo:

—Playa de Lucayán. Gran Bahama, del diecisiete al veintiuno de marzo, mientras tu mujer creía que estabas en una convención en Miami. Tramposo. La tía te está filmando. Ahora eres tú quien filma a la tía.

Apareció Cini, resplandeciente entre el oleaje, con aquel bikini de color canela que él recordaba tan bien, y, con la distancia, parecía, por un momento, que estuviera desnuda. Ahora se la veía más cerca, sonriendo, retirando su cabello rubio mojado.

La voz dijo:

—Un cuerpo bonito, pero un poco débil de pulmones, ¿no crees?

Recordó a Cini acercarse a un hombre calvo, hablar con él y darle la cámara.

—Ahora tú y la tía juntos. He aquí al señor. Limpio. Miembro

del Comité de renovación urbana, del Ayuntamiento de Bloomfield Village, de la Fundación para niños necesitados y del Centro guía de Northwest. Si no te importa que lo diga, para un triunfador hombre de negocios que se mueve en toda esa mierda de los actos de sociedad, debes de tener piedras en el cerebro, tío, para dejarte filmar de esa manera. Vamos que, como puedes ver, has hecho el imbécil. Ahora vemos unas tomas de la piscina... y esa panda de mamones tumbados alrededor con sus ropas veraniegas. ¿Caliente, eh? Setenta y cinco pavos al día, unos cientos de pavos por la ropa marchosa... Y ahora llega el colega con un ron para la tía y una Heineken. Hasta cuando vas cargado, bebes cerveza. En eso se te nota la clase, tío. Once años y medio enrollado en Dodge Main. Un par de clavos y una cerveza cada día después del trabajo, ¿no?

Once años y medio, pensaba Mitchell mientras se veía con aquel bañador verde que le iba enorme porque había perdido siete kilos desde que, un mes antes, conoció a Cini. Exactamente, once años y siete meses. Doscientos ochenta a la hora, cuando él lo dejó.

Vio de nuevo la playa, ahora desierta en el temprano amanecer. Su último día. Él se había quedado en la habitación para echar una cabezada y ella había salido a pasear.

—Y, mientras el sol se hunde lentamente por el oeste... abandonamos las bellas Bahamas, islas de intriga y llenas de juega extraoficial, y volvemos a la vida real.

Vio su coche en la calle, circulando: el Grand Prix de color bronce.

—Hemos unido esto con lo anterior —explicó la voz—, para no echar a perder tu valioso tiempo cambiando de película. ¿Lo reconoces, colega? Y ese eres tú. Ahora verás adónde ibas.

Mitchell sabía adónde iba el coche. Recordaba el día y la hora y el motel Caravan.

Ahí estaba.

Un movimiento del *zoom* le captó saliendo del recibidor del motel y dirigiéndose al bloque diecisiete. Era buena la toma de él recorriendo la calle con la vista hasta que abrió la puerta y entraron los dos.

Quince pavos. No era mal sitio. Fue la tercera vez. Se ducharon juntos y luego se bebieron una botella de champaña en la cama — antes, durante y después— con muchos besos y revolcones,

besándose como él no lo había hecho en veinte años. Ella le había dicho:

—Creo que me estoy enamorando de ti. Si no me he enamorado ya.

Pero él no habló de amor en aquella ocasión.

Sobre la imagen de ellos dos saliendo y metiéndose en el coche, la voz del narrador comentó:

—Esta me gusta; la expresión. El señor Casual. Pasamos a... la zona residencial.

Ahora, Mitchell veía su casa en Bloomfield Hills y se veía a sí mismo vestido con su equipo de tenis, corriendo por el camino hacia la calle, por delante del edificio colonial de ladrillos rojizos.

—Manteniéndote en forma —dijo la voz—. Cuando empiezas a tener rollos con tías de veintiuno, tienes que mantenerte en forma. Dos kilómetros de *jogging* cada día antes de ir a... la fábrica. Ahí está. Ranco Manufacturing, cerca del Clemens Mount. Ventas aproximadas el año pasado, casi tres millones de dólares. Cuarenta y pico trabajadores, en dos turnos. Ingresas en Manufacturers Bank, pagas tus facturas a tiempo y tienes una limpiísima balanza de pagos. Eso me gusta. También me gustan los ciento cincuenta de los grandes que te sacas cada año por esa patente que tienes. ¿Qué es, una cerradura de seguridad? No cuesta ni dos mordiscos destrozarla, pero todos los coches tienen que tenerla y, tío, tú eres el dueño del invento.

Mitchell no había visto nunca su fábrica en una película. No estaba mal: el alerón frontal de piedra y ladrillos romanos y el rótulo de aluminio que decía «RANCO».

—Uno de tus camiones saliendo a hacer una entrega. ¿O está haciendo un viajecito al banco? Nos gusta tu estilo, colega, así que vamos a hacer un trato contigo.

La película quedó detenida, mostrando la fábrica, que aparecía ahora un poco desenfocada.

—El trato es el siguiente: podrás comprar esta película por solo ciento cinco de los grandes. No ciento cincuenta, no. No somos avariciosos y sabemos que tienes que pagar impuestos por lo que sacas de esa patente. Así que te dejaremos que los pagues y nos des aproximadamente el resto. Eso es todo. Un cheque por tus derechos de un año. Ni siquiera lo echarás en falta, y tendrás esta curiosa

película solo para ti. Bellas imágenes en color de lo que debe de ser el culo más caro que has tenido en la vida.

Hubo un silencio antes de que Mitchell hablara.

—¿Forma ella parte de esto?

El narrador hizo una pausa:

—Bueno, yo no diría que es pura al cien por cien. Tuvimos una charla, y la gallina no es tonta. Decidió mudarse, figurándose que los juegos y la diversión se habían acabado.

Mitchell permaneció en la silla sin moverse, dándose cuenta de que estaba calmado y controlado, lo cual le sorprendió.

—¿Qué pasa si no pago?

—Sacamos fotografías de ti con la tía, en la playa, en el motel, y las hacemos circular. Una copia, a tu mujer. Otra, a tus clientes de la General Motors. Quizá, a algún periódico. No sé, ya pensaríamos cómo meterte en algún lío. Quizá no sea gran cosa, pero no parece ser la clase de tío al que le gusta que le molesten. Estás en el Comité de «Mantenga bella Michigan», vas a la iglesia cada domingo y todas esas zarandajas.

Mitchell se lo pensó.

—¿Te crees que puedo ir a un banco y sacar ciento cinco mil dólares como si nada?

—No. Puede que te cueste algo de tiempo. Pero queremos diez de los grandes mañana. Como un anticipo. Para demostrarnos que tienes buena voluntad. ¿Te enteras?

—¿Dónde os lo doy, aquí?

—Te llamaré al trabajo y te lo haré saber —La voz hizo una pausa—. ¿Más preguntas?

—Tendré que pensármelo.

—Tienes toda la noche, colega. Recogeremos lo nuestro y te dejaremos solo.

—¿Cuándo me daréis la película?

—Después del último pago. ¿Cuándo creías tú?

Se quedó sentado en la oscura habitación quizá hasta media hora después de que ellos se hubieran ido. Finalmente, fue a la cocina y se sirvió un Jack Daniels con hielo, bebió un trago y pensó algo. Abrió la puerta que daba al garaje y vio que el coche de Cini ya no estaba. Entonces llamó a su abogado.

2

DESDE LA VENTANA de la habitación, Barbara Mitchell observó a su marido durante unos minutos. A veces, en verano, mientras ella permanecía en la cama, le oía hacer sus veinticinco largos en la piscina. Aquella mañana hacía frío y no se oía ruido alguno.

Él estaba directamente debajo de ella, con el abrigo desabrochado y las manos en los bolsillos de los pantalones. Nunca llevaba guantes y solo en los meses más fríos se ponía la gabardina. Ella ignoraba qué estaba mirando o cuánto tiempo llevaba allí. Cuando al fin se movió, fue caminando por el borde de la piscina, mirando hacia abajo, como si estuviera inspeccionando la pálida cubierta de plástico que se curvaba bajo el peso de las hojas muertas y la suciedad de todo un invierno y una primavera. Cuando ella salió, con un abrigo encima de la bata, permanecía aún junto a la piscina.

—¿Pensando en darte un baño?

Una sonrisa se insinuó en su rostro al darse la vuelta.

—Ya falta poco. Hay que limpiarla y tenerla lista para el Memorial Day.

Barbara mantenía sus manos en los bolsillos del abrigo, los hombros encogidos por el frío.

—¿Has dormido?

—Un poquito, en el sofá. Un par de máquinas nos han traído problemas. Después de que las arreglaran, he tenido que esperar a que las volvieran a poner en marcha y comprobar luego las piezas, unas varas cilíndricas. Por algún motivo, su diámetro exterior era

un poco menor del debido y tuvimos que desechar un treinta por ciento de la partida. Eso cuesta dinero.

Sabía que las explicaciones de él no significaban nada, solo hablaba por hablar, por llenar un vacío. Le conocía bien. Tenía la mente ocupada en algo y podía tratarse tanto de varas cilíndricas como de cualquier otra cosa.

—Me voy a cambiar y luego tendré que volver. Tengo que estar allí hasta que todo esto acabe. Parece que he de ir a Pontiac esta tarde.

—¿Ahora te encargas también de las entregas?

—A veces me parece que acabaré haciendo incluso eso.

—¿Qué tal un desayuno antes?

—No estarían mal un par de huevos pasados por agua. Cuatro minutos.

—Ya lo sé.

Ella le esperaba en la habitación. Oyó que dejaba de correr el agua en la ducha. Ahora estaría secándose. En un par de minutos abriría la puerta para que se disipara el vapor y así poder afeitarse, con la toalla atada a la cintura, lisa en la zona del estómago, musculosa, pero un tanto curvada encima de las caderas y hacia la espalda. «No hay manera de acabar con esto —solía decir él—. Podría hacer cientos de flexiones al día y seguiría sin perder estas tiras de carne». «Las tiras del amor», diría Barbara. O tal vez se debía a que llevaba los pantalones siempre tan caídos, sobre la cadera. Una manía que arrastraba desde la juventud. Y él diría que nunca llevaría los pantalones altos, como los viejos. ¿De dónde sacaban aquellos pantalones? La maldita cremallera tenía que medir dos palmos.

Cuando salió con la toalla a la cintura y se dirigió al armario, Barbara dijo:

—Esperaré a que bajes para prepararte los huevos.

—Bueno —contestó él, mientras sacaba unos pantalones del armario. Nunca llevaba camiseta.

Al mirarle, la expresión de Barbara era tranquila, su cabellera oscura bien peinada, su piel clara y limpia, sin maquillaje. Tenía cuarenta y dos años; cuarenta y dos años muy atractivos. Confiaba en sí misma y en su marido, pero estaba preocupada por él y no sabía por qué.

Se quitó el abrigo y luego, controlando el ritmo, esperó a que él se diera la vuelta para quitarse la bata.

—He dormido solo unas dos horas —dijo Mitchell—, tal vez necesite un sofá más grande.

—Generalmente es la mujer quien se excusa.

La miró, observando su figura, las líneas que separaban su cuerpo moreno de los pechos pálidos.

—¿Qué?

—Es la mujer quien dice que tiene jaqueca cuando el hombre se acerca a ella.

—No me estoy excusando. No solo estoy cansado, sino que he de volver al trabajo.

—Te he visto otras veces en que los pies no te aguantaban, pero siempre podías mover otras partes del cuerpo.

—Barbara..., ¿discute la gente sobre hacer el amor?

—No sé lo que hacen los demás.

—¿No te parece que es mejor cuando sucede de forma espontánea, cuando los dos queremos hacerlo?

—Cuando vuelvas a sentirte espontáneo, házmelo saber —dijo ella, y se puso de nuevo la bata mientras bajaba las escaleras.

Más tarde, ella estaba sentada junto a la mesa con su «Detroit Free Press», junto a su taza de café ya vacía. Él entró en la cocina con una camisa limpia, pero con la misma chaqueta que llevaba antes, la que había sido su favorita al menos durante ocho años. Cogió la sección de deportes del periódico y empezó a hojearla mientras ella le servía los huevos, pastel inglés y café. Cuando lo hubo hecho, Barbara volvió a sentarse.

—Anoche llamó Sally.

—¿Ah, sí? ¿Qué pasa?

—Nada. Solo quería hablar.

—¿Todavía le gusta Cleveland? ¿Y el vendedor de baterías?

—Está contenta, eso se nota. Pero nos echa de menos.

—¿Se ha quedado embarazada ya?

Sus ojos recorrían la página de deportes mientras empezaba a comer, saltándose un reportaje sobre los entrenamientos de primavera de los Tigers que ya había leído el día anterior.

—No, no está embarazada. Van a esperar un tiempo.

Barbara hizo una pausa, mirándole.

—¿Has visto el correo?

Él levantó la mirada, interesado por un instante, o aparentando estarlo.

—No. ¿Algo bueno?

—Una carta de Mike.

—¿Otra? No, no la he visto.

—Está en el recibidor.

Esperó de nuevo mientras él volvía su atención al desayuno, comiendo despacio, apartando el plato sin haberse acabado los huevos.

—¿No te parece extraño? Ha escrito un promedio de una carta cada dos semanas desde que está en el colegio.

—Cada vez que necesita dinero.

—Creo que escribe bien. Te cuenta lo que pasa. ¿Cuántos saben hacerlo?

—No sé. Supongo que no muchos.

Mitchell miró el reloj grande de la pared de la cocina.

—Tengo que irme —dijo, pero se tomó el tiempo necesario para acabarse el café antes de levantarse. Volvió a mirar el reloj y luego se inclinó para besar a su mujer en la mejilla.

—¿Mitch?

—¿Qué?

—Si tanto te fastidia, ¿por qué no vendes el negocio? ¿Vale la pena estar siempre tenso?

—No estoy tenso.

—Llámallo como quieras. Estás preocupado, algo te ocurre, últimamente no hablas. Solo piensas en tus negocios o en tus cosas del comité. Estás tan ocupado que ya ni siquiera vienes a cenar a casa.

—Vamos, tal vez un par de noches por semana me quedo en la oficina o tengo alguna cita o algo.

—Mitch, es casi cada noche, salvo los fines de semana.

—De acuerdo, últimamente he estado ocupado. ¿Qué quieres que le haga? Tengo máquinas que se rompen sin ningún motivo, vamos atrasados en los pedidos. Tengo que mantener contentos a los clientes, llevármelos a comer por ahí. Y están a punto de llegar las negociaciones del convenio. He de aguantar todas esas pelotas en el aire al mismo tiempo.

—Pobre de mí.

—¿Por qué dices eso?

Ella ladeó la cabeza.

—Perdona, ha sido una tontería. Supongo que lo que pretendo decir es que últimamente estás diferente. No sé, no sabría decir exactamente en qué.

—Mira, tengo que irme —dijo, y después volvió a besarla, esta vez en la boca, suavemente, y le palmeó la espalda—. Intentaré volver pronto y nos iremos a cenar fuera, ¿vale? Iremos al

Charlie's

Crab, a tomarnos un buen pescado.

Cuando él estaba ya fuera del camino frontal, saliendo a la calle, Barbara alcanzó la puerta y la abrió. Allí se quedó, con la carta de su hijo en la mano.

3

O'BOYLE SE QUEDÓ MIRÁNDOLE. Jim

O'Boyle

, su abogado y amigo, sentado al otro lado de la mesa, en la oficina revestida de madera.

—No sabía que tuvieras ligues —dijo

O'Boyle

—. Realmente me sorprendes, Mitch, no te imaginaba así.

—No tengo ligues —Mitchell se inclinó hacia adelante, enfatizando lo que estaba diciendo, mostrándose abierto y honesto

—. Nunca en mi vida los he tenido.

—Entonces... ¿cómo le llamas a eso?

—Quiero decir hasta ahora. Nunca había hecho algo parecido antes.

O'Boyle se quedó mirándole y Mitchell añadió, elevando el tono de voz:

—Nunca consideré que eso fuera ligar. Quiero decir que no sabía, honestamente, lo que estaba haciendo.

—¿Entonces cómo lo considerabas? ¿Cuántos años tiene la chica, uno más que tu hija?

—No lo consideraba de ninguna manera. No le puse ninguna etiqueta.

No estaba muy seguro de qué decir a continuación, pero le salvó el sonido del teléfono. Lo cogió:

—¿Sí?... De acuerdo, dile que iré dentro de un par de minutos.

Después de colgar, dijo:

—Victor me necesita.

Sacó de un cajón de su mesa una cinta grabada y la sostuvo con ambas manos, como si se tratase de un objeto frágil o de valor especial.

—Anoche, después de hablar contigo por teléfono, volví aquí cuando aún lo tenía todo fresco en la cabeza. Jim, lo grabé todo en esta cinta, todo lo que pude recordar de cuanto había ocurrido. Lo que dijo el tipo, cómo sonaba, lo que se veía en la película, todo aquello que recordaba y me parecía que podía tener algún significado.

—Pero no los habías visto nunca, de eso estás seguro.

—Jim, no lo sé. Apenas los vi anoche, solo medio segundo... ¿cómo puedo saberlo? Ahí tienes el aparato. Escúchalo, Jim, yo volveré tan pronto como pueda.

Mientras andaba alrededor de la mesa, añadió:

—Tengo a un jefe de fabricación rompiéndose la cabeza porque las jodidas máquinas no paran de estropearse o los cojinetes se hielan. Estamos más tiempo parados que produciendo, y ahora vienen esos payasos a venderme una película por ciento cinco mil dólares. ¿Habías visto alguna vez algo parecido?

—Ve y arregla tus máquinas —dijo
O'Boyle

Y Mitchell contestó:

—Sí.

En la oficina exterior, Janet, que era muy eficiente y siempre lo controlaba todo, le dirigió una mirada extraña, rápida, como si quisiera advertirle de algo.

El hombre que se hallaba junto a la mesa preguntó:

—¿Es usted Mitchell?

«Es un policía», pensó Mitchell. Esa fue la primera impresión que tuvo al verle. Pero también había en él algo familiar. Le había visto antes en algún sitio.

Janet dijo:

—He intentado explicarle a este caballero que usted no puede ver a nadie. Pero entró y dijo que esperaba.

—Lo siento —dijo Mitchell—, pero tengo un día muy ocupado.
—Y pasó caminando por el lado del hombre, dirigiéndose a la

entrada.

—Me llamo Ed Jazik, soy el agente local ciento noventa y nueve del sindicato.

Iba un paso detrás de Mitchell, extendiéndole su tarjeta mientras le seguía por el pasillo, más allá del panel de cristal que daba paso a las secciones de contabilidad e ingeniería.

De modo que se trataba de eso. Mitchell le había visto en el garaje la semana anterior, hablando con algunos de sus empleados. Se sintió más relajado, cogió la tarjeta y la metió en el bolsillo sin mirarla siquiera.

—No nos hemos visto antes, ¿verdad?

—No. He sido designado para negociar el convenio de este año.

—Bueno, eso no será hasta dentro de un par de semanas.

—Pensé que podríamos hablar un poco antes, para saber qué terreno pisamos.

—Para eso ya están las negociaciones —dijo Mitchell.

—Solo quiero que sepa que no me voy a tragar ninguna de esas mierdas que suelen ofrecer. Si no llegamos a un acuerdo rápido, se encontrará con una retirada por mi parte.

Llegaron al final del pasillo, junto a una puerta de seguridad en la que había un cartel que decía: «No pasar, solo personal autorizado».

Mitchell se paró y se quedó mirando al hombre.

—Pensaba que todo el mundo estaba contento.

—Desde su punto de vista —dijo Jazik—, en su despacho revestido de madera, sí. Pero da la casualidad de que usted no se pasa todo el día trabajando con una jodida máquina.

Mitchell estaba cansado y no quería perder la calma. Dijo:

—¿Por qué me presiona? No tiene usted ningún motivo de queja. Esperemos un poco, ¿de acuerdo? Cuando llegue el momento de negociar, hablaremos de todo lo que usted quiera.

—Puede que no todos estén dispuestos a esperar —contestó Jazik—. Quieren que sepa que las condiciones de trabajo han de mejorar mucho.

—Oiga —dijo Mitchell—: si nos ponemos a discutir ahora, soy capaz de olvidarme de quién es usted y darle una patada en el culo. Así que, de momento, ¿por qué no permanecer como amigos?

Empujó la pesada puerta y se coló el sonido de alta vibración de

la fábrica. Entró y dejó que la puerta se cerrara en las narices del agente.

O'Boyle dijo:

—Creía que habías dejado de fumar.

Mitchell se inclinó sobre su mesa para encender el cigarrillo con el fuego que le ofrecía su abogado.

—He vuelto a empezar. ¿Has escuchado la cinta?

—Dos veces.

—¿Y...?

—Creo que te están haciendo chantaje.

—¿Cuánto te debo por eso?

—Mitch, estás metido en un problema muy serio.

—Enormemente serio... En el fondo, ¿qué es realmente serio?

—Explícame cómo conociste a la chica y cómo empezaste a verte con ella. Cuéntamelo todo.

—La conocí en un bar...

—Espera un momento, que quiero grabarlo —dijo

O'Boyle

, al tiempo que acercaba la grabadora a Mitchell y la ponía en marcha—. Sigue.

—La conocí en un bar, hará unos tres meses.

—¿En qué bar?

—No recuerdo cómo se llamaba. Era uno de esos topless que hay en Woodward.

—¿Qué andabas buscando, un poco de acción?

—Jim, ¿de verdad tengo que decírtelo? Había salido con Ross. Me lo llevo a comer fuera una vez por semana. Y siempre procuro que no caiga en viernes, porque es cuando él empieza el fin de semana con su Martini. Pero era viernes. Pago la cuenta, estamos saliendo y solo son las dos. Pienso «gracias a Dios, lo conseguí», y él dice «no me apetece volver a casa. Paremos en algún sitio y tomemos un tentempié».

—Y parasteis en un topless.

—Fuimos a cuatro. Era una tarde agradable de sol, e hicimos el recorrido completo de topless. En el último, ella estaba sentada en la barra. Ross la ve, le da una palmada en el culo creyendo que es una de las camareras, e intenta enrollarse.

—¿En qué estado te encontrabas tú?

—No estaba mal. Solo había tomado una cerveza.

—Así que te sentaste con ella...

—Ross lo hizo, yo me senté al lado de él. Empieza con esa mierda de siempre sobre su yate de trece metros y su casa en Canadá. En seguida pasa a decir que es el presidente de las caravanas Wright-Way y que si le gustaría irse con él hacia el norte un fin de semana. Ya sabes, esas pistas de esquí en las que tiene algunos intereses. Y ella le dice: «Uf, ir hacia el norte en una caravana». Ross contesta: «No, una auténtica casa sobre ruedas, con su bar, con diseño exclusivo y equipada, incluso con chófer». Y ella contesta, con mucha inocencia: «Eh, no sé, colega. No sé si sería capaz de adaptarme, ¿una casa sobre ruedas, con diseño exclusivo!». Ya sabes, burlándose un poquito de él. Ross sigue: «Tengo unas pistas de esquí allí arriba, cerca de Gaylord. Soy el dueño». Ella contesta: «Eso suena bien. ¿Sobre qué esquíais en esta época del año, sobre hierba?».

O'Boyle, que había mantenido la mirada fija en la grabadora, la alzó de repente:

—Ella usó la palabra «colega». Así es como te llamó un par de veces el tipo de ayer, ¿no es cierto?

Mitchell hizo una pausa, asintiendo:

—Tienes razón.

—Sigue. Espera un momento —dijo entonces

O'Boyle

—. Si ella no trabajaba allí, y doy por hecho que no es una buscona, ¿qué hacía en aquel bar?

—Una amiga suya trabajaba allí. Ella solía pasar a recogerla para llevarla a casa.

—¿Dónde trabajaba Cini?

—Ya llegaré a eso —dijo Mitchell—. No empecé a hablar con ella hasta que su amiga se unió a nosotros. De hecho, fui un momento al lavabo y, cuando volví, la amiga ya había llegado y Ross le estaba pegando el rollo. Así que me senté junto a Cini.

—¿Recuerdas cómo se llamaba la amiga?

—Lo he olvidado. Donna. No, Doreen o algo parecido. Negra, la negra más guapa que he visto jamás. Por eso Ross se dedicó a ella en seguida. Era realmente muy guapa. —Mitchell hizo una pausa.

—Sigue —dijo O'Boyle.

—No recuerdo cómo empezamos a hablar Cini y yo, quiero decir, de qué iba la conversación. Pero era agradable. Conmigo no ponía los ojos de inocentona que ponía con Ross. Simplemente empezamos a hablar, creo que sobre la forma de relacionarse de la gente, ¿sabes? Sobre cómo la gente se conoce un día y entonces empieza a citarse y a veces acaba casándose. Me dijo que se había casado a los dieciocho y se había divorciado dos años después. Entonces estaba haciendo un curso de secretariado en Wayne, en el turno de noche, y de día trabajaba como modelo.

—¿Qué clase de modelo? ¿Publicidad, moda?

—Déjame llegar a eso. Empezamos a hablar y, Jim, seré todo lo cabrón que quieras, pero la invité a cenar.

O'Boyle le miró sin decir nada.

—Quiero decir que empezamos a hablar y me gustó. Era espontánea. No decía tonterías, no se hacía la niña mona.

—Espontánea.

—Era muy honesta y sincera, profundamente. De vez en cuando soltaba algún taco, como «mierda», pero era espontáneo. Era fácil hablar con ella y empezamos a reírnos cada uno de lo que el otro decía.

—Entonces te la llevaste a cenar.

—Sí. Oye, intenta pensar en algún lugar adonde ir sin tropezarte con nadie conocido. Es casi imposible.

—Nunca me he enfrentado a ese problema —dijo

O'Boyle

—Bueno, mejor para ti. Acabamos en algún lugar de la ciudad. Yo me pasé todo el rato mirando, esperando que entrara alguien. Estás en un sitio del que no has oído hablar en tu vida y de repente empiezas a imaginarte a todos tus amigos y vecinos entrando.

—Sentimiento de culpabilidad.

—¿Acaso te pago para eso, eh?

—¿Te la tiraste esa noche?

—Jim, estábamos pasando un rato agradable, nada más. Ni siquiera pensé en ello.

—Bueno, ¿cuándo empezaste a pensar en ello?

—Supongo que cuando la vi desnuda.

—Es normal.

—¿Te he dicho que era modelo? Bueno, la primera vez que nos citamos, ella trabajaba en un sitio de esos donde uno entra y puede fotografiar a chicas desnudas; quince pavos media hora.

O'Boyle se quedó mirando sin decir nada.

—Por treinta pavos puedes pintarlas.

—¿Cuánto por un simple polvo al viejo estilo?

—Ella no lo hacía. Tal vez alguna de las otras sí...

—Solo se quitaba la ropa para cualquier tipo que entrara.

—Jim, ella no veía nada malo en eso. Decía que un cuerpo es un cuerpo, cada uno tiene el suyo, ¿qué importancia tiene? Ya te he dicho que era... espontánea, honesta.

—Toda una señora.

—Era diferente, Jim. No soy muy bueno describiendo a la gente, pero te digo que la chica me gustó. De hecho, si quieres saber la verdad, me enamoré de ella. ¿Te cuesta oírme decir eso? Me enamoré. Me sentí como si volviera a tener veinte años. Lo pasamos bien juntos, nos caímos bien el uno al otro y ni siquiera hicimos nada. Quiero decir, nada excitante. No nos fuimos por ahí a drogamos. Yo iba a su apartamento y pasábamos casi todo el tiempo hablando. Un poco de vino, algo de música y conversación. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Estás menopáusico y creías que te habías enamorado.

—Lo estaba. Por Dios, conozco esa sensación. Cuando no estaba con ella no hacía más que recordarla. Sentía dolor dentro de mí.

—¿Dónde, en la entrepierna?

—En el vientre, Jim. Te estoy diciendo que es un sentimiento absolutamente honesto, que no tiene nada que ver con el sexo. Nos acostamos juntos, claro, por supuesto. Pero eso no era lo más importante. Nos gustaba estar juntos. Solíamos sentarnos y preguntarnos cosas como «¿cuál es tu color favorito?», o «¿cuál es tu película preferida?».

—*Encuentro fugaz.*

—No te sigo.

—¿Y Barbara?

—¿Qué pasa con ella?

—Quiero decir que, si estabas tan enamorado, ¿por qué no dejaste a Barbara y te casaste con la chica?

—Hombre, Jim.

—Va en serio. Dices que piensas en ella continuamente, que estás enamorado, ¿por qué no te divorciaste para casarte con ella?

—Jim; anoche, cuando fui a su apartamento, ¿sabes para qué era? Para decirle que no iba a volver más.

—¿Por qué?

—Intenta engañar a tu mujer durante tres meses. Tanto si engañas a una como a la otra, nunca te sentirás bien.

—Culpabilidad.

—Eso ya lo has dicho antes —Mitchell guardó silencio durante un momento, pensativo—. Sin embargo, te diré algo curioso. Llevo veintidós años casado y de repente me enamoro de una chiquilla simpática y muy guapa. Pero... ¿quieres saber una cosa, Jim? Barbara es mejor en la cama.

O'Boyle estaba todavía en su despacho cuando llamaron. Mitchell reconoció la voz. Indicando con un gesto el teléfono supletorio, dijo:

—Sí, le conozco.

O'Boyle se acercó al otro teléfono y lo cogió cuidadosamente.

—¿Ya se lo ha pensado? —preguntó la voz.

—Todavía no he tomado ninguna decisión —dijo Mitchell—. Ciento cinco mil dólares dan mucho que pensar, ¿no le parece?

—Para usted no, colega. Un poco de calderilla.

—Entonces, todo lo que tengo es calderilla. Trabajo mucho para ganármelo. Y me pregunto por qué habría de dárselo a cualquier gilipollas que me venga con bromas de mal gusto.

Hubo un momento de silencio y O'Boyle

gesticuló, cerrando los ojos. Finalmente, la voz dijo:

—Esto no es ninguna broma. Si no accede, se va a encontrar metido en la mierda hasta el cuello, tío, se lo digo de verdad.

—Pero es una decisión mía —dijo Mitchell—. Si quiero que me llegue al cuello o no es mi problema, ¿no?

De nuevo hubo un momento de silencio.

—Haga lo que le dé la gana —dijo la voz.

—De acuerdo, entonces denme un par de días más para pensármelo —Mitchell miró a su abogado—. Seguro que han estado mucho tiempo preparando esto. Qué más da un par de días. No pueden pasarme la pelota así de repente, necesito más tiempo para

reflexionar.

—Le damos tiempo hasta mañana. Primer pago: diez de los grandes, para demostrar su buena voluntad.

—¿Adónde los envío?

—Le llamaré mañana y se lo haré saber.

—¿A qué hora?

Pero la voz ya se había esfumado.

Mitchell colgó.

—¿Y ahora qué?

—¿Estás seguro —preguntó

O'Boyle

—de que no habías oído nunca esa voz?

—Nunca antes de anoche.

—¿Podría tratarse de alguien que hubiera trabajado aquí?

—No lo sé, supongo que sí. El tipo sabe más de mí que mi contable. Bueno, ¿qué hacemos?

—De momento —dijo

O'Boyle

—, supongo que tendremos que recurrir a la policía.

—Estás de broma.

—¿Quieres darles los cien mil dólares?

—Lo que quiero es darles con una tubería en la cabeza.

—Déjame trabajarlo —dijo

O'Boyle

—. Hablaré con un tipo que conozco en la oficina del fiscal y me enteraré de cómo funcionan estas cosas.

—No es lo mismo que firmar un contrato, ¿eh?

—Tengo que admitir que ha llovido mucho desde que trabajé por última vez como criminalista.

—Supongamos —dijo Mitchell— que les doy el dinero y nos olvidamos de esto.

—Sabes de sobras que no funcionaría. Si pagas, nunca podrás olvidarte de nada. Tendrás que seguir pagando eternamente.

—Pero si no pago... todo el mundo se entera.

Mitchell imaginó a su esposa, en el jardín, con su abrigo. Siempre estaba guapa. Sobre todo bajo la fría luz de la mañana.

—Esperemos, a ver qué pasa.

—Supongo que tendría que decírselo a Barbara.

O'Boyle, que sacaba cincuenta dólares a la hora por sus consejos, reflexionó un momento.

—Mitchell, yo de ti no diría nada que no quisiera decir. Al menos, no todavía. Estos tipos podrían volar cualquier día y desaparecer por cualquier razón. A lo mejor se asustan o cambian de idea. Toda esta historia podría desvanecerse como si no hubiera ocurrido nunca.

—Las nubes se abren y aparece el cielo azul.

—Mitch, nadie ha tenido nunca ningún problema por mantener la boca cerrada.

Eso era todo el consejo que podía recibir por un día. Algo de ánimo, pero no demasiado. Tal vez él podría hacer algo por sí mismo. No iba a quedarse sentado solo pensando.

4

TIEMPO ATRÁS, había sido una tienda de artículos deportivos. Mitchell se acordaba porque una vez había robado un guante de béisbol cuando estaba en séptimo curso y su padre trabajaba en la fábrica de la Ford Highland Park. Estaba en Woodward, a unos cinco kilómetros del centro de la ciudad, en un bloque de viejos y sucios locales. Los antiguos escaparates de la tienda estaban ahora pintados de negro y, en letras blancas de un metro y medio de altura, podía leerse: «Modelos desnudas».

Las chicas estaban sentadas alrededor de una sala decorada con sofás de aluminio, llenos de almohadones verdes y amarillos. No eran feas, pero tampoco especialmente guapas. Eran chicas de unos veinte años, que igual podrían haber sido camareras que dependientas de una tintorería. En las paredes había una serie de retratos de mujeres desnudas, pero ninguno correspondía a las que estaban esperando en la sala. El cliente llegaba, se dirigía a una mesa vieja, le pagaba quince pavos al tipo de la silla giratoria, y cinco más por el alquiler de una Polaroid, si la quería, o si había alguna disponible, o si había película; entonces, elegía a una de las chicas y se encaminaba por el salón hacia uno de los cubículos de ocho por diez. O estudios, como los llamaban ellas.

La primera vez que Mitchell fue, alquiló una cámara y escogió a Cini sin dudarlo, aunque no dio muestras de conocerla. Recordaba que se había sentido muy incómodo al entrar allí y pagar los quince dólares. Cini sonrió, pero no dijo su nombre hasta que llegaron a la habitación y empezó a quitarse el suéter y los téjanos. No llevaba

nada debajo. Era la primera vez que la veía desnuda. Ella sonrió de nuevo y le preguntó si pensaba realmente hacerle fotos. Mitchell dijo que le parecía que eso era lo que se esperaba de él. Ella comentó que la mayoría de los tipos se quedaban sentados, simplemente mirándole las tetas y el vientre. A veces le pedían que se tumbara y se abriese de piernas, pero muy pocos alquilaban una cámara o llevaban la suya. Mitchell le preguntó si los tipos nunca intentaban nada. Ella dijo que sí, que a veces; pero la mayoría eran horribles, se ponían nerviosos y solo podían mirar. Un cartel en la pared advertía:

ESTÁ PERMITIDO MIRAR Y SACAR FOTOGRAFÍAS,
PERO NO TOCAR.

Mitchell preguntó si era cierto, si realmente ninguna de las chicas lo permitía. Cini contestó que era probable, pero que no lo sabía, nunca lo comentaba con ellas. Era una manera fácil de sacar ciento cincuenta a la semana, por media jornada, y sin tener que preocuparse por la posibilidad de que la arrestaran. Era más de lo que necesitaba para pagarse los estudios y poder vivir. Decía que estaba contenta de haber podido abandonar las drogas y de no tener que trabajar cada día. Aquel día, ella empezó en seguida a coquetear, adoptando poses exageradas. Él sacó media docena de fotografías, que salieron nítidas y claras gracias a la brillante iluminación de la habitación, pero luego no se las llevó. Aquella noche fueron al motel Caravan por primera vez. Tres semanas después, él alquilaba el apartamento y ella abandonaba su empleo de modelo.

Ahora, la segunda vez que Mitchell entraba en aquel local, se sintió también incómodo al entrar y ver cómo las tres chicas y el tipo de detrás de la mesa le miraban. Sabía que le estaban juzgando; un tipo de mediana edad, caliente, que tiene que pagar para ver a una chica desnuda; un viejo verde tratando de aparentar naturalidad.

El tipo de detrás de la mesa era pesado, aunque de apariencia fofa, con las patillas esculpidas y el pelo lacio, peinado hacia un lado con la intención de disimular su calvicie; un tipo de unos treinta años, con unos quince kilos de más, embutidos en una

apretada camisa deportiva. Olía a loción para después del afeitado. Se quedó mirando a Mitchell, sin moverse, mientras este se acercaba a la mesa.

—Había una chica que se llamaba Cini, Cynthia, que trabajaba aquí. ¿Está todavía? —dijo Mitchell.

El gordo, que se llamaba Leo Frank y era el dueño del negocio, siguió mirando a Mitchell durante unos instantes, antes de contestar:

—Tenemos una Peggy, una Terry, una Mary Lou, pero ninguna Cini.

—Bastante guapa, de metro sesenta y cinco, aproximadamente —dijo Mitchell—. Estudiaba algo.

—Todas estudian —contestó Leo Frank—. Estas son probablemente las chicas más educadas que ha visto usted en su vida. Escoja la que quiera.

—La que busco se llama Cynthia Fisher —dijo Mitchell.

El gordo desvió la mirada con gesto pensativo. Finalmente dijo:

—Sí, estuvo una temporada trabajando aquí. Pero lo dejó hace tiempo. Hace por lo menos dos meses.

—¿Y no la ha vuelto a ver desde entonces?

—Siento no poder ayudarle. Tal como vienen, se van —Leo Frank señaló con la cabeza hacia las tres chicas, bajando la voz—. Esa de ahí es Terry, la que está en medio, si le interesa ver algo realmente bueno.

Mitchell echó un vistazo a las chicas, pero no quería quedárselas mirando.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja aquí?

—No más de una semana. Ella y Mary Lou acaban de empezar.

—¿Y la otra? —preguntó Mitchell.

—¿Peggy? Bueno, Peggy lleva más o menos un par de meses.

—Me quedo con ella.

—Está bien —dijo Leo Frank—. Con Peggy podría tener algún extra, ya sabe a qué me refiero.

Mitchell pagó los quince dólares y caminó hacia la chica, sin mirar a las otras dos. Las tres le estaban mirando.

—¿Peggy?

Se levantó sin darse ninguna prisa. Mitchell esperó. Ella empezó a andar delante de él hacia el pasillo. Mitchell la siguió, consciente

de su edad y de que las otras dos chicas le miraban.

Leo Frank dio la vuelta a su silla giratoria, dando la espalda a las dos chicas. Cogió el teléfono y marcó un número. Cuando contestaron, dijo:

—Está aquí... ¿Quién coño quieres que sea? El tipo. Está aquí.

La chica miró directamente a Mitchell mientras se desabrochaba la blusa y se la quitaba. Durante un momento se quedó de pie, desnuda hasta la cintura, antes de decir:

—No serás policía, ¿verdad?

—Pensaba que esto era legal —contestó Mitchell.

—Lo es —dijo la chica—. Solo que tenía mis dudas.

—¿Acaso tengo pinta de poli? —Mitchell pensaba que probablemente sí la tenía. Treinta años en el cuerpo. Brigada del vicio.

—Nunca se sabe —dijo ella, bajando la cremallera de sus pantalones y quitándoselos. Llevaba bragas—. Algunos, los de vicio y los de narcóticos, llevan el pelo largo, bigote, y a veces hasta barba. Tendría que haber una ley que les obligara a llevar uniforme en todo momento.

—No soy de la poli —dijo Mitchell—. Simplemente, me gusta mirar señoras desnudas.

—¿Es eso todo lo que haces, solo mirar?

—Eso es lo que dice el cartel.

—¿Te interesaría algo más? —Metió los pulgares en las bragas, como un *cowboy*, en una pose destinada a realzar sus caderas—. ¿Sí o no? No voy a decirlo exactamente, porque eso sería prostitución, pero supongo que te haces una idea.

—Y las demás chicas que trabajan aquí, ¿son todas... putas?

—Hostia, tú no eres de la pasma, tú debes de ser periodista. «¿Cómo te metiste en esto?, ¿cuánto ganas?, ¿sabe tu madre que te dedicas a esto?». Con la pasma, sabes de qué va. Con un periodista es peor; tienen la mente sucia, quieren oírte decir guarradas que luego ni siquiera pueden publicar. No, lo siento. No pienso contestar ninguna pregunta sobre nada.

—Ni soy policía —dijo Mitchell— ni soy periodista. Solo quiero preguntarte si conoces a una persona. Una chica que trabajaba aquí. Se llama Cini, Cynthia. ¿La conoces? Es una cuestión personal. Quisiera ponerme en contacto con ella, pero ya no sé dónde vive. Se

ha mudado.

La chica seguía dudando.

—¿Sabes dónde vivía antes?

—En un apartamento por Palmer Park. En Merrill.

—Se fue de allí hace unos meses.

—Eso ya lo sabía —dijo Mitchell.

—Estudiaba algo —dijo la chica—. Creo que en Wayne.

—Lo ha dejado —dijo Mitchell—. Llamé y me dijeron que hacía una semana que no iba a clase.

—Bueno, parece saber más de ella que yo —dijo la chica—. Yo apenas la conocí. Ni siquiera sabía que había dejado la escuela.

Mitchell permaneció callado, pensativo, antes de decir:

—Bueno, gracias de todas formas. —Y se encaminó hacia la puerta.

La chica, sorprendida, dijo:

—¡Eh! ¿No quieres verme la cosa?

Leo Frank esperó a que Mitchell hubiera salido para dar la espalda a las chicas por segunda vez y coger de nuevo el teléfono. Cuando contestaron, dijo:

—Se acaba de ir... No, preguntaba por Cini... ¿Y qué crees que le dije, por Dios?... Sí, se ha metido en un estudio, pero la tía no tenía ni puta idea... Vale, hasta luego... Ya dirás algo.

Alan Raimy colgó el teléfono y salió del estrecho y desordenado despacho que tenía en el vestíbulo del Imperial Art Theater. «No apto para menores. Continua de 10 a 22 horas». Volvió a revisar con la mirada el local, contando: uno, dos, seis, nueve, tal vez un par más en la parte oscura, en alguna de las filas de butacas prácticamente vacías. Oyó el proyector que enviaba a la pantalla imágenes confusas, desenfocadas, en blanco y negro. La escena de la sauna. El tipo está ahí sentado. La tía entra. «Oh —dice— ¿no es esto el lavabo de señoras?». El tipo se levanta. Los ojos de ella se dilatan y baja la mirada, en primer plano para que se note su reacción. Vaya mierda. Los veintipico tíos que habían pagado cinco dólares por barba verían la escena de la mesa de masajes, unos cuatro minutos después, y luego la historia del grupo en la sauna. La misma mierda de siempre. Un poco más lento de lo normal y lo suficientemente desenfocado como para que resultara molesto. Alan Raimy decidió que si la película no funcionaba bien en un par de

días la vendería y compraría *Juerga en la granja*, que según decían estaba arrasando en Chicago y en Los Ángeles.

Alan Raimy no era el dueño del cine; era el gerente. El dueño vivía en Deerfield Beach, en Florida, y permanecía allí de noviembre a mayo. De modo que era Alan quien registraba los ingresos de taquilla y se las ingeniaba para obtener el justo beneficio de ese trabajo extra. Si hoy han venido cien, solo se registra la entrada de la mitad de ellos. Era fácil pegársela a un mamón que pasaba en Deerfield Beach siete meses al año. Lo bueno era que Alan podía ver el estreno de todas las películas. Le encantaba el cine. Algún día, él mismo haría una película; una buena película pomo, pero bien hecha, con estilo; no solo una historia verde, una película realmente fuerte.

Cruzó el vestíbulo en dirección a la calle y echó a andar hacia el sur por la avenida Woodward, con las manos en los bolsillos, los hombros encogidos por aquel maldito frío. Los rizos de su cabellera oscura se amontonaban sobre el cuello de su chaqueta: un tipo joven que camina sin rumbo fijo, sin prisa, mirando los escaparates y los coches que pasan... hasta que apareció Mitchell.

Cuando el semáforo se puso verde, Mitchell se dirigió hacia Woodward. Había cruzado ya cuando Alan, detrás de él, llegó a la esquina. El semáforo de peatones se puso rojo. Alan se lo quedó mirando pero cruzó igualmente. Cuando se hallaba en medio de la calzada, de seis carriles de circulación, el semáforo dio paso a los coches, pero él siguió andando. Un claxon sonó a su derecha. Alan no miró hasta que oyó gritar al conductor:

—¡Idiota! ¿Quieres que te maten?

Tres filas de coches habían quedado detenidas, en espera de que él acabara de pasar. Miró al tipo que había gritado, que ahora se asomaba a la ventanilla.

Alan le dijo, tranquilamente:

—¡Eh, colega, júdete!

Y siguió andando, seguro de que el tipo no saldría del coche, con todo aquel tráfico detrás de él. Pasó entre los coches y llegó a la acera a tiempo para ver que Mitchell entraba en el Kit Kat Bar.

Ahí era donde la había conocido y había hablado con ella por primera vez, después de que Ross se diera cuenta de que no tenía nada que hacer con Cini y se dedicara a su amiga Donna. No,

Doreen.

Había tres hombres en la barra y una media docena, incluyendo a dos mujeres, en las mesas cercanas al escenario oval, sobre el cual una chica huesuda de pechos pequeños se movía al son de un rock lento, cerrando los ojos para demostrar que realmente sentía lo que estaba haciendo; o que estaba dormida y lo hacía de memoria. Mitchell vio a otra chica, vestida con una blusa y pantalones de lentejuelas, que estaba de pie al otro extremo de la barra con una lata en la mano.

Pidió una Bud al camarero. Cuando este volvió para servírsela y cobrarle el dólar veinticinco, Mitchell preguntó:

—¿Trabaja aquí todavía Doreen?

—¿Qué Doreen? —dijo el camarero. Había empezado a trabajar en el bar en 1932 y parecía haber conocido a todas las Doreen del mundo.

—Una chica negra —dijo Mitchell—. ¿Tenéis más de una?

—Un momento.

Se fue hacia el otro extremo de la barra, donde estaba la chica de la blusa y los pantalones de lentejuelas. Ella lo miró mientras volvía el camarero.

—Doreen no trabaja hoy —le dijo—. Es su día libre.

Mitchell asintió. Miró el reloj. Eran las cuatro menos veinte. Bebió un trago de cerveza y se quedó encantado de lo bien que sabía y de la facilidad con que pasaba. Pensó que tal vez debería tomarse otra antes de volver a casa. Echó un vistazo a la chica huesuda de los pechos pequeños, que seguía bailando, todavía con los ojos cerrados. Al cabo de un rato volvió a su cerveza, se la acabó y se fue.

Alan Raimy, en el extremo de la barra que quedaba junto a la puerta, llamó al camarero.

—¿Quieres otra Fresca? —preguntó este.

Alan negó con la cabeza.

—Eddie, ese tipo que acaba de irse, ¿qué quería, buscaba algo?

—No sé qué buscaba. Preguntó si Doreen trabajaba hoy.

Alan sonrió:

—No jodas, así que le gustan las negras. Nunca se sabe, ¿eh?

El camarero no contestó y Alan dijo:

—¿Has visto a Bobby? ¿Ha venido?

—No —contestó, recogiendo la lata de Fresca—. No le he visto en todo el día.

El autocar turístico de la Gray Line estaba llegando al pie de la avenida Woodward, cuando Bobby Shy empezó a caminar por el pasillo con su traje claro y sus gafas de sol, pasando junto a las treinta y seis cabezas que había contado desde su asiento en la parte trasera. Se trataba, en la mayoría de los casos, de parejas: hombres de fuera que habían venido con sus mujeres a alguna convención; de mediana edad o ya mayores, casi todos llevaban gafas e insignias con sus datos personales.

—Esa bella estructura a la izquierda es el edificio del Ayuntamiento —iba diciendo el conductor a través del micrófono que llevaba enganchado en la solapa—. Y esa estatua de enfrente es la mundialmente famosa *Spirit of Detroit*. Ese hombre sentado allí está a unos cinco metros de altura y pesa unos siete mil kilos. Ahí delante está el río Detroit.

Al girar el autocar hacia la izquierda, las cabezas se movieron y las miradas se desviaron para contemplar el río y la línea gris del horizonte.

—Al otro lado, la bella ciudad de Windsor, Ontario —siguió el conductor—. Se puede pasar a Canadá por el puente o por un túnel. Antes había un transbordador, pero creo que dejó de funcionar hace tiempo. Lo curioso es que, desde este lugar en concreto, Canadá queda al sur de los Estados Unidos.

Ya en la parte delantera del autocar, Bobby Shy alzó la cabeza para mirar hacia afuera. Encogiéndose de nuevo, metió la mano en la chaqueta de su traje gris, extrajo un Colt Special del treinta y ocho y apoyó suavemente el cañón en la oreja del conductor.

—Dame ese micro, tío —dijo Bobby Shy.

El conductor volvió la cabeza, alzó la mirada y el autocar invadió bruscamente el carril contrario. Sonó el claxon del coche que les seguía. Bobby Shy miró a los rostros atónitos de los pasajeros y de nuevo al conductor. Luego dijo:

—Tranqui, tío. Todo saldrá bien. Gira a la izquierda después del semáforo. Después, la tercera a la derecha y luego la primera a la derecha. ¿Te enteras? ¿Sí o no?

Arrancó el micrófono de la solapa del traje del conductor y se volvió de nuevo hacia los pasajeros, hacia la fila de gafas de sol e

insignias con nombres. Dijo:

—Señoras y señores, ya ven lo que es esto. Estoy seguro de que todos ustedes desean tanto como yo que todo vaya bien. Porque si no es así, si algún hijo de puta quiere hacerse el valiente, le vuelo la cabeza —Hizo una pausa y señaló al otro extremo del autocar—. Mientras continuamos este viaje por la dinámica Ciudad de los Coches, mi ayudante pasará por el pasillo para recoger sus contribuciones.

Doreen llevaba gafas de sol y una peluca rubia, adornada con un divertido rizo donde el pelo se apoyaba en sus hombros delgados. Se levantó de su asiento y empezó a recorrer el pasillo con una bolsa de plástico doblada por la parte superior para que se mantuviera abierta.

Cuando el autocar llegó a la esquina, Bobby Shy siguió hablando:

—Siéntanse libres para darle a mi ayudante sus monederos, carteras, relojes y joyas. O sea, no se repriman, porque estamos robando el autocar, amigos, nos llevamos todo lo que tengan.

Doreen ofrecía la bolsa a uno y otro lado del pasillo, sin olvidar a nadie, diciendo:

—Gracias, amor..., gracias, Dios la bendiga, señora..., me encantan esos pendientes. ¿Son diamantes auténticos?... Señor, nos llevaremos también su reloj, si no le importa. Gracias, cariño. Dios le bendiga.

Cuando el autocar giró hacia el norte y tomó una calle ancha del área del gueto negro de la ciudad, Bobby Shy dijo:

—A la izquierda, un poco más arriba, junto a la casa de empeño y el centro de apuestas, está el mundialmente famoso Barbacoa K. O, del que tanto habrán oído ustedes hablar. Ahí podrán beber hasta emborracharse. Encontrarán todo lo que les guste, en lata —Hizo una pausa, mirando hacia el pasillo—. Señor, meta su cartera en la bolsa, si es tan amable. Muchas gracias.

Volvió a alzar la cabeza para mirar por la ventanilla.

—Y ustedes, caballeros, ¿ven ese bar que hay en la esquina? Es una casa de putas. Un establecimiento limpio y agradable. ¿Ven esa zona inundada? Restos de la riada que tuvimos hace algunos años. Me voy a comprar una buena cadena de alta fidelidad, un cepillo de dientes eléctrico..., una televisión en color para mi mamá —Y,

dirigiéndose al conductor, añadió—: Después de la esquina, a la derecha. Hasta el final de la calle.

Doreen había llegado ya a la parte frontal del autocar, acabada su tarea.

—¿Qué tal?

—Parece que está bien —contestó ella—. Algunas chorradas y talones nominativos, pero no tiene mala pinta.

Al llegar al final de la calle, el autocar paró frente a una valla pintada a rayas blancas y negras.

Bobby Shy sonrió a la fila de rostros tensos y pálidos que le miraban, y dijo:

—Detroit es una gran ciudad, enorme y entretenida. Diviértanse; y gracias.

El conductor y los turistas vieron cómo Bobby Shy y Doreen se largaban por el terraplén de la autopista de Chrysler, cruzaban entre el tráfico, corrían junto al seto de separación, esperaban a que pasasen los coches y después acababan de cruzar, hasta llegar al terraplén del lado contrario. Un coche les esperaba en la estación de servicio. Pudieron verlo alejarse, porque circulaba por una zona que había sido arrasada para su reconstrucción, pero luego alcanzó una fila triple de viejos bloques de pisos y se perdió de vista.

El John esperó en el recibidor. No se movió hasta que Doreen hubo encendido la luz. Entonces entró, algo bebido, echando un vistazo al apartamento y ladeando la cabeza.

—No está mal este sitio —dijo El John—. Muy sexy. Te lo debes de montar bien.

Cuando miró de nuevo a Doreen, la peluca estaba apoyada en un candelabro en el centro de la mesita de café y ella estaba junto al tocadiscos, poniéndolo en marcha. Su peinado era natural, ligeramente ahuecado.

—¿Quieres una copa o algo antes? —preguntó Doreen.

—¿Tienes... chocolate?

—Creo que sí, voy a mirarlo. Siéntate y quítate el abrigo, si quieres. —Mientras ella hablaba, llegó, suave, la voz de Aretha Franklin.

El John vio que cogía un libro de la estantería, lo abrió y sacaba un sobre blanco de los grandes. Se acomodó en el sofá.

—Ah, no me has dicho cómo te llamas.

—Te lo he dicho, pero te has olvidado, Doreen.

—Tampoco me has dicho cuánto.

—Quítate los zapatos, cariño. Luego hablaremos de negocios.

Encendió un porro, se lo pasó y miró cómo lo fumaba. Mientras lo hacía, los ojos del hombre se abrieron, atentos a algo, y tosió, sacando el humo.

—Tío, se supone que te lo tienes que tragar. —Le siguió la mirada para ver qué había visto.

Bobby Shy estaba en la puerta, en calzoncillos, con un cigarrillo apagado entre los labios.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las once menos cuarto —contestó Doreen, mirando su reloj—. Pensaba que estabas durmiendo.

Se acercó a la mesita de café y cogió el encendedor. El John no se movió. Se quedó mirando a Bobby Shy, su vientre delgado, los hombros caídos y las venas marcadas como cuerdas en los brazos. Encendiendo el cigarrillo, Bobby Shy dijo:

—¿Cuánto vas a tardar?

—Toda la noche, si él está dispuesto.

—Tengo que salir un rato —dijo, dirigiéndose al extremo de la habitación—. Ven un momento.

El John vio que Doreen se levantaba y seguía al negro hasta la puerta. Cuando este le miró, El John desvió la vista rápidamente y la fijó en un grabado de unos galeones españoles en una puesta de sol de tonos anaranjados.

—¿Te suena de algo? —le preguntó Bobby Shy a Doreen.

—Le estás buscando tres pies al gato —contestó esta—. Lleva un mes ahorrando su dinero y su polla para esta ocasión.

—Bueno, hasta luego —dijo Bobby.

Se metió en la habitación contigua y, al cerrar la puerta, oyó que Doreen decía:

—Solo es un amigo. A él no le importa.

Bobby Shy llegó al Kit Kat Bar hacia las once y media. Le gustó el espectáculo y se sentía muy bien en aquel momento, con veinte dólares de coca pura rondándole la cabeza. Había bastante gente para ser una noche entre semana: tuvo que dar un par de vueltas para localizar a Alan y Leo, sentados en una mesa hacia el fondo del local.

Alan le miró. Leo estaba nervioso y le preguntó directamente:

—¿Dónde has estado todo el día?

—Haciendo turismo —dijo Bobby Shy. Se sentó, echó un vistazo a la gallina blanca y flaca, que seguía en el escenario oval, y se la quedó mirando un rato: una nueva, no demasiado mala; tal vez tendría que mirarla mejor.

—Hemos estado intentando localizarte —dijo Leo.

Bobby Shy asintió:

—Me han dado el recado. Aquí estoy, ¿no?

—¿Quieres beber algo? —Leo se había tomado seis vodkas con soda en las últimas horas; Alan, una Fresca.

Alan se quedó mirando a Bobby Shy.

—¿Cómo te va?

—Estoy bien. Alucino.

—Ya lo veo. Llegando a los cinco mil metros.

—Llegando no, tío; manteniéndome ahí arriba.

—Será mejor que aterrices —dijo entonces Alan—. El tipo ha estado moviéndose. Anda buscando a Cini.

—¿Y qué esperabais?

—Se está echando atrás —dijo Leo—. Quiere escaquearse.

—¿Y qué queréis que haga, atropellarle?

—Hablé con él por teléfono —explicó Alan con calma—. Quiere más tiempo. Está intentando encontrar una salida.

—Yo haría lo mismo —comentó Bobby Shy—. Buscaría salidas como un loco.

Alan era paciente. Le gustaba la idea de no levantar nunca la voz.

—Es algo más que eso —dijo—. Hemos de vigilarle más de cerca. Todavía no está asustado. Está nervioso, pero no asustado. No se queda en casa sentado, mordiéndose las uñas; pide más tiempo, y luego sale a buscar a Cini. A lo mejor todavía no se lo cree. A lo mejor piensa que es una broma. ¿Entiendes? Quiero decir que me parece que tenemos que cavar el agujero un poco más hondo y meter al tipo dentro para que vea que no hay salida posible. ¿Me sigues?

—Quieres cavar un agujero —dijo Bobby Shy. Miró de nuevo a la bailarina.

—Por si acaso —dijo Alan—. Solo por si acaso —Y sonrió—. Te

voy a decir una cosa, tío, una forma de hacerlo que es acojonante, increíble. De verdad, te lo cuento y no te lo crees, por cojones.

Lentamente, Bobby Shy apartó su mirada de la bailarina.

—Bueno, cuéntamelo. A ver si me gusta.

Alan estaba de nuevo al mando.

—Hay tiempo —dijo—. Primero veamos si paga el anticipo.

5

BARBARA DIJO:

—¿Quieres una copa?

—Bueno.

Le miró como si fuera a decir algo. Mitchell esperó y lo dejó pasar. Ella sacó del armario una botella de Jack Daniels y dos vasos anchos y los puso sobre la repisa que separaba la cocina del comedor. Mitchell se quedó al otro lado de la cocina, apoyado en la repisa. Vio a Barbara echar en los vasos los cubitos que acababa de sacar de la nevera. Se olía a algo que se cocinaba en el horno: estofado; con patatas y zanahorias.

—Creía que íbamos a cenar fuera.

—He pensado que en realidad no te apetecería —Barbara vertió dos dedos de *whisky* en cada vaso y añadió un chorro de agua del grifo—. Esta mañana parecías muy cansado —dijo Barbara, alzando la vista con expresión muy tranquila.

—Debo de estarlo un poco. Estos últimos días no he dormido mucho.

—Esta noche tendrías que acostarte pronto.

—Eso pretendo. A no ser que me llame Victor, o cualquier otro.

—¿Todavía no han arreglado... lo que sea, eso que no funciona?

—Aún hay algún problema con las máquinas. Y encima tengo a un borde del sindicato dándome la paliza para demostrarme lo duro que es —Vio que ella le miraba y añadió—: No me estoy excusando, son hechos.

—Yo no he dicho nada.

—Ya lo sé.

Hubo un momento de silencio mientras tomaban un trago. Mitchell encendió un cigarrillo y se lo pasó a Barbara. Luego se encendió otro para él.

—Esta mañana no has leído la carta de Mike —dijo su esposa—, y ahora no sé dónde la he metido.

—Es verdad, me había olvidado. ¿Algo nuevo que deba saber?

—Sigue sin explicar cómo le van las clases. Habla sobre todo de fiestas. Está reparando su motocicleta en el apartamento y no le queda sitio ni para sentarse. Tiene otra receta de arroz con setas que nos quiere enseñar cuando venga.

—¿Todavía no sabe si va a ser cocinero o mecánico?

—Ha llamado Marión. Cenamos en su casa el sábado.

—Bien. ¿Quién más va?

—No se lo he preguntado. Seguro que conoceremos a todo el mundo.

—Sí, claro, como siempre.

—El triturador vuelve a ir mal. A ratos funciona y a ratos se atasca.

—¿Por qué no llamas a alguien para que te lo arregle?

—Dijiste que lo harías tú.

—Es verdad, lo dije.

—Hace un mes —dijo Barbara—. La primera vez que se atascó, o lo que sea.

—Sí, siempre me olvido —Mitchell miró hacia el fregadero—. Este fin de semana lo abriré, a ver de qué se trata.

—No estaría mal.

—Probablemente las cuchillas se han salido de sitio. —Miró a Barbara, que bebía otro trago y posaba de nuevo el vaso en la repisa.

—He tenido una historia con una chica —dijo.

Barbara mantuvo la vista fija en el vaso, todavía en su mano. Él sabía que estaba esperando que siguiese, pero no sabía qué decir.

—La conocí hará unos tres meses. —Volvió a hacer una pausa, mientras ella tomaba otro trago, aún sin levantar la vista.

—Sigue.

—No sé cómo explicarlo.

—Inténtalo —dijo Barbara. Entonces le miró directamente.

Parecía tranquila—. ¿La conozco?

—No. La conocí en un bar. Hemos estado viéndonos dos o tres veces por semana.

—¿Te acuestas con ella tan a menudo?

—No se trata de eso.

—Entonces, ¿para qué os veis?

—Estoy intentando decirte que empezamos a vernos... y no era solo una cuestión de sexo.

—¿Es buena en la cama?

—¿Por qué lo preguntas?

—¿Qué pasa? ¿Acaso ofende tu sentido de la moral?

—La conocí y nos gustamos mutuamente. Así de simple. No sé por qué. Yo no andaba buscando nada.

—¿Qué edad tiene?

—Veintidós.

—Uno más que Sally.

—Ya lo sé. Pero no parece tan joven.

—Sally está casada.

—Ella también lo estuvo. Se divorció.

—¿Cómo se llama?

—Cini.

—¡Qué mono!

—Cynthia. En verdad se llama Cynthia.

—Es joven —dijo Barbara—. Es distinta. La conociste en un bar, pero en realidad es muy buena chica. Está enamorada de ti y está dispuesta a casarse de nuevo. ¿Qué más?

—No va por ahí. —Intentando aparentar tranquilidad, alzó lentamente el vaso para terminarse la bebida.

Barbara esperó, mirándole:

—Si no va por ahí, ¿entonces por qué me lo cuentas? Si has tenido una historia a escondidas, ¿por qué coño vienes ahora a contármela?

—¿Quieres otro? —Volvía a llenar su vaso.

—A mí tampoco me iría mal —contestó ella.

El vaso le era útil, porque podía tocarlo, darle vueltas y mirarlo mientras pensaba. No podía quedarse mirando el papel pintado de las paredes o los armarios durante mucho rato. Solo podía mirar a Mitchell de vez en cuando. No quería presionarle con su mirada y

hacer que se sintiera incómodo. El muy hijo de puta. Tomó la palabra otra vez:

—De acuerdo. Dos personas supuestamente inteligentes que han vivido juntas durante veintidós años están manteniendo una pequeña conversación. Si no piensas casarte con la chica... ¿puedo asumir eso?

—Sí. No pretendo casarme con ella.

—¿Entonces para qué me lo explicas? ¿No podrías tener un poco de sentido común y guardártelo para ti? ¿O es que te estás haciendo el macho?

—No sé. Me tenía preocupado —Miró a su mujer y se obligó a sostenerle la mirada—. Barbara, yo no sirvo para estas cosas. No me puedo acostumbrar a fingir de este modo. Me siento como si fuera otro.

—Te tenía preocupado —contestó Barbara—. Pobrecito.

—¿Quieres escucharme, o no?

—No lo sé. Tal vez no quiera.

—De acuerdo. Será mejor olvidarlo.

—¡Olvidarlo!

—Quiero decir que será mejor que lo hablemos otro día. Tal vez no debería haber sacado el tema.

—Lo tuyo es demasiado. Tal vez no deberías haber sacado el tema.

—Mira, no es tan fácil de explicar.

—Supongo que no, cuando puede destrozar un matrimonio perfecto que ha durado veintidós años —Hizo una pausa—. ¿O no era tan perfecto? Por Dios, de repente no estoy segura de conocerte. Y mucho menos a ella. ¿Es guapa, o inteligente, o qué? ¿Tiene los pechos grandes?

—Barbara, ella no es lo que tú te imaginas. Tiene una pinta de lo más normal.

—Bueno, pues dime dónde está su gran atractivo. ¿Domina un montón de trucos de cama?

Mitchell negó con la cabeza.

—Nos llevábamos bien, eso es todo. Reíamos mucho y nos lo pasábamos bien.

—También nosotros nos llevamos bien —dijo Barbara—. Y reímos. Al menos, solíamos hacerlo.

—Lo sé. No tiene ningún sentido. Es simplemente algo que sentía.

Barbara frunció el ceño:

—Un momento. ¿Por qué hablas en pasado? ¿Es que no la vas a ver más?

—No lo sé. En este momento, ni siquiera sé dónde está.

—O sea, que te ha dejado, pero tú sigues interesado en ella.

—Es un poco más complicado que eso.

—¿Y pues...?

—Si te contara toda la historia..., no sé, supongo que me lo he montado mal. Parecería que viniese a ti en busca de compasión.

—Chico, para que tuviera compasión de ti, tendría que ser una historia terriblemente triste.

—Bueno, no es algo que ocurra todos los días.

—Pero no me lo vas a contar.

—Todavía no.

—Así que solo sé que has tenido un ligue.

Mitchell no hizo caso y bebió un trago. Ella dijo:

—Nunca pensé que nos pudiera pasar esto. Ni siquiera me lo había imaginado. Jamás.

—Yo tampoco —dijo Mitchell—. Pensándolo bien..., se hubiese acabado y tú no te habrías enterado.

—Sí que había notado algo —dijo Barbara—. Al menos desde hace un mes. Pero, por Dios, ojalá no me lo hubieras dicho.

Aquella mañana, de diez a doce, Barbara jugó su partida de dobles, con su grupo habitual de los miércoles, en el Squire Lake Racquet Club. Cuando llegó a casa eran las doce y veinticinco. No salió del coche. Se quedó sentada en el Mercedes y encendió un cigarrillo. Estaba sola. Oía el zumbido del motor y, débilmente, la voz de Roberta Flack en la radio. El coche era cálido y razonablemente cómodo. Llevaba una bufanda y una chaqueta por encima de su conjunto blanco de tenis. No se había puesto pantalones largos; todavía tenía las piernas morenas de las dos semanas que habían pasado en México en febrero. Podía entrar en casa, ponerse unos pantalones e ir a casa de Marión a comer y a charlar con las chicas, riendo, como si nada hubiera pasado. O podía volver hacia atrás, tomar la autopista y dirigirse hacia el norte, o el sur, o cualquier otra dirección, qué más daba, y no parar:

sentir la velocidad del coche —comprobar qué velocidad podía alcanzar— y ver cómo los árboles y las indicaciones de la carretera iban quedando atrás y... ¿qué más?

O podía acercarse a la Ranco Manufacturing, entrar en la oficina de Mitch y darle en las pelotas al gran amante. Al cabrón. Al desgraciado hijo de puta. Veintidós años. Y había tenido que ir a contárselo a ella.

Se preguntó si habría tenido antes otra amante. No, ella se hubiera enterado de alguna manera. O él, agobiado por su conciencia, se lo hubiera contado. No creía que le hubiese mentido nunca. Pepe Inocentón, el buen chico.

Pero, por Dios, estaba loco. Enamorarse de una calientabraguetas, de una niñita mona sin dos dedos de frente que probablemente no llevaba bragas, decía cosas como «enrollado» y «legal» y fumaba chocolate.

Se imaginaba a Mitchell probándolo, sosteniendo delicadamente el retorcido cigarrillo en su mano de camionero, intentado evitar que el humo se le escapara por la nariz. El muy imbécil. La droga es para los imbéciles. Lo había dicho Bob Hope en una película. Recordaba la frase, pero no sabía por qué. Ni siquiera recordaba el nombre de la película, solo que la habían visto juntos antes de casarse. Cuando Mitch trabajaba en Dodge Main y estudiaba ingeniería por la noche; ella estaba entonces preparando su doctorado en literatura inglesa, aunque luego no llegó a obtenerlo. Cada sábado o domingo salían a ver algún espectáculo o algo de deporte, los Tigers o los Lions, según la temporada.

Veintidós años gastados, desaparecidos. Fotografías olvidadas en un cajón. Recordó el día en que, sentados los dos en el suelo —hacía un año, justo después de casarse Sally—, habían estado repasando el montón de retratos que un día iban a ordenar y clasificar en álbumes, cronológicamente, con fechas: una memoria fotográfica de la familia. Sally y Mike de pequeños en la playa, Sally y Mike junto al coche. Barbara, más joven, con una melena lisa y falda larga. Junto al coche. Mitch, más gordo, con el pelo al rape. Junto al coche. ¿Por qué se retrataban siempre junto al coche? Mitchell decía que iba muy bien porque era una buena manera de poder identificar luego el año. Los coches cambian y las personas también. Escenas que ahora veían y no podían asociar a ningún

suceso concreto. Había algunas fotos de una fiesta celebrada al menos dieciocho o veinte años antes. Qué jóvenes parecían todos. Buenos amigos de entonces que, en muchos casos, seguían siéndolo. Todos riendo. Todos los fines de semana. Cada uno llevaba algo, una caja de cervezas o una botella de Imperial. No tenían dinero, pero hablaban y se reían y apenas tenían preocupaciones.

Recordó también que una vez le había preguntado a Mitchell, tal vez hacía un mes:

—¿Por qué ya no nos divertimos?

Él había contestado:

—Sí que nos divertimos. Vamos a Florida y a México, hemos estado en Europa, jugamos al tenis, salimos a cenar fuera todas las semanas, vamos a ver espectáculos...

Y recordó que había insistido:

—No has contestado a mi pregunta.

Aquel otro día, cuando repasaban las fotografías, ella le había preguntado:

—¿No tienes muchísimas ganas de que Sally tenga un hijo?

—No sé, pero cuando llegue ese día estaré casado con una abuela, ¿no? —había respondido él divertido, pero insinuando algo al mismo tiempo.

Subir y echar su ropa por la ventana. Sus camisas almidonadas y sus pantalones de montar y su abrigo negro y el conjunto azul que usaba cada mañana para salir a correr. Que venga y se encuentre todas sus cosas amontonadas en el césped de la entrada y tenga que cargarlas en su maravilloso Grand Prix color bronce.

«Espabílate —se dijo a sí misma— y vete a comer».

Barbara salió del coche y llegó a la entrada caminando por el césped. Estaba a punto de abrir cuando se dio cuenta de que la puerta estaba ligeramente abierta. El cierre de cobre estaba ajustado al marco, pero no del todo cerrado. Aquella mañana, ella había salido por la puerta de atrás, la que daba al garaje. ¿Había abierto la puerta frontal? Sí, para coger el periódico. Y luego la había cerrado de golpe. Probablemente no la había cerrado con llave —habían perdido una copia y, generalmente, solo cerraban con llave antes de acostarse—. Pero estaba segura de que no se la había dejado abierta.

Al llegar al recibidor, se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla.

Entonces, al quedarse quieta, escuchando, supo que había alguien en la casa. No fue porque oyera ningún ruido; lo percibían sus sentidos. Había alguien.

Alan Raimy estaba sentado en una silla grande, junto al hogar, con las piernas cruzadas y un maletín a sus pies, en el suelo.

Vio entrar a Barbara en el cuarto de estar: piernas bonitas y morenas en pantalón corto. Una tía guapa y bien conservada. Bonitas caderas: se movía bien.

Dijo:

—Le diré lo que voy a hacer, Flaca.

Barbara se dio la vuelta bruscamente y lo vio a unos tres metros de distancia, sentado en la cómoda silla: un joven huesudo y pálido, con el pelo largo y un traje azul de oficinista, sentado en la silla de Mitchell. Se fijó en las botas y en el maletín.

—Le voy a ofrecer un servicio de contabilidad mensual personalizada —dijo Alan—. Me encargaré de sus facturas y de sus gastos por el módico porcentaje del tres y medio por ciento. Si no queda satisfecha, le devolvemos el dinero.

—¿Quién es usted?

—De hecho, ese es nuestro lema. «Silver Lining Accounting Service»: si no cumplimos, devolvemos.

—¿Cómo ha entrado aquí?

—Andando, Flaca. He llamado y no ha contestado nadie. La puerta estaba abierta, así que entré.

Barbara mantuvo la voz fría y tranquila:

—Pues haga el favor de levantarse y salir de aquí.

—Por ejemplo —continuó Alan—, imagino que tendrá usted un pago amortizable de ochocientos o novecientos dólares. Tiene todas las tarjetas de crédito habidas y por haber y con ellas gasta cuatrocientos dólares de más cada mes en gastos corrientes —Barbara se lo quedó mirando y Alan se encogió de hombros—. De acuerdo, digamos que cuatrocientos es una cifra aproximada.

—Por última vez, le pido...

Alan levantó una mano:

—Otros doscientos en restaurantes. Firmar es más fácil, ¿verdad?

—O llamaré a la policía.

—¿Para qué?

—¿Para qué? Entra en mi casa, se niega a salir y...

—Yo no me he negado a salir. No me ha dado usted ocasión.

—Está bien, se la estoy dando ahora. Váyase.

Alan se dispuso lentamente a recoger el maletín y levantarse.

—Cuatro mil doscientas veces tres y medio son aproximadamente redondeando... cuatro por cinco son veinte, tres por cuatro son doce... cerca de unos ciento cuarenta pavos al mes a cambio de no tener que repasar sus cuentas nunca más. ¿Qué le parece?

—¿Cómo se llama la compañía?

—*Silver Lining Accounting*, ya se lo he dicho.

—¿Cuál es el teléfono de la oficina?

Alan empezó a retirarse:

—No se preocupe, ya volveré. No molestar nunca al cliente, no crearle problemas.

—Deme el número —dijo Barbara—. O una tarjeta.

Alan se golpeó los bolsillos.

—Se me han acabado las tarjetas —Miró a Barbara sonriendo—. No se preocupe, Flaca, estaremos en contacto. —Atravesó el recibidor y salió por la puerta principal.

Barbara se acercó a la puerta y la abrió a medias para verle cruzar el césped de la entrada. Al llegar al pavimento, Alan se quedó parado. Unos instantes después llegó un Thunderbird blanco y se paró. El joven huesudo y pálido se metió en el coche con su maletín y desapareció.

Barbara volvió al cuarto de estar. Miró alrededor desde la entrada arqueada. Todo parecía estar en su sitio. Subió corriendo al piso de arriba, fue directamente al armario y sacó la caja donde guardaba sus joyas. No faltaba nada. Miró alrededor. No parecía que hubieran revuelto la habitación.

Sabía que tenía que llamar a la policía. Pero tendría que esperar a que vinieran y contestar una serie de preguntas a las que, en verdad, ¿qué respuesta concreta podía dar? Realmente, aquello no parecía digno de preocupación, en comparación con todo lo que últimamente le estaba ocurriendo. El *hijoputa*. Empezó a cambiarse, quitándose el equipo de tenis. Tendría algo de qué hablar en la comida y no tendría que quedarse allí sentada, pensando.

—Veo que llega el coche —dijo Leo Frank— y pienso, por Dios,

¿qué estará haciendo?

—Estaba arriba —dijo Alan—. Nunca han de pillarte arriba. Si te pillan allí, no se creen ni una palabra. Pero ella se quedó en el coche, creo que fumándose un cigarrillo. Así que, cuando llegó, yo estaba sentado en el cuarto de estar con mi traje gris.

Leo conducía despacio, controlando la velocidad, y el Thunderbird siguió por la carretera de Long Lake hacia el este, cruzando la zona ajardinada de casas grandes que se alineaban lejos de la calle. Estaba ansioso por llegar a Woodward y girar hacia el sur, hacia el nebuloso horizonte de la ciudad.

—Me salí con lo de la agencia de contabilidad —explicó Alan—. Si no queda satisfecha, le devolvemos su dinero.

—Agencia de charlatanería —dijo Leo—. Mira que eres canalla.

—La tía no está mal —comentó Alan—. No me importaría hacerle un favor.

—Me sorprende que no le hayas hecho ninguna proposición.

—¿Quién dice que no lo he hecho? —Alan se sentó con el maletín en su regazo, apoyando las palmas sobre la superficie de piel, marcando el ritmo con sus dedos flacos, despacio, casi en silencio.

—Bueno —dijo Leo—, ¿vas a decirme lo que había allí dentro, o no?

—No te lo creerías.

—Dímelo, a ver si me lo creo o no.

Alan abrió los cierres del maletín.

—¿Estás preparado? ¡Ta-chaaaan!

—Venga, por Dios.

Lo abrió del todo.

—Tengo un abrigo.

—Ya. —Leo echó un vistazo. El abrigo estaba doblado cuidadosamente en el maletín y parecía llenarlo por completo.

—Y tengo una camisa. Debajo.

—Ya.

—Tengo una corbata. Por si acaso.

—¿Una corbata bonita?

—De esas no tiene. Y tengo... ¿Estás preparado para esto? El premio de la suerte más cojonudo de la vida. —Alan sacó del maletín el abrigo, todavía doblado, y Leo miró de nuevo.

—¡Por Dios!

—Un auténtico Smith & Wesson del treinta y ocho de los cojones, tío. ¿Cómo se te ha quedado el cuerpo? La pipa, el papelito correspondiente y una cajita llena de balas del treinta y ocho.

—Por Dios —repitió Leo—, si lo llegas a buscar no lo encuentras ni en un millón de años.

—Limpieza —dijo Alan, cerrando el maletín—. Siempre funciona.

6

MITCHELL ESPERÓ.

La mano de Ross estaba ahora bajo la falda corta de la camarera, apoyada en su muslo. Estaban en la mesa de Ross, la de la esquina, donde él creía que nadie veía lo que hacía.

—¿Todavía me quieres?

La chica sonrió, aguantando con ambas manos la libreta en la que apuntaba los pedidos.

—Por supuesto.

—¿Entonces cuándo diablos vamos a consumarlo?

—¿Tomáis lo de siempre?

—¿Por qué no este fin de semana? —dijo Ross—. Nos iremos al norte. Si te portas bien, te llevaré a esquiar el invierno que viene.

La chica apuntó algo en la libreta.

—Tendré que pedirle permiso a mi madre.

—¿Tu madre esquía?

—Un Martini con Vodka y una Bud —dijo la chica, y desapareció entre el decorado del Motor City Mediterranean, entre el comedor lleno de ejecutivos que pedían los platos propios de los ejecutivos, con mesas y lámparas marrones y manteles marrones a cuadros.

—Irene tiene veinte años —dijo Ross— pero tiene la mentalidad de una niña de quince. Perdona, ¿qué estabas diciendo? Algo del problema de la fábrica.

—No —contestó Mitchell pacientemente—. Ya te he dicho que eso lo arreglaríamos.

—Cierto. ¿Te he dicho ya que estamos preparando algunas mejoras en las pistas de esquí? Pero de las buenas —siguió Ross—. Vamos a volar alguna de las colinas para alargar las pistas, y pondremos algún telesilla nuevo. Tú no esquías, ¿verdad?

—No, nunca lo he intentado. —Mitchell quería decir algo, pero esperó demasiado y Ross ya se volvió a disparar.

—Estoy buscando un dinamitero para ese trabajo. Tengo que ir hasta Colorado a ver a un tipo que sabe lo que se hace.

—Quería preguntarte una cosa —dijo Mitchell.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de aquel día que fuimos a todos los topless, hará unos tres meses?

—Vagamente.

—Conocimos a una chica en el último, sentada en la barra.

—¿Sí?

—Tú ibas detrás de la tía negra que trabajaba allí. Doreen. Muy guapa.

Ross asintió, mientras encendía un cigarrillo.

—Es verdad. Ojos grandes. Una nariz pequeña, muy mona.

—La otra chica, aquella con la que estuviste hablando primero... —dijo Mitchell, y luego se calló un momento—... nos hemos estado viendo durante los últimos tres meses.

Ross lo miró, sin sonreír, conteniéndose, pero con una expresión relajada, cómoda, una mirada de contenida satisfacción, al tiempo que se incorporaba en la silla.

—¡Serás cabrón! Así que, en el fondo, eres normal. Un americanito sano y con sangre en las venas —Se apoyó en la mesa—. ¿Cómo está ella?

—Ross, Barbara lo sabe.

—¡Atiza! ¿Cómo se enteró?

Mitchell alzó la mirada al ver que la camarera se acercaba con las bebidas.

Ross se dirigió a ella, muy seriamente:

—¿Sabes una cosa, Irene? Me estás volviendo absolutamente loco. ¿Cuándo te fugas conmigo?

—¿Qué te parece el lunes? —dijo la camarera—. Es mi día libre. Ross asintió.

—El lunes, a las cinco. Te recogeré aquí mismo.

La camarera desapareció y Ross dedicó nuevamente su atención a Mitchell, con preocupación.

—¿Cómo coño llegó a enterarse?

—Se lo dije yo.

—¿Se lo dijiste tú? ¡Joder! ¿Por qué?

—Es una historia muy larga. Solo quería preguntarte, a ti que tienes tantos ligues...

—Mitch, yo no tengo ligues. Yo me enamoro. Como todo el mundo.

—De acuerdo. Entonces, tanta experiencia. Lo que te quería preguntar es si Pat no se dio cuenta nunca cuando todavía estabais casados.

Ross reflexionó, mientras bebía un trago.

—Supongo que sí. Una o dos veces.

—¿Y qué pasó? ¿Qué hizo ella?

—Nada. Nunca salió el tema.

—Venga...

—De verdad —dijo Ross—. ¿Por qué querría ella sacar el tema y provocar una situación embarazosa? Y, por supuesto, no iba a ser yo quien lo hiciera. Mitch, debes de haberte vuelto loco. ¿Por qué se lo dijiste?

—No lo sé. Simplemente lo hice.

—Mitch, ellas no quieren saber estas cosas. Solo quieren que todo vaya bien. No seas aguafiestas. No quieras joder un matrimonio que a todo el mundo le parece perfecto —Ross cogió la aceituna que había en el fondo de su Martini—. Me suena como si la conciencia te hubiera atenazado las pelotas.

—Quizá sea eso —dijo Mitchell—. El caso es que lo sabe.

—Bueno, ¿cómo se lo tomó cuando se lo dijiste?

—Se quedó bastante tranquila. Apenas dijo nada.

—¿De veras? —Ross parecía sorprendido.

—Me preguntó un par de veces por qué se lo había dicho.

—¿Lo ves? ¿Y nada más?

—No sé. Dijo que nunca se lo hubiera imaginado.

—¿Y no estaba cabreada?

—Sí, mucho, se quejó bastante. Pero, mirándome, ¿sabes?, con esa mirada..., eso es lo peor.

—¿Y cómo acabó?

—No lo sé. Eso es lo que te estoy preguntando. ¿Ahora qué?

—¿Te echó de casa?

—No, dormí en la habitación de Mike.

Ross se quedó pensativo de nuevo. Bebió un trago y encendió un cigarrillo.

—Creo que deberías mudarte, Mitch. De verdad. Si quieres mi consejo, creo que deberías desaparecer y dejarla recapacitar. ¿Entiendes lo que quiero decir? Ella se queda sola y la casa no le parece la misma. Está demasiado silenciosa. Se siente sola. Empieza a pensar que tal vez ha sido demasiado dura. Total, él solo ha tenido un pequeño ligue con una tía. Cosas que pasan. Pero el mundo no se acaba ahí.

—Bueno, no sé si será tan sencillo —dijo Mitchell—. Ella no está segura de que se haya acabado. Quiero decir, yo no fui a pedirle perdón, simplemente se lo expliqué.

Ross alzó las cejas.

—¿De veras? ¿Todavía no se ha acabado?

—No sé qué va a hacer ella, así que puede decirse que aún está en el aire.

—¿Y la chica?

—Eso se acabará. Si no se ha acabado ya.

Ross asintió, acercándose más.

—Mira, Mitch, a mí no me haría ninguna gracia tener a Barbara cabreada conmigo. Es encantadora, probablemente la mujer más lista que conozco, pero, si no te importa que lo diga, con todo lo simpática que es, también es una mujer muy dura.

—Ross, he vivido con ella veintidós años.

—Tú ya me entiendes. No pretendo insultarla, Mitch. Barbara me encanta.

Mitchell asintió:

—Ya lo sé.

—Lo que te aconsejo es que te mudes y dejes pasar un tiempo. Deja que las cosas se enfríen.

—¿Lo crees así?

—Yo lo haría así, Mitch. Si estuviera casado con Barbara, me quitaría de su camino e intentaría enfriar las cosas durante un tiempo, un par de semanas por lo menos.

—Tal vez tengas razón —dijo Mitchell—. En vez de rondar por

ahí y estar todo el día discutiendo, dejar que la cosa muera por sí misma.

—Eso es lo que yo te aconsejaría —dijo Ross, reclinándose en su silla con el vaso de Martini en la mano—. Y, como tú mismo has dicho, he tenido algo de experiencia con las mujeres. Vaya que sí.

Su secretaria, Janet, dijo:

—Ha llamado el señor

O'Boyle

. Apenas hace unos minutos —Siguió a Mitchell dentro de la oficina—. Le dije que todavía estaba comiendo —Y añadió—: Llegas usted pronto.

Mitchell la miró.

—¿Ha llamado mi esposa?

—No. El correo está encima de su mesa. No hay nada importante. Tal vez el sobre de encima. No lo he abierto.

Desde detrás de la mesa, Mitchell cogió el sobre. Su nombre y la dirección de la empresa estaban escritos a máquina, con trazo débil. En mayúsculas, y con tinta roja, ponía: «PERSONAL Y CONFIDENCIAL». No había ningún dato del remitente. Janet esperó, pero él no lo abrió ni hizo ningún comentario.

—También Vic ha dicho que quería verle lo más pronto posible.

—Dile que venga —dijo Mitchell—. Y localízame a

O'Boyle

.

Luego se sentó en su sillón, mirando el sobre, palpando algo duro y pequeño que había en su interior. Sabía que era una llave y sabía quién se la enviaba. Desgarró la parte superior del sobre y dejó que la llave cayera encima de su bloc de notas: una llave corta de metal deslustrado, con el número doscientos cincuenta y ocho grabado en su parte plana. Sonó el teléfono.

—Jim... Muy bien... Sí, bueno, oye, antes de que sigas con eso, Jim, se lo dije a Barbara —Esperó un momento—. No le dije lo del chantaje, pero le expliqué lo de la chica y ya me lo he quitado de encima. Ahora le pueden enseñar la película o metérsela por el culo, me tiene sin cuidado, ahora ya está.

Escuchó durante unos instantes.

—Tengo otras cosas en la cabeza, Jim. He de dirigir esta maldita fábrica.

Mitchell alzó la vista, escuchando a O'Boyle

, cuando vio entrar a su jefe de fabricación por la puerta.

—Jim —dijo Mitchell—, ¿cómo quieres que confisquen la película? ¿Te crees que la llevan encima? Ni siquiera sé quiénes son. ¿Cómo quieres que los identifique? —Esperó un momento, escuchando, y luego dijo—: Ya me pondré en contacto contigo, Jim. Vic está aquí y tenemos cosas de qué hablar, ¿vale? De acuerdo. No, tranquilo. Nos vemos luego.

Después de colgar, Mitchell miró a su jefe de fabricación:

—¿Qué hay?

—Todos los problemas que hemos tenido... —dijo Vic—. No sé cómo no me di cuenta antes. ¿Sabe lo que pasa?

—¿Cómo que si sé lo que pasa? Que las malditas máquinas se estropean.

Vic negó con la cabeza:

—Pero no se estropean solas, señor Mitchell. No sé por qué no lo vi antes. Supongo que porque confío en la gente, o porque espero demasiado de ellos, no lo sé.

—Así que es un sabotaje.

—Tiene que serlo.

—¿Y quién está detrás de eso? ¿Lo sabes?

—Un tipo que era el jefe del turno de tarde, John Koliba —dijo Vic—. Tal vez otros tres o cuatro. Si se acuerda, todos los problemas empezaban siempre en el turno de tarde. Hace unas semanas, Koliba vino a decirme que quería trabajar de día porque se había apuntado a un campeonato de bolos. Le dije que estaba de acuerdo, pero que en el turno de mañana ya tenía jefe, por lo que iba a ponerle en una Warner-Swasey. Dijo que le parecía bien. Inmediatamente, empezamos a tener problemas en el turno de mañana. Le dije a John: «Has estado diez o doce años llevando una de estas jodidas máquinas, ¿qué te pasa?». Y me contestó: «No sé qué ocurre, esa mierda de trasto se congela». Haciéndose el tonto. Pero sabe que yo lo sé. Ese jodido polaco puede estar loco, eso está fuera de dudas, pero no tanto.

—Pues despídelo.

—No puedo demostrar que está detrás de esto —dijo Vic—. Lo sé, pero no puedo probarlo. Si lo despido, se va a encontrar con una

demanda.

Con las negociaciones a la vuelta de la esquina, pensó Mitchell. Vaya mierda. Veía al tipo del sindicato, el encargado de las negociaciones, ¿cómo se llamaba?, Ed Jazik, siguiéndole por el recibidor, intentando presionarle o asustarle, casi diciéndole que le iba a traer problemas —algo en qué pensar, con las negociaciones a punto de llegar—, casi escribiéndolo en la pared para que él lo entendiera: «Boicot».

Pero había estado demasiado ocupado pensando en otras cosas.

—Mierda —dijo Mitchell. Un instante después, se levantó y añadió—: Bueno, ha llegado el momento de mover el culo.

En un espacio de casi ocho mil metros cuadrados, la Ranco Manufacturing fresaba, taladraba, diseñaba y creaba herramientas y accesorios para la industria del automóvil. Abrazaderas impulsadas por energía, cilindros adaptadores de aluminio, conexiones de ensamblajes impulsores, guías de transferencia, topes forrados de placa metálica, bloques de posición y localización, abrazaderas para herramientas, unidades para ajuste de tornillos, grapas, almohadillas cilíndricas conversoras de neopreno, sustentadores de vacío y sistemas de mantenimiento, silenciadores de escapes de aire y pivotes de ensamblaje. Mitchell había diseñado una tercera parte de los artículos. Generalmente se trataba de mejorar artículos que ya existían en el mercado.

Era un proyecto apropiado para Detroit. Una casa especializada. Un enorme volumen de producción que salía constantemente de un bloque grisáceo que parecía un hangar. Hileras de luces fluorescentes y de generadores, un par de grúas que podían elevar hasta cinco toneladas por encima de montones de piezas y material, llenos hasta arriba de materia prima o semielaborada y piezas tratadas a alta temperatura que luego servirían para alimentar las fresadoras, las taladradoras o las grandes Warner-Swasey y saldrían integradas en un ensamblaje cuyas partes y materiales mucha gente —incluso en Detroit— desconocía por completo.

Si alguien se le acercaba en una fiesta y le preguntaba en qué y con quién trabajaba, Mitchell contestaba «Ranco Manufacturing», y la gente asentía y decía «Ah, sí». Estaba en el negocio de las máquinas de accesorios y conocía el paño. Y, si querían detalles, él podía darlos, de otro modo...

Él no solía hablar del trabajo. Pero ahora estaba allí, en la sala acristalada de pruebas —control de calidad— mirando la maquinaria y los montones de material, escuchando el interminable ruido del recinto, al que ya se había acostumbrado: y ahí solo hablaba de cosas de trabajo.

Vic tenía cerca de una docena de abrazaderas giratorias sobre la mesa: pequeños cilindros de metal mate huecos, rayados por fuera.

—Como estos —decía Vic—. Empiezas a verificarlos y ninguno está dentro de lo tolerable, todos cortados a un tamaño demasiado pequeño. Joder. Hay que rehacer la mitad del trabajo. Así es como sale casi todo lo que ese hijo de puta estaba encargado de controlar. Y hay una serie de roturas de herramientas que sé que podemos adjudicarle a él. Veo óxido en su máquina, lo juro por Dios, óxido, en la columna del huso. Y luego me doy cuenta de que está echando demasiada agua en la refrigeración. Por Dios, claro que luego se congela, o se rasga.

Mitchell se apartó de la ventana, con las manos en los bolsillos.

—¿Dónde trabaja ahora?

Vic le observó, con la mirada inquieta.

—Debe de estar descansando.

—Me parece que será mejor hacerlo en mi despacho —dijo Mitchell—. No hace falta que tengamos público.

—Sí, eso no sería conveniente.

—Bien, dile que venga a verme.

Janet dijo:

—El señor Mitchell vendrá en un momento. Entra.

John Koliba daba la impresión de no saber qué pasaba. Nunca había estado en el despacho del señor Mitchell. Entró frotándose las manos en sus pantalones de trabajo, mirando los paneles oscuros y los grabados de perros de caza, la tapicería a rayas verdes y blancas, la moqueta Verde, el equipo de televisión en un mueble oscuro de madera, la mesa grande, de más de dos metros, y las sillas blancas y negras de nogal. Janet no le había dicho que se sentara, por lo que se quedó de pie hasta que entró el señor Mitchell, procedente de la contigua sala de reuniones. Iba estudiando unos papeles y no levantó la vista hasta que los hubo dejado sobre la mesa.

—Siéntate.

—Me ha dicho Vic que quería verme.

—John, siéntate, ¿quieres?

Mitchell esperó hasta que Koliba le miró con expresión seria y concentrada, sentado con los codos apoyados en los brazos de la silla, los hombros curvados y las manos apoyadas sobre la tripa que, hinchada de tanta cerveza, amenazaba con salirse de la camiseta.

—¿Cómo va, John?

Koliba se encogió de hombros.

—Bastante bien. No tengo de qué quejarme.

—Yo sí —dijo Mitchell—. Tengo un problema.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Te voy a hacer una pregunta simple y directa, John. ¿Estás preparado?

—Claro, adelante.

—¿Me estás sabotando?

—¿Sabotaje...? Que yo sepa, aquí no hay ningún sabotaje. Tenemos averías de máquinas y hemos tenido algunos problemas, pero si usted cree que es a propósito, no, señor. Y si lo es, yo no tengo nada que ver.

Mitchell se tomó su tiempo. Dijo, con calma:

—De acuerdo, John. Ahora, los dos sabemos dónde estamos. Tú sabes que yo ya me he dado cuenta de lo que estás haciendo. Y yo sé que te vas a quedar ahí sentado intentando que me trague esa mierda.

Koliba se puso rígido, echando los hombros hacia atrás:

—Le estoy diciendo que nunca he jugado sucio con las máquinas. Usted no se cree lo que le digo, o sea, que me está llamando mentiroso. ¿No es así?

—Así es, John —dijo Mitchell—. Eres un jodido mentiroso. ¿Quieres beber algo?

—Oiga, a mí nadie me llama mentiroso.

—Pues yo acabo de hacerlo, John. ¿Quieres beber algo, o no?

—Empieza usted a acusarme y luego me llama mentiroso. A ver qué puede usted probar.

Mitchell se acercó al mueble oscuro de madera, sacó dos vasos y una botella de Jack

Daniel's

y se la mostró a Koliba.

—No me gusta que nadie me llame mentiroso. Da igual quién

sea.

Mitchell vertió el *whisky* en los dos vasos, se acercó a Koliba y le dio uno. Este lo aceptó, pero se quedó mirando a Mitchell. Le vio andar lentamente alrededor de la mesa. Le vio sentarse, reclinarse en la silla y beber.

Un momento después, Koliba levantó su vaso y bebió un trago de *whisky*.

—John —dijo Mitchell—, no me hace falta ningún boicot —Tomó una hoja de papel y se la dio a Koliba—. ¿Quieres ver el balance de esta semana? Esto es el análisis de las ventas. El listado del ordenador indica que los costes de trabajo de las dos últimas semanas han subido hasta un dieciocho por ciento de nuestro volumen de ventas. Para obtener beneficios hemos de mantener esta cifra por debajo del doce por ciento. John, esos seis puntos de más implican una pérdida del uno por ciento. Vendemos, pero perdemos dinero. Esto es el informe del departamento de ventas. Ha aparecido un competidor con un precio inferior al nuestro y nos ha hecho perder un mercado que teníamos desde hace tres años. Pero nosotros no podemos bajar nuestros precios, porque ya hemos llegado al tope. Y esto..., las tasas de compensación, que han vuelto a subir. El gobierno ha subido los impuestos. Y yo tengo que hacer que todo esto parezca bueno en una página de balance. John, te digo que no me hace falta un jodido boicot.

Mitchell hizo una pausa, mirando a Koliba.

—Llevas aquí dos años y medio, John. ¿Cuánto tiempo estuviste en Ford Rouge?

—Seis años —contestó Koliba—. Y luego tres en Timken.

Mitchell asintió.

—¿Sabías que yo estuve doce años trabajando en Dodge?

—No, no lo sabía.

—Doce años. He tenido algo de suerte, John, pero también me he dejado el culo para conseguirlo. Y cuanto más trabajo, más suerte tengo. No espero regalos ni favores de nadie. Nadie da nada por nada. Pero tampoco espero que nadie me venga con mierdas. No, lo retiro. Sí lo espero. Lo que quiero decir es que cuando eso llega no me coge por sorpresa. Miro por dónde voy y no piso la mierda si puedo evitarlo. ¿Por qué va uno a tragar mierda si puede evitarlo? ¿Estás de acuerdo conmigo, John?

—Sí, yo no lo haría.

—¿Y quién sí? —preguntó Mitchell.

—Si alguien me viene a mí con mierdas —dijo Koliba— se lo hago saber.

—¿Por qué aguantar algo que uno no desea? —dijo Mitchell—. Por ejemplo, esta fábrica. Si veo que pierdo dinero, la cierro y vendo toda la maquinaria. Y luego me doy un baño. Pero John, te aseguro que prefiero venderla rápido y olvidarla que joderme mientras veo que se va a pique. ¿Entiendes lo que quiero decir? El negocio es mío, así que puedo hacer con él lo que quiera, ¿no?

—Claro —dijo Koliba—. Supongo.

—Si me da la gana puedo cerrar mañana, ¿verdad?

—Sí. Joder, siendo el dueño.

—Oye, John —dijo Mitchell—, eso es exactamente lo que voy a hacer si vuelve a estropearse alguna máquina. Cerrar la fábrica.

—Oiga, ya le he dicho antes que yo no tengo nada que ver con ningún boicot.

—Te creo, John, porque veo que se puede hablar contigo. Eras jefe de turno y para eso hay que tener sentido de la responsabilidad.

—Claro. Siempre me ha gustado asegurarme de que el trabajo se hace bien.

—Entiende mi situación —dijo Mitchell—. No puedo convocar a todo el mundo y soltar un discurso. Tengo que confiar en gente imprescindible como tú, gente que busca un futuro aquí y algún ascenso..., más dinero.

Koliba esperó, pensativo.

—Bueno, tal vez podríamos vigilar un poco más estrictamente. Ya sabe, estar más encima.

—Eso creo yo, John —dijo Mitchell—. He aprendido que es mejor estar encima que caerse y romperse el culo.

Mitchell hizo girar su silla para poder poner los pies en la esquina de la mesa. El sobre con las palabras «personal y confidencial», la hoja con las instrucciones y la llave estaban apoyados en el secante, junto a su pierna. Miró por la ventana la tristeza de la tarde gris, tomándose un descanso, un respiro. Se sentía bien. Notaba que estaba recuperando la confianza en sí mismo y, con ella, empezaba también a sentir una urgente necesidad de levantarse y hacer algo. Esa era la esencia de su

bienestar: sentirse capaz de permanecer tranquilo y relajado a la vez que se veía potente y seguro. No aterrorizarse nunca. No correr. Afrontar cualquier problema que hubiera que afrontar. Ser práctico, responsable, hasta cierto punto. Y si la razón no funciona, darle una patada en los dientes. Sea cual sea el problema.

Encendió un cigarrillo sin prisa, olvidando el triste atardecer que ahora no le preocupaba en absoluto.

Cuando acabó el cigarrillo, sacó un papel de cartas y un sobre de un cajón de la mesa y llamó a su secretaria por el teléfono interior.

Janet esperó mientras él escribía de modo deliberadamente lento en la hoja, la doblaba y la metía en el sobre, que era grande y parecía hinchado por algo que llevaba dentro.

—Dale esto a Dick o a cualquier otro —dijo Mitchell—. Y esta llave. Dile que lo lleve corriendo al aeropuerto y lo meta en la consigna. El número es el doscientos cincuenta y ocho. Ah, y dile que se asegure de meter la llave dentro.

—Si la llave queda dentro, ¿cómo lo van a abrir después?

—Yo solo hago lo que me dicen —dijo Mitchell.

Ella le miró con gesto divertido:

—¿Qué?

—No es problema nuestro, Janet, así que no nos preocupemos por ello.

Su secretaria cogió el sobre y salió sin decir nada.

Bobby Shy estuvo jugando a billar en el entresuelo del aeropuerto Metropolitan de Detroit hasta que cerraron el local. Fue al baño, pagó por un reservado y esnifó un par de líneas, sacando la coca de una bolsa con una cuchara de plata. Casi inmediatamente entraba en un mundo mejor, más brillante. Compró el último número de una revista dedicada «a los hombres sofisticados de la ciudad», estuvo media hora viendo las fotos de pechos y felpudos y leyó un artículo destinado a comprobar la capacidad sexual, pero no se molestó en rellenar las respuestas para ver cuál era el resultado. A la una y diez del mediodía se dirigió a la consigna número doscientos cincuenta y ocho, a través del mostrador de la compañía Delta, que estaba vacío. La abrió con la copia de la llave que le había dado Alan y sacó el sobre.

No había nadie junto a él. Tampoco se veía a nadie hasta el mostrador de la compañía Eastern. Nadie podía pillarle mientras

cruzaba la arcada central y se metía en el lavabo de hombres.

—Ha llegado el correo —dijo Bobby Shy. Tiró el sobre con un movimiento leve de su mano y vio cómo golpeaba los azulejos y se colaba por detrás de la puerta del tercer reservado. Se dio la vuelta y se marchó. Leo Frank, sentado en el lavabo, recogió el sobre. El abrecartas estaba ya preparado en su mano, dispuesto a cortar el sobre y lo que contuviera en añicos si alguien golpeaba la puerta y se empeñaba en entrar en su reservado o si le daban la orden de salir. Eran buenos retretes, con cisternas muy potentes. Podía hacerse correr el agua sin necesidad de esperar a que la cisterna volviera a llenarse.

Leo miró el reloj. Diez minutos más tarde, se levantó, se metió el sobre debajo de su chaqueta a cuadros y salió.

El Thunderbird blanco estaba donde se suponía que debía estar, en la rampa de llegada, junto a la American.

Alan se movió cuando Leo se puso al volante y le pasó el sobre.

—Te presento diez de los grandes —dijo Leo—. Los de veinte y de cincuenta ocupan mucho espacio, ¿eh?

Los dedos de Alan palpaban el sobre mientras el Thunderbird tomaba la curva de la rampa y enfilaba la avenida de William Rogell.

Leo dijo:

—Ábrelo, tío. ¿A qué estás esperando?

Alan no dijo nada. Sus dedos recorrieron los extremos del sobre y la solapa. Sus dedos le decían que algo no iba bien. Decían que alguien estaba intentando hacerle tragar mierda y que a él no le apetecía en absoluto.

El Thunderbird giró a la derecha después del paso subterráneo y se mezcló con las luces que descendían hacia Detroit. Alan abrió el sobre de golpe. Bajo el foco cuadrado de luz, inclinándose, sacó del sobre un ejemplar del «Wall Street Journal». Con el periódico encima de él, estaba el papel de carta. Alan desdobló la hoja y leyó el escueto mensaje escrito en letras mayúsculas con rotulador:

«Que os den por el culo».

Dijo, muy calmado, moviendo la cabeza:

—Leo, te lo juro por Dios, no sé adónde va este cochino mundo.

Le explicas al tío honesta y sinceramente de qué va la cosa y el mamón no se lo cree.

7

A LAS NUEVE Y DIEZ, Mitchell llamó a su esposa. Todavía estaba en la fábrica y no había hablado con ella ni la había visto en cuatro días.

—Quería asegurarme de que estabas en casa —dijo—, o de que ibas a estar esta noche. Quiero pasar a recoger algo de ropa.

—¿Te vas a mudar? —preguntó ella.

—Bueno, he pensado que, dadas las circunstancias, sería mejor. Te daría tiempo para pensar.

—¿Sobre qué se supone que he de pensar?

—Está bien, nos daría a los dos tiempo para aclararnos. ¿Vas a estar en casa?

—Estaré aquí.

—Estaba pensando —hizo una pausa—... ¿no has recibido nada por correo? ¿Unas fotos?

—¿Fotos? ¿De qué?

—Es igual. Saldré dentro de unos minutos —dijo Mitchell—. Te veré a eso de las diez.

—Me muero de ganas —dijo Barbara. Y colgó.

Mierda. Durante los últimos días se había sentido bastante bien, pero ahora volvía a encontrarse cansado y se preguntaba si debía ir a casa. Tal vez sería mejor esperar un poco. Entonces se dijo a sí mismo: «Has empezado tú. Ahora le toca a ella».

Al salir de la fábrica, Mitchell cruzó la hilera de máquinas y vio a Koliba en la sala de control de calidad. Se paró, fue hacia allí y asomó la cabeza.

—¿Te va bien en el segundo turno?

—Sí, no me importa trabajar por la noche.

—Aquí es donde te necesitamos, John. Para que este maldito negocio no se deshaga. ¿Algún problema?

—Ninguno —Koliba le mostró una pequeña pieza de metal que cabía en la palma de su mano—. Estamos sacando cubiertas de conexiones desde las tres y media. Todas salen como tiene que ser.

—Eso es tener vista, John. —Y siguió su camino a través de la fábrica hacia la puerta trasera.

Había dos focos encima de la puerta, en la pared, y luces encendidas al final del terreno, junto a la reja que marcaba el límite de la fábrica: débiles luces que proyectaban un reflejo suave sobre la hilera de coches en el aparcamiento. Mitchell metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. Estaba ya poniéndose al volante cuando se dio cuenta de que la luz interior no se había encendido, a pesar de que el maldito zumbido había sonado y siguió haciéndolo hasta que cerró la puerta de golpe.

Al hacer marcha atrás, volvió el rostro para mirar por encima del hombro. La cara, cubierta con la media, le estaba mirando, apenas a unos palmos de distancia. Al sacar el treinta y ocho especial, la cara enfundada se acercó todavía más y el cañón del revólver rozó su hombro derecho.

Bobby Shy dijo:

—Mire hacia adelante, tío, y todo irá bien. Vaya hacia el oeste, hasta la Setenta y cinco. Vamos al centro.

Al llegar al Metropolitan Parkway, Mitchell levantó la mano para ajustar el retrovisor. Bobby Shy dijo:

—Está bien. Mire todo lo que quiera. Sabe que todavía estoy aquí, con mis ojos clavados en su nuca. Y nada de fumar, tío. No se busque entre la ropa ni para rascarse. ¿Me oye?

Pero Mitchell no contestó ni dijo nada hasta que tomaron la Setenta y cinco y se dirigieron hacia el sur entre el tráfico ligero de la autopista.

—Mi mujer no ha recibido todavía las fotografías.

—No le hemos enviado ninguna —dijo Bobby Shy—. Era una idea, ¿sabe? Yo les dije «mierda, estos tíos son todos unos fulanos. Hombres que salen en los periódicos. El tío ya puede ser presidente de los Estados Unidos o lo que coño sea, a nadie le importa. Así que el tío tiene un rollo con una tía y la gente dice que probablemente

lo necesita porque no tiene bastante en casa». No, era solo una idea. Así que lo dejamos y le hacemos otra oferta.

—¿Quieren hacerse un favor a sí mismos? —preguntó Mitchell—. Cambien de negocio. No le venderían agua a un tío en un incendio.

Bobby Shy se rio:

—Vuelva a intentarlo. Creo que esta vez se va a enterar.

—Dígame de qué va.

—Tiene que verlo.

—¿Otra película?

—Solo que esta es mejor. Más excitante.

—Tendría que haber traído a mis amigos —dijo Mitchell—. O a unos cuantos de la fábrica. Si no nos gustaba la película, se la hacíamos comer.

Bobby Shy rio de nuevo:

—Ah, sé que no le va a gustar. Por eso no va a querer que haya nadie con usted. O sea, no deseará que nadie en el mundo la vea, tío, y le doy mi palabra de honor de que no le estoy soltando un rollo.

Giraron hacia el este, en dirección a Jefferson y, nueve minutos después, tras haber pasado por la fábrica de Uniroyal, por el puente de Belle Isle y por la Naval Armory, Bobby Shy se incorporó para estudiar la calle, una fila ininterrumpida de locales.

—Vale, déjelo por aquí, en este bloque.

—Aquí no se puede aparcar —dijo Mitchell.

—Tío, pare el coche de una puta vez, ¿quiere? Déjelo en esa gasolinera. Está cerrada.

«Ahora estaría bien una multa», pensó Mitchell. «¿Qué hace usted aquí?». «Bueno, verá usted, el tipo ese de la pistola me está llevando a ver una película». «¿Ah, van a ver una película? Ya, claro. ¿Y dónde es eso?».

—Cruce la calle —dijo Bobby Shy.

Al cruzar la calle Jefferson en dirección al toldo de un cine, Mitchell iba pensando en la policía y luego en su abogado, Jim O'Boyle

: «Vi otra película, Jim. Esta vez en un cine. En un cine cerrado». «Un cine cerrado, ¿eh?». «Eso parecía, a la vista del toldo desnudo de aquel recibidor oscuro que era como el túnel de entrada de una

mina».

Pasó un coche por la calle Jefferson, un débil sonido a sus espaldas que se acalló suavemente.

—Entre —dijo Bobby Shy.

Mitchell trató de abrir una de las puertas —los pomos estaban entre las tablas de contrachapado que las protegían—, luego la otra, y pasó al interior, donde reinaba una oscuridad aún más profunda.

—Por aquí —se oyó una voz. No era una voz que hubiese oído anteriormente, o a la que pudiera asociar algún rostro conocido. Solo una linterna brilló a la altura de las rodillas, iluminando el suelo.

—Venga por aquí. —Y la luz empezó a moverse.

Mitchell anduvo tras ella hacia el interior de la sala, pasando por delante de un mostrador de venta de caramelos vacío que se hallaba a la derecha del pasillo. La voz le mandó esperar, de cara a los asientos.

Entonces, el negro de la media debió de tomar la linterna, porque, cuando esta volvió a proyectar un pequeño cuadrado de luz delante de él, en el pasillo, fue su voz la que le dijo desde detrás:

—¿Dónde prefiere sentarse el señor? Siéntese.

Mitchell se preguntó si habría un sitio mejor que otro. Si habría alguna diferencia sustancial. Recorrió un tercio del pasillo, escogió una fila y se sentó en la segunda butaca. A su espalda, tal vez dos filas más atrás, oyó que alguien bajaba de golpe el asiento de una butaca.

—Estoy aquí, chaval, por si te da miedo la oscuridad.

Entonces sonó una voz desde arriba, una voz que sí era familiar, que procedía de la sala de proyección:

—¿Se me oye bien?

—Se te oye —contestó el negro.

Mitchell miró alrededor. El negro estaba sentado, los hombros y la cabeza apenas silueteados. En lo alto de la pared posterior, dos cuadrados de luz delataban la situación de la sala de proyección.

—¡Date la vuelta, joder! —dijo el negro—. Me pones nervioso.

Durante varios minutos hubo un silencio mortal en la sala. Mitchell estaba sentado en una oscuridad informe que no llevaba a nada, preguntándose qué hacía allí, qué ocurriría si se levantaba y se iba. «No te dispararán —se dijo—, no ganarían nada matándote».

Pero estaba allí y sabía que allí le encerrarían si intentaba irse. Probablemente. A no ser que él fuese el primero en pegar. El negro. Si pudiera alcanzarlo y maniatarlo...

Pero no se movió. En el momento en que podría haberlo hecho, si es que realmente estaba dispuesto a intentarlo, apareció una luz en la pantalla y pudo ver las filas de butacas vacías delante de él y las pálidas paredes altas del teatro.

—Aquí entrarían los titulares —dijo la perezosa voz familiar—. Y los créditos. «Producciones El Astuto presenta... *La gallina de los huevos de oro*. “Cómo Harry Mitchell aceptó pagar ciento cinco mil dólares al año y encontró la felicidad”». Nótese que he dicho «ciento cinco mil al año». No solo el primer año, ni el segundo. No; todos los años de su vida. Pero esperemos... He aquí la estrella de la película, la pequeña Cynthia Fisher, que no tiene ni puta idea de lo que está ocurriendo.

El rostro de la chica, a todo color, llenó la pantalla con su expresión sorprendida, cambiante, fruncida, casi oscureciendo el temor que había en sus ojos.

Sus labios se movieron y el narrador, elevando ligeramente la voz y prácticamente sincronizándola con el movimiento en la pantalla, dijo:

—¿Qué pasa? Venga. ¿Qué estáis haciendo, tíos? Ya os lo he dicho, no quiero salir en ninguna película.

La cámara empezó a retroceder, abandonando el primer plano de la chica.

—A algunas personas —dijo el narrador, de nuevo en su tono habitual, perezoso— hay que atarlas para convencerlas de que saben actuar. Le dije a Cini que tenía talento natural, pero, como puede ver, es muy modesta.

Mitchell la veía ahora de cuerpo entero. Estaba sentada en una silla estrecha, apoyada contra una tubería vertical; una pared de cemento inmediatamente detrás de ella. Era un sótano brillantemente iluminado. Vio que tenía las manos atadas a la espalda. Una cuerda le rodeaba la cintura y parecía dar la vuelta por la silla y la tubería. Llevaba una blusa estampada que él reconoció y unos téjanos deslucidos.

—Ahora —dijo el narrador—, para mantener su interés despierto, un poco de carne.

La chica alzó la mirada, angustiada, ante la cámara, que volvía a acercarse al primer plano. Miró hacia un lado de la cámara y sus labios dijeron en silencio: «¿Qué vais a hacer?».

La cámara se mantuvo enfocada en su cara. La imagen se movió un poco en la pantalla, y la cámara descendió hasta su blusa. Aparecieron dos manos por un lado —los brazos enfundados en una camisa negra—, agarraron la parte frontal de la blusa y la abrieron hasta la cintura de un desgarrón. Después, la estiraron sobre sus hombros. Una de las manos liberó un pecho y lo dejó caer.

—No hay mucho que ver —prosiguió el narrador—, ya que es un rodaje de bajo presupuesto, hecho de cualquier manera. En la escena siguiente...

Mitchell vio algo cuadrado que parecía ser una placa de contrachapado de un par de centímetros de anchura, del tamaño de un periódico doblado por la mitad. Unas manos, las mismas de antes, apartaron la placa de donde estaba, apoyada contra la pared de cemento, y le dieron la vuelta.

—No está marcada por ningún lado, ¿verdad?

Las manos levantaron la pieza de madera. Otra toma de los pechos de la chica y de nuevo apareció la superficie marrón granulada de la madera, llenando la pantalla. La cámara se echó hacia atrás, inestable, y Mitchell vio de nuevo a la chica desde unos tres metros de distancia. La pieza de madera estaba ahora apoyada en su regazo, tapándola de la cintura a los hombros, con el borde superior encajado bajo su barbilla.

—¿Y esto qué es? —preguntó la voz perezosa.

La cámara fue aproximándose lentamente hacia una mesa que se hallaba a unos cuatro metros.

—Exacto. Un revólver.

El arma estaba montada en un torno que a su vez estaba fijado al borde de la mesa.

—¿Lo reconoce?

Mitchell lo reconoció.

—Veámoslo de lado. Así. Un Smith & Wesson del treinta y ocho. Debería reconocerlo, colega. Es suyo. ¿La caja de munición que hay en la mesa? Suya. ¿La hoja de papel? Es su licencia.

Mientras Mitchell miraba, una mano extendió un abrigo ante la cámara y lo dejó sobre la mesa.

—Y el abrigo. Creo que lo llevaba en nuestra primera sesión de cine amateur. Bastante asqueroso, si no le importa que se lo diga. Lo que me gusta es que lleva su nombre dentro. Y ahora... ¡Oh! ¿Qué es eso que hay atado al gatillo?

La cámara enfocó el revólver.

—Vaya, parece un cable. Tiene gracia, el cable llega hasta algún lugar desde donde alguien puede estirarlo y disparar el arma. Bastante inteligente, ¿no? Se puede disparar sin borrar las huellas que hay en el gatillo. Le dejaremos que lo piense un rato. Mientras tanto, aquí está otra vez nuestra estrella.

El rostro de la chica, sobre la placa de contrachapado, mostraba una expresión aterrorizada e incrédula.

—Parece como si estuviera sacando la cabeza de una caja, ¿verdad? Tranquila, muñeca, no te preocupes. Te va a salir una escena perfecta.

Mitchell lo veía venir. O pagaba o la mataban. Y lo harían de esa forma.

Así que, ¿qué podía hacer?

Estaba mirando su cara. Aquella cara que conocía y que podía imaginar con precisión absoluta cuando no estaba con ella; pero ahora casi no la reconocía. Aquella expresión horrorosa... Veía deslizarse las lágrimas por sus mejillas. No entendía el cometido de la placa de contrachapado. Estaba sentado en la oscuridad, mirando hacia la pantalla, y no sabía qué hacer.

—Esta toma nos costó un poco —dijo el narrador—. Para conseguir todo el efecto. Hacia atrás y un poco hacia un lado. Así se puede ver a la vez la estrella y el revólver. Bueno, se acabó la intriga.

La imagen mostraba el revólver y el cable, que se extendía hasta salir del campo de visión. Mitchell no se movió. Más allá del cañón del revólver, Cini parecía estar mirándole directamente.

—Carguen —dijo el narrador— apunten..., fuego.

El cable se tensó una y otra vez, mientras la voz del narrador decía:

—Bang, bang..., bang, bang, bang —a medida que los cinco agujeros astillados fueron apareciendo en la placa de contrachapado y los ojos y la boca de la chica se abrieron, y su cabeza golpeó la tubería y cayó hacia adelante cuando se oía el último «bang».

En silencio, oyendo solo el sordo sonido del proyector, Mitchell se quedó sentado, mirando a la pantalla. «No —se dijo—. En las películas no paran de matar gente, pero en verdad no se mueren». Había tenido esa misma reacción antes en otras películas, algo que le saltaba por dentro, su credulidad golpeándole el estómago. Y en ningún caso la muerte había sido real. No podía serlo, porque en las películas la gente no mataba.

El narrador dijo:

—¡Eh! ¿Estás ahí todavía? —Una pausa—. Lo bueno de Cini, lo que la convierte en una estrella, es que no solo vive su papel, sino que también lo muere. Y si no me cree, mire esto.

La cámara siguió a la placa de contrachapado cuando la apartaron y le dieron la vuelta.

—Fíjese en que los agujeros son de entrada y salida.

La cámara volvió a Cini. Mitchell miró y cerró los ojos.

—Le doy mi palabra, tío. Esto no es tomate, es sangre de verdad. Y ahora mire esto.

La mano estiró la cabeza de la chica por el pelo y la apoyó contra la tubería. Sus ojos, muy abiertos, miraban desde la pantalla, y siguieron mirando la luz caliente. Volvió a aparecer una mano, colocada sobre la boca de Cini. Unos instantes después, la mano giró para mostrar el espejo que sostenía.

—Observe que el espejo está limpio. No está empañado por el aliento. De hecho, no nos hacía falta el espejo —siguió el narrador—. Mire los ojos. Siga mirando. No se cierran, ¿verdad? Es porque no ven nada —El narrador hizo algo de ruido al aclararse la garganta—. Y ahora, lo que queremos que vea, colega, es que la tiene metida en el exprimidor y no tiene ninguna posibilidad de sacarla. No, porque tenemos un paquete escondido en algún lado: el cuerpo de la tía, su abrigo manchado con su sangre, el treinta y ocho con sus huellas digitales, la licencia, un par de fotos suyas con ella en la playa..., todo junto en un paquete que nadie puede encontrar. A no ser que nosotros lo digamos. O sea, como si llamáramos a la policía y dijésemos: «Eh, ¿quieren saber dónde hay un cadáver de una tía, y tal?». Se lo decimos y colgamos. En seguida, unos dieciocho jodidos coches de la pasma ante la puerta de su casa y los vecinos mirando: «¿Qué coño pasa?». Lo leerían en los periódicos. «Por Dios, si parecía tan buen hombre, ¿no? Valiente

buen hombre. Le quita la ropa a la chica y le dispara cinco tiros en el pecho izquierdo. Seguro que después la violó. El muy pervertido. Tendrían que electrocutarlo. Total..., ¿qué le van a hacer? Cinco años en una prisión de seguridad. Y el tío volverá a estar por ahí fabricando las malditas matrículas que nosotros hemos de poner en nuestros coches» —El narrador hizo una pausa—. Si no, lo que le decía. Nos paga los ciento cinco mil durante el resto de su vida, o hasta que decidamos que ya tenemos bastante. Escuche, colega. Ya basta de joder. Diez de los grandes mañana, diez una semana después, y diez la semana siguiente. Eso hace treinta, y le damos tiempo para reunirlos. Luego se lo planifica y viene cada mes con el dinero en efectivo. ¿Se entera? Mañana por la noche, va usted mismo al aeropuerto con diez de los grandes. A las once y media en punto los mete en el número doscientos cincuenta y ocho de la consigna y deja la llave dentro. Si se queda luego por ahí, o si no aparece, o si intenta alguna putada, la pasma recibirá una llamada telefónica.

»Y ahora quédese ahí sentado y relajado, que verá otra película. Cuando se acabe, si quiere puede venir a coger el rollo de película y el proyector. Lo hemos alquilado a su nombre en la Film Outlet.

Sentado en la oscuridad, Mitchell vio unos dibujos animados en los que tres ratones aporreaban, aplastaban, volaban, pegaban fuego y electrocutaban a un gato, y el condenado felino idiota ni siquiera lograba acercarse a ellos. Cuando acabó, Mitchell salió a la calle y entró en su coche. No estaba del todo seguro de adónde iba.

8

SE OBLIGÓ A SÍ MISMO a esperar hasta la mañana siguiente antes de ir a su casa. Se obligó también a pasar la noche en el apartamento que había alquilado para Cini y, en su mayor parte, la pasó junto al ventanal del cuarto de estar, en la oscuridad, contemplando la difusa silueta de los árboles que surgían entre el césped. Sentarse y ponerse a pensar. Esa era la idea. Pensar en qué hacer y pensar en la chica con la que había... —¿qué?— ido, ligado, tenido una historia, reído, hecho el amor, a la que había amado —tal vez sí la había amado— durante tres meses; y ahora estaba muerta. Sabía que lo estaba, pero no podía aceptarlo en su mente. Porque cuando pensaba en ella la veía viva. Pero se decía a sí mismo que estaba muerta. Había muerto por él. Aquella noche en el apartamento no bebió. Quería pensar en las cosas tal como eran. Pero lo único que podía pensar era que estaba muerta y que él no podía hacer nada para cambiar eso.

Cuando salió el sol, pensó en llamar a Jim

O'Boyle

, por si había averiguado algo y porque una vez ya le había llamado desde aquella misma habitación, seis días antes. Pero ahora no se acercó al teléfono: dudaba y no se decidía. Sabía que

O'Boyle

iba a decirle que tendría que ir a la policía. Tal vez no inmediatamente, pero sí en un momento u otro. Había muerto una chica. Asesinada. Ya no era un simple chantaje. Pero si iba a la policía, saldría todo en los periódicos. La historia, con su foto, en

primera plana. ¿Sería capaz de soportar algo así? Sí, se dijo. La chica había muerto por su culpa. No podía huir ni esconderse; tendría que afrontarlo.

Pero... un momento. Ella no había muerto por Barbara. Ni por su hijo, o su hija. También tenía que pensar en ellos. En cómo aquello podía afectarles. Tenía una empresa que dirigir, y unas negociaciones sindicales a la vuelta de la esquina. No bastaba con tener en cuenta su propia opinión, sus sentimientos. La conciencia le decía que debía ir a la policía. La razón le mandaba esperar, calcular las posibles consecuencias. ¿Qué alternativa tenía? El mundo se le caía encima y podía gritar pidiendo auxilio, o bien podía intentar levantarlo él mismo.

¿Cómo?

No lo sabía. Sentado en el apartamento de la chica, a la primera luz del alba, no tenía ni la menor idea de lo que iba a hacer. Aunque ahora estaba seguro de que no iba a llamar a O'Boyle ni a la policía. Al menos todavía no.

Paso a paso. Andar, no correr. No asustarse ante las emergencias. Lo primero, averiguar quiénes eran. Si es que podía, si era posible...

Empezaba a sentir otra vez la agradable sensación de seguridad, la fuerza de saberse maniatado pero capaz de mantener la calma. «Eso es —se dijo—. Simple. Averiguar quiénes son. Y luego, partirles el alma».

Barbara llevaba la chaqueta puesta. Abrió la puerta y se lo quedó mirando unos instantes antes de dejarle entrar.

—También es tu casa —dijo—. No hace falta que llames.

—No quería entrar por detrás. Al no saber quién era, podrías haberte asustado.

—Creo que reconozco tus sonidos —dijo Barbara.

—Si estabas haciendo algo, no lo dejes. Solo quiero recoger un par de cosas.

Pasó por su lado y subió por la escalera principal. Ella tardó en decidirse y, finalmente, le siguió escaleras arriba. Cuando llegó, él estaba junto al armario, buscando algo en el cajón superior, entre sus calcetines y pañuelos.

—Pensaba que vendrías anoche —dijo ella—. Te esperé hasta

que acabó el programa de Johnny Carson.

—Fui a ver una película —dijo Mitchell.

—A ver una película. Eso está bien. ¿Con tu novia?

Mitchell se apartó del armario. La miró y estuvo a punto de decir algo, pero no lo hizo. En vez de eso, se dirigió al baño.

—¿Sabes lo que iba a hacer? Iba a tirar toda tu maldita ropa por la ventana. Yo también tengo mis neurias, amigo, pero me aguanto. Generalmente.

—Lo siento —dijo Mitchell, saliendo del baño.

—¿Que lo sientes? No sé, Mitchell. Puedes hablar con mucha calma y parecer muy sincero, pero eso no cambia el hecho de que eres un cabrón. Quien está sufriendo soy yo, por Dios, no tú.

—Barbara, ¿quién ha estado en casa estos últimos días? Aparte de ti, quiero decir.

—¿Quién ha estado en casa? —El cambio de tema la sorprendió—. ¿Qué quiere decir eso?

—¿Ha venido algún desconocido? —preguntó Mitchell con calma—. O alguien conocido, un albañil, o un pintor, o algo así.

—Lo único que necesitaba arreglo en esta casa es el triturador —dijo Barbara—. Y dijiste que lo arreglarías tú.

—De acuerdo, pero ¿has notado algo cambiado de sitio, como si alguien se hubiera colado mientras tú estabas fuera?

Ella movió lentamente la cabeza:

—El lechero suele entrar...

—O vendedores ambulantes.

—No.

Movió la cabeza de nuevo.

—Bueno, vino alguien. Un hombre de una agencia de contabilidad. De hecho, estaba aquí cuando regresé del tenis.

—¿Cuándo?

—Hace unos días. Estaba sentado en el cuarto de estar. ¿Te lo puedes creer? Allí sentado, esperándome.

—¿De qué compañía era?

—De ninguna, lo comprobé. Dijo que era de la agencia de contabilidad Silver no sé qué más, pero no existe tal compañía.

—¿Qué pinta tenía?

Barbara reflexionó.

—Parecía un poco *hippie*, y hablaba de una forma muy rara.

Llevaba un traje oscuro y un maletín.

—¿Tenía coche?

—Un coche le recogió. Uno blanco. No me fijé en la marca ni en la matrícula.

—¿Hablaba... despacio?

Barbara asintió, pensativa:

—Como si le costara un gran esfuerzo.

—¿Estás segura de no haberle visto antes?

—Totalmente segura. Mitch, ¿qué pasa? ¿Se llevó algo?

—Unas cuantas cosas —dijo Mitchell, contestando pero viendo al mismo tiempo la película, su revólver en el torno apuntando a la chica y su viejo abrigo encima de la mesa. Vio cómo el mudo revólver disparaba y cómo aparecían los agujeros en el contrachapado, al tiempo que la cabeza de la chica retrocedía, y oyó la voz perezosa del tipo huesudo, el mismo que había estado en la casa, diciendo «bang, bang..., bang, bang, bang». Cinco veces. Cinco tiros. Para asegurarse, cuando con uno hubiera bastado para asesinarla.

Barbara, con una mirada tensa, preocupada, le estaba preguntando:

—¿Qué era, Mitch? ¿Qué era lo que se llevó?

Su mujer estaba guapa. Se la veía limpia. Le gustaba aquella chaqueta y su pelo y los trazos oscuros que se extendían aquella mañana bajo sus ojos. Sabía que si la abrazaba sentiría la sensación familiar de su cuerpo y sabía que olería bien. Ella había visto al hombre y tal vez pudiera identificarlo. Podría entrar a formar parte de aquel asunto. En aquel mismo momento, sin saberlo, podía verse involucrada —otra mujer implicada por su culpa— y él no quería que lo estuviera mientras pudiese evitarlo.

—El tipo se llevó mi revólver —dijo.

—¿Estás seguro?

—No está aquí. Se llevó mi revólver, mi abrigo viejo y tal vez alguna cosa más.

De todos modos ella miraría el cajón cuando él se fuera.

—Pero ¿por qué?

—Hay gente que roba y necesita armas. En cuanto al abrigo, no sé, tal vez le gustó.

Su mujer le miraba, escuchándole, analizando su manera de

hablar. Manteniendo la tranquilidad, dijo:

—Mitchell, no se lo llevó por eso.

—No sé por qué. Solo sé que ya no está.

—Creo que sí lo sabes.

Mitchell dudó, pero en ese mismo instante se dijo a sí mismo «¡No!».

—Tengo que ir a la fábrica —dijo, y salió de la habitación.

La voz de Barbara le siguió hasta el recibidor:

—Mitch, dime qué pasa, por favor.

Pero él ya había llegado a la escalera y bajó sin contestar.

O'Boyle dijo:

—Mitch, este es Joe Paonessa. De la oficina del fiscal —Notó el gesto de sorpresa en el rostro de Mitchell, les dio tiempo para que intercambiasen los saludos de rigor y dio una breve explicación—. Joe ha podido venir por los pelos, Mitch. Ha tenido la amabilidad de dedicarnos algo de su tiempo para hablar personalmente contigo y darte su punto de vista sobre tu situación.

El hombre de la oficina del fiscal era más joven que Mitchell. Era calvo y llevaba un bigote pequeño. Sus ojos oscuros parecían soñolientos y su expresión era apacible. Pero Mitchell observó que su expresión no cambiaba. El hombre no sonrió. Apenas se levantó de su silla cuando se dieron la mano.

O'Boyle

bebía *whisky* con soda. El hombre de la oficina del fiscal tenía delante una taza de café. Estaba ya comiéndose la ensalada, atacándola con el tenedor en una mano y una rebanada de pan francés, abundantemente untada de mantequilla, en la otra. Mitchell pidió una Bud.

—Nunca había estado aquí —dijo Paonessa—. No vengo muy a menudo a la zona cara de la ciudad.

—Yo tampoco había venido nunca —dijo Mitchell.

—Al mediodía tiene mucho éxito —comentó

O'Boyle

—. De hecho, creo que está más lleno ahora que por la noche.

Ahí acabaron los prolegómenos.

—La mayoría de las situaciones como la suya —dijo Paonessa— no llegan hasta nosotros. No nos enteramos porque sus protagonistas están demasiado avergonzados para contárselo a

nadie. Normalmente es como el juego de Murphy. Pillan al individuo con una puta y él paga para que no le corten las pelotas. Naturalmente, no va a ir a la policía a contarles que estaba con una puta y a arriesgarse a que se entere su mujer.

—Yo no estaba con ninguna puta.

—En su caso —siguió Paonessa—, lo importante es la cantidad de dinero que se maneja. No es un simple caso de Murphy. Usted está cargado, y ellos lo saben. O paga o le joden. Tal vez puedan hacerlo, no lo sé. Al menos pueden decirle a su mujer que ha estado usted viendo a esa puta, y eso podría bastar para amargarle la vida hasta cierto punto. Tampoco sé si eso es así, ni si usted puede permitirse el lujo de pagar para mantener alejada a esa gente. Dice Jim que es un respetable hombre de negocios y que no había tenido líos antes. Bueno, le tomo la palabra. Aunque sé de muchos respetables hombres de negocios que sí son unos pendones —Acabó la ensalada y empezó a rebañar el plato con el pan—. Lógicamente, usted no quiere pagarles. Vale, pero ellos no van a dejarle escapar, ¿no? Delo por hecho. Le han cogido en algo sucio. Le pescaron metiendo su cosa en un agujero que no le corresponde. Usted quiere que su secreto lo siga siendo. Así que digamos que está seguro de que va a salir de esta. De hecho, ellos deben de sentirse igual. Tiene que conseguir que piensen que han hecho un negocio con usted; si no, nunca podremos cogerlos, la policía nunca sabrá quiénes son. Ellos le dicen: «Quedamos en tal sitio a tal hora con el dinero». O le dicen que deje el dinero en tal y cual sitio. La policía puede seguirle, o instalar un micrófono oculto para registrar sus voces o cualquier otra información que pueda ser útil, o esperar en el lugar y pillarles cuando vayan a recoger el dinero. En otras palabras, la única forma de cogerlos es que usted pague o haga como que paga, echarles el anzuelo para que salgan a la vista. Veamos qué vamos a comer. —Abrió la carta grande de color rojo, sujeta a la funda por una borla granate.

—O no les pago —dijo Mitchell.

—Eso depende de usted —contestó Paonessa. Sus ojos recorrieron el menú.

O'Boyle miró a Mitchell antes de dirigirse al hombre de la oficina del fiscal:

—Joe, lo que Mitch pregunta es si, en caso de que no les pague,

y ha considerado esa posibilidad, pueden hacer algo contra él. Ya le ha explicado a su mujer lo de la chica.

Paonessa alzó la mirada, sin alterar su expresión apacible.

—¿Ah, sí? ¿Se lo contó? ¿Y ella qué dijo?

—No creo que eso tenga nada que ver con los tipos que me están chantajeando —dijo Mitchell—. Se lo he dicho a mi mujer, vale, pero aun así me gustaría que los pescaran.

La mirada de Paonessa estaba de nuevo concentrada en la carta.

—En ese caso tendrá que pagarles, o hacer como que paga.

—Es la única manera, ¿no?

—Salvo que pueda identificarlos —dijo Paonessa—. Rellene la ficha y veremos qué podemos hacer. No sé, Jim, me parece que voy a pedir el solomillo a la New York. ¿Qué tal lo hacen, bien?

Antes de que O'Boyle pudiera contestar, Mitchell preguntó:

—¿Y si volvieran a ponerse en contacto conmigo? Quiero decir, si salen con algo nuevo.

Paonessa mantuvo la mirada fija en la carta.

O'Boyle
inquirió:

—¿Qué quieres decir, Mitchell?

—Por ejemplo, que me amenazasen con matar a la chica si no pago.

—Eso se llama extorsión —dijo Paonessa—. Eso ya es otra cosa.

O'Boyle siguió mirando a Mitchell.

—¿Has vuelto a hablar con ellos?

—He dicho «si me amenazasen». ¿Qué pasaría?

Paonessa frunció el ceño:

—La situación es la misma. Extorsión o secuestro: preparan un encuentro o un lugar en el que efectuar el pago, y la policía tiene que basarse en eso.

Mitchell esperó y bebió un trago de su cerveza.

—¿Y si ya la hubiesen matado?

—¿Y si? —dijo Paonessa—. Aun así intentarían negociar con usted. No irían a matar a la chica por nada.

—Pero ¿y si se las arreglan para que pague? Lo consiguen de alguna manera y luego nadie vuelve a verlos y se las piran con el dinero.

Paonessa le volvió a mirar con su expresión muerta.

—Le voy a decir una cosa. Tengo encima de la mesa casos, casos de verdad, sobre los que trabajar durante los próximos dos años: en los archivos, por todo el maldito despacho. De momento, no me hace falta ningún caso de los «¿qué pasaría si?». Por lo que sé, alguien está intentado jugar con usted. Eso sería posible, con tanto jodido loco como corre por ahí. Así que como no me diga que todo esto es auténtico, que está dispuesto a colaborar con la policía..., ¿de qué estamos hablando?

—Pero, si es real... —empezó a decir Mitchell.

—¿Si es real qué? ¿Chantaje o extorsión? ¿De qué estamos hablando?

—De cualquiera de los dos —dijo Mitchell—, o de ambos.

Era una comida gratis, si es que la traían de una vez. Pero a Joe Paonessa no le pagaban nada por estar allí sentado. Dijo:

—Mire, ha de aportar pruebas. Tiene que demostrarnos que se ha cometido un crimen. Si no, solo es una historia, y conozco algunas mejores, si lo que quiere es oír historias de crímenes auténticos, ¿vale?

Mitchell dijo:

—Joe... —Estuvo a punto de añadir «anda y que te jodan», pero no lo hizo—. Joe, estoy tratando de ver las distintas posibilidades, eso es todo. Quiero saber qué alternativas tengo, si es que las tengo, según como vayan saliendo las cosas. Lo que no necesito es que me suelten ningún rollo de mierda. Le estoy muy agradecido por haber venido. Muchas gracias —Empujó su silla hacia atrás y se levantó—. Jim, gracias. Esta vez te toca a ti. A mí me tocará la próxima.

Le vieron cruzar el salón del restaurante en dirección a la salida. Paonessa dijo:

—Por Dios, ¿qué le pasa?

O'Boyle no contestó. Un rato después, dijo:

—Sí, el solomillo lo hacen muy bueno aquí.

Barbara salió sudada de la pista de tenis. Se encontraba bien: la pesadez de sus piernas y de su brazo derecho le resultaba agradable. Había estado una hora jugando con uno de los monitores —que ni siquiera se había quitado el jersey— y había perdido los dos sets:

6-2

y

6-3

. No había pretendido ganar; pero sí esperaba que al menos aquel guapo hijo de puta de pelo largo se hubiera quitado el jersey, como mínimo después del primer set. Hoy habría ganado a cualquiera de las chicas que conocía. Probablemente, incluso al propio Mitchell. Él era un jugador heterodoxo, que golpeaba la pelota en vez de acompañarla, pero, joder, le daba fuerte y ocupaba todo el campo. Tenían previsto, desde hacía quince días, un partido de dobles para el fin de semana, con Ross y una joven de muslos bien torneados. Ya habían jugado una vez con ellos y les habían ganado. Se preguntó quién anularía el partido: si Mitch se acordaría, o si tendría que ser ella... o si Mitch le pediría a su amiga que hiciera de pareja con él. No, la chica no debía de jugar al tenis. Barbara no sabía nada de ella, pero estaba segura de que no tenía raqueta y ni siquiera había jugado en su vida. Se dijo a sí misma que era una *snob*. Se sentó, mirando las pistas cubiertas, que quedaban a un metro y medio del salón, y vio salir a Ross de la número cuatro con el primer monitor.

Apagó el cigarrillo, justo a tiempo para alcanzar el vestuario. Pero esperó, preguntándose si él sabría algo. La cara que puso Ross al aparecer en el salón y verla respondió a su pregunta.

—Barb. —Se acercó a ella con la mano extendida, la mirada triste, compasiva. Era la única persona que ella conocía que la llamaba Barb.

Ross sacó dos latas de Tab de la máquina, la llevó a un sofá —donde estarían más cómodos y apartados del movimiento de la gente— y empezaron los prolegómenos: «Lo siento mucho». «Muchas gracias». «Por Dios, cuando Mitchell me lo dijo no podía creérmelo, de veras que lo siento muchísimo». «Bueno, son cosas que pasan». «¿Crees que va en serio? Quiero decir, ¿tan serio es?». «Eso mismo te iba a preguntar yo».

—Tengo una idea —dijo Ross—. ¿Por qué no cenamos juntos esta noche?

—Gracias, pero creo que no.

—Un momento, espera. ¿Has hablado de esto con alguien?

—No, todavía no.

—Quiero decir, ¿tienes alguien con quién hablar?

—¿Un hombre en el que llorar? —preguntó ella.

Ross le dirigió una sonrisa triste.

—Quizá a veces llores, Barb, pero supongo que no muy a menudo. Te lo dejas dentro, y eso no es bueno.

—Lloro —contestó ella—. Probablemente tanto como cualquier otro.

—Barb, lo siento, de verdad. Me gustaría mucho ayudarte en lo posible. No soy un consejero profesional, soy un amigo, y os conozco muy bien a los dos. He hablado con Mitch y ahora, si me dejas, quisiera hablar contigo. O cerraré la boca y te escucharé, si lo prefieres. O podemos hablar de lo que quieras, para que se te vaya de la cabeza. Barb —hizo una pausa—, creo que una cena tranquila te iría muy bien. De hecho, podría irnos muy bien a los dos.

Ella no necesitaba a Ross: su falsa compasión o su ayuda, lo que tuviera en la cabeza. Le conocía muy bien. Pero, evidentemente, él había hablado con Mitch y quizá sabía algo más que ella de lo que pasaba por la mente de su marido. Incluso podía ser que conociera a la chica.

Barbara tardó en decidirse y asintió, mirándole:

—De acuerdo —dijo—. Probémoslo, a ver qué pasa.

9

LEO FRANK ESTABA harto de estar sentado y de leer el artículo sobre el tío de ciento treinta años que vivía en algún lugar de Florida. Vaya montón de mierda, todo aquello que se suponía que recordaba el tío, y estaba escrito en una jerga que era difícil de pronunciar y no tenía sentido. De modo que se levantó y salió a tomar un poco de aire fresco. Se quedó en la acera con las manos en los bolsillos y la espalda apoyada en el cristal donde estaba escrito lo de «modelos desnudas». El día era cálido, sobre los catorce grados, húmedo y encapotado, con un cielo de mierda —primavera en Detroit—, y los coches iban y venían sin cesar por la avenida Woodward, haciendo chirriar sus frenos sobre el pavimento mojado. Había un cliente dentro. Tres, en las últimas dos horas. No tenía nada que hacer. Se suponía que el tipo entregaría aquella noche el dinero e irían a buscarlo al aeropuerto. Pero, hasta entonces, no había ni una maldita cosa que hacer.

Cuando miró hacia adelante y vio a Mitchell al otro lado de la calle —el tipo, el tipo en persona, allí enfrente—, sintió que algo saltaba en su estómago y supo que tenía que moverse inmediatamente. Pensó en correr, pero optó por darse la vuelta y entrar. Las tres chicas alzaron la vista al oír el ruido de la puerta y vieron que Leo pasaba por delante de ellas.

—Me voy un momento —dijo—. Cualquiera de vosotras puede encargarse de esto, ¿vale? La caja está en el cajón de la derecha de la mesa.

Las tres chicas siguieron fumando, leyendo sus revistas y

limpiándose las uñas, mientras él se iba por el fondo de la sala.

Leo Frank abrió la puerta trasera, que daba al callejón donde aparcaba su coche. Mirando hacia la sala por encima del hombro, dejó que la puerta volviera a cerrarse y se metió rápidamente en el último cubículo, el que utilizaba como oficina privada, cuyas paredes estaban prácticamente cubiertas de fotografías de chicas desnudas.

Cuando Alan contestó al teléfono —después de siete pitidos, el lento hijo de puta—, dijo:

—Ha venido otra vez. Te lo juro por Dios; le he visto cruzando la calle.

Alan le preguntó dónde estaba y Leo contestó que en su despacho. Eso era bueno. Alan Raimy, desde su propia oficina cerrada en el vestíbulo del Imperial Art Theater, se imaginaba a Leo rodeado de fotos de desnudos, sudando. Casi podía verle sudar, con aquella mezcla de su olor corporal y la colonia barata que se ponía constantemente.

Alan dijo:

—Leo, quédate donde estás, ¿vale? Espera un momento, por Dios. ¿Qué les has dicho a las chicas? Está bien, Leo. Veo que piensas. No hay ningún motivo para ponerse nervioso... No, quédate donde estás. Leo, escúchame. Siéntate, fúmate un porro, haz un solitario, o algo así, pero no te muevas. Voy para allá. Entraré por la puerta de atrás. Pero métete en la cabeza que no sabe quién eres. Repítete eso, Leo. No... sabe... quién... eres. —Alan colgó.

«Joder», se dijo a sí mismo.

Mitchell se acordaba de sus nombres, las tres mismas chicas esperando en el mismo orden, de izquierda a derecha, en las sillas: Peggy, Terry y Mary Lou. Alzaron la vista, le miraron y Peggy dijo:

—¿Llegaste a encontrarla? ¿Cómo se llamaba? ¿Cini?

Negó con la cabeza.

—Busco al jefe. El tipo que estaba antes en la mesa.

—Leo se ha ido. Ha dicho que salía un momento.

—¿Cuánto hace de eso?

—Solo un par de minutos.

—¿Se llama Leo?

—Leo Frank —dijo la chica.

—Bueno... —Mitchell miró a su alrededor, deteniendo finalmente su mirada en la mesa y la silla vacía que había junto a ella—. Entonces será mejor que me siente, ¿no?

A nadie parecía importarle.

—A tu aire —dijo Peggy.

Un rato después, se levantó y cogió la revista que yacía abierta encima de la mesa y empezó a leer sobre un hombre negro, de ciento treinta años, que vivía en Florida y se pasaba el día sentado en el banco de una parada de autobús que había frente a su casa, de una sola habitación. Estaba leyendo que el hombre había vivido en el oeste y decía haber conocido a Jesse James y a Billy el niño, cuando Doreen apareció en la sala. La seguía un tipo joven que pasó rápidamente por su lado sin decir nada, le miró y se dirigió a la puerta.

—Estos oficinistas cada día son más fantasmas —dijo Doreen—. ¿Sabéis lo que quería que hiciese?

—Que te mearas encima de él —contestó Peggy.

—Encima de su cara —puntualizó Doreen.

—Ya lo sé, a mí también me ha tocado —dijo Peggy—. ¿Le gustó?

—Le dije que si quería un chorro metiera la cabeza debajo del grifo y lo abriese.

—Probablemente es lo que hace en casa —dijo Peggy—. A mí los raros ya no me preocupan. Al fin y al cabo, ¿qué es raro?

Mitchell bajó la vista hacia el rostro del hombre de ciento treinta años. Esperó todavía un momento antes de volver a mirar a la negra.

Dijo:

—¿Doreen?

El rostro de la chica se iluminó al encontrar su mirada.

—Sí, amor. ¿Quieres sacarme una foto?

Ya en el estudio, ella dijo:

—Sabes mi nombre; debes de haber estado aquí antes.

—Un par de veces —contestó Mitchell—. Y te había visto también en el topless. ¿Ya no trabajas allí?

—¿En el Kit Kat? Sí, trabajo allí y aquí y donde sea —Se desabrochó la blusa, que llevaba anudada bajo los pechos, y la dejó caer—. Yo también te tengo visto, pero me cuesta situarte.

—Cuando venía aquí, pasaba antes por el topless.

—¿Para levantarte la moral?

—No. No veo que haya nada malo en venir aquí, mientras sea legal.

—Admiro tu actitud liberal —dijo Doreen. Sus manos se apoyaban en la cintura de sus ajustadas bragas blancas—. Bueno, ¿tú vas de mirón, o quieres el número completo?

Mitchell tomó la Polaroid que había cogido de la mesa de la entrada, enfocó a Doreen y sacó una fotografía.

—Empecemos y veamos qué ocurre. Como tú quieras.

—Como quieras tú. Haz lo que más te apetezca, mientras no vaya en contra de mi religión.

—Fue en el bar —dijo Mitchell—. Recuerdo que te conocí allí, hará unos meses.

—¿Me conociste?

—Nos presentaron. Había una chica que trabajaba aquí, creo que se llamaba Cini. Nos presentó ella.

Doreen dudó, aunque su expresión permaneció tranquila y no la traicionó. Dijo:

—Sí, Cini trabajaba aquí hace algún tiempo. Muy buena persona. ¿Solías verla?

—Solo de vez en cuando.

—Supongo que debió de dejarlo para seguir estudiando.

—Probablemente —dijo Mitchell. Extrajo la fotografía de la cámara y separó la hoja del negativo—. Tengo entendido que muchas de las chicas que hacen esto se pagan así los estudios.

—Esa es una historia tan buena como cualquier otra —dijo Doreen—. ¿Qué tal ha salido?

Mitchell estudió la fotografía.

—No está mal. Un poco oscura.

—Eso es por mí, nene.

—No, me refiero a la luz. Está baja de exposición.

—Entonces voy yo y digo: «Si quieres más exposición, espera a que me quite los pantalones».

Mitchell le sonrió amistosamente:

—Muy bueno.

—O el tío dice: «Eh, muñeca, qué apertura tienes».

—Seguro que hacéis algo con el enfoque —dijo Mitchell.

Doreen asintió:

—Si el tío está sacando una foto de dos de nosotras (para ello tiene que haber pagado doble) le digo: «Eh, ¿estás intentando enfocar o qué?».

—Te lo pasas bien trabajando, ¿eh? —Mitchell sacó otra fotografía y sonrió.

—Estás sacando fotos de verdad, ¿no?

—¿No es lo que hace todo el mundo? —Sonaba honesto, sincero.

Los reposados ojos de Doreen permanecieron fijos en Mitchell.

—¿Has ido alguna vez a casa de Cini?

—Me has preguntado si solía verla. Pues allí era donde nos encontrábamos.

—¿Dónde exactamente?

—En un apartamento en Merrill. Tú tienes uno en el mismo edificio —dijo Mitchell—. De vez en cuando, Cini te llevaba a casa.

Doreen alzó sus bellos ojos lánguidos.

—La conocías bien, ¿no?

—Diría que bastante bien.

—¿Cuánto te cobraba?

Mitchell estaba extrayendo la fotografía de la cámara. Miró bruscamente a Doreen y se encontró con su mirada tranquila.

—No me cobraba nada.

—¿Ni siquiera la primera vez?

—Nunca —contestó Mitchell.

—Bueno, supongo que es asunto tuyo —dijo Doreen—. O tal vez ella diría que no lo era —sonrió—. A no ser que te estés marcando un farol, que me estés contando una historia.

—¿Qué más da si te lo crees o no? —dijo Mitchell.

—Bueno, amor, estaba alimentando la esperanza de que tal vez dejáramos este local para los burócratas y nos fuésemos a mi casa. Lo único es que la gerencia no hace ningún regalo a nadie —Esperó y preguntó—: ¿Y bien?

Veía a Cini en aquella misma habitación. La veía en el apartamento y la veía en la playa de las Bahamas; la chica espontánea y guapa que sonreía con facilidad y le hacía sentirse bien.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Cien dólares. Por ese precio tienes un té, un canuto y la

posibilidad de intentarlo por segunda vez.

—De acuerdo, hagámoslo —asintió Mitchell.

Doreen volvió a utilizar sus ojos.

—Oye, me gustas. No sé si es por mi encanto o solo porque estás caliente, pero me gustas. Pero hay una cosa, amor. Tienes que pagar antes por esta pequeña sesión. Son veinte dólares, con la cámara, porque si no el patrón me corta el negocio.

Cuando Mitchell le dio un billete de cincuenta dólares, Doreen sonrió y añadió:

—Venías preparado, ¿eh?

Estaba dispuesto a ir con ella a su apartamento o adonde fuera, para intentar enterarse de algo sobre la chica llamada Cynthia Fisher y sobre cómo vivía y sobre la gente con la que trataba. Pero hubo un retraso.

Doreen sacó la caja del cajón de la mesa. No había cambio para el billete de Mitchell.

—Maldita sea —dijo Doreen—. ¿Dónde está Leo, en la oficina?

Peggy apartó los ojos de la revista.

—Creo que ha salido.

Doreen le dijo a Mitchell:

—Iré a ver. Si quieres puedes venir. Si no, espérame aquí.

Mitchell la siguió por la entrada hasta la zona de los estudios. Todavía cargaba con la Polaroid, pero en ese momento aún no se había dado cuenta. Quería volver a ver a aquel hombre llamado Leo y preguntarle algo sobre Cini. No estaba seguro de lo que le iba a preguntar; pero esa fue la razón por la que siguió a Doreen por el pasillo hasta la última puerta y se quedó detrás de ella cuando la abrió. Vio a Leo detrás de su mesa, al tiempo que el gordo estiraba el cuello para verle a él. Doreen estaba diciendo:

—Leo, dame treinta dólares a cambio de este billete, ¿quieres?

Pero Leo no miraba a Doreen. Su mirada estaba fija, congelada durante un momento, y Mitchell habría de recordar aquella expresión durante mucho tiempo.

—Me alegro de volver a verle —dijo Leo, insinuando una sonrisa—. Parece que está convirtiéndose en cliente habitual.

Doreen insistió:

—Leo, toma esto y dame treinta, ¿vale? Ese hombre está esperando.

En ese momento, Mitchell supo lo que iba a hacer. Dijo:

—¿Doreen?

—¿Qué?

—¿Doreen? —volvió a llamar.

Esta vez se volvió a medias, mirándole, y él dijo:

—Otra.

Elevó la cámara y pegó el ojo al visor. Oyó que Leo decía: «No, aquí no». Pero era demasiado tarde. Apretó el disparador, bajó la cámara, y esperó a que terminase el proceso de revelado.

Leo dijo:

—Eh, va en serio. Voy a tener que pedirle que me entregue esa cámara. La ha alquilado para retratar a las modelos, pero su tiempo se ha acabado y no puede seguir usándola.

—Mi tiempo no se ha agotado —respondió Mitchell.

—Bueno, quiero decir que está bien tomar fotografías en los estudios, pero esto es propiedad privada. No puede hacer todas las fotos que quiera. ¿Me entiende? Alquiló la cámara para fotografiar a las modelos.

—Y ella lo es —dijo Mitchell. Vio la expresión de Doreen. No tenía ni idea de qué iba aquello.

—Sí, ella lo es —dijo Leo—, pero esto no es un estudio. Esas son las normas. Tiene que ser en un estudio. Usted entenderá. Quiero decir, ¿acaso le gustaría que alguien entrase aquí y le hiciese una foto si usted no quisiera?

Mientras Mitchell elevaba la cámara, sacaba la fotografía y separaba la hoja de negativo, Leo Frank siguió diciendo:

—Insisto en que me dé esa foto.

Mitchell le miró un momento y se metió el retrato en el bolsillo del abrigo.

—Eh, hombre, que va en serio —Leo Frank se levantó y, dando la vuelta a la mesa, se acercó a Mitchell con la mano extendida—. Deme esa fotografía.

—Si la quiere, tendrá que cogerla —le dijo Mitchell—. La cuestión es hasta qué punto la desea.

Mitchell esperó, dándole tiempo. Al ver que no decía ni hacía nada, se dio la vuelta y salió.

Leo estaba sentado junto a la mesa cuando entró Alan por la puerta trasera y se metió en su despacho.

—Me ha hecho una foto —dijo Leo.

—¿De qué estás hablando? ¿Quién te ha hecho una foto?

—El tipo. Entró con Doreen hace unos minutos, le dijo que se volviera y disparó la Polaroid.

—O sea que le sacó una foto a Doreen. —Alan se había sentado en la silla del despacho, inclinado hacia adelante, con las manos apoyadas en el borde de la mesa.

—No. Eso es lo que quería aparentar, diciéndole a ella que se diera la vuelta. Pero yo he salido en la foto, estoy seguro de que he salido.

—¿Te la enseñó?

—No. Dijo «si la quiere, intente cogérmela». Y se fue.

Alan miró fijamente a Leo y se repantigó en la silla.

—Vale, supongamos que te ha sacado una foto. ¿Y qué? Te ha visto alguna vez aquí, y ya sabe qué pinta tienes. ¿Y qué? Leo, piensa, ¿quieres? ¿De qué le sirve la fotografía?

—Anda detrás de algo —dijo Leo—. Estoy seguro.

Alan le miró con sorna y movió lentamente la cabeza.

—Leo, anda detrás de una mierda. No te conoce. No existe la menor posibilidad de que pueda relacionarte con nada. A no ser que se lo digas tú mismo.

—Decírselo... ¡Por Dios! ¿Tú crees que se lo diría?

—No lo sé —dijo Alan—, pero parece que te va a dar un ataque al corazón —De nuevo se inclinó hacia adelante—. Leo, el tipo te ha sacado una foto. Pues muy bien. Podrías haberle dado una tú mismo, con tu autógrafo, para que la lleve en la cartera. Pero, escúchame, Leo, ¿de qué le va a servir?

Leo no dijo nada y Alan insistió otra vez con tono tranquilo, relajado:

—No tienes por qué preocuparte. Ve a casa, tómate unas pastillas y métete en la cama. Empieza a contar billetes de los grandes hasta cien, despacio —Sonrió al gordo, que seguía detrás de la mesa—. Eh, Leo, te quedarás como un tronco antes de llegar a contar la parte que te toca.

Alan encontró a Bobby Shy justo a tiempo. Se iba a Royal Oak a ver a su camello y conseguir algo de chocolate. Alan le acompañó y le contó lo de Mitchell y la fotografía.

—¿Y qué puede hacer con ella? —le preguntó Bobby.

—Nada, hablo de Leo.

Mierda, lo que ahora le preocupaba de verdad era la forma de conducir de Bobby, entre el vertiginoso arroyo de tráfico de North Woodward. Salía disparado de los semáforos, sin preocuparse por las vallas protectoras o por los coches que trataban de salir de los aparcamientos e incorporarse al tráfico, pasando junto a los rótulos de neón de los moteles y los negocios de venta de coches usados.

—¿Qué le pasa a Leo?

—Está empezando a lloriquear. Creo que si vuelve a ver al tipo se pondrá a llorar.

—Habla con él —dijo Bobby—. Estrecha su pequeña mano regordeta.

—Mira, estoy dispuesto a cantarle nanas cada noche, si hiciera falta. Pero si eso no funciona... Entonces, amigo, tendremos un problema.

—Pero no un problema irresoluble, ¿verdad?

—No digo nada de eso —contestó Alan—. Todavía no. Pero de hoy en adelante tendremos que controlarle más de cerca. Sobre todo cuando se pone a beber.

—Puede dejarlo —dijo Bobby Shy—. Ya se lo he visto hacer otras veces.

—También puede caerse de la silla y abrirse la cabeza. Y no queremos que eso le ocurra.

10

ROSS SOLÍA ATACAR al llegar las copas, después de la comida. Con su Stinger o su Harvey Wallbanger, se inclinaba un poco para acercarse y decía: «Cariño, ¿por qué no acabamos esto y nos vamos a un motel?». O, según la chica: «Cariño, ¿verdad que te gustaría ir a algún sitio y tumbarte?». Las respuestas a su aproximación directa iban desde «¡Vaya! No pierdes el tiempo, ¿eh?», hasta «No, pero no me importaría tener una historia contigo». De vez en cuando recibía un simple «Claro». Y rara vez un «No» definitivo. Ross tenía éxito porque era un buen vendedor y nunca temía exigir un pedido.

Aquella noche, sin embargo, era distinto. Barbara era una amiga. La esposa de un amigo. Y no quería tomar una copa después de cenar. Solo un café.

Contaba con la ventaja del lugar. Habían cenado en el bar de un restaurante. Estaba empezando a llenarse, el ruido aumentaba y el hombre de mediana edad y pelo ahuecado que entretenía a la gente al piano estaba tocando cosas como *Some Enchanted Evening*.

Ross dijo:

—Me parece que este lugar se está degradando. Acabará convirtiéndose en un bar de barrio. Para los colgados de la vecindad.

—Un bar de barrio algo caro —dijo Barbara—. Me han comentado que ahora vienen putillas por aquí, de las profesionales. ¿Cómo pueden competir con las aficionadas?

—Eso es por la tarde —dijo Ross—, cuando vienen las amas de casa aburridas. Hoy en día, las mujeres o beben o juegan al tenis.

—Me gustaría creer que en este mismo momento hay en algún lugar alguna mujer sentada con un costurero sobre su regazo, zurciendo calcetines.

—¿De verdad? —preguntó Ross.

Barbara se encogió de hombros.

—Es igual —Recorrió con la vista las caras y el movimiento de vasos que llenaban el salón—. Entre los treinta y cinco y los sesenta. Han salido a divertirse. ¿Cuántas de ellas dirías que están casadas? ¿O que se han casado dos veces? ¿O tres?

—Son cosas que pasan —contestó Ross.

Barbara le miró.

—Perdona. No quería decir lo que ha parecido.

Él vio el camino abierto y dijo:

—Barb, todavía no hemos hablado. Pero me parece que este no es el lugar adecuado. —Parecía sincero.

—Es verdad. Va siendo hora de que me vaya a casa.

—No, no... Quiero decir que tendríamos que ir a otro sitio. Hablar tranquilamente. Solo son poco más de las diez —Se acercó más, empezando el ataque—. ¿Te gustaría ir a algún sitio especial? ¿A tomar una copa? ¿O tal vez dos? ¿Un sitio para estar relajados y poder hablar tranquilamente?

Ella negó con la cabeza.

—No, me da igual. A donde tú quieras.

—Está bien —dijo Ross.

Pagó la cuenta, recogió los abrigos y cruzaron el comedor y el pasillo, de cuyas paredes colgaban cuadros originales que estaban a la venta, hasta llegar al vestíbulo del motel contiguo al restaurante, que parecía una taberna. Barbara dudó.

—Ross...

La tomó del brazo.

—No digas nada todavía, ¿de acuerdo? —Y la siguió por el vestíbulo, alrededor de las plantas, hasta que llegaron a la *suite* ciento doce, cuya llave llevaba en el bolsillo.

En el salón, sobre la mesa de café —lo primero que vio Barbara al entrar— había una botella de champaña metida en una cubitera de plata, una botella de coñac y dos vasos. Tras cerrar la puerta, Ross explicó:

—La había alquilado para un cliente que ha estado aquí unos

días. Se ha ido esta tarde y, como esta noche está pagada, he pensado: «¿Por qué no utilizarla?». Es tranquila y bonita.

—¿Y el champaña se lo ha dejado el cliente? —preguntó Barbara.

Ross rio.

—No, es para nosotros —Hizo una pausa—. Barbara, de verdad, he pensado que esto sería más cómodo. Pero si te sientes... extraña, siempre podemos irnos.

—Está bien —respondió Barbara.

—Te prometo que no tengo segundas intenciones. Di una sola palabra, y nos largamos.

—No te pases —dijo Barbara—. De momento, te creo. —Se sentó en el sofá que había junto a la mesita de café.

—He de reconocer que siempre me has atraído —dijo Ross—. Incluso reconoceré que he alimentado ciertas fantasías contigo.

—¿Fantasías sexuales?

—¿De qué otro tipo podrían ser? Pero tú sabes que no te he traído aquí para llevarte a la cama.

—No sin mi consentimiento.

Ross sonrió.

—Bueno, tal vez la posibilidad haya cruzado por mi mente. Cualquier forma posible de consolarte será un placer para mí. No, de verdad —de nuevo serio—, no hay nada mejor en una situación como esta que hablar con alguien, para saber lo que tú misma piensas y sientes sinceramente.

Ella observó cómo servía el champaña y luego abrió la botella de coñac.

—¿Unas gotas de esto? Para hacernos la pareja francesa.

Barbara negó con la cabeza:

—No, gracias.

Ross vertió un poco de coñac en su copa y se sentó en el sofá, dejando poco espacio entre los dos.

—Bueno, ¿se lo has dicho a Sally y a Mike?

—No, de hecho no he hablado todavía con Mitch. No tengo ni idea de cuáles son sus planes.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¿Qué tiene que ver? Pues mucho.

—Quiero decir... ¿y si quiere divorciarse?

—En ese caso, nos divorciaríamos —dijo Barbara—. ¿Crees que le retendría en contra de su voluntad?

—¿No intentarás convencerle?

—No pretenderás que le persiga —dijo Barbara—. Él sabe cómo me siento y sabe lo que hemos compartido durante mucho tiempo. Por Dios, si es más sentimental que yo. El último cajón de su armario está lleno de fotografías de los niños cuando eran pequeños. Cumpleaños, Navidades, muchas de cuando íbamos a Florida. Todavía tenemos algunos muebles viejos en el sótano, de los que me dieron mis amigos cuando nos casamos. Están destrozados, pero no es capaz de deshacerse de ellos; ni siquiera los daría por caridad.

—Todo corazón —dijo Ross.

—No le tomes por idiota —contestó Barbara—. No lo es. Lo que digo es que si quiere echar a perder veintidós años para ponerse a jugar a papás y mamás con una tía joven, él sabrá lo que hace.

Ross alzó el brazo para apoyarlo en el respaldo del sofá. Sus dedos tocaban los hombros de Barbara.

—Yo no digo que sea idiota. Pero sí que debe de estar volviéndose loco.

—¿Por qué? ¿Por habérmelo explicado?

—No. Por haberse enrollado con otra. ¿Sabes si había tenido alguna historia antes?

—No sé de dónde habría sacado el tiempo. Creo que, de repente, le afecta su edad. Quisiera volver a tener veinticinco años.

—El problema es que después de la primera vez...

Barbara volvió la cabeza para mirarle.

—¿Ocurrió así contigo?

—No —dijo Ross—. Yo siempre he tenido mis historias. Busco algo, supongo —Sus dedos se movieron distraídamente sobre los hombros de ella—. Lo que estaba diciendo, por qué digo que está loco, es que creo que si yo hubiera estado casado contigo nunca las habría tenido.

—¿No has sido feliz? ¿Ninguna de las dos veces?

—Realmente, no. Siempre tenía la sensación de estar perdiéndome algo. Supongo que porque en aquel momento creía que amaba a mi mujer, pero en verdad no me gustaba especialmente —La miró, mientras ella bebía champaña—. ¿Qué tal

está?

—Muy bien. Bueno y frío.

—Prueba esto.

Ella bebió un trago de su champaña con coñac, para que no insistiera.

—Me gusta, pero es demasiado fuerte.

Cuando él le cogió la copa de la mano, se dio cuenta de que estaba más cerca.

—No me preocupa demasiado Mitch, ni cómo se metió en esto. Pienso más en ti. Te miro y pienso «qué desperdicio».

—Ni que me hubieran convertido en chatarra.

—No, lo que quiero decir es que pienso que ahora estás más guapa, más atractiva que nunca desde que nos conocimos.

—Intento envejecer con dignidad. Como todo el mundo.

—No estás envejeciendo —Sus dedos le tocaron la mejilla—. Ni una arruga. Piel clara, suave..., una figura perfecta. Por Dios... — Posó la mirada en su cara—, ¿desde cuándo no haces el amor?

—¿Quieres saber el día y la hora exactos?

—Barbara, si podemos relajarnos y disfrutar el uno del otro, ¿qué hay de malo en eso? ¿Acaso hacemos daño a alguien?

—Tal vez en otra ocasión, Ross. ¿De acuerdo?

—Barb, no pretendo presionarte. Me atraes terriblemente, quiero acostarme contigo, y no me da miedo admitirlo —Hizo una pausa y siguió, incluso más calmado—: Barb, te haré el amor mejor que nunca en tu vida.

Barbara le estudió un instante, antes de contestar:

—¿Y cómo lo sabes?

—Te lo prometo.

—No, de verdad, ¿por qué crees que serías mejor que Mitch?

—Después de veintidós años, Barb, te lo prometo, cualquier mínimo cambio, el simple hecho de ser algo nuevo y distinto, no puede sino mejorar.

—¿Qué tienes pensado?

—Venga, no seas fría. Relájate y déjate llevar.

—Podría, ¿no? Nadie se enteraría.

—Desde luego, yo no lo diría —dijo Ross. Dejó su copa sobre la mesa. Atrajo a Barbara hacia sí suavemente, rodeándole los hombros con sus manos, y la besó, conteniéndose al principio y

luego demostrándole lo serio y ferviente que era, intentando abrirse camino con la lengua entre sus labios.

Barbara separó la cabeza para apartar sus labios de los de Ross y este le rodeó la espalda con las manos, abrazándola con firmeza.

Junto a su oído, ella dijo:

—Ross...

—Barb, no digas nada. Déjate llevar.

Lo raro era que podía, fácilmente, cerrar los ojos y dejarse llevar. Se sentía cálida y cómoda. Ligeramente tensa. Estaba con un hombre en la habitación de un hotel. Ross olía bien. Era bastante atractivo. Si se callara y no dijera nada, ella podría aceptar racionalmente que estaba allí e irse con él a la cama y tal vez, como había dicho él, sería mejor que nunca.

Pero Ross dijo:

—¡Joder, cómo me excitas!

Y luego inspiró con fuerza por la nariz... y era como en una película. Una película no muy buena. Ella se dio cuenta de que no formaba parte de lo que allí estaba ocurriendo. Era una observadora, asomada a algún lugar para verlos a los dos en el sofá.

Cuando la mano izquierda de Ross se cerró sobre su pecho, dijo:

—Estaba pensando...

—¿Qué? —susurró Ross.

—En lo que haría Mitchell si nos viera así.

Ross se apartó para mirarla, con una expresión seria.

—Eso no ayuda mucho a mejorar las cosas.

—De todos modos, ¿qué crees que haría?

—No creo que se encuentre en situación de hacer nada —dijo Ross—. ¿Quieres decir físicamente?

—Lo que sea —contestó Barbara—. El caso es que él es impredecible. Tú nunca lo habrías dicho, ¿verdad?

—Yo diría que es bastante estable. Si dice que te va a hacer una entrega, la cumple.

Barbara se recostó sobre el cojín.

—También puede llegar a ser... Iba a decir «calculador» y no se me ocurre ninguna otra expresión. No morbosos, ni mal intencionados, pero...

—Barb, ¿por qué no hablamos de Mitch más tarde? Toma, bebe un poco más —Ross alcanzó la botella de champaña, le llenó la

copa y se la llevó a la boca, ayudándole a dar el primer trago—. No agüemos la fiesta.

Ella bebió otro trago mientras él llenaba rápidamente su copa. Ross bebió y se dio la vuelta para lanzarse de nuevo sobre Barbara, pero demasiado tarde.

—¿Sabías que Mitch estuvo en el ejército del aire durante la guerra?

—Barbara, vamos...

—Yo he dicho que era impredecible y tú que era estable. Y, de alguna manera, los dos tenemos razón.

Ross sacó un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa, resignándose por unos instantes.

—¿Sabías lo del ejército?

—No, no lo sabía. ¿Qué era, mecánico?

—¿Lo ves? —dijo Barbara—. No, era piloto de guerra. Todo el mundo da por hecho que debía de ser un chapucero grasiento. Pero a los veinte años era teniente. Pilotaba un P-47

—¡Qué interesante!

—¿Y sabes lo que es más interesante? —Barbara esperó un momento—. Derribó siete aviones alemanes en menos de tres meses.

—¿En serio? —Ahora Ross parecía estar interesado—. Nunca se lo había oído contar.

—También se cargó dos Spitfires.

—¿Spitfires? —Ross frunció el ceño—. Eso son aviones ingleses.

—Ya sé que lo son. Mitch volvía a su base, creo que en Francia. Los dos aviones se lanzaron en picado sobre él, disparando sus cañones, creyendo por alguna razón, que era alemán. Mitchell les encaró para protegerse. Disparó y, con solo dos tiros, él dice que fue pura suerte, los derribó a los dos.

—¡Por Dios! ¿De verdad? —Ahora Ross estaba emocionado.

—Hubo un juicio —siguió Barbara—, una investigación oficial. Mitchell explicó la situación tal como él la había visto y, dada su experiencia y su expediente, le declararon inocente de «intención alevosa o culpa accidental», como decían ellos. El general, o quien fuese, declaró cerrada la sesión. Mitchell se levantó y dijo: «Señor,

quisiera hacer una pregunta». El general contestó: «Adelante». Y Mitchell dijo: «¿Puedo anotar los Spitfires en mi cuenta de derribos?». Le retuvieron por desacato al juez y a la semana siguiente le enviaron a casa, destinado a una base de Texas.

—Me lo imagino —dijo Ross, asintiendo—. Joven y salvaje.

Barbara negó con la cabeza.

—Tranquilo y calculador. No ha cambiado tanto desde entonces. Siempre atemperado, buen tipo... hasta que alguien se pasa de la raya y le provoca.

—O liga con su mujer.

—Nunca ha tenido que preocuparse por eso.

—Todo ha empezado al preguntarte tú qué haría si entrase aquí.

—Exacto —contestó Barbara—. ¿Tú qué opinas?

—Barb —Ross hizo una pausa—, creo que no estás preparada para estas cosas. O me he precipitado, o algo así.

—Pensaba que íbamos a hablar.

—Ya hablaremos en otra ocasión —dijo Ross—. Se está haciendo tarde.

11

MITCHELL ESTABA en la cocina cuando oyó que se abría la puerta de entrada. No había comido. Llevaba allí más de dos horas, la mayor parte del tiempo sentado en el estudio, esperando que Barbara volviera de dondequiera que estuviese. Estaba en la cocina, decidiendo si debía hacerse un bocadillo, preguntándose si eso estaría bien. Era su casa, pero ahora ya no vivía allí. Eso le producía una sensación extraña. Al oír el ruido, se apartó del frigorífico. Mirando hacia la entrada, a través del comedor y del salón, vio a Barbara, con la mano apoyada en la puerta medio abierta. Oyó, una voz de hombre que decía: «Volveremos a hacerlo pronto, ¿de acuerdo?». Pero no asoció la voz a nadie hasta que Barbara cerró la puerta, se dio la vuelta y le vio. «Ross —se dijo—, por Dios bendito. Ross ya». Observó la mirada de ella. ¿Sorpresa? ¿Culpa? Con las manos en la masa. O momentáneamente sorprendida. Al entrar en la cocina, su expresión era tranquila, recompuesta.

—¿Hace mucho que estás aquí?

—Un rato. No mucho.

—He salido a cenar.

—Ya me lo había imaginado. ¿Adónde has ido?

—Al Inn. Me parece que se está degradando. Hay mucho ruido.

Mitchell asintió:

—Tengo entendido que se ha hecho famoso entre las mujeres solitarias.

—Yo no he ido sola.

—Ya lo sé.

Hubo un silencio. Estaban de pie, a tan solo un paso el uno del otro, mirándose, esperando. Mitchell pretendía esperar y no decir nada hasta que ella hablara. Pero esa tozudez se desvaneció. Estaba guapa. De negro, con perlas. Estaba mejor que nunca. Había ido a cenar con Ross. Él lo sabía. Pero si ella no quería decírselo, si quería mantenerle sobre ascuas, tenía todo el derecho a darse la vuelta e irse sin decir nada. Se sentía idiota. Un marido celoso, un gran idiota, poniendo a su mujer en evidencia.

Dijo:

—Estaba pensando en hacerme un bocadillo. ¿Te parece bien?

Ella esperó un momento, todavía sosteniéndole la mirada.

—No lo sé. Tendría que consultarlo con mi abogado.

—¿Has contratado un abogado?

—Por Dios, si todavía no hemos hablado —Dejó su bolso sobre la repisa y pasó junto a él para ir al frigorífico—. No tengo ni idea de lo que pasa por tu mente y tú me preguntas si he contratado a un abogado —Abrió el frigorífico, volvió a mirarle y dijo—: ¿De qué quieres el bocadillo?

—Me da igual. De lo que sea.

—¿Un perrito caliente?

—Bueno.

—Dime solo una cosa, ¿vale? ¿Estamos hablando de divorcio?

—Barbara..., no lo sé. Tampoco sé lo que piensas tú. Por lo poco que hemos hablado, no debes de haber entendido nada, ¿no?

—Pues no demasiado. ¿Quieres una cerveza?

—Está bien.

La miró mientras ella abría el frigorífico, apartaba una jarra de zumo de naranja para sacar la cerveza y le decía:

—¿Te vas a ir con la chica, o no?

—No.

—¿Qué significa eso? ¿Que no de momento o que no la vas a ver más?

—Barbara, ella ha muerto.

—¿Que ha muerto? ¿Que le ha pasado algo y se ha muerto?

Mitchell no estaba seguro de por qué se lo había dicho. Le había salido. Ella estaba muerta y él tenía que decir que lo estaba. No podía simular que era una chica de otros tiempos que se hubiera mudado o que hubiera desaparecido de vista. Estaba muerta.

Dejó la lata de cerveza sobre la repisa, sacó la fotografía del bolsillo de su chaqueta y se la enseñó a Barbara. Ella no dijo nada. Se la mostró y observó su reacción.

Barbara se dio la vuelta, dejando abierta la puerta de la nevera.

—¿Esa es la chica?

—No, una amiga suya. Pero lo que me interesa es el hombre. ¿Lo has visto alguna vez?

Barbara cogió la fotografía para estudiarla y él sintió morir su esperanza. No había el menor rastro de reconocimiento en su rostro.

—No, creo que no.

—¿No es el hombre que estuvo aquí, el del servicio de contabilidad?

—Seguro que no. Era huesudo y llevaba el pelo más largo.

—Tenía esa esperanza —dijo Mitchell—. Bueno... —Cogió la fotografía y la dejó sobre la repisa.

—Mitch, ¿quiénes son?

—Trabajan en un estudio de modelos. Hoy he estado allí. He tenido un presentimiento y les he sacado la foto.

—¿Son amigos tuyos, o qué? —preguntó Barbara—. ¿Qué hacías tú en un estudio de modelos? —Había tantas cosas que quería saber con urgencia, tantas preguntas que quería hacerle, y él se quedaba allí mirando tranquilamente la fotografía, con aquella expresión apacible, la boca cerrada—. Mitch, por el amor de Dios, ¿quieres hacerme el favor de decirme lo que pasa?

Detrás de ella, el brillo de la luz interior del frigorífico iluminaba las cajas de leche, la jarra de zumo de naranja, latas de cerveza, paquetes envueltos en plástico y platos cubiertos con papel de aluminio.

—Quiero contártelo —dijo Mitchell—. Pero no tiene nada que ver contigo. Me está pasando a mí; no quiero verte involucrada en esto.

—Mitch, sea lo que sea, nos está pasando a los dos. Yo ya estoy involucrada. Mientras sea tu esposa, lo estaré.

Ella miró sin decir nada. Se acercó a ella y lentamente, con cuidado posó la mano sobre su hombro. Cuando ella le miró, se acercó a la puerta del frigorífico y la cerró.

—De acuerdo —dijo Mitchell—. Sentémonos.

Había cuatro colillas en el cenicero. Un vaso a medio beber,

olvidado, con el hielo ya derretido. Barbara estaba sentada frente a él, al otro lado de la mesita de café, inclinada hacia adelante en la silla baja. Durante la última media hora no le había quitado los ojos de encima.

—Pero... ¿Y si no está muerta?

—Sé que lo está.

—En las películas ves que disparan a la gente. Pueden hacer que parezca real.

—Yo también pensé en eso —dijo Mitchell—. Está muerta. Vi su cara. Sus ojos estaban abiertos, con una mirada que nunca había visto antes. No respiraba. No fingía; estaba muerta.

—¿Y qué podrían hacer con ella? ¿Dónde se puede guardar un cadáver?

—No lo sé. Quizá la han enterrado en algún sitio.

—Con tu revólver y tú abrigo.

—En el revólver están mis huellas digitales. La licencia...

—Eso sí han guardado el cadáver —dijo Barbara—. Si todavía lo tienen o si saben dónde está.

—Esa es toda su fuerza —dijo Mitchell—. O pago, o le dicen a la policía dónde pueden encontrarlo.

—Bueno, ¿y qué pasa si vas a la policía y se lo cuentas tú primero?

—¿Contarles qué?

—Todo —dijo Barbara—. Quiero decir... no irías a contárselo si realmente hubieras sido tú. Ellos se darían cuenta de eso.

—Pero yo no sé dónde está la chica. No puedo probar nada.

—Al menos podrías contarles exactamente lo que viste. Luego sería cuestión suya investigar y saber quién ha sido.

—¿Cómo?

—No lo sé. Eso es trabajo suyo.

Mitchell pensó unos instantes y enfocó el asunto desde otro ángulo:

—Supongamos que los detienen por sospechosos. Imaginemos que ya lo hubieran hecho. ¿Crees que se inculparían a sí mismos, que le dirían a la policía dónde encontrar el cadáver?

—Pues míralo de otra manera —dijo Barbara—. Si ellos hubieran visto esa posibilidad de que les explote todo en la cara, no hubieran guardado el cadáver.

—No necesariamente tienen que haberlo guardado. Probablemente estará escondido en algún lugar.

Barbara negó con la cabeza:

—Si existe la menor posibilidad de que les relacionen con el asesinato, no habrán querido que nadie pueda encontrar el cadáver, que lo descubran accidentalmente, y se les pueda acusar. Mitch, ¿por qué iban a arriesgarse?

—Estás diciendo que se han deshecho de ella. Que la han dejado en algún lugar donde nadie pueda verla.

—Eso creo —dijo Barbara—. Te dicen que si te niegas a pagar se lo dirán a la policía. Eso puede ser un farol. Te asustan para que pagues. Y si no pagas, no tienen nada que perder. Así que si no se han deshecho de ella lo harían en cuanto vieran que la policía empezaba a moverse.

—Y entonces no se podría probar nada.

—Ve a la policía y cuéntaselo. Deja que se preocupen ellos.

—Barbara, una vez lo has contado... no todo se acaba ahí. Les digo que se ha cometido un asesinato de una chica y todo sale a la luz, todo el mundo se entera. Sale toda la historia en los periódicos. He tenido un ligue con una chica y ha acabado muerta.

—¿No se puede hacer de manera confidencial, sin que se entere nadie?

—No sé cómo podría hacerse así. No cuando ha habido un asesinato.

Ella se quedó un momento mirándole.

—¿Te da miedo la publicidad? ¿Es eso lo que te preocupa?

—Barbara, la chica murió por mi culpa, porque yo la conocía. Eso es lo que más me preocupa. La publicidad no creo que eso, si saliera en los periódicos, fuera un problema de lo que pudiéramos llamar «publicidad negativa». Lo que me importa es que podría destrozar nuestras vidas, que afectaría a nuestros hijos, que arruinaría, barrería todo aquello por lo que he estado trabajando toda mi vida, todo lo que he construido. Mira, eso es algo que se siente y no se puede explicar. O sea, quiero hacer lo que es justo, quiero que les cojan. Pero también soy realista y pragmático en ese sentido.

—Le he dicho a Ross —comentó Barbara— que pensaba que a veces eras calculador. Pero esa no es exactamente la palabra

adecuada.

—Úsala si quieres —dijo Mitchell—. Lo que yo digo es que mi conciencia no me dice que tengo que ir a la policía, como si esa fuera la única salida.

—¿Y qué otra salida te queda?

—¿Qué pasaría si..., no sé, si me las arreglara yo?

—Mitch, por favor, no digas eso. Ya se han cargado a una persona.

—Yo también. Con seis aparatos armados.

—Mitch, aquello era distinto. ¡Dios mío, no hace falta que te lo diga!

—No digo que lo vaya a hacer. Digo que qué pasaría si lo hiciese.

Barbara se levantó.

—Mira, Mitch, si no hay cadáver, puedes negarte a pagar. Si no pueden amenazarte con nada, con ir a la policía, entonces todo se acabó. No hay nada que puedan hacer.

—Pero seguirían sueltos —dijo Mitchell—. Han matado a esa chica de la manera más fría posible y seguirían libres —Miró a su mujer—. Estoy metido en esto, Barbara. No voy a huir corriendo, no voy a intentar olvidarme y esperar que pase. Voy a hacer algo.

Eso era exactamente lo que ella temía.

Barbara le hizo una tortilla de queso con cebolla y pimienta verde. Se la tomó de pie, apoyado en la repisa, con pan francés y un aguacate y la cerveza que ella le había dado antes. Estaba cansado, pero no le apetecía sentarse. Pensando en Leo Frank, cogió de nuevo la fotografía. Se le ocurrió que podía coger el coche y acercarse a Detroit. Tardaría unos veinticinco minutos, nada más. Empezaría con Leo, porque seguía teniendo aquel presentimiento. Entraría en el estudio de modelos y esta vez hablaría con él. Le avasallaría a preguntas y observaría su reacción.

Barbara preguntó:

—¿Les has dicho que ibas a pagar?

—No.

—¿Green que vas a hacerlo?

—No lo sé.

—Mitch, incluso si quisieras pagarles... ¿de dónde sacarías el dinero? ¡Más de cien mil dólares!

—Nunca he pensado en la posibilidad de pagar, o sea que no me lo he planteado.

—No tenemos tanto dinero. ¿Se habrán creído que lo tenemos todo en el banco?

—Barbara, no sé lo que piensan. Supongo que se imaginan que si lo necesito puedo conseguirlo, al menos de diez mil en diez mil pavos. El primer pago está previsto para mañana.

—Y otro una semana después —añadió Barbara—. Y otro la semana siguiente. ¿Puedes hacerte con treinta mil dólares tan rápidamente?

—Podría, si tuviera que hacerlo.

—Tendrías que vender algo, ¿no?

—O pedir un crédito.

—Pero, sin pedir al banco... no puedes tocar el fondo de la empresa, ¿verdad?

—No, ni los impuestos de depreciación. De hecho, acabo de vender la mayoría de nuestro excedente y lo había invertido en bonos del Ayuntamiento, con vencimiento a cinco años. Eso tampoco podemos tocarlo.

—O sea, si quisieras pagarles, ¿cuánto crees que podrías conseguir?

—¿Si lo necesitara? —Mitchell esperó—. No sé, tal vez cuarenta o cincuenta mil sin demasiados problemas.

—¿Crees que se conformarían con eso?

—¿Acaso pensamos en voz alta?

—Has dicho que parecía como si el tipo supiese tanto de ti como tu contable.

—Sabe lo de la patente. Eso le basta.

—¿Y si le enseñaras exactamente cuánto puedes pagar? —preguntó Barbara—. Sea cuanto sea, eso es lo que hay y nada más. ¿Crees que se conformarían?

Mitchell dejó el tenedor. Miró a su mujer, su expresión fija y concentrada, y supo que hablaba en serio.

—¿Crees que yo negociaría con ellos?

—Mitchell, han matado a esa chica. Si no vas a la policía, tendrás que pagarles. ¿Es que no lo ves? Si no, te matarán.

—¿Te crees que si les pago se acaba todo? ¿Que se irán y nunca volveré a saber nada más de ellos?

—Háblales cuando llamen —insistió Barbara—. Diles que les enseñarás tus cuentas para que vean cuánto puedes pagar. Si puedes convencerles de que eso es lo que tienes, ¿por qué no habrían de creerte?

—Haces que parezca fácil —dijo Mitchell—. Caro, pero fácil.

—¿Qué precio tiene tu vida? —Su voz era tranquila; la preocupación, el miedo, estaban en sus ojos.

—No sé. Si me acerco a ellos lo bastante como para hablarles —dijo Mitchell— soy capaz de partirles la cara.

Barbara cerró los ojos y volvió a abrirlos.

—Mitchell, ve a la policía, ¿quieres?

Él acabó de llenar el vaso de cerveza y lo dejó sobre la repisa.

—Hablaré con uno de ellos —dijo entonces—. No con todos; solo con uno.

—¿Qué quieres decir?

—Podría funcionar —siguió Mitchell.

Asintió, pensándolo. Sí, seguro que podría. Coger a uno de ellos solo y hablar con él. Si antes pudiera saber quiénes eran.

—¿De qué estás hablando?

—De nada, realmente. Solo una idea; no sé.

—¿Quieres un poco de café?

—No, gracias. Lo que más quiero es una cama. —La miró un momento, no vio respuesta alguna en sus ojos y empezó a darse la vuelta.

—Mitch...

Eso era; un sonido agradable. Suave, familiar. Volvió a mirarla.

—¿Qué?

—Por Dios, te echo de menos.

—Y yo a ti.

—Entonces no te vayas —dijo Barbara—. Quédate.

—Lo siento —No estaba seguro de cómo iba a decirlo, pero sabía que lo intentaría—. Lo siento muchísimo. Te he hecho daño. No sé por qué... me he metido en una locura.

—Lo sé —Barbara asintió despacio—. No hablemos más de eso, ¿de acuerdo? Vamos a la cama.

12

JANET ENTRÓ EN SU OFICINA y dejó los dos libros mayores sobre su mesa. Salió y volvió a entrar con las carpetas de excedentes, pólizas de seguros, libros de cuentas de los bancos y fondos del fideicomiso de la empresa en carpetas de plástico.

—Martin quiere saber si se va a dar el piro —comentó Janet. Mitchell la miró.

—Eso dijo, ¿eh? Darse el piro.

—Dijo: «¿Qué piensa hacer, coger la pasta y darse el piro?».

—Dile que me voy al hipódromo de Hazel —dijo Mitchell—. Voy a dejar de apostar a las piezas de maquinaria y voy a poner todo el dinero en los caballos.

—Me parece que no se lo creería.

—Martin no se cree nada que no esté escrito en una hoja de balance.

Janet sostenía una tira de papel de calculadora que se curvaba en su mano. Se acercó a la mesa para dársela a Mitchell.

—Eso es el total. Dice Martin que no hay ninguna posibilidad de sacar más hasta abril del año que viene.

Mitchell observó el total, al final de la tira.

—Eso es todo, ¿eh?

—Si quiere hablar con él, puedo decirle que venga.

—No, ya está bien. ¿Lo ha escrito todo en una hoja?

—Sí, está ahí encima. Dividido por temas.

—Muy bien.

Janet esperó.

—No será verdad que se va a las apuestas, ¿no?

—No —dijo Mitchell—. Me largo con una bailarina de diecisiete años. Oye, quiero que vayas al banco después de comer —Sacó su talonario de cheques del montón de carpetas y portafolios—. Toma, me sacas diez mil dólares.

—¿Diez mil?

—En billetes de cien. Cabrán en un sobre de los grandes, ¿no?

—No lo sé —respondió Janet—. Nunca he metido diez mil dólares en un sobre.

—Pues inténtalo cuando vuelvas —dijo Mitchell—. Uno duro, de los grandes —Y cuando ella salía, añadió—: Y ponme con mi mujer.

Esperó a que sonara el teléfono y lo cogió:

—Barbara... Sí, llega a cincuenta y dos mil. Eso hasta la primavera que viene... Sí, voy a hablar con él. Pero antes tengo que ir a ver al otro, Leo... No, tranquila. Me lo voy a pensar dos veces y después, probablemente, cuando pueda salir, iré a ver si lo encuentro —Hizo una pausa—. Barbara, todavía te echo de menos... Por Dios, Barbara, nos va a costar más de una noche volver a donde lo dejamos, pero no veo otra forma mejor de hacerlo... Ya lo sé, es como volver a empezar. Me hace sentir bien. Oye, te llamaré más tarde y te avisaré si voy a hacer algo... De acuerdo, hasta luego.

Volvió a echarla de menos, o siguió haciéndolo, en aquel mismo momento. Eso era lo que le hacía sentirse bien, el querer estar con ella, querer tocarla. Le había dicho que era como volver a empezar. O como volver a casa después de un largo viaje. La noche anterior, al desnudarse juntos en la habitación, se había acordado de aquello; cuando volvía a casa, subían al dormitorio, a cualquier hora del día, y hacían el amor, sin demasiados preámbulos: llegar y hacerlo, con el sudor rompiéndoles los poros. Había otras ocasiones para dedicar más tiempo a los preliminares, para estar juntos desnudos y para hacer que durase. Aunque ella no tenía que desnudarse para excitarle. Bastaba que estuviera sentada en una silla, con la falda pegada a los muslos, o que estuviera cosiéndole un botón de la chaqueta y le mirase por encima de sus gafas de lectura, para que le entraran ganas de hacerle el amor: desnudarla en la quietud de las tardes dominicales, con el sol reflejado en las ventanas de la habitación y el teléfono desconectado, y hacerle el amor

lentamente, sintiendo cómo pasaba de señora a mujer. Vestida, era una señora; en la cama, una mujer. Cini había sido una chica, tanto vestida como desnuda. Cini parecía pertenecer a un tiempo pasado. Y, si estuviera viva, habría podido olvidarla. Pero debía acordarse de ella, porque estaba muerta.

Tenía que volver a ver a Leo y hablar con él. Hablar con él tranquilamente, con sinceridad, y estudiar sus reacciones cuando le ofreciese la posibilidad de negociar. Había leído libros sobre relaciones entre cliente y empleado, sobre cómo ganar amigos, crear negocios, mejorar la personalidad y ganar un millón de dólares. La mayoría de ellos no había podido acabarlos. No era vendedor, ni carpintero, ni cómico. Era él mismo. Confiaba en el sentido común, pero no le asustaba apostar. Si daba su palabra, cumplía. Así que iría paso a paso y tal vez Leo —si era uno de ellos— se delataría; o tal vez no.

Sería fácil si supiera quiénes eran y tuviera una pistola. Entrar, disparar y salir. Misión cumplida; y luego, de vuelta al trabajo. Se veía a sí mismo haciéndolo: apuntando a los tres hombres en una oficina destartada llena de fotografías de mujeres desnudas y apretando el gatillo. Era curioso que se lo imaginara en la oficina de Leo. Pero también podía imaginarse jugando al tenis con un servicio implacable y un revés impecable, o de jovencito de cuarenta y cinco años bateando en la pista central del Tiger Stadium. Imaginarlo y hacerlo eran cosas distintas. También matar a un hombre que volaba en un

FW-190

o en un Messerschmitt, a trescientos metros de distancia, era distinto que mirar a un hombre cara a cara y apretar el gatillo. Se dijo a sí mismo que nunca sería capaz de matar de ese modo, fría, impersonalmente. Aun así, deseaba tener una pistola. Solo por si se equivocaba.

Aquella tarde, cuando salió del despacho, hubiera deseado llevar su viejo y amplio abrigo. Llevaba un traje de punto, estrecho, y notaba que el sobre abultaba en el bolsillo del pecho. Metió los cigarrillos en un bolsillo lateral, se aseguró de que las llaves del coche seguían estando en el otro y le dijo a Janet que la vería al día siguiente.

Ella le dio las buenas tardes y le vio desaparecer por el pasillo:

las tres y media de la tarde y diez mil dólares en el bolsillo de su chaqueta.

En la fábrica había cambio de turno. Mitchell saludó a sus empleados, llamando a algunos por su nombre, echó un vistazo alrededor y salió hacia la puerta trasera, comportándose como un jefe asequible y amistoso. Observó que, en la zona del bar, había unos cuantos hombres junto a las máquinas de bebidas y la Silex grande de café. Los hombres del turno de tarde estaban sentados tomando café junto a las dos mesas grandes: no le extrañó, ya que todavía les quedaba algo de tiempo libre. Pero había por ahí algunos del turno de mañana, de los que normalmente se daban prisa por salir corriendo e irse a casa o a cualquier bar.

En una de las mesas había un tipo vestido de gabardina, sentado de espaldas a Mitchell. Cuando se dio la vuelta para decirle algo a John Koliba y a un par de los otros que estaban al otro lado de la mesa, lo reconoció.

¡Jesús, lo que le faltaba!

Mitchell se acercó.

Ed Jazik, el agente número ciento noventa y nueve del sindicato, estaba diciendo:

—¿Y a él qué coño le importa? Cierra la fábrica y vive como un rey de lo que tiene en el banco: lo que ha estado metiendo en el banco mientras los gilipollas de sus currantes se rompen los huevos para poder pagar las letras del coche o de la lavadora, intentando ahorrar lo suficiente para comprarles un par de zapatos a sus niños o un vestido nuevo a su mujer de vez en cuando.

Mitchell permaneció unos instantes a la escucha. Estaba pensando de dónde habría salido aquel tipo y por qué le tenía que haber tocado a él. No había oído hablar así a un agente sindical desde hacía quince años.

—Perdón —dijo Mitchell.

Y cuando Jazik alzó la vista y los demás le vieron, sorprendidos, le dijo al agente:

—No quisiera interrumpir algo importante, pero da la casualidad de que está hablando a mis empleados en un tiempo que es mío, porque lo estoy pagando. Si lo que quiere es soltar un discurso, alquile un local por ahí e iremos todos a ver lo bien que lo hace.

—¿Habéis oído eso? —dijo Ed Jazik—. El tiempo es suyo. Su tiempo, su fábrica, sus beneficios. ¿Os creéis que le importan un pito vuestra dignidad y vuestras condiciones de trabajo?

Mitchell dijo:

—¿Dignidad y condiciones? ¿Qué está haciendo, leer el libro del sindicato? Dignidad y condiciones. Estos tipos trabajan para mí, les conozco. No podría hacer nada sin ellos, ¿de acuerdo? Y ellos no podrían hacer nada si yo no llevara el negocio. Así que será mejor que se vaya de aquí y nos deje trabajar un poco.

—Dice que no os concede tiempo para oír cuáles son vuestros derechos o para que penséis por vosotros mismos —dijo Jazik—. Es su fábrica. Suya. Él es el amo. Si no le seguís el juego, le da con su jodido bate de béisbol y se larga a casa.

—Al menos ha entendido eso —dijo Mitchell—. Yo soy el dueño. Bien. Entonces, entenderá también que tengo derecho a pedirle que se vaya. —Eso ya estaba mejor, un poco más tranquilo.

—Tenemos unos minutos —dijo Jazik—. Hablemos. Si usted escuchara, para variar, le explicaría cómo veo yo las condiciones de trabajo en esta fábrica. —Se alzó un poco para poder darle la vuelta a la silla, y volvió a sentarse, cruzando las piernas.

Mitchell era consciente de que los demás le miraban. El jefe. Contra la pared. El tipo del sindicato intentando presionarle y sacarle de sus casillas. Tenía que ignorar lo que el tipo decía y manejarlo suavemente —de alguna manera—, pero, sobre todo, no discutir con él delante de sus empleados.

«Dile que no tienes tiempo para discutir con él», pensó. No, eso no era manejarlo bien.

El tipo estaba esperando, en pose, sentado en la silla plegable con las piernas cruzadas y un codo sobre la mesa. Seguro de sí mismo. O sabedor de que no tenía nada que perder. No, decidió Mitchell, se sentía seguro. Le gustaba que la gente le mirase.

Mitchell preguntó:

—¿Qué le dije la última vez que estuvo aquí y quiso hablar conmigo?

Jazik se encogió de hombros:

—No me acuerdo. Algún rollo.

Mitchell mantuvo la mirada fija en él.

—Le dije que si quería que hablásemos esperara a que llegase el

convenio. Para eso está, y entonces podremos hablar todo lo que quiera. Usted dijo que a lo mejor algunos no estaban dispuestos a esperar. Bueno, y yo hablé con algunos —Mientras hablaba, Mitchell recorrió con la mirada los rostros solemnes de los hombres que rodeaban la mesa, la posó un momento sobre John Koliba y siguió mirando—. Les pregunté cómo iba todo. No se quejaron. Les dije «bueno, siempre que tengáis algún problema venid a verme y contádmelo. Intentaremos arreglarlo» —Miró de nuevo a Jazik—. Aquí hacemos las cosas así, como ya intenté explicarle.

Jazik escuchó detenidamente sin moverse. Luego, negó lentamente con la cabeza:

—No es eso lo que usted dijo.

—¿Ah, no? —Mitchell parecía sorprendido—. ¿Qué dije?

—Primero, se negó a hablar conmigo.

—Hasta que lleguen las negociaciones. Eso es cierto.

—Y luego dijo que si nos poníamos a discutir, eso dijo, que si nos poníamos a discutir era capaz de partirme el alma.

Mitchell negó con la cabeza.

—No. Dije que si nos poníamos a discutir era capaz de olvidarme de quién es usted y le rompería el alma. No es exactamente lo mismo.

Mirando a Jazik, se dio cuenta de que ya no se iba a detener. No iba a ser educado ni iba a perder el tiempo con él, con aquel idiota hijo de puta marrullero que se quedaba allí sentado, con el cuello del abrigo levantado y aquella mirada fría en la cara. Al ver aquel tipo, veía, por alguna razón, a aquel otro que se llamaba Leo sentado en su silla en el despacho del estudio de modelos. Una chispa cruzó su mente y desapareció tal como había llegado.

Dijo Mitchell:

—Y ahora se lo voy a decir otra vez. Salga de aquí inmediatamente o le partiré el alma y le echaré yo mismo. Como usted prefiera.

Jazik, mirando fijamente a Mitchell, tardó en levantarse. Era más corpulento que él, un poco más alto y tenía las espaldas más anchas.

—Habéis oído cómo me amenazaba —dijo.

—Lo ha oído usted —dijo Mitchell—. Y eso es lo que importa.

—Le podría llevar a juicio, ¿sabe? Amenaza de agresión física.

—Eh —dijo Mitchell—, déjese ya de sandeces. ¿Se va, o no?

—Me gustaría ver cómo intenta sacarme.

Mitchell le golpeó antes de que acabara la frase, cuando aún tenía la boca ligeramente abierta. Le golpeó fuerte con la mano derecha. Cuando Jazik se apartó de la mesa, volvió a darle con la misma mano, no tan fuerte como la primera vez. Jazik encajó el golpe y se encaró hacia él. Mitchell le engañó con la derecha y esta vez le dio con la izquierda, golpeando tan fuerte como jamás lo había hecho. Vio que los hombres que había a su alrededor se apartaban de un salto. Jazik cayó sobre la mesa y la desplazó, hasta que se desplomó y quedó sentado en el suelo.

Mitchell esperó por si Jazik volvía a levantarse o alguien decía algo. Los hombres del primer y segundo turno miraron alternativamente a Jazik y a su jefe, pero ninguno de ellos habló.

—Que alguien lo saque de aquí —dijo Mitchell finalmente. Se dio la vuelta y se marchó. Los demás le vieron volver a cruzar la fábrica, en dirección a su oficina.

Janet estaba ordenando su mesa. Miró, sorprendida, al verle entrar.

—Creía que se había ido.

—Ponme con... ¿cómo se llama? —dijo Mitchell—. El tipo ese, el presidente del sindicato.

—¿No es Donnelly?

—Eso, Charlie Donnelly. Ponme con él, ¿quieres?

Janet marcó el número, preguntó por el señor Donnelly, dijo de parte de quién era y le pasó la llamada a Mitchell. Este no se sentó. Se quedó de pie junto a la mesa, esperando que Janet saliera de su despacho y cerrase la puerta.

—¿Charlie? Soy Harry Mitchell, de Ranco... Bien... Sí, ya lo sé, dentro de una semana o diez días. Tengo que verte, Charlie, pero a ti, porque te voy a decir una cosa: no pienso negociar con ese clavo que me has enviado... Jazik. El muy hijo de puta entra en la fábrica (donde hay un cartel que dice «Prohibida la entrada a toda persona ajena a la empresa»), entra y se pone a hablar con mis empleados. La semana pasada me cogió por los pasillos y me amenazó con un boicot... No sabía que vosotros... De acuerdo, ¿entonces por qué me ha de tocar a mí esa mierda? Charlie, ese tipo se cree que vive en los años treinta. ¿De dónde lo has sacado? —Mitchell esperó

durante más o menos un minuto, escuchando—. Si has cogido a uno que va por libre, encárgate tú de enseñarle. No voy a ser yo quien le haga madurar. Antes le rompo el cuello al muy hijo de puta. Soy demasiado viejo para tragarme esa mierda. Ya he pasado por eso, Charlie, y tú también. No nos hace falta. Tú y yo podemos sentarnos y hablar, ¿no? En doce años nadie ha tenido que levantar la voz. Me das el contrato, cambiamos un par de líneas y lo firmamos. ¿Para qué tienes que enviarme a ese payaso? Si tú y yo podemos arreglarlo con una simple comida... —Volvió a esperar, escuchando, empezando a calmarse—. Sí, está bien. Oye, perdona si me he pasado. Tengo muchas cosas en la cabeza y solo me faltaba esa... —Esperó de nuevo, pacientemente, dejando que el presidente del sindicato le explicara que les gustaba mucho el entusiasmo del chico, pero que tal vez tendría que ayudarle a sentar la cabeza, o enviarle a una escuela de buenos modales. Todo iba a ir bien. Mitchell no vería al tipo en un año, y eso si todavía seguía y había aprendido algo. Eso estaba bien. Estuvieron un momento más con los adioses de rigor y Mitchell colgó el teléfono.

Al salir de su despacho, le dijo a Janet:

—Volveré a intentarlo. A ver si ahora puedo largarme de aquí.

13

CUANDO MITCHELL entró en el vestíbulo, solo quedaba Peggy. Llevaba el abrigo puesto, preparada para salir.

—¿Ya te vas? Solo son las cinco y media.

—Me he quitado la ropa once veces —dijo la chica— para volvérmela a poner. Ya está bien por hoy.

—¿Dónde está la gente?

—¿Te refieres a Doreen?

—Bueno, ahora que lo dices...

—No lo sé. No la he visto.

—¿Y las demás chicas?

—Están enfermas. Leo nos deja estar enfermas una vez al mes.

—¿Está él?

—Ahí dentro —Pasó por su lado, en dirección a la puerta—. Si le ves, dile que me he ido.

—Sí, quizá me asome a saludar.

Ella le miró un momento mientras abría la puerta.

—¿No tienes nada mejor que hacer?

—Si quieres que te diga la verdad —dijo Mitchell—, no se me ocurre nada mejor. —Se sentía idiota, allí esperando a que ella se fuera.

—Bueno... —La chica se encogió de hombros y se fue finalmente. La puerta se cerró detrás de ella.

Leo Frank estaba sentado junto a su mesa estudiando una lista de aspirantes a modelo. Casi todo eran saldos: por alguna razón, últimamente se presentaban muchas tías gordas. No podía imaginar

de dónde salían tantas gordas, ni por qué creían que alguien pagaría por verlas desnudas. Muchas de ellas tendrían problemas para desnudarse gratis. Oyó que la puerta de entrada se cerraba. Peggy se iba. Una tía independiente. Las contratas, les das una buena pasta y ellas llaman diciendo que están enfermas o se van cuando les da la gana.

Oyó los pasos en el pasillo, acercándose, y volvió a pensar en Peggy. Pero, al tiempo que miraba hacia la puerta, supo que no era Peggy. Era un hombre. El tipo. Por alguna razón, estaba seguro de ello y tuvo tiempo de prepararse, de poner una cara agradable cuando Mitchell entró y se quedó de pie enfrente de su mesa.

—Bueno —dijo Leo—. Nuestro cliente favorito. Supongo que ha venido a devolverme esa foto que me sacó. No fue muy amable por su parte.

—No —dijo Mitchell—. He venido a traer el dinero. —Mientras hablaba, sacó la mano del bolsillo de la chaqueta con el sobre.

—¿De qué dinero está hablando?

—El que se suponía que tenía que dejar en el aeropuerto —dijo Mitchell—. Me preguntaba si podría dejarlo aquí.

Leo frunció el ceño y negó con la cabeza, deseando con toda su alma no haber estado solo.

—Tío, no sé de qué habla.

—Diez mil —dijo Mitchell—. El anticipo.

—¿Me quiere dar diez mil?

—Está todo aquí. —Mitchell mostró el sobre con los billetes de cien dólares y lo dejó al borde de la mesa.

—Un momento —dijo Leo Frank—. ¿Quiere darme diez mil pavos? ¿Por qué? O sea, quiero decir que los cogeré, pero... ¿por qué?

—Supongo que me habré equivocado —dijo Mitchell—. Pensaba que usted estaba metido en esto.

Leo miró el dinero. Tenía que dar un paso más.

—¿Metido en qué?

—Bueno, si usted no tiene nada que ver, no tiene sentido que sigamos hablando, ¿no?

—Cuando uno ve diez de los grandes así —dijo Leo— no puede evitar ser un poco curioso.

—Se los debo a tres tipos, pero no sé dónde encontrarlos.

—Una situación muy extraña —dijo Leo—. Nunca había oído nada parecido.

—Uno es un tipo flaco, de pelo largo; el otro es negro. Pensé que usted podría ser el tercero.

Leo se rio; emitió un sonido parecido a una risa.

—¿Y por qué pensó eso? Quiero decir, ¿por qué iba a ser yo uno de ellos?

—No lo sé, supongo que solo es un presentimiento. Usted ve entrar y salir a muchos tipos.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Bueno, había una chica involucrada en el caso. Había trabajado aquí.

—Hombre, hay cincuenta chicas que han trabajado aquí. Van y vienen. Supongo que a usted le pasa lo mismo en su trabajo, tíos que lo dejan, absentismo y esas cosas, pero, hombre, no le veo solución.

—En eso tiene razón —dijo Mitchell—. Supongo que en todo negocio hay problemas de ese tipo.

Leo no podía apartar la vista del paquete de billetes de cien dólares.

—Así que eso son diez mil pavos, ¿eh? No me había imaginado que fueran así.

—Todo en billetes de cien —contestó Mitchell.

—Estoy intentando encontrar una manera de ayudarle —dijo Leo—, pero no se me ocurre ninguna. Hombre, tres tipos... podrían no ser nadie.

—No, son alguien —dijo Mitchell—. El problema es que tengo que encontrarles para darles la pasta.

—Quiere pagarles personalmente. ¿Es eso?

—Verá, se suponía que debía dejarlos en una consigna del aeropuerto, pero olvidé en cuál.

—Todo un problema —Leo movió la cabeza—. Quiero decir que no quisiera estar en su piel si esos tipos cuentan con el dinero.

—Lo tienen a su disposición —dijo Mitchell—. Solo tienen que venir a cobrarlo.

—De verdad que me gustaría poder ayudarle.

—Y a mí me gustaría que pudiese —contestó Mitchell—. Bueno, será mejor que me vaya.

Cuando se dirigió a la puerta, Leo dijo:

—Oiga, ¿por casualidad no llevará encima la foto esa? La que sacó el otro día.

Mitchell paró y le miró.

—¿Por qué?

—Siento curiosidad por saber cómo ha quedado.

—Sale usted —contestó Mitchell. Se dio la vuelta de nuevo y salió.

Leo esperó, escuchando sus pasos en el pasillo. Hubo un silencio antes de oír que se cerraba la puerta de entrada, y luego otra vez el silencio. Todavía estaba tenso y angustiado, pero también estaba orgulloso de sí mismo y de cómo se había desenvuelto ante Mitchell, y no sudaba demasiado. Cogió el teléfono y marcó el número de casa de Alan. No contestaba. Intentó localizarle en el cine y le dijeron que había salido. El muy hijo de puta nunca estaba cuando se le necesitaba. Decidió cruzar la calle. Necesitaba tomar un par de copas.

Leo vivía en un dúplex de una vieja calle umbría, con árboles y llena de pisos para familias de dos o cuatro miembros. Mitchell se quedó en el porche que daba a las dos puertas y llamó al timbre del piso inferior. Esperó. La puerta se abrió y Mitchell vio la cara sorprendida y boquiabierta de Leo antes de darse cuenta de que llevaba un pijama negro y rojo de seda, arrugado, y los pies descalzos.

—¿Qué tal? —preguntó Mitchell.

Leo se echó hacia atrás al entrar Mitchell. Su greñado cabello estaba despeinado, aplastado contra la cabeza: en sus ojos había una expresión acuosa, congelada. Dijo:

—¿Cómo ha sabido dónde vivo?

—Lo he mirado en el listín —contestó Mitchell—. Señora Leo Frank Jr. ¿Es su mujer?

—Mi madre. Vivía aquí. O sea, vivíamos juntos hasta que murió.

Mitchell echó un vistazo a las paredes cubiertas de madera oscura y yeso verde pálido, la tapicería apagada, de terciopelo, y las sillas pesadas, con paños en los brazos y respaldos. Todo era oscuro y antiguo y le recordaba a otras habitaciones, algunas de lugares en los que había vivido, algunas de casas de amigos: oscuras, solemnes, invariables.

—Estaba calentando el agua para hacer café —dijo Leo—. ¿Quiere una taza? ¿Una cerveza, una copa?

—No, gracias. Pero no se preocupe por mí —contestó Mitchell.

Siguió a Leo por la oscura sala de estar hasta la cocina. Había cierto olor a viejo en aquel lugar. El papel pintado de la pared estaba húmedo. El suelo de linóleo estaba desgarrado, levantado por las esquinas. Miró a Leo que, junto a la cocina, ponía la cafetera sobre el fuego y abría el gas.

—Probablemente se estará preguntando qué hago aquí.

—Ha pasado por mi mente. —Leo abrió un armario y miró dentro.

—Es por algo que dijo anoche.

Leo cerró el armario y se volvió hacia el fregadero, que estaba lleno de platos. Preguntó a qué se refería y se puso a aclarar una taza de café.

Mitchell no dijo nada hasta que Leo le miró.

—Estuvimos hablando de relaciones con los empleados.

—¿Ah, sí?

—Anoche, en su despacho. Usted dijo: «Supongo que tiene los mismos problemas en su negocio, absentismo y etcétera».

—¿Sí?

—¿Cómo sabía que tengo un negocio?

Hubo una pausa, un silencio. Y Mitchell lo sintió, manteniendo su mirada fija en Leo, que no cesaba de rascarse y tocarse la entrepierna de su pijama rojo y negro de seda.

—No sé en qué trabaja. Simplemente, di por hecho que tenía su propio negocio. Por su forma de vestir y tal.

—Podría trabajar para alguien —dijo Mitchell—. O podría ser un vendedor, o un ingeniero, o lo que sea. ¿Cómo sabía que tengo mi propia empresa?

—Eh, oiga, ni siquiera estoy seguro de qué dije. Solo comentaba que hoy en día es difícil mantener a los empleados, nada más. ¿Me equivoco? ¿No dije eso?

—No sé —dijo Mitchell—. Tuve el presentimiento, lo estuve pensando luego, en el coche, de que sabía exactamente lo que yo hacía, el nombre de la empresa, todo.

—Hombre, si ni siquiera sé su nombre.

—Me llamo Mitchell. Mi empresa es Ranco Manufacturing.

—Encantado de conocerle —dijo Leo—. Pero oiga, me parece que me entendió mal. Nunca dije que supiera en qué trabajaba. Ni siquiera habíamos hablado antes. ¿Cómo lo iba a saber?

Mitchell se lo quedó mirando unos instantes y luego se encogió de hombros.

—Sí, quizá tenga razón, supongo que le entendí mal.

—Bueno..., ¿está seguro de que no quiere café?

—Gracias, pero tengo que hacer una llamada. Pasaba por aquí, por eso me paré. Perdóne si le he molestado.

—No, no me molesta en absoluto. Yo también he cometido esos errores.

Leo iba detrás de Mitchell, acompañándole a la puerta. La abrió cuando llegaron, al mismo tiempo que sonaba el teléfono desde el recibidor y la cafetera empezaba a silbar en la cocina.

—Todo a la vez —comentó Leo.

Mitchell quería esperar. Intentó inventar una excusa, pero Leo estaba dejando que el teléfono sonara mientras cerraba la puerta detrás de él.

—Ya nos veremos —dijo Leo.

Echó a Mitchell, le cerró la puerta en las narices y corrió a coger el teléfono, pero cuando lo alcanzó dejó de sonar. La cafetera seguía emitiendo un débil silbido. Leo la cogió, el café estaba saliéndose, y la apartó del fuego. Pero no se sirvió una taza de café. Se puso un vodka con soda. De hecho, se tomó tres mientras se vestía.

Mitchell se quedó sentado en su coche, tres manzanas más abajo del dúplex. Estaba vigilando la casa de Leo y el Thunderbird blanco aparcado en la curva. Recordaba que Barbara había dicho que el hombre que había estado en su casa, el tipo flaco de pelo largo, se había metido en un coche blanco. Al ver el coche —que antes, al llegar, le había pasado inadvertido— su presentimiento fue más fuerte que nunca. Treinta minutos después, cuando vio que Leo Frank salía de la casa y se metía en él, aquel presentimiento visceral se instaló en su mente, donde podía sentirlo y razonarlo y creer —no saber, como diría

O’Boyle

, pero sí creer— que Leo era uno de ellos. «Síguele», se dijo Mitchell.

—¿Qué te dije, Leo? En mi despacho, ¿no? Pero has tenido que

venir aquí.

—Fui a tu despacho —dijo Leo—. Tío, habías salido a comer. Tengo que hablar contigo.

—Me dices que te está siguiendo y te presentas aquí. ¡Joder!

—No, hoy no le he visto en todo el día. Tal vez se haya cansado, no sé. Ayer volvió a venir al estudio. A decir «hola, ¿qué tal?», nada más. Luego, salgo a comer algo. Miro a mi alrededor y el tío está allí sentado, tomándose un café. Ayer me voy a casa por la noche y veo pasar su coche dos veces, quizá tres.

Alan estaba comiendo una hamburguesa con una botella de vino y gaseosa. No prestaba ninguna atención al baile que Doreen, desnuda, practicaba sobre el escenario, cimbreado al ritmo de un rock lento para los del último turno de comidas. Estaba tenso, porque Leo iba medio ciego y solo eran las tres. Pero tenía que aparentar tranquilidad y convencerle de que no pasaba nada, de que el tipo no sabía nada y solo estaba tanteando, dando palos de ciego.

—Supongamos que, efectivamente, ha olvidado el número de la consigna —dijo Alan—. Bueno, pues le vuelvo a llamar y se lo digo. Ya he estado llamándole y el muy hijo de puta estaba por ahí, siguiéndote.

Leo estaba inclinado sobre la mesa con su bebida, dando la espalda a Doreen, cuando el rock terminó y ella empezó a bajar del escenario.

—Pero ¿por qué yo? ¿Por qué la ha tomado conmigo?

—Leo, para y piensa un poco, ¿quieres? Porque tú conocías a su amiga. Ella había trabajado para ti. —Alan alzó la mirada al ver que Doreen, todavía con los pechos al descubierto, se acercaba a ellos.

Ella tocó un hombro de Leo al pasar y le dijo:

—Eh, nene, quiero verte antes de irme. Todavía me debes la paga de la semana pasada.

Alan esperó a que ella se fuera hacia la barra.

—Mira, él juega a eso porque no tiene nada más... ¡Eh! ¿Me estás escuchando?

—Sí, te escucho.

—No tiene por dónde empezar. Pero pasa que no queremos correr ningún riesgo, ¿entiendes? Te vas a acabar esa bebida antes de que yo me acabe la hamburguesa. Así que, ¿por qué no lo haces

de una vez y te largas de aquí?

Leo se bebió de un trago lo que quedaba de su vodka con soda. Quería otro, pero Alan diría algo y se pondría pesado. Se pararía en cualquier otro sitio, en la misma calle, antes de volver a entrar en el estudio.

—De acuerdo. Si vuelvo a verle, te avisaré.

—Por teléfono —insistió Alan—. Ni se te ocurra ir al cine ni a mi casa, salvo que yo te diga que puedes hacerlo. Y ahora, lárgate.

Leo pagó su cuenta en la barra y pasó junto a los taburetes por la parte oscura del local. Al apoyar la mano en la puerta para empujarla, se precipitó hacia adelante, perdiendo el equilibrio, porque esta se abrió, aparentemente sola. Paró para evitar chocar con el tipo que entraba —el tipo— y se llevó una sorpresa al verlo de repente, como si apareciera del vacío.

Mitchell se echó hacia atrás, manteniendo la puerta abierta, y dijo:

—¿Qué tal?

—Vaya, hombre —dijo Leo, haciendo un esfuerzo por sonreír—. No hacemos más que encontrarnos por casualidad, ¿eh?

—Acabo de estar en el estudio. Me apetecía parar a tomarme una cerveza.

—¿Valió la pena?

—Ha estado muy bien. Mary Lou.

—Ya. Bueno, ya nos veremos —dijo Leo.

Mitchell asintió, con expresión placentera.

—Probablemente.

Se quedó junto a la puerta, en el teléfono público, y llamó a su oficina. Cuando se puso Janet, dijo:

—¿Alguna llamada? —Y la oyó contestar, ligeramente agitada:

—¿Alguna llamada? No hay más que llamadas. Todo el día de ayer, y hoy.

—Dime las más importantes —dijo Mitchell—, las de los clientes —Hizo una lista en su libreta de bolsillo a medida que Janet le iba diciendo los nombres—. ¿No ha llamado nadie más?

Janet le dijo que nada importante. Un hombre había llamado tres veces el día anterior y dos veces aquella mañana. Había reconocido la voz después de la primera llamada, pero no había querido identificarse. Mitchell le dio las gracias, le dijo que la vería

más tarde y colgó.

Salió del área oscura y se acercó a la barra, pasando bajo los focos de luces rosas, y se sentó en un taburete cercano a la zona reservada para los camareros, llena de hileras de vasos y bandejas de aceitunas y guindas y tajos de limón. Cuando el camarero mayor, con el que ya había hablado una vez, tomó nota de su pedido, se dio la vuelta para mirar a una chica guapa de pelo negro que terminaba su danza y desaparecía entre las mesas, echándose una blusa sobre los pechos desnudos. La mayoría de las mesas estaban vacías. Ya había pasado la hora de la comida y solo quedaban algunos hombres bebiendo cerveza, desperdigados por el local, uno de ellos comiéndose un bocadillo. Reinaba el silencio. Al darse la vuelta, vio entrar a Doreen por una puerta que había al final de la barra. Llevaba mallas y se estaba atando una camisa blanca, haciendo que resaltara su diafragma negro, suave. Doreen no le vio. Él la vio ir hacia las mesas y oyó que decía:

—Eh, Alan, ¿dónde se ha metido Leo? —Sus palabras sonaron altas en el momentáneo silencio que hubo antes de que la música rock empezase de nuevo, llenando el local con su sonido. Ahora era una chica rubia la que bailaba.

El nombre, Leo, fue como una señal. Y otro nombre: Alan. El tipo que comía un bocadillo en la mesa. Mitchell miró hacia atrás y vio que Doreen hablaba con él y luego se iba hacia la puerta.

De nuevo tuvo aquella sensación, aquel vuelco en el estómago que era de por sí un presentimiento, algo que le daba que pensar. Esperó aproximadamente un minuto, hasta que se dio cuenta de que podía perder su oportunidad si esperaba más. Cogió la cerveza y se acercó a la mesa en la que estaba sentado el tipo huesudo de pelo largo.

—Tengo entendido que ha estado intentando hablar conmigo.

Alan estaba dando un mordisco a su hamburguesa. Alzó los ojos, masticando, y dijo:

—¿Qué?

Mitchell tomó una silla y se sentó, dejando su cerveza sobre la mesa.

—Tengo entendido que me llamó tres veces ayer y un par esta mañana.

—¿Ah, sí? ¿Y para qué iba a llamarle?

—A lo mejor quería saber qué pasaba con el dinero, por qué no lo había entregado.

—Tío, esto es increíble. Estoy comiendo, aparece un tío al que no he visto nunca, se sienta y me dice que le he llamado.

—Sí que me ha visto antes.

—¿Está seguro?

—No al cien por cien —dijo Mitchell—, pero tengo claros motivos para creerlo. Digámoslo así.

Alan se pasó la lengua por los dientes.

—De acuerdo, me rindo. ¿A qué jugamos? ¿Es alguna broma?

—Todo lo contrario —contestó Mitchell—. Esto no es ningún juego. Eso mismo dijo usted una vez por teléfono. Dijo «esto no va en broma».

—Tengo una idea —dijo Alan—. ¿Por qué coño no se las pira? Si no lo hace, voy a llamar al jefe, le diré que me está molestando.

—¿No quiere el dinero?

—¿Qué dinero?

—Los diez de los grandes. Si no recuerdo el número de la consigna, ¿cómo quiere que se lo entregue?

—Está loco —dijo Alan—. No joda, ¿va ciego, o qué?

—¿Qué tal su agencia de contabilidad? ¿Todavía la tiene?

El rostro de Alan no se alteró, pero se quedó callado, dudoso, antes de decir:

—¿Le importa que me vaya? De cualquier forma, está usted hablando solo.

Mitchell le vio levantarse, meter la mano en el bolsillo, sacar un paquete de billetes arrugados y dejar dos encima de la mesa.

—¿Se va a casa? ¿Al trabajo?

—Me voy a donde no pueda seguir jodiéndome, eso es lo que voy a hacer. —Alan se alejó hacia la puerta.

—Eh, ¿dónde vive? —dijo Mitchell—. Por si tengo ganas de volver a hablar con usted.

Alan no contestó, ni se dio la vuelta. Siguió andando junto a la barra y se fue.

Mitchell se sentó a la mesa un par de minutos, se acabó la cerveza y se dirigió a la barra, donde el mismo camarero con el que ya había hablado estaba secando vasos.

—Ese tipo que se acaba de ir —preguntó Mitchell—, Alan

nosequé, ¿sabe su apellido o a qué se dedica?

—Usted sabe su nombre, o sea que ya sabe más que yo —contestó el camarero.

—¿Y Doreen? ¿Volverá?

El camarero, que en cuarenta años había aprendido a dedicarse a su trabajo y a no meterse en los asuntos de los demás, preguntó:

—¿Quién es Doreen?

La tarjeta del buzón del número 204 decía «D. Martin». Mitchell leyó una vez más los demás nombres —incluyendo el del buzón que había correspondido a Cini, ocupado ahora por un hombre— y volvió al 204. D. Martin tenía que ser Doreen. Oprimió el botón y esperó en el estrecho portal embaldosado. Junto a él, sonó una voz por el interfono.

—Eh, amor. Sube.

Al oír el zumbido, empujó el picaporte y la puerta se abrió. Era prudente con respecto a su nombre en el buzón, pero en cambio le dejaba entrar sin preguntar quién era.

Supo la razón cuando ella le abrió la puerta del apartamento y pudo ver la sorpresa en su rostro.

—Eh, pensaba que eras otro. Espero a un tipo a las cuatro en punto.

—Bueno —dijo Mitchell—, entonces nos quedan diez minutos.

—¿Lo dices en serio? Se echó a un lado y le dejó entrar en la atmósfera débilmente iluminada de su apartamento. Aretha Franklin sonaba al fondo, se olía a incienso y Doreen llevaba unos pantalones anchos de color naranja y una blusa blanca estrecha, abierta hasta la cintura.

—De todos modos, siempre llega tarde —dijo Doreen—. Probablemente, te quedan unos veinticinco minutos y si estás ansioso, cariño, no necesitarás tanto. ¿Quieres una copa?

—Creo que sí. ¿Un *whisky*?

—Lo que quieras. ¿Con hielo?

—Y una gota de agua.

Abrió una puerta y se metió en la cocina. Mitchell se sentó en el sofá y encendió un cigarrillo. La oyó decir desde la cocina:

—¿Y qué pasó el otro día? Parecía que estabas preparado y luego te largaste.

No contestó, sino que esperó a que ella volviese a la habitación

para darle la bebida.

—A Leo le volvió loco que le sacaras aquella foto.

—Ese tío debe de tener hemorroides, o algo así. Siempre está nervioso. —Se sentó en el sofá, siguiendo lentamente el ritmo del blues que sonaba.

Mitchell bebió un trago.

—¿Quién era el tipo que estaba contigo hoy en el bar? El flaco.

—¿Estabas allí? No te he visto.

—En la barra. Leo se ha ido y tú le has preguntado dónde estaba.

—¿Te refieres a Alan?

—Sí, Alan. Le conocía. ¿Cuál es su apellido?

—Alan Raimy.

—Eso es, Raimy. ¿Es un buen amigo de Leo?

—Supongo que sí.

—¿Sabes dónde puedo localizarle?

—Ya entramos en la cuestión —dijo Doreen—, ¿no? No me estás dando conversación; estás intentando averiguar algo.

—Solo dónde puedo encontrarlo.

Ella se quedó pensativa, perdida en algún lugar de su mente o simplemente escuchando la música, y luego le preguntó bruscamente:

—Aquella foto no me la estabas sacando a mí, ¿verdad? Se la sacabas a Leo.

—Dio la casualidad de que él estaba allí, eso es todo.

—Venga, no creo que seas de la pasma —dijo Doreen—. Cini se hubiera enterado y me lo hubiera dicho. Pero, tío, tú andas detrás de algo.

—¿Dónde vive? No le diré cómo me he enterado.

—Pregúntaselo a Leo, si estás tan ansioso por saberlo.

—Ya lo hice. Dijo que no lo sabía.

—Si él tiene algún motivo para no decírtelo —contestó Doreen—, es suficiente motivo para mí. Es cierto que me gustas. Pero eso no significa que te conozca ni que quiera conocerte ni saber a qué te dedicas.

—¿Vive cerca de aquí?

—No lo sé.

—¿Dónde trabaja?

—No sé por qué —dijo Doreen—, pero me parece que no nos entendemos.

—No, la culpa es mía —dijo Mitchell—. Olvidaba que eres una mujer de negocios. —Sacó el sobre grande del bolsillo de su chaqueta y dejó un billete de cien sobre la mesa de café.

Doreen lo miró sin alterarse.

—Eso me lo saco yo en cinco minutos, colega. Con los mirones.

—De acuerdo; has dicho algo de veinticinco minutos —Mitchell sacó cuatro billetes más de cien dólares y los dejó sobre la mesa—. Eso es lo que valen veinticinco minutos; y no tendrás que mover ni un dedo. ¿Dónde puedo encontrarle?

—¿Cuánto dinero te queda, cariño?

—Eso es todo lo que hay. Por el tiempo que nos queda.

Ella miró los cinco billetes de cien dólares y volvió a quedarse pensativa.

—Te haré una pregunta —dijo finalmente—. Nadie podrá decir que te he contado nada de él. Solo te voy a hacer una pregunta, ¿vale?

Él la miró, decidido a dejar que lo hiciera a su manera, y asintió.

—Adelante.

Doreen volvió a alzar sus bellas cejas negras para Mitchell y dijo:

—¿Te gustan las películas verdes, amor?

Mitchell decidió que con una película como ya tendría bastante para toda su vida. Barbara no podía creer lo que estaba viendo. Exclamaba «¡Dios mío!» en suspiros de sorpresa y golpeaba el brazo de Mitchell con su codo. Estuvo golpeándole durante toda la proyección de *Juerga en la granja* hasta que, al final, el tipo desastrado y la chica de pelo grasiento se besaron. Después de todo lo que habían hecho en la pantalla durante sesenta minutos, en posiciones que Mitchell nunca hubiera imaginado, se besaron, vestidos solo con un guardapolvo, sin nada debajo, y salieron andando del granero, hacia una carretilla. La imagen se fundió y se encendieron las luces. Mitchell cogió la mano de su mujer.

—Esperaremos unos minutos.

Sin moverse, Barbara dijo:

—Es increíble.

—Eso ya lo has dicho.

—Dios mío, hemos llevado una vida de monjes.

—Como dicen ellos, «lo más excitante».

Recorrió los laterales del cine con la mirada, moviendo ligeramente la cabeza para ver cómo se iban vaciando las filas, pero no llegó a darse la vuelta del todo.

—¿Has visto algo —dijo Barbara— que te... interesara?

—Bueno, no sé, hay un par de números que podríamos estudiar.

—¿Te has fijado? No se han besado hasta el final.

—Supongo que porque sus bocas nunca estaban lo suficientemente juntas.

—¿De dónde sacarán los actores?

En algún lugar detrás de ellos, una luz se encendió y volvió a apagarse. De nuevo volvió a encenderse y Mitchell oyó la voz familiar:

—Venga, papaitos, se acabó.

Siguió un silencio. Él estaba esperando, o se había ido. Mitchell no desvió su mirada. Le dijo a su esposa:

—Todavía no.

—Mitch, ahora estoy asustada.

—No puede hacernos nada.

En aquel momento, deseó haberse equivocado con Alan. Porque Barbara estaba con él, y todo sería más fácil si se hubiera equivocado. Pero seguía teniendo aquel presentimiento y sabía —no, todavía no estaba seguro, aunque hubiera apostado— que Alan era uno de ellos. Y, si lo era, había que enfrentarse a la siguiente conclusión: era capaz de matar. Podía llevar un arma. Bajo su chaqueta, en su despacho, en cualquier lugar. O sea que, si Alan era uno de ellos, tendría que sacar de en medio primero a su mujer y luego aproximarse a él prudentemente. Aguantarse y ser simpático. Hubiera deseado que Barbara no estuviera allí. Pero tenía que saber algo más sobre Alan —no solo sentirlo— y no había otra forma de hacerlo. Barbara era la única persona que podía identificarlo.

—Bueno, vámonos —le dijo a su mujer.

Recorrieron el pasillo sin darse excesiva prisa. Mitchell la cogió del brazo. El cine ya estaba vacío. Al llegar al final del pasillo, vio a Alan en el vestíbulo, esperando a que salieran los últimos clientes.

—No le veo la cara —dijo Barbara.

Le vieron acercarse a un interruptor de la pared y accionarlo.

Las luces del toldo, fuera del cine, se apagaron. Junto a él, en la pared, un cartel encerrado en un panel de cristal anunciaba el próximo éxito, *La espada gay*. Un dibujo en color de varios hombres jóvenes que, aparentemente, solo vestían bragueros y alzaban sus espadas al cielo. Vio que Alan se daba la vuelta, daba unos pasos hacia ellos, miraba y se paraba instantáneamente.

Barbara le miró. En voz baja, dijo:

—Es él.

—Vete al coche —dijo Mitchell— y espérame allí.

Al ver que dudaba, insistió:

—Barbara, por favor, vete.

Caminó junto a ella y se paró al llegar a la altura de Alan, a unos pasos de distancia. Barbara continuó andando, seguida por la mirada atenta de Alan, hasta que salió por la puerta de cristal. Alan se dio la vuelta para mirar a Mitchell y le dijo:

—Le tengo visto. Ah, sí, es el tipo loco de esta tarde, en el bar.

—Esa era la tercera vez.

—¿Qué tercera vez?

—¿Quiere jugar a las adivinanzas —preguntó entonces Mitchell — y perder un rato con toda esa mierda, o prefiere que le dé el dinero?

Alan dudó.

—¿Qué dinero?

—Pidió usted diez mil dólares, a entregar hoy.

—¿Ah, sí?

Mitchell se alejó de él, dando un par de pasos.

—Bueno, espere un momento —dijo Alan—. Repítame eso de los diez de los grandes.

Mitchell negó con la cabeza.

—Debo de haberme equivocado de persona.

—¿Por qué piensa que soy yo? —Alan vio que Mitchell volvía a darse la vuelta y se marchaba—. ¡No, un momento! —Luego, más tranquilo, dijo—: ¿Quién le ha dicho que me encontraría aquí? ¿Leo?

—Hablé con él —dijo Mitchell—. No quería el dinero, así que vine aquí. Y usted, ¿lo quiere, o no?

—Bueno, si me lo quiere dar...

—¿Hablo con la persona adecuada?

—Parece estar muy seguro.

—Quiero oírsele a usted.

Alan señaló por encima de Mitchell.

—Hay un tipo allí en la oficina. Y otro en la sala de proyección. Si cree que va a poder intentar algún truco, le diré algo más: llevo un revólver.

Mitchell sacó el sobre del bolsillo y lo sostuvo en la mano izquierda.

—¿Esto es para usted, o no?

—He dicho que si me lo quiere dar, si está seguro, lo haga.

—Y yo he dicho que quiero oírsele a usted.

—De acuerdo, por el amor de Dios. ¡Sí!, soy yo. Y ahora, démelo.

Mitchell le dio su mano derecha, cerrada en un puño fuerte. Se fue a por él y le pegó una y otra vez, fuerte, con la misma mano. Alan golpeó con la espalda el panel del anuncio y lo rompió en añicos. Intentó rodar para apartarse, gritando, y cayó postrado en cuatro patas. Mitchell se quedó junto a él, mirándole.

—Me vuelve a tocar y juro por Dios que... —Alan escupió sangre, con la cabeza hundida entre los hombros— gritaré para que venga alguien, lo juro.

—Ya lo ha hecho —contestó Mitchell—. Me parece que se han ido todos.

—Siempre hay un policía fuera cuando cerramos. Me toca y juro por Dios que gritaré para que me oiga.

Mitchell se agachó lentamente y se quedó en cuclillas junto a Alan. Dijo:

—No nos hace falta la policía. ¿Para qué quiere a la policía?

—Si me toca...

El pelo colgaba sobre su cara. A Mitchell le recordó a una fiera que ha sido golpeada y se halla aterrorizada.

—No voy a tocarle. Lo que quiero es hablar con usted.

—Joder, me ha rajado la boca.

—Me dejé llevar —dijo Mitchell—. Hay algo en usted que me hace sentir ganas de partírle esa jodida cara, pero ya me he calmado. Solo quiero que hablemos. Enseñarle algo. Eso es todo.

—¿Qué?

—¿Hablo con la persona adecuada? Quiero decir, ¿es usted el

jefe? Si no, no quiero perder el tiempo.

Esperó y oyó que Alan decía:

—No me venga con mierdas. Si vamos a la policía será usted quien saldrá perdiendo.

Mitchell movió la cabeza.

—¿Por qué insiste en hablar de la policía? ¿Tengo cara de idiota? No quiero que la policía se meta en esto. Pero tampoco me gusta tratar con más de una persona. Puedo hablar con uno y llegar a un acuerdo. Pero si interviene una multitud —y tres son multitud —, entonces nunca estoy seguro de que se vayan a entender entre ellos. ¿Me sigue?

—Quiere hablar, ¿no? Pues diga algo.

—Sí, quiero hablar con usted, pero también tengo que enseñarle algo. He de enseñarle mis cuentas.

—¿Qué cuentas?

—¿Sabe leer una hoja de balance?

—Venga, dígalo.

—Mire, —dijo Mitchell— sé que tengo que tratar con usted. No quiero perder todo lo que tengo, ir a cadena perpetua. Pero no puedo hacer lo que me pide, porque no puedo dar algo que no tengo.

»Venga a mi despacho de la fábrica mañana por la noche, a las once y media, después del segundo cambio de turno, y le enseñaré mis libros de cuentas, inversiones y ahorros. Le enseñaré dónde tengo la pasta y cuánto puedo pagar exactamente. Si es usted el que hablaba siempre, sabe algo de impuestos sobre la renta y todo eso. O sea que espero que podrá entenderlo y ojalá podamos tratar el asunto con más seriedad. ¿Me entiende? Pero tiene que venir solo. Si no, no hay trato. Quizá decida que no, que prefiere enviarme a la policía. Tendré que correr ese riesgo. Pero le prometo que no hay trato si usted y yo no nos sentamos y lo hablamos. Si no lo hacemos, habrá trabajado en balde.

Alan le miró.

—Podría estar metiéndome en una trampa.

—Amigo, también podría estar muriendo ahora mismo. Mañana por la noche, a las once y media. —Mitchell se levantó y volvió a meterse el sobre en el bolsillo.

—Los diez mil —dijo Alan. Se puso de rodillas y alargó una

mano.

—No —dijo Mitchell—. Es usted muy convincente, pero todavía no estoy seguro de que sea la persona que busco.

Alan le vio marcharse. El muy hijo de puta, intentando algún truco; estaba seguro. Vio el coche en la esquina, el Grand Prix de color bronce, y —seguro, se hubiera apostado los huevos— su mujer de pie al lado del coche. La Flaca. Piernas delgadas y caderas de buen tamaño. Una buena combinación. Alan salió —el tipo ya no podía hacerle nada— y le dedicó una buena mirada cuando entraba en el coche, sin verle, enseñando el muslo. Joder, vaya piernas. Una fina línea muscular bordeaba la pantorrilla. Piernas delgadas y fuertes. Buenas para atenazar, para rodearte como unas tijeras.

Cuando el coche se fue y sus luces se empequeñecieron en la oscuridad. Alan se quedó pensativo: tendría que revisar eso. Tal vez habría un papel por ahí para La Flaca.

14

ALAN DIJO:

—¿ME ESTÁS ESCUCHANDO? Si estás ocupado, puedo esperar, tío, si estás ocupado. No quiero interrumpirte, ni nada.

Bobby Shy le estaba escuchando. Podía esnifar coca y no perderse una palabra: eso no tenía truco. También ahora la sacaba de la bolsa con la cucharita de plata..., una amiga sin ojos ni pechos pero a la cual podía uno agarrarse y llevarla a la nariz y, síííí, una y otra vez, diez dólares de coca pura mientras Alan hablaba por su boca cortada, contándole que el tipo había ido a verle.

Estaban en el apartamento de Doreen, porque Alan le había llamado y le había dicho que quería verle allí. Alan, Bobby y Leo. Doreen estaba durmiendo en la habitación contigua.

Bobby tuvo que poner mala cara al ver la boca de Alan, cortada, afeada. El hombre le había pegado bien. Era una mierda, ¿le estaba escuchando? Hablaba, pero intentaba no mover la boca. Como si la boca no existiese. Como si el hombre no le hubiera pegado. Parecía un tipo fácil, pero no se echaba atrás, ¿eh? Bobby estaba sentado en un extremo del sofá con los pies apoyados en la mesita de café, calzados con calcetines negros. Leo estaba sentado en el otro extremo del sofá floreado, pero, aun así, Bobby percibía su repugnante olor a colonia barata. Alan estaba de pie, moviéndose, elevando los hombros, con los dedos en los apretados bolsillos frontales, mirándole.

Bobby dejó la bolsa de coca sobre la mesa de café. Mejor guardar una raya para cuando Doreen se despertase. Si no, le

mataría. Dijo:

—Te escucho. Estoy aquí sentado, ¿no?

—Es importante que primero aclaremos las cosas —dijo Alan—. El tipo no estaba allí porque sí. Alguien le dijo dónde encontrarme.

Leo estaba inclinado hacia adelante, hundido en el cojín, preparado para saltar:

—Yo no le dije nada. Ni siquiera le dije tu nombre, por el amor de Dios, nada.

Alan mantuvo la vista fija en Bobby.

—Leo dice que no fue él.

—Tío, ya es la décima vez que se lo oigo. Me lo creo, con tal que no lo repita más.

—De acuerdo —dijo Alan—. Si no fue Leo, entonces solo nos queda una persona.

—¡Eh! ¿Yo? Solo he hablado un par de veces con la nuca de ese tipo.

—No estoy hablando de ti —dijo Alan.

—Bueno, solo somos tres.

Alan negó con la cabeza:

—Doreen. Si no ha sido Leo, entonces tiene que ser Doreen. Estaba en el bar cuando él vino a hablar conmigo.

Bobby reflexionó.

—No. No puede haber sido ella.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque somos amigos —dijo Bobby—. Sabe que si me enterase de algo así la echaría por la ventana.

—Hablemos con ella.

—No hace falta.

—Quiero estar seguro —dijo Alan.

—Oye, mira, ya hablaré yo luego con ella —respondió Bobby Shy—. ¿Entiendes? Se lo preguntaré y te haré saber algo.

—Mientras lo hagas... —dijo Alan.

Tenía que decir la última palabra. Al hijo de puta negro de ojos soñolientos había que manejarlo con guantes. Nunca interrumpir lo que estuviera pasando dentro de su cabecita loca llena de coca. Leo, a su manera, era tan malo como Bobby, o peor. Había que llevarle de la manita para que no se cagara. Vaya par de maravillas. Un cagón con la cabeza llena de serrín que era capaz de derretirse en

cuanto la cosa se calentara y un pistolero que perdía el culo y se gastaba cincuenta pavos al día para su séptimo cielo. Joder, tal y como estaba resultando el tipo, aquellos dos no le servían de nada. De pronto, el tipo había demostrado ser fuerte, muy distinto del tipo simple y facilón que había parecido al principio.

—O sea que, como os he explicado —siguió Alan—, el tipo dice que quiere hablar de su situación económica. Eso es todo lo que dijo, salvo que tengo que ir solo. ¿Por qué?

—Esa es la cuestión —dijo Bobby Shy—. Bueno, ¿y cuál es nuestra respuesta?

—De momento, creo que trama algo. Por ejemplo, que la policía esté allí, emboscada. Entro, me paga y me pillan. Pero, entonces, ¿por qué solo yo? Si la pasma estuviera detrás de esto, nos querrían a los tres, ¿no?

—O a lo mejor —dijo Bobby— te pillan y esperan a que cantes sobre nosotros.

—Vamos —dijo Alan—. Es más fácil pescarnos a los tres. Estaría tirado. Los tres juntos con el jodido dinero en las manos.

—Eso no responde a nuestra pregunta, ¿verdad? ¿Por qué quiere que vayas tú solo?

—Creo que solamente hay una manera de saberlo —dijo Alan—. Que vaya a verle.

Bobby Shy fijó su mirada en Alan.

—No os llevaréis algo entre manos tú y él, ¿verdad?

—¿Quieres ir tú en mi lugar? —Alan le devolvió la mirada—. A mí no me importa, tío. Ve tú, y entérate de lo que quiere. Así serás tú quien se juegue el culo, tío, no yo. —Alan esperó. Con eso debería de bastar. Tampoco quería pasarse.

Bobby Shy sonrió desde el sofá floreado. Llevaba un ciego divino, todo claro y cálido, y no quería desperdiciarlo discutiendo con aquel tipo de la boca cortada y el pelo largo. Dijo:

—Eh, enróllate. Ve a ver al tío y dime lo que quiere. Te creo. ¿Por qué no iba a hacerlo? Todos estamos metidos en esto.

—Pregúntale quién se lo dijo —soltó Leo Frank—. Pregúntale si fui yo. Ya verás.

Alan se quedó mirándoles un rato. No había prisa. No hacía falta decir nada más.

—Vale —dijo—. Mañana, a la misma hora, en mi casa.

Fue hasta la puerta, se dio la vuelta y miró de nuevo a Bobby.
—Lo del atraco al autobús... Al final imaginé quién era el caco.
Los ojos de Bobby Shy estaban medio cerrados.

—¿Está bien?

—Según los periódicos, te llevaste unos cuatro mil.

—Y una mierda.

—No puedes dejar de ser un pistolero del Oeste, ¿eh?

—Pensé que te gustaría.

—No sé —dijo Alan—. Un poco loco, pero con estilo.

—¿Estás intentando decirme algo?

Alan le guiñó el ojo.

—Estoy diciendo que sé que fuiste tú, tío, eso es todo.

Bobby Shy se sentó en el borde de la cama de matrimonio mirando a Doreen: el suave rostro oscuro, algo hinchado por el sueño. Las largas pestañas negras que se pegaba de una en una, cerradas sobre sus ojos. Buena chica, respirando reposadamente, con la cara un tanto alzada, su cuerpo desnudo dibujando un medio giro bajo la sábana, haciéndole sentir la curva de su cadera sobre la pierna.

En voz baja, llamó:

—¿Doreen?

Repitió su nombre y esta vez le agitó suavemente el hombro desnudo.

—Eh, nena, venga. Es hora de despertarse y hacer algo de comida.

Su mano abandonó el hombro, estiró la almohada y se detuvo en el regazo. El movimiento le hizo abrir los ojos. Se posaron en él con calma, se movieron para contemplar un haz de luz del día que destacaba en la sombra de la ventana y volvieron a posarse en su cara.

—¿Qué hora es?

—Sobre las tres.

—A las siete de la mañana, el tío quería volver a empezar. Le digo: «Eh, nene, mueve el culo y vete al trabajo». Muy sorprendido, me contesta: «Lo pagaré».

—¿Quién era?

—A las siete de la mañana. Le he dicho: «Eh, nene, a las siete de la mañana no lo hago ni por placer».

—¿Se llamaba Mitchell? ¿Era un amigo de Cini?

Doreen no se movió; mantuvo la vista fija en el rostro de Bobby Shy y, un momento después, dijo:

—No, no era él. Era otro.

—¿Estuvo aquí ayer?

—¿Quién?

—Ese hombre, Mitchell.

—Ayer... Sí..., hacia las cuatro. Le dije que estaba esperando a alguien.

—¿Qué más le dijiste?

—Que volviese otro día.

—¿Qué más?

—¿Y qué podía decirle? Yo no sé nada.

Bobby Shy levantó la almohada. Vio sus ojos brevemente, antes de bajarla sobre su cara y apretarla fuertemente con las dos manos abiertas, los brazos rígidos. Apartó la cara hacia un lado cuando ella se puso a arañarle y a darle patadas y su cuerpo se arrastraba debajo de la almohada.

Al levantarla, volvió a ver sus ojos, como si hubieran estado todo el rato abiertos. Ella inhaló aire y, casi inmediatamente, repitió:

—No sé nada, ¿qué podía decirle?

—Me conoces —dijo Bobby Shy—. Y conoces a la gente que yo conozco.

Ella estaba rígida, temía moverse; temía decir algo que no debiera.

—¿Te preguntó algo?

—Estuvo aquí solo cinco minutos. Le pregunté si quería beber algo, me dijo que sí, y le puse una copa.

—¿Había venido a comprar, o a hablar?

—Le dije que estaba ocupada, se bebió su copa y se fue.

—No estás contestando a mis preguntas —insistió Bobby Shy.

Volvió a levantar la almohada y tuvo que luchar para apretarla contra su cara, salvando la resistencia que ofrecían sus brazos. Volvía a verle los ojos, y podía ponerse en su lugar e imaginar lo que ella estaba viendo. Luego, veía la almohada y sentía que el cuerpo de ella se retorció contra él, que levantaba las piernas y las estiraba y las volvía a levantar. Vio, cerca de sí, un rastro de polvo

blanco en su antebrazo y pequeños agujeros negros en el hueco del codo. Era delgada y débil, pero era un buen gallo de pelea y seguiría moviéndose mientras estuviera con vida, tal vez incluso después. Sus piernas volvieron a estirarse y luego se ablandaron. Su brazo, levantado a la altura de la cara de Bobby, pareció volverse flácido y descendió lentamente, abandonado.

Bobby Shy levantó la almohada y vio sus ojos, todavía abiertos. Parecían soñolientos. Ella inspiró, soltó el aire y empezó a respirar a golpes cortos y rápidos, como si hubiera estado corriendo. Sus ojos le miraban con expresión adormecida, como si les faltara algo. La chica buena se estaba durmiendo, demasiado cansada para hablar.

Bobby Shy dijo:

—Por última vez. ¿Le dijiste dónde vivo yo, o algún conocido mío?

La cabeza de Doreen se movió en la almohada, solo un poco, de lado a lado.

—No. Por favor...

—Eh, ¿estás bien?

—¿Me crees? Por favor, no le dije nada.

—Te creo —contestó Bobby Shy.

—Le dije que estaba ocupada. Nada más.

Bobby Shy se agachó para darle un beso en la mejilla.

—¿Por qué no duermes un rato más, nena? Vas a dormir, eh, repítete a ti misma: «Nunca volveré a hablar con ese hombre, jamás le miraré a la cara. Si viene aquí, mierda, le cerraré la puerta en las narices». ¿Eh, Doreen? —siguió Bobby Shy—. Haz eso y todo irá bien.

Alan condujo el Thunderbird blanco hasta la Ranco Manufacturing. Su coche, un Datsun 240z amarillo, había desaparecido hacía al menos dos meses. Robado. Lo había dejado menos de diez minutos aparcado delante del cine, en una zona prohibida, mientras iba a llevarse unas cuantas entradas —era su día libre— y al salir ya no estaba. Había llamado a la policía cada día durante tres o cuatro semanas, recordándoles que era un Datsun 240z amarillo, por el amor de Dios, con un equipo Panasonic de ocho pistas, ruedas radiales y neumáticos Michelin X, preguntándoles cuántos Datsun 240z creían que había en Detroit o en Ohio del Norte o en Indiana o donde quiera que luego se

vendieran esos coches. Le habían contestado, cada vez, que no se preocupara, que ya aparecería. Por supuesto, le habrían quitado el equipo Panasonic de ocho pistas, y necesitaría alguna reparación, pero aparecería. La pasma. Alan dejó de llamar a la policía justo cuando supo de un tal Harry Mitchell, de Ranco Manufacturing, y se dedicó a seguirle, controlarle y estudiar sus cuentas —había analizado todo menos su orina— y decidió que era el tipo a atacar. El hombre que él y Leo habían estado esperando.

Alan aparcó el Thunderbird al otro lado de la calle de la fábrica, media manzana más allá, y se quedó mirando cómo la hilera de luces piloto de los coches de los empleados del turno de tarde confluían en la salida del aparcamiento que había detrás de la fábrica y salían a la calle. Algunos coches se acercaron y se pararon en el Pine Top Bar. Alan veía el rótulo verde de neón por el retrovisor, unos doscientos metros detrás de él. Esperó a que se despejara el camino, y luego siguió esperando unos quince minutos más, para estar seguro. No le gustaba nada. Debería tener cuidado con lo que decía, por si había micrófonos ocultos en el despacho de Mitchell. No aceptaría dinero esa noche, ni siquiera si se le ofrecía todo de golpe, por si los policías le estaban esperando en la habitación de al lado o en el jodido lavabo. ¿Qué razón podrían tener para detenerle?

¿Asesinato? ¿Qué asesinato? ¿Qué chica?

Respuesta: Sí, conozco a algunas chicas que trabajaban allí. Pero hay muchos cambios: se van, y no las ves nunca más.

Había estado en casa de Mitchell, ¿no?

Respuesta: Sí, una vez estuve allí. Le expliqué a su mujer que estoy montando una empresa de contabilidad personalizada para amas de casa, gente que gasta unos cuantos miles al mes y no le gusta tener que preocuparse de las facturas y las cuentas del banco. Esa es mi especialidad.

Pensar rápido siempre es mejor. Había estado a punto de decirle a la mujer de Mitchell que era un vendedor de inmuebles. Esto era mucho mejor. Podía referirse a su historial, y confiar en que no lo comprobasen demasiado.

De acuerdo. Mitchell le había dicho que fuera a mirar sus cuentas. Eran casi sus propias palabras. Eso era todo lo que sabía, y por eso estaba allí.

¿Qué más?

No se le ocurría nada más, ninguna otra posibilidad de que le arañasen y pudiesen pescarle. Pero seguía sin gustarle.

El Thunderbird trazó un círculo perezoso a través del aparcamiento, se acercó a la fábrica y paró no muy lejos del coche de Mitchell. Hubo un momento de silencio antes de que se oyera un portazo.

Mitchell estaba de pie bajo la luz que venía de la puerta trasera. Cuando vio la figura que se dirigía hacia él, empujó la puerta y la mantuvo abierta.

—¿Señor Mitchell?

No contestó.

—¿Señor Mitchell? —Alan se acercó a él, sin darse demasiada prisa—. Tengo entendido que le gustaría que le echara una hojeada a sus libros.

—No hay nadie —dijo Mitchell.

Entró él primero y dejó que Alan le siguiera.

—¡Vaya! Tiene mucha maquinaria, ¿no? ¿Qué fabrica usted exactamente, señor Mitchell?

Alan sonrió, empezando a relajarse, mirando a su alrededor a medida que avanzaba con Mitchell, a través de mesas metálicas ordenadas y cabinas con luces fluorescentes, hasta que llegaron a su despacho. Mitchell cerró la puerta y señaló la mesa.

—Ahí está. Eso representa todo lo que tengo y todo lo que debo, lo que valen mis propiedades. Sírvaselo mismo.

Alan dio la vuelta a la mesa, mirando los impresos, carpetas y libros bancarios.

—¿Qué quiere que haga, ver si todo está en orden?

—Ya le he dicho que no hay nadie —dijo Mitchell—. No hay ningún equipo de grabación escondido, ni nada parecido. Puede verlo si quiere.

Alan se sentó junto a la mesa de patas de cristal. Era más fácil no decir nada que husmear en busca de un micrófono. Empezó a estudiar los títulos de los papeles e impresos.

Mitchell se quedó al otro lado.

—Si sabe de qué va, le llevará tres o cuatro horas mirar todo eso. Si no sabe de qué va, podría llevarle toda la vida y seguiría sin saber nada.

Alan le sonrió.

—No se preocupe por mí, señor Mitchell. Apuesto a que puedo leer esto más rápido que su contable.

—Tenía el presentimiento de que así era —dijo Mitchell—. ¿Estudió para empresario en la escuela, o qué?

—Me pareció más rentable el negocio del cine —dijo Alan con amabilidad—. Pero me gusta seguir con la contabilidad, por así decirlo.

—La contabilidad de los demás.

—Sí, señor, para sacar algún extra de vez en cuando.

—¿Va a mirarlo todo?

—Lo suficiente como para tener una idea.

—El gobierno se queda un sesenta y cinco por ciento de mi salario.

—Ya lo veo.

—Vivimos del resto. El balance de mi patente ha ido cada año a bonos municipales u otras inversiones a largo plazo. Y los beneficios anteriores han pasado al fondo de inversión y no se pueden tocar. ¿Me entiende?

—Sí, señor. Como mucha gente que gana mucho dinero, usted parece no tener nada.

—Esa hoja que tiene delante contiene los datos clasificados por temas. Suma, resta y arroja un resultado final. ¿Lo ve?

Alan asintió:

—Cincuenta y dos mil.

—Eso es todo lo que puedo conseguir de momento —dijo Mitchell—. Ni un centavo más antes del próximo abril.

—¿Cuando acaba su año fiscal?

—No, cuando pagamos a Hacienda.

—¿Y el año que viene? —preguntó Alan—. La misma cantidad, ¿no? Salvo que pueda convertir alguno de sus excedentes.

—No me preocupa el año que viene —contestó Mitchell—. Algo en su estilo de vida me dice que probablemente ya no estará por aquí. Pienso solo en el presente y pienso en mi familia. He trabajado mucho para dejarles algo y pretendo hacerlo sin tener que vender mi empresa ni mi casa ni cambiar mi forma de vida. Así que voy a negociar con usted ahora mismo, con una cifra que, como verá, va a ser la de partida. Cincuenta y dos mil dólares. Si insiste

en recibir más, no le pagaré nada. Si sigue con su amenaza de informar a la policía, les diré todo lo que sé y se verá usted con el agua al cuello. Creo que tendría muchas posibilidades de librarme de la acusación. Incluso más que usted. Pero no quiero correr ese riesgo. Principalmente por lo que significaría para mi familia — Mitchell hizo una pausa—. Así que, ¿quiere cincuenta y dos mil dólares o un montón de problemas y una razonable posibilidad de acabar en la cárcel?

Alan miró a Mitchell, pero no dijo nada.

Mitchell esperó. Luego siguió:

—Cómo se repartan, eso es su problema. Ciento cinco partido por tres hacen treinta y cinco mil cada uno. Cincuenta y dos hacen diecisiete... si lo dividen en tres partes. Pero eso es cosa suya. Mírelo así. Reciba lo que reciba, siempre es mejor que nada. Podría haberle enseñado un balance de deudas con toda clase de retenciones, incluyendo el IRPF. ¿Entiende lo que quiero decir? Usted me amenaza con una acusación de asesinato y con la cárcel, y, mientras tanto, el gobierno podría haberme dejado desnudo.

—Nunca se sabe, ¿verdad? —dijo Alan—. La vida está llena de sorpresas —Volvió a quedarse pensativo—. ¿Cuánto tardaría en conseguir los cincuenta y dos?

—Cinco días, o algo así.

—Bueno, lo pensaremos.

—¿Quedamos aquí?

—Tal vez. Ya le diremos algo.

—Otra cosa —dijo Mitchell—. Mantenga a sus amiguitos apartados de esto. Págueles lo que quiera, pero yo solo voy a negociar con usted, ¿de acuerdo? Si no, nada.

—De acuerdo —Alan se quedó un momento pensando y se levantó—. Contésteme una pregunta. ¿Quién le dijo dónde encontrarme?

—Su amigo Leo. ¿Quién creía usted?

Observó el coche cuando salía del aparcamiento y luego volvió a su despacho cruzando la fábrica. Se sentó a la mesa, y escribió una nota para sí mismo.

«Llamar a O'Boyle por la mañana. A ver qué puede averiguar su amigo sobre Alan Raimy y Leo Frank».

Y se fue directamente a casa.

15

LEO FRANK DIJO:

—No sé, el asunto parece limpio y simple y de repente se complica. Tiene que haber algo. O sea, el tío tiene pasta, ¿no?

Bobby Shy miró a Alan. Los otros dos hablaban. Bobby estaba sentado sobre un cojín, con la espalda apoyada contra la pared. Se sentía incómodo, pero escuchaba, intentando aclararse. Había algo extraño en aquella conversación: alguien tomaba el pelo a alguien.

Alan estaba junto a una ventana sobre la que había un árbol pintado, una ancha línea marrón para el tronco y un círculo verde para las hojas. Alan estaba en su casa. Se estaba fumando un porro, y cuando expulsaba aire, apenas salía humo de su boca. Dijo:

—El hombre tiene dinero. Ya os he dicho que tiene dinero. Y puede conseguir más cuando recupere sus inversiones y bonos y toda esa mierda. Pero el gobierno le tiene cogido por las pelotas. Debe unos ciento cincuenta de los grandes por impuestos de los dos últimos años, y tiene que pagarlos. Si no, le hacen vender la casa, el negocio, todo.

Leo preguntó:

—¿Entonces por qué llevaba dinero el otro día, en el sobre?

—Porque tenía que frenarnos —contestó Alan—. Tenía miedo de que nos echásemos sobre él y llamáramos a la policía. Así que nos dejó oler la pasta, pensando que nosotros no haríamos nada de momento. Eso le daría tiempo a preparar el encuentro.

—No sé... —dijo Leo Frank.

—Ya sé que no sabes —atacó Alan—. Por Dios, estoy contento

de que haya hablado conmigo y no contigo. Podrá estar jodido en sus negocios, pero todavía tiene algo de sentido común.

No, pensaba Bobby, algo no encajaba. No le gustaba aquella conversación. No le gustaba estar en el apartamento de Alan. El piso parecía desnudo, como si acabara de instalarse y nada estuviese todavía en su sitio: y, sin embargo, estaba lleno de chorradas de mierda en las paredes, en el suelo, incluso colgadas del techo. Había dibujos psicodélicos, y palabras y hombres pintados con aerosoles de colores brillantes sobre las paredes blancas o sobre las propias sombras, como en un antro, o en el metro de Nueva York. Aquel hombre tenía lámparas flexibles que se podían orientar en cualquier dirección; luces negras y luces de colores ambientales metidas en globos blancos; cinturones indios y mierdas así; pájaros y formas móviles que colgaban del techo; alfombras que parecían hechas de pelo de animal; cojines de la India revueltos por la habitación; sillas y un montón de cojines grandes, rojos, verdes, y de color púrpura, como si hubieran convertido el lavabo de hombres de un antro en un burdel turco.

—Quiero decir —insistió Leo—, si un tío gana tanta pasta, ¿cómo puede ser que no tenga lo suficiente para pagar al gobierno?

—Lo ha invertido —explicó Alan—. Mira, se supone que tiene que pagar al gobierno a plazos, trimestralmente. Si no lo hace, tiene que pagar una multa al acabar el año, sobre el seis por ciento. Pero él calcula que puede poner la pasta a trabajar y hacer que le rinda más de ese seis por ciento. Así que lo invierte. Solo que el fondo en el cual invierte falla. El negocio en el que ha puesto la pasta se hunde. Y no solo pierde la pasta que ha invertido, sino que sigue debiéndole al jodido gobierno los impuestos que no había pagado.

Leo asentía, intentando entender.

—¿No le dan tiempo para pagar?

—Le llaman —dijo Alan, preparado para contestar a esa pregunta—, habla con un burócrata de Hacienda. Le dice: «Mire, pagaré. Denme tiempo». El burócrata mira, revisa la declaración del tipo. Mierda, ve que el tío gasta en copas más de lo que él gana en un año y le devuelve la jodida declaración al tío. «A pagar; ya mismo».

—¿Estás seguro de eso?

—No, me lo estoy inventando —dijo Alan—. Leo, vi su

correspondencia con la delegación de Hacienda, con el membrete impreso en la cabecera. Vi sus libros, vi su balance bancario. Si nos diera cinco pavos, ellos querrían saber adónde han ido a parar.

Alan estrujó el porro con las uñas y le sacó una última calada antes de dejar la colilla marrón en un cenicero. Siguió hablando:

—Si quieres saber una cosa, te lo diré. Tenía el jodido presentimiento de que el tipo era demasiado perfecto. Esperamos a alguien como él como si hubiésemos esperado a la tía más guapa del mundo. La tía aparece, tío, ahí está. Pero resulta que le canta el aliento, o algo parecido.

—Por Dios, hemos invertido un montón de tiempo —dijo Leo—. Y la chica...

—Eso nos lleva a otra cosa —dijo Alan—. La chica. En esa cuestión, no me gusta lo que tenemos que hacer —Miró directamente a Leo Frank—. ¿Sabes por qué?

Leo Frank tenía una expresión de sorpresa.

—Ni siquiera sé de qué estás hablando.

—Leo, se lo pregunté. Me dijo que fuiste tú quien le contó dónde encontrarme.

—¡No fui yo! ¡Ni siquiera le dije tu apellido!

—Leo, se lo pregunté. Le dije: «Eh, ¿quién le dijo dónde trabajo?». Me contestó: «Su amigo Leo ¿Quién creía que había sido?». Esas fueron sus palabras exactas.

—No fui yo, te lo juro por Dios.

—Leo —dijo Alan—, el espectáculo se ha terminado. O casi. Me la trae floja, de verdad, se acabó. Me has abandonado. Bueno, vivir para aprender.

Bobby seguía mirando a Alan, preguntándose por qué no había dicho eso antes, en cuanto entraron. También se preguntaba por qué Alan parecía tan tranquilo con respecto a eso. Debería estar apalizando a Leo con palabras, apabullándole: pero aparentemente le resbalaba, como si no tuviese ninguna importancia. Vivir para aprender, vaya mierda.

—Pero —seguía Alan— tenemos un problema. Ha habido un asesinato. Él lo ha visto. Entonces no sabía nada de nosotros, pero ahora sí sabe algo.

Bobby Shy habló por primera vez. Dijo:

—Sabe algo de vosotros dos; de mí no sabe nada.

Alan le miró.

—Efectivamente. Por eso vas a ser tú quien lo haga. Tú puedes acercarte a él, saludarle y volarle los sesos. El tío ni siquiera se enteraría de cómo ha sido.

—¿Para qué? —preguntó Bobby Shy—. ¿Qué gano yo con eso?

—Tranquilidad mental —contestó Alan.

—¿Acaso parezco nervioso?

—De acuerdo —dijo Alan—. ¿Quieres correr el riesgo? Él sabe que ella está muerta, ¿no? Sabe que lo hicimos entre tres. No solo yo y Leo, sino también un negro que se cubre la cara con una media y lleva un treinta y ocho especial. Bobby, tú ya has estado en el penal de Jackson. Creo que estuviste diez años, ¿fue por robo a mano armada? ¿De verdad quieres correr el riesgo? Se le despierta la conciencia, se va a la policía y empiezan a levantar las piedras buscándonos. Eh, Bobby, ¿de verdad quieres que pase eso?

Bobby Shy sonrió.

—Escucha a este tío. Quiere que le limpie el corral.

—Creía que el profesional eras tú —dijo Alan—. Que te gustaba apretar el gatillo.

—Y ahora me está dorando la píldora.

—Mierda, solo tienes que ir, llamas a la puerta, él abre y se acabó.

—Así lo harías tú, ¿eh?

—¿Por qué no?

Bobby Shy dudaba.

—Tal vez. Hacerlo en su propia casa...

Ahora era Alan el que sonreía.

—Eh, hay posibilidades, ¿no? ¿Te gusta?

—Me lo pensaré —contestó Bobby Shy.

Alan le tenía atrapado: podía notarlo. Dijo:

—Mientras te lo piensas estudiaré sus movimientos para poderte decir cuándo es el momento adecuado. De hecho, si quieres, iré contigo.

—¿Me llevarás de la manita? —dijo Bobby Shy—. Te lo agradezco.

—Simplemente tenemos que permanecer juntos —dijo Alan, y miró a Leo para incluirle—. Quiero decir que si empezamos algo tenemos que terminarlo. Luego... tenemos tiempo y no tenemos

nada que hacer. Buscaremos otro tipo. ¿Por qué no?

Los echó de allí y se sentó en un cojín para fumarse otro porro y relajarse. Por Dios, tanto trabajo le agotaba. Dando vueltas y vueltas, mareando al negro y al gordo de Leo. Mierda, quitándoles su parte del botín. Pero todavía podía ser que el tío estuviese tramando algo, y Alan decidió que sería mejor pensárselo un rato.

Lo curioso fue que empezó a pensar otra vez en la mujer del tipo. En su casa, de pie en el cuarto de estar, contenta, con las piernas un poco separadas. Metiéndose en el coche, delante del cine, posando para él, abriendo otra vez un poco las piernas, dejando que se viera parte del muslo. Se dijo a sí mismo: «Vamos, hay un papel en esta obra para La Flaca. ¿Qué tal estaría?». Aspiró el porro y se la imaginó en casa, sola, y empezó a tramar algo.

Salieron del bloque de apartamentos y dieron la vuelta a la esquina, hacia el coche de Leo. Este esperaba que Bobby dijera algo, que lo dijera y tal vez le golpease. Nunca sabía lo que iba a hacer Bobby Shy. Siempre se sentía incómodo con él, con aquel tipo negro callado, ágil, que podía llevar un revólver encima en aquel mismo momento.

—¿Vas a tu casa, o adónde? Te llevo —preguntó.

—Creo que a casa de Doreen —contestó Bobby Shy—. Tengo la mitad de mi ropa allí. No sé dónde vivo.

Parecía tranquilo. No sonaba nada agresivo. Leo dijo:

—Oye, te digo la verdad. Yo no le conté al tipo dónde encontrar a Alan.

—¿Y eso qué importa? —Bobby Shy no se tomó la molestia de mirarle.

—Sí que importa. Alan está intentando culparme —dijo Leo, empezando a excitarse—. Si el tipo le dijo que fui yo, es que miente.

—Sí, claro. —Bobby Shy no veía de qué iba aquello.

—Y si el tipo miente con respecto a mí, por alguna razón que desconozco, entonces también podría estar mintiendo en eso de que no tiene pasta.

—Alan le cree. Ha visto sus libros.

Bobby Shy seguía sin mirar a Leo, pero empezó a hacerse una idea de lo que pretendía decirle.

—¿Estás diciendo que Alan ha cometido una idiotez creyéndole?

—No estoy diciendo eso. Ya sabemos que Alan no es idiota.

Tiene la cabeza llena de pájaros, pero no es idiota.

—Y estamos descubriendo que el hombre tampoco lo es —dijo Bobby Shy—. ¿Entonces qué quieres decir?

—Digo que o Alan o el hombre mienten.

Bobby Shy dio unos pasos más, pensando, y luego dijo:

—O ambos.

—O ambos —repitió Leo—. También he pensado eso.

—Qué vergüenza, ¿no? —dijo Bobby Shy—. Todo el mundo intentando liar a todo el mundo.

—Nos equivocamos de tío —dijo Leo Frank—. Eso es todo. Cometimos el jodido error de equivocarnos de tío.

A Bobby Shy le llevó el resto del día encontrar una dosis de marihuana colombiana. Era la preferida de Doreen. Se la llevó y le dijo que sentía haber dudado de su palabra. No, en verdad no había dudado, solo que tenía que estar seguro. Resultaba, se lo dijo a Doreen, que había sido Leo. Porque eso era lo que el hombre le había dicho a Alan, y ¿por qué habría de mentir el hombre en eso?

Doreen le dedicó su mejor mirada, sentada en el fondo del sofá floreado, liando dos porros de profesional, y dijo:

—Nunca se sabe de quién te puedes fiar, ¿eh?

—El asunto que teníamos montado ha fallado —le dijo Bobby Shy.

Y Doreen le contestó, dándole un canuto encendido:

—Te admiro, amor, pero por favor no me lo cuentes. Hay cosas que no quiero saber.

—El tío nos iba a pagar ciento cinco de los grandes para que no contásemos nada de él —siguió Bobby—. Pero Alan fue a hablar con él y dice que resulta que el hombre no tiene nada de dinero. Se lo debe todo al Tío Sam.

—Eso te lo dijo Alan, ¿no?

—Es el único que ha hablado con él.

—¿Te lo crees?

—En eso estamos.

—Bueno, podrías hablar otra vez con Alan y ponerle una almohada en la cara.

—Sí, podría hacerlo.

—Pregúntale cómo puede ser que el tío esté arruinado, si lleva todo ese dinero en un sobre.

Bobby Shy se paró cuando estaba a punto de darle una calada al porro.

—¿Has visto ese sobre suyo?

—Lo sacó del bolsillo y lo volvió a guardar —dijo Doreen—. Era gordo.

—Leo dice que dentro hay diez de los grandes.

—Me lo creo.

—Lo que quisiera saber —dijo Bobby Shy— es por qué te lo enseñó.

Doreen se concentró en su canuto. Le calmaba y le daba confianza en sí misma.

—Dijo algo de que quería dárselo a Alan. Me olvidé de decírtelo cuando me lo preguntaste.

—Te olvidaste de decírmelo.

—Solo mencionó que quería ver a Alan. No me pareció nada importante.

—¿Te enseñó el dinero?

—Un poco.

—¿Y te dio algo?

—Lo cogió y sacó uno de cien. Entonces fue cuando le dije que estaba ocupada.

—Eso es todo, ¿no? No le dijiste nada de Alan. Ni dónde vive, ni dónde trabaja.

—Eh, Bobby. ¿Por qué te preocupas por Alan? Te ha dicho que el asunto se ha acabado..., él no se preocupa por ti, ¿verdad?

—Eso también es cierto.

—¿Vio Alan el dinero de ese hombre, el del sobre?

—Creo que sí.

—¿Y va a dejarlo correr?

—Otra verdad.

—Está pasando algo, nene. Y Alan no te lo ha contado.

—Como dije hace un momento, en eso estamos.

—Y, como dije yo —insistió Doreen—, podrías ir a ver al hombre. Averiguar si todavía tiene ese sobre tirado por ahí. ¿Entiendes a qué me refiero?

—Podría hacerlo —contestó Bobby Shy.

—Quizá por la noche. Tarde.

—Cuando todo el mundo esté dormido.

—Tío, en ese pequeño sobre —dijo Doreen— hay más que en un autobús lleno de gente, ¿no?

Habían vuelto a donde lo dejaron después de veintidós años y era incluso mejor de lo que había sido durante mucho tiempo. Quería estar con ella. Se encontraba a gusto con ella. Ahora no había nada que esconder, no tenía que poner excusas.

Era domingo, la temperatura rondaba los quince grados y el cielo estaba despejado, y decidieron no pensar en nada ni en nadie que no fuese ellos mismos durante todo el día. Jugaron tres sets de tenis al aire libre, en el patio de un instituto situado cerca de su casa. Hacía algo de viento, pero no importaba. Era bueno salir juntos. Jugaron duro y sudaron, Mitchell más que Barbara, entregándose para ganar por

6-3

,

6-3

, y luego aflojar un poco y tener que volver a apretar para recuperarse y acabar ganando el tercero por

7-5

. No tendría que haber aflojado. Cuando se juega es para ganar, incluso si es contra tu mujer. A Barbara le encantaba que Mitchell pensara así. Cuando ella le ganaba, de vez en cuando, sabía que se lo había ganado ella y no le habían regalado nada.

Varias veces, mientras se esforzaba para vencer a Barbara, había pensando en Cini. No sabía muy bien por qué. No podía imaginarse a Cini jugando al tenis. Ella se hubiera reído de la sola idea. Era una chica a la que entretener y con la que jugar a otras cosas. Era dulce y vulnerable, una niña pequeña. Barbara era también una niña pequeña —corriendo, cimbreadose, girando, golpeando la pelota, llamándose idiota a sí misma cuando la bola se iba fuera o se quedaba en la red—, pero lo era de otro modo. Podía dejar de ser una niña pequeña. Podía ser una dama o una mujer o incluso una abuela, y actuaría de modo espontáneo, con facilidad, en cualquiera de esos papeles. Aunque en casa, cuando se duchaban juntos y hacían el amor lentamente, solos en el silencio del hogar, era difícil imaginársela como una abuela.

Cuando estaban acostados en la cama, mirándose, Barbara dijo:

—Es mejor que aquella locura de película, ¿no?

—Mucho mejor. Hay que estar enamorado para saberlo.

—¿Y tú lo estás?

—Por supuesto.

—Dímelo.

—Te amo.

—No hay otra forma de decirlo, ¿verdad?

—No, que yo sepa.

—Es bueno oírlo. Es algo —siguió ella— que siempre es bueno oír. Siento algo dentro de mí cada vez que lo dices.

—¿Incluso después...?

—No sigas.

—Iba a decir... ¿Incluso después de tantos años?

—Es todavía mejor.

—Supongo que sí, si uno lo desea de verdad.

—¿Te acuerdas de cuando volvías a casa después de los viajes? Aunque solo hubieras estado fuera uno o dos días, no podíamos esperar.

—El otro día estuve pensando en eso.

—¿De verdad?

—¿Por qué iba a mentir? Prefiero hacer el amor contigo que con... no sé, nombra alguna belleza del cine.

—Paul Newman.

—Que con Paul Newman.

Barbara sonrió.

—Me quieres de verdad, ¿no?

—¿Qué crees que he estado intentando decirte?

—Ahora es distinto, ¿no? ¿Tú lo notas?

—Como volver a empezar.

—Estar enamorado, más que amar.

—Hay cierta diferencia.

—En el tercer set, me estabas dejando ganar, ¿no?

—Me cansé un poco en la mitad.

—Mitch, te amo.

Y él dijo:

—Entonces no tenemos de qué preocuparnos.

Comieron en la cocina, de pie junto a la repisa, chile casero con pan francés y mantequilla —Barbara frotándose los ojos y Mitchell sonándose— y bebieron cerveza canadiense, fría como el hielo, en

copas de cristal. El domingo por la tarde siempre comían chile o perritos calientes. Los sábados, Mitchell freía hamburguesas y cebollas. Hoy era el primer día que cumplían con uno de esos rituales desde hacía por lo menos tres meses. Era agradable estar de vuelta.

Era agradable sentarse en el sofá del estudio y ver una película vieja de Gary Cooper, y recordar que la habían visto juntos antes de casarse. No era tan agradable —al menos no al principio— que aparecieran los amigos, tres parejas de amigos íntimos, procedentes de una fiesta. Pero mejoraba en cuanto empezaba la conversación y aparecía la bebida y la comida que se hacían traer preparada. Luego, a eso de las diez, la casa volvía a quedar en silencio.

A las once y media, después de las últimas noticias, se fueron a dormir y, durante un rato más, todo fue como había sido durante tantos años, abrazándose mientras se dormían. En voz muy baja, ella dijo:

—¿Mitch?

—¿Qué?

—Hay alguien abajo.

—Ya lo sé.

Mitchell estaba acostado boca arriba, con los ojos abiertos, desde hacía varios minutos, en la oscuridad de la habitación. Estaba totalmente despierto —tenso, escuchando—, sabiendo que había alguien en la casa. Elevando la cabeza, veía el marco de las ventanas, un brillante haz de luz de luna que iluminaba la cama y las oscuras sombras de la puerta abierta y los armarios que había a ambos lados. Notó que las sábanas se tensaban al moverse Barbara, rodando lentamente hacia el lado contrario.

—Espera —dijo Mitchell.

—Voy a llamar a la operadora, que avise a la policía.

—No, todavía no. Espera.

Barbara se quedó inmóvil, escuchando.

—Está subiendo.

—Eso creo. ¿Está todavía la linterna en mi mesilla?

—En el estante superior.

—Cierra los ojos. No te muevas.

—Mitch...

—Shshshshs.

Pasó más de un minuto hasta que notó la figura junto a la puerta. Mitchell cerró los ojos y hundió la cabeza en la almohada. Respiró con la boca ligeramente abierta. No había ningún ruido en la habitación, pero notaba la presencia de alguien y, un momento después, oyó un golpe contra el pie de la cama. Esperó, respirando lentamente. Al oír un sonido metálico, un débil ruido que cruzaba la habitación, abrió los ojos otra vez y vio que la figura se hallaba junto al armario de su mujer. Un punto de luz se reflejó en la superficie del armario y desapareció. La figura pasó por delante de la puerta, hacia el otro armario. Mitchell volvió a oír el ruido metálico, su calderilla. Vio el sobre, brevemente, bajo el punto de luz. Vio que el sobre salía del armario, al tiempo que la luz desaparecía de nuevo y la figura se daba la vuelta. Mitchell cerró los ojos. Volvió a abrirlos casi en seguida, vio que la habitación estaba vacía y apartó las sábanas para salir de la cama. Barbara susurró su nombre, con urgencia, pero esta vez él no la miró. Mitchell fue hacia el armario y sacó la linterna del estante de encima de sus trajes. Tuvo cuidado de no hacer ruido, pero no tardó en salir al recibidor.

La figura estaba ya casi en la escalera, que se curvaba al bajar y daba al recibidor. Mitchell fue a por él. Dio un par de pasos con cuidado, y luego se movió con rapidez. Llegó hasta el hombre, vio que se daba la vuelta, alzó la linterna para dirigirle un rayo de luz a la cara, y luego le golpeó con la izquierda, directo y fuerte, le atizó con la linterna y vio cómo se caía y se apagaba, mientras el hombre gruñía y, entre ruidos, se desplomaba escaleras abajo. Mitchell fue hacia el interruptor. La luz del recibidor se encendió y le permitió ver que el hombre se golpeaba con la pared del rellano y seguía rodando por el tramo restante de escalera. Mitchell se movió otra vez, deslizándose con la mano sobre la barandilla. Llegó hasta el hombre y le plantó un pie sobre el brazo extendido. Se agachó para sacarle el Special treinta y ocho del cinturón y el sobre del bolsillo interior de la chaqueta. Junto al sobre salió una media.

Arriba, su mujer le llamaba.

Cuando apareció en el rellano, le dijo:

—Trae la cámara. Y un *flash*.

Ahora estaban en el estudio. Bobby estaba sentado, apretándose un lado de la cara con un pañuelo. Se apretaba el pómulo y luego

contemplaba la mancha roja que quedaba en la tela.

Mitchell estaba descargando el treinta y ocho. Se metió las balas en el bolsillo del pijama y dejó el revólver descargado sobre la mesa de café. Al sentarse al otro lado de la mesa, enfrente de Bobby Shy, miró a su mujer.

—¿Por qué no vas a ver si encuentras una tirita?

Barbara estaba en la puerta, detrás de Bobby Shy, en camisón. Parecía querer decir algo, pero la mirada tranquila de Mitchell la hizo desistir. Él lo tenía todo controlado. Cuando ella se dio la vuelta, Mitchell volvió a mirar a Bobby Shy.

—Ustedes tienen fotografías mías —dijo— y ahora yo tengo fotos de usted y de Leo. Todos menos Alan. ¿Quiere un café o una copa o algo?

Bobby Shy alzó los ojos, manteniendo todavía el pañuelo contra su cara.

—¿Siempre que un hombre se cuela en su casa le ofrece una copa?

—Solo en las ocasiones especiales.

—A lo mejor cree que soy quien no soy.

—Podemos perder mucho tiempo —dijo Mitchell—, o podemos ir al grano. Conozco su voz, puedo reconocerle.

—¿Y cómo es que no llama a la policía?

—Ahora habla como su amigo Alan —dijo Mitchell—. ¿Cree que me interesa meter a la policía en esto? Lo único que quisiera saber es por qué se toma el trabajo de robarme diez de los grandes cuando voy a darles más de cincuenta mil. En mano.

—¿Me va a dar cincuenta mil?

—Cincuenta y dos —contestó Mitchell—. Esa es la cifra exacta. Alan se lo dijo, ¿no?

—¿Qué?

—Quizá todavía no se han visto. ¿Le ha visto hoy?

—¿Qué cincuenta y dos mil? —insistió Bobby Shy.

—O pensaba decírselo y se olvidó.

—Eh, le estoy preguntando qué cincuenta y dos mil.

—En esa cifra quedamos. Es lo que puedo permitirme pagar. ¿No se lo comentó?

—Dijo algo de que tenía deudas con el gobierno.

—Oh.

Mitchell movió la cabeza y permaneció en silencio, dándole tiempo para que reflexionara.

—¿No les debe nada?

—Todo el mundo le debe algo al gobierno. ¿Y eso qué tiene que ver?

Bobby Shy apartó el pañuelo de su mejilla, pero no lo miró.

—¿Ha hecho algún trato con Alan?

—Hablé con él —explicó Mitchell—, pero se supone que el pago es para ustedes tres, se lo repartan como se lo repartan.

—O como no nos lo repartamos —contestó Bobby Shy.

Mitchell se encogió de hombros.

—Bueno, eso no es problema mío, ¿no? Quién se lo quede...

—¿Cuándo va a hacer ese pago?

—Dentro de unos días. Cuando pueda reunirlo.

—¿Dónde?

—Mire —dijo Mitchell—, ¿por qué no habla con Alan? Yo le dije que pagaría. Si quiere saber algo más, puede hablar con él.

—Eso es lo que voy a hacer —contestó Bobby Shy—. Sí, iré a hablar con él.

Mitchell asintió:

—Yo lo haría —Vio que Bobby Shy se levantaba, miraba el pañuelo, y se lo metía en el bolsillo—. ¿No quiere una tirita?

—No me hace falta. Gracias.

—Siéntese, si quiere, y descanse un poco más.

—No, estoy bien.

Cuando Bobby Shy se dio la vuelta y se encaminó hacia la salida, Mitchell dijo:

—Eh, se olvida algo.

Bobby Shy le miró.

—¿Qué?

—Su revólver —contestó Mitchell.

Normalmente, Alan no iba al cine hasta última hora de la tarde, o ya por la noche, a no ser que necesitase algo de dinero extraordinario. En esas ocasiones, se lo ganaba pasando el día en el cine. Por la tarde, pasaba un rato recogiendo entradas, se echaba un puñado al bolsillo y por la noche, las vendía y se quedaba con el dinero cuando se encargaba de la taquilla porque la chica libraba. Solía bastarle con veinte entradas. Veinte veces cinco eran cien

dólares y el tipo de Deerfield Beach, Florida, el dueño del local, nunca se enteraba. El dinero servía para chocolate y cigarrillos... y, muy a menudo, para las dos chiquillas que vivían en el edificio. Laurie, de catorce, y Linda, de quince. Las dejaba ir a su apartamento al salir de la escuela, quitarse la ropa, oír música, fumar algo de marihuana y a veces tomar un poco de ácido. Pequeñas putillas de pálidos cuerpos escuálidos. Niñas modernas que emitían chillidos agudos y risas sofocadas cuando se excitaban y a las que encantaba lanzarse sobre Alan en los cojines indios y hacerle cualquier cosa para excitarle a él también. Alan lo llamaba «jugar con criaturas».

Laurie y Linda y la música rock estaban a toda marcha cuando Bobby Shy llamó a la puerta.

Alan, todavía vestido, la abrió hasta donde permitía la cadena de seguridad.

—Eh, Bobby —dijo con una sonrisa, aunque no le hacía ninguna gracia.

Cerró la puerta, quitó la cadena y le dejó entrar.

Bobby Shy miró a las chiquillas, desnudas sobre los cojines. Ellas le devolvieron la mirada, sin darse la vuelta o cubrirse. Lo miraron con sonrisas aviesas y brillo en los ojos.

—Echa a las zorrillas. Tenemos algo de qué hablar.

Alan advirtió la amenaza en el tono seco y cortado del hombre. Bobby estaba alterado, así que era mejor no jugar con él ni hacerle preguntas. Pero había que mantener la calma; sobre todo, no aparentar miedo. Dio una palmada y dijo:

—Niñas, de momento ya hay bastante —como si fuera un director de escena—. Vamos a descansar un rato.

Las niñas hicieron morritos y dijeron «ooooooooohhh» y «qué mierda», pero Alan las hizo vestirse y las echó en un par de minutos. Cerró la puerta y vio que Bobby cogía una silla lejos de la mesa, en el comedor. La puso en la mitad de la habitación y se sentó. Alan se sentó sobre un cojín, contra la pared, al estilo de los yoguis, y empezó a liar un porro. Cuando acabó, levantó la vista de nuevo, acercándose a la mesita de café para coger una cerilla y vio que Bobby, sentado a unos cinco metros de distancia, de cara a él, estaba enroscando un silenciador en el cañón de su Special del treinta y ocho.

—Eh, venga —dijo Alan—. No juegues con armas aquí dentro, ¿vale? La maldita pipa es capaz de dispararse.

—Se disparará —respondió Bobby— a no ser que me contestes directamente cuando te haga una pregunta.

—Venga, ¿qué pregunta? —La extensión del cañón le señalaba; podía ver el pequeño agujero negro—. ¿Estás de broma, o qué?

—Esta pipa no bromea —contestó Bobby Shy—. ¿Estás preparado para la pregunta?

—Tío, ¿de qué vas?

Bobby Shy cruzó las piernas y apoyó la empuñadura del revólver sobre su rodilla elevada.

—La pregunta es: ¿cuánto te dijo el tío que te daría?

—¿Darme?

—Darte o darnos, tú sabrás.

Alan guardó silencio. Robó un poco de tiempo encendiéndose el canuto y volviendo a dejar las cerillas sobre la mesa.

—Has ido a verle, ¿no?

—¿Cuál es tu respuesta?

—Antes de que yo pudiera hablar contigo fuiste a verle por tu propia cuenta, ¿no es eso?

Bobby giró levemente el revólver sobre su rodilla, apenas unos centímetros, y disparó al cerdito que había sobre la mesa de café, una jarra azul de cerámica con forma de cerdito que pareció explotar desde dentro, porque no hubo ningún ruido que relacionara la explosión con el arma.

Alan se puso tieso, con la cabeza apoyada en la pared y los ojos abiertos. Dijo:

—Bobby, escúchame un momento, ¿vale?

—El tío que me quiera venir a mí con mierdas —dijo Bobby— tiene que ser muy valiente o estar pirado.

Bajó la mirada, apretó el gatillo y voló una figura que parecía un hada y que nunca le había gustado. Estalló y desapareció, dejando algún pedazo sobre el regazo de Alan.

—¿Tú qué eres, valiente o loco?

—Tengo la cabeza muy clara, tío —contestó Alan—. Piensa un momento. ¿Cómo te lo iba a decir estando Leo allí sentado? Te llamé después y te habías ido. Llamé a casa de Doreen y no contestó nadie.

—Ella estaba en casa.

Torciendo la muñeca, Bobby alzó el cañón del revólver y disparó a dos pájaros de un móvil que colgaba a la izquierda de Alan.

—De acuerdo, a lo mejor estaba en casa. Lo que digo es que no contestó nadie.

El cañón pasó por delante de Alan. Bobby apretó el gatillo e hizo añicos el globo de una luz ambiental que colgaba de la pared.

—Podrías disparar a la otra habitación. ¡Por el amor de Dios! —dijo Alan—, ¿y si le das a alguien?

Bobby abrió el cargador del treinta y ocho, y empezó a rellenarlo, sacando las balas del bolsillo de su chaqueta.

—Le daré a alguien, si no me dices cuánto ofreció darnos el hombre —dijo, cerrando el cargador de un golpe y apuntando directamente a Alan—. ¿Cuánto?

—Lo sabes tan bien como yo. Cincuenta y dos.

Bobby Shy sonrió.

—¿No te sientes mejor ahora?

—Oye —dijo Alan—, ¿cómo iba a decírtelo si no podía encontrarte?

—Dímelo ahora. Te estoy escuchando.

—De acuerdo. El hombre nos hizo una oferta. Cincuenta y dos mil, todo lo que puede pagar.

—¿Te lo crees?

—Vi sus cuentas —respondió Alan—. Sí, le creo. Tal como tiene atada la pasta, no puede tocarla. Ofrece cincuenta y dos. Pero —y de eso estamos hablando— ¿para qué necesitamos a Leo?

—No veo que nunca le hayamos necesitado.

—Leo descubrió al tipo. Eso es lo que hizo. Pero ahora está nervioso. Joder, nunca sabes qué va a hacer.

—Así que tú y yo —dijo Bobby Shy— nos repartiremos los cincuenta y dos.

—Veintiséis de los grandes por barba.

—Y vamos juntos a recogerlos.

—Y vamos juntos a cargarnos al tipo, tanto si lo hacemos ahora como más adelante.

—Y mientras tanto, ¿qué hace Leo, mirar?

—Leo estará muerto. No veo otra manera.

Bobby Shy reflexionó.

—Claro, podría darse cuenta, ¿verdad?

—No podemos correr ese riesgo.

—Tiene demasiado miedo, ¿no?

—Lo haremos con el revólver del tipo —dijo Alan—. ¿Qué te parece?

—Le podemos decir a Leo que lo queremos para matar al tipo.

—Exacto. Él te lo da...

—Supongo que, ya que es tu amigo —dijo Bobby Shy—, querrás que lo haga yo.

—No tanto por la amistad —contestó Alan— como porque tú eres el profesional —Sonrió a Bobby—. No me digas cómo lo vas a hacer. Déjame leerlo en los periódicos y llevarme una sorpresa.

16

AL DÍA SIGUIENTE, a Alan le entró el pánico.

Salió del servicio y allí estaban, uno de uniforme y el otro de paisano, junto a la puerta de su despacho. De modo que cruzó el vestíbulo y se sentó a ver los últimos quince minutos de *Juerga en la granja*, ahora en su segunda semana de éxito. Le había salvado su vejiga.

Tal vez el de paisano era de la brigada *antivicio* y estaban husmeando otra vez las películas porno. O tal vez estaban vendiendo boletos para el día de la Policía a los comerciantes locales. Sí, o tal vez iban a darle un premio por buen ciudadano. Y una mierda; Mitchell había cambiado de idea, influido por su mentalidad simple, y había dado el soplo. Tenía que ser eso. Tras pensar durante un par de minutos, Alan se convenció de que Mitchell había ido a la policía. Mientras terminaba la película y la gente empezaba a levantarse, Alan se dirigió por el pasillo hacia la salida de incendios y salió al exterior.

Se alejó en una camioneta de reparación de teléfonos de la Michigan Bell que estaba aparcada junto al descampado con la llave puesta. Condujo hacia North Woodward, por la simple razón de que era el camino más rápido para alejarse.

Pero a los pocos kilómetros empezó a calmarse y a pensar de nuevo. Tal vez los polis no habían ido a por él. Tal vez eran realmente de la brigada *antivicio*. Cada uno o dos años había una campaña contra las películas pornos. Nada de sexo explícito, ninguna toma haciéndolo de verdad a menos de tres metros de

distancia. Nada de tomas frontales de hombres, aunque lo de los maricas tenía un pase. Alan odiaba la censura. Se odiaba a sí mismo un poco por haber huido. Tenía que haber hecho que alguien se enterase de lo que querían. Podía llamar y enterarse de si habían hablado con alguien. ¿Pero estaba realmente huyendo? ¿O estaba tomando aquel camino por alguna razón? Su instinto le decía lo que tenía que hacer incluso antes de que él mismo se diera cuenta. Como si todo estuviera claro y simple y hubiera sabido desde el primer momento qué dirección seguir. ¿Por qué no? Poner en marcha el plan que había estado pensando. Un poco de suerte no le iría mal; pero si se precipitaba, siempre podía improvisar o dejarlo para el día siguiente, o el otro. El plan en sí tendría que funcionar, de una forma u otra.

Abandonó Woodward y se dirigió hacia el centro de Royal Oak. Llevó la camioneta de la compañía telefónica hasta una zona de aparcamiento municipal y la dejó allí. Escogería otro vehículo por el camino, alguno un poco más deportivo.

En la cabina que había a la entrada, marcó el número de casa de Mitchell. Oyó a Barbara preguntar tres veces y colgó. Luego marcó un número local.

—Eh, Richard, ¿cómo te va? Alan. Oye, voy hacia donde estás tú. Bobby me pidió que le recogiera algo de caballo... No sé, tío. Eso es lo que dijo, caballo. A lo mejor está cambiando de hábitos, o será para un amigo, no sé... Sí... No, te lo pagará la próxima vez. Qué te juegas, ya conoces a Bobby... en el aparcamiento de la ciudad... tío, en ese maldito edificio, el grande, de cinco pisos, aparcamiento o como coño quieras llamarlo... Sí, estaré arriba.

Alan bajó por la calle hasta una farmacia y pagó un pavo por una bolsa de diez jeringuillas desechables.

Cuando llegó al piso superior del edificio del aparcamiento, Richard, el camello, ya estaba esperándole. Alan no le vio —un joven negro huesudo de amplia sonrisa que llevaba un periódico doblado bajo el brazo— hasta que salió del camión rojo, en uno de cuyos lados podía leerse la inscripción «Droguería el ritual», pintada con letras blancas.

—Joder —dijo Alan—. Nadie podrá decir que no tienes sentido del humor.

—Es un toque —dijo el camello, sonriendo—. Vi el camión en el

establecimiento de coches usados y pensé «tiene que ser mío».

—¿A tu nombre?

—Y una mierda. A nombre de mi primo. Todavía está en el talego.

—Tiene que verla Bobby —dijo Alan—. Es demasiado, joder.

—Sí, Bobby tendría algo que decir. Hablando de Bobby... —Le dio el periódico doblado—, el caballo nunca ha sido lo suyo, pero, como tú dices, a lo mejor es para algún colega suyo. ¿Quieres algo para ti?

Alan sacó el sobre del periódico y se lo metió en el bolsillo.

—¿Lo tienes en el camión?

—Qué va, tío, pero te lo puedo conseguir ya mismo.

—Tengo que ir a un sitio —dijo Alan—. De hecho, llego tarde —Esperó un momento—. Oye, tú no me dejarías el camión, ¿verdad?

—Mi camión... ¿Cómo has venido?

—Me ha traído un tipo. Oye, es una historia muy larga. Tengo que visitar a un tipo que quiere comprarme unas películas. Me llevaría una media hora, como máximo.

El camello no estaba seguro y ya no sonreía. Dijo:

—¿Vive por aquí cerca?

—Por Southfield. Quiere comprar unas películas para su club, ¿sabes?, pero tiene un equipo muy viejo y no sabe si todavía funciona. Tengo que verlo. Solo media hora, Richard. No llevas nada en el camión, ¿verdad?

—Limpio.

—¿Entonces qué te preocupa? Ni siquiera está a tu nombre.

—Dentro hay una pipa.

—Pues déjala allí —siguió Alan—. ¿Quieres quedarte en el piso superior de un garaje con una pipa en las manos?

—¿Y tú quieres que te paren llevándola?

—¿Que me paren por qué? Soy un conductor muy prudente, obedezco todas las normas de tráfico. No me preocupa la pipa. Ni siquiera sé dónde está, y no quiero saberlo. Solo quiero ver a ese tipo.

—No me acaba de gustar —contestó el camello.

—¿Qué es lo que no te gusta? Eh, Richard, ve a tomarte una taza de café, o lo que sea. Volveré en media hora. No te estoy enrollando, palabra de *boy scout*.

De esta manera consiguió Alan el camión con el rótulo de la droguería «El Ritual». Y de la misma manera consiguió la pipa, otro golpe de suerte en la ruleta, digno de premio. No estaba en la guantera —que tuvo que forzar con un destornillador—, sino bajo el panel de mandos, colgada dentro de un calcetín de lana: una automática de un tipo que nunca había visto, un arma barata que parecía de juguete y no llevaba ninguna numeración ni denominación, pero tenía balas en la recámara y eso era lo importante.

De hecho, era el primer día de sol cálido desde hacía por lo menos un mes: por fin un cielo limpio, ahora que era ya mediados de mayo, con una temperatura cercana a los veinte grados. El viento era algo frío, pero la valla frenaba las rachas que venían del campo abierto y dentro del patio casi hacía calor.

Barbara estaba tumbada en una hamaca con el respaldo reclinado, con los ojos cerrados, la cara entregada al sol. El primer contacto agradable con el sol después de tres meses, desde México. Llevaba un bikini amarillo que había sido de su hija. Con su estómago liso, las piernas firmes y los restos de bronceado de las vacaciones invernales, su cuerpo parecía hecho a propósito para el bikini. Pero le daba reparo llevarlo y solo se lo ponía para tomar el sol en el patio o cuando iba con Mitch a algún lugar donde fueran a estar solos.

Mientras estaba tumbada, pensó en Mitch. Pensó en la chica y trató de imaginar qué pinta tenía. No, no podía imaginárselo. Volvió a pensar en Mitch y deseó que estuviese en la fábrica y que contestase si le llamaba. Pero no se levantó para llamar. Mitchell llevaba las cosas a su manera. Tendría que ser paciente y saber esperar, sin protestar ni lloriquear ni pedirle que tuviera cuidado. Si le quieres, pensó, tienes que aceptarlo como es. Y le quería.

Pensó en la casa y en que tendría que hacer que quitasen los toldos y que limpiaran los cristales de las ventanas y que cortasen y abonasen el césped y que limpiaran la piscina. Intentó acordarse del nombre de la compañía de mantenimiento de piscinas que lo había hecho el año anterior. Aqua *nosequé*. Aqua Queen...

—Tienes un ombligo precioso.

Abrió los ojos de golpe. El sol quedaba por encima de sus hombros, como un halo detrás de él, y no pudo reconocerle hasta

que entrecerró los ojos.

—Me encanta: un bello ombligo profundo en el centro de un tam-tam

—dijo Alan—. Señora, no se mueva hasta que yo se lo diga, por favor.

Ella había empezado a levantarse de la tumbona, apartando las piernas de él, bruscamente. Se quedó quieta al ver que sacaba el periódico que llevaba debajo del brazo, apartaba una página y le enseñaba el revólver que había dentro.

—¿Lo ves? —Dobló el periódico y se lo volvió a poner bajo el brazo—. Pues ya no lo ves. Pero sabes dónde está.

Barbara le miró.

—¿Qué quiere?

—¿Se acuerda de mí? La agencia de contabilidad —Alan sonrió—. ¿Cómo era el lema? Si nos equivocamos, nos lo tragamos, o algo así.

—Sé quién es —dijo Barbara—. Y sé qué es.

—Así no tengo que presentarme ante ti y darte referencias —contestó Alan—. Ahora quiero que te levantes, te pongas las pequeñas sandalias y entres en la casa. Estaré detrás de ti.

Cuando Barbara pasó sus piernas por delante de él para acercar las sandalias y ponérselas, Alan pudo ver claramente sus pechos.

—Joder, no sé para qué se enrollaba con aquella gallina escuálida.

Luego, dentro de la casa, tras haberse asegurado de que todas las puertas estuviesen cerradas, la siguió de cerca, atento al movimiento de sus caderas.

—Joder, apuesto a que cuando se pone en marcha necesitas toda la noche para agotarla. Uf, teniendo esto en casa...

La llevó a la cocina y le dijo que se subiera a la mesa y recogiera las piernas en posición india. Ella se quedó sentada mirándole, dudando qué iba a hacer hasta que sacó del bolsillo el paquete de las jeringuillas desechables y el sobre.

Alan usó un hervidor de huevos. Puso el agua a hervir, colocó la bandejita de aluminio sobre el pote y coció la heroína, diluida con un poco de agua, en una de las secciones cóncavas de la bandeja, donde debería ir un huevo. Sonrió y dijo:

—Mierda, tío, esto es alta cocina. Si lo viera Bobby, tendría que

probarlo.

Aunque Bobby solo esnifaba coca, como le explicó a ella. Bobby decía que el caballo le confundía y le ponía enfermo.

Ella vio que se inclinaba sobre el hervidor y traspasaba cuidadosamente el polvo blanco, convertido en líquido, a la jeringa, apretando luego para eliminar las burbujas de aire, y volvía a estirar lentamente, sacando casi hasta la última gota del líquido.

Al volverse hacia ella, sosteniendo la jeringa con la aguja hacia arriba, dijo:

—No te quemará. Solo notarás un poco de calor.

—No quiero —dijo Barbara.

—Señora, solo es caballo. Le llevará a dar un agradable viajecito por la ciudad, a ver las luces.

—No quiero.

—Joder, no te estoy prostituyendo. Solo quiero que estés tranquila y seas manejable. Estira una pierna, cualquiera. —Alargó la mano libre hacia ella.

Cuando ella se apartó de él, agarrándose al borde de la mesa, la abofeteó con fuerza en la cara. Ella emitió un sonido, más de sorpresa que de dolor, y él la volvió a golpear.

—Y ahora estira la pierna.

La agarró por el tobillo y tiró. Barbara cayó hacia atrás, contra la cortina que cubría la parte baja de la ventana, perdiendo el equilibrio, apoyada solo sobre los codos. Alan dio una vuelta, sosteniéndole la pierna bajo un brazo, forzando el ángulo, y pinchó con la jeringuilla la vena que sobresalía bajo la presión de su dedo pulgar. Notó que ella se ponía tensa e intentaba liberar la otra pierna, pero no a tiempo de golpearle o empujarle. Apretó la jeringa con el pulgar, la hundió lentamente y la señora empezó su viaje.

Recordaba aquella sensación de una ocasión anterior, echada en el hospital, cuando la enfermera le había puesto la inyección. Era lo mismo, pero la sensación era ahora más profunda, más completa. Su mente y su cuerpo envueltos por una confortable suavidad, flotando sin moverse en un agua cálida que carecía de humedad, flotando sin tener que moverse para mantenerse a flote, suspendida en aquella sensación placentera. Estaba consciente, pero no estaba segura de estar despierta. No era algo que le diera que pensar, porque no había nada, ninguna razón para pensar en nada. Era como si

hubiera perdido el tacto: estaba echada en una cama, su cama, la cama de ellos, que siempre había sido dura pero ahora no tenía textura ninguna, como si no estuviera acostada sobre la cama sino dentro de ella, como si la cama misma fuera agua cálida inmóvil. Había alguien más en la habitación. El hombre flaco. Piernas y hombros flacos y pelo largo, un pelo que colgaba sobre la cara flaca que le miraba. Ahora estaba más cerca y sintió que le tocaba, su mano sobre su muslo, luego sobre su estómago.

—Estoy tan cansada... —dijo ella.

Su voz, la voz de alguien, contestó:

—Entonces, ¿por qué no te duermes? Cierra los ojos...

—¿Qué tal ha estado?

Tenía los ojos abiertos. Estaba mirando el techo blanco. Volvió a pensar en la habitación del hospital. No, estaba en casa, acostada en su cama. En la cama. Alguien le había dicho algo, un ruido de palabras, o un sueño. Había luz en la habitación; tal vez fuese la hora de levantarse, pero se sentía más dormida que despierta: la agradable sensación del dormilón a primera hora de la mañana; paz y quietud y un cálido lecho. Darse la vuelta y mirar el despertador de la mesita de noche. Junto al teléfono. Alguien había movido el teléfono y estaba en medio. Alzó la cabeza de la almohada. Solo eran las seis. Parecía más tarde. Volvió a hundir la cabeza en la almohada y cerró los ojos. Unos minutos más. Tumbada de costado, recogió las piernas. Su cuerpo estaba cálido, pero notaba un frío, un golpe de aire que le entraba por la espalda, e intentó alcanzar las sábanas. Solo encontró su cadera y sus muslos desnudos. Se dio la vuelta, alzando un brazo, todavía adormilada, pero ya con la conciencia y la memoria despertándose en su mente. Estaba desnuda, salvo por el sostén del bikini, que cubría sus pechos.

—Te he preguntado qué tal ha estado.

—¿Qué hora es?

—Las seis.

—¿Ha estado aquí toda la noche?

—Son las seis de la tarde, no de la mañana.

Ella se levantó demasiado rápido y casi se volvió a caer, al ver a Alan al pie de la cama. Tuvo que sostenerse con las manos por detrás, abriendo y cerrando los ojos con aquella sensación de ligera calidez en su cabeza, pero ya consciente de su desnudez frente a él,

como en un cuadro; una modelo en un cuadro: *La maja desnuda* de... Rodó hasta el límite de la cama, intentando darse impulso con los pies para levantarse.

Alan se acercó desde el pie de la cama, sosteniendo la jeringa hacia arriba en una mano. Cuando los pies de ella tocaron el suelo, la empujó hacia atrás otra vez, sin el menor esfuerzo.

Alan sonrió.

—Te encuentras bien, ¿eh? Has estado de viaje casi tres horas. Puede ser que mañana estés un poco acatarrada, pero lo superarás.

Ella no tenía nada con que cubrirse, de modo que se quedó tumbada sin moverse, con las manos a los lados. Una paciente mirando al doctor.

—¿Qué me ha hecho?

—Adivínalo.

Barbara le miró, pero no dijo nada.

Alan sonrió.

—Te retorcías mucho. ¿No lo recuerdas? Gemías; dijiste un par de cosas. Nada sucio.

—¿Qué me ha hecho?

—Te daré una pista —dijo Alan—. Haciendo eso, no se puede golpear a nadie —Sonrió de nuevo y le guiñó un ojo—. Y ahora tengo que pincharte otra vez. Estamos a punto de largarnos de aquí.

Al ver que Barbara se incorporaba para echarse sobre él o para intentar escapar, le dio un puñetazo, golpeando fuerte y rápido su cara.

—Sé buena.

Se puso la pierna de ella bajo el brazo y presionó el tobillo para que sobresaliera la vena.

Sonó el teléfono.

Leo empezó el día con un vodka con soda. No le sirvió de nada. Tomó dos más, inmediatamente después. Generalmente, el vodka le subía rápido y un par de copas le bastaban para ponerse contento: pero seguía sin causarle efecto. Pidió otro y le dijo al dueño del bar, que estaba detrás de la barra:

—Por casualidad no los habrás visto hoy, ¿no?

—No, desde ayer por la noche —contestó el camarero.

—Pero ayer estaban juntos, ¿verdad?

—No sé si vinieron juntos. Ya te lo he dicho antes, se fueron

juntos.

—¿A qué hora?

—No sé qué hora era. Estaban sentados en la barra, se levantaron y se fueron.

—Ponme otra —dijo Leo.

El camarero le miró con sorpresa, porque solo había bebido un trago de su cuarta copa; pero cuando volvió con otro vodka con soda, Leo ya estaba preparado para tragárselo. El camarero se apartó y Leo se quedó sentado solo. Había otro tipo en el otro extremo de la barra, con una Strohs.

No había podido localizar a ninguno de los dos el día anterior, para saber qué diablos estaba pasando. Alan no había estado ni en casa ni en el trabajo. Doreen dijo que no había visto a Bobby ni a Alan en todo el día. Bobby solía desaparecer, pero Alan no. Siempre sabía dónde estaba Alan; o Alan sabía dónde estaba él. Desde que se metieron en aquella historia, se habían visto cada día. Ahora, de repente, Alan no estaba en ningún sitio.

Mientras se bebía el vodka, Leo reflexionó detenidamente, recordando a Alan en su apartamento la última vez y repasando lo que había dicho. El tipo no podía pagar. Pero el tipo sabía quiénes eran. No podían correr el riesgo de confiar en que no fuese a la pasma. Luego, hacia el final, se había mostrado amistoso al decir que tenían que permanecer juntos y que tal vez, con un poco de suerte, encontrarían otro tipo al que trabajar. ¿Por qué parecía tan amistoso? Todo el negocio se hunde. Matan a la chica por nada. Ahora tienen que matar al tipo. Y Alan se muestra amistoso, en absoluto preocupado o nervioso. Si se suponía que debían permanecer juntos, ¿entonces dónde diablos estaba Alan? Era como si le estuviesen rehuyendo.

Algunos tipos con los que había tratado tiempo atrás solían hacerlo, rehuirle. A veces, simplemente echaban a correr y le dejaban plantado en medio de la calle, porque él no podía seguirles. O no aparecían cuando habían quedado con él. O se enteraba de que habían ido todos a algún espectáculo y nadie se había molestado en llamarle o irle a buscar. Una vez, cuando tenía dieciséis años, su madre le había dejado el coche, un Plymouth azul de seis cilindros, descapotable, y durante un tiempo le dejaron que les llevase a dar vueltas; no le rehuían. Ahora hacía mucho tiempo

que no les había vuelto a ver. Desde que trabajó de portero de noche en aquel motel, un lugar de seis dólares la noche, en Telegraph. Habían descubierto que les podía colocar con tías jóvenes universitarias por quince dólares y, a veces, aparecían a las dos y media de la madrugada, cargados de cerveza.

Algo pasaba.

Se preguntó si a lo mejor Alan había vuelto a ver a Mitchell. O si lo había visto Bobby y había acabado con él. No había nada en el «Free Press» de la mañana, ni en la primera edición del «News». Tal vez era demasiado pronto. Podían haberse llevado al tío a algún lugar y haber enterrado el cuerpo para que no lo encontrasen. «¿Qué te pasa?», se preguntó a sí mismo.

Fue al teléfono público que había junto a la entrada. Tuvo que darle el número de la Ranco Manufacturing a la operadora, porque estaba fuera de la ciudad, en Fraser. Cuando hubo marcado el número y la voz de la chica preguntó de parte de quién era, contestó:

—Dígale que soy Alan Raimy.

Esperó. Cuando oyó la voz de Mitchell, la reconoció inmediatamente, colgó el teléfono y lo encajó con fuerza en la horquilla, hasta que estuvo seguro de que la línea se había cortado. Lo levantó de nuevo y marcó el número del apartamento de Alan. Seguía sin contestar. Llamó al cine. Alan no había llegado. ¿Esperaban que fuese? Nadie parecía saberlo. Volvió a marcar el número de Doreen. Nadie contestó.

Leo se tomó otros dos vodkas con soda en la barra. Estaba seguro de que pasaba algo. Empezaba a estar seguro de que no querían que se les viera con él. Porque le iba a pasar algo, y si le hubiesen visto con él antes de que eso ocurriera, podían detenerles e interrogarles. Así, si les detenían por cualquier razón, podían decir que no, que hacía días que no le veían. Y nadie podría probar lo contrario.

¿Qué diablos hacía allí sentado? Ponérselo fácil. Todo parecía fácil. Tirado, había dicho Alan. Tenían que ser unos jodidos idiotas para fallar. Era su oportunidad para dar el golpe de su vida. ¡Dios! Su vida estaba pasando muy rápido de repente. ¡Dios! ¿Qué había hecho, qué había conseguido? Había trabajado en algunos moteles. Chuleado a algunas tías. Les conseguía el trabajo, pero tenía que

pagar cuando quería un poco él también. Hasta a las idiotas que nadie quería y duraban poco; también a esas tenía que pagarles. Tres juicios por proxeneta: dos, suspendidos; culpable en el tercero. Noventa días en

De-Hoco

, el jodido Correccional de Detroit. Esos eran los acontecimientos gloriosos de su vida. Al morir su madre, le había dejado una póliza de seguros de veinticinco mil dólares y un Thunderbird con un año de vida. A tope; sus problemas se habían acabado: lo invertiría en algún negocio. Alquiló el local e instaló el estudio de modelos: eso le costó cinco. Conoció a Alan, le dejó casi diez y se gastó el resto en menos de un año. Alan se había comprado un coche deportivo y había decorado su casa con un montón de locuras y no le había devuelto ni un céntimo de los diez que le había prestado. Lo único que Alan había hecho era presionarle, rehuirle, insultarle...

Leo fue hacia el teléfono y marcó el número de Ranco Manufacturing otra vez. Esta vez no colgó cuando contestó Mitchell. Dijo:

—Señor Mitchell, soy Leo Frank, del estudio de modelos. Sí, ¿qué tal está...? Oiga, me gustaría hablar con usted pronto, quiero decir, hoy mismo, si puede...

Mitchell podía haber ido andando —el Pine Top estaba al otro lado de la carretera y solo un bloque más allá— pero hubiera parecido extraño. ¿Adónde iba el jefe a las dos de la tarde? Era un área industrial de fábricas pequeñas, almacenes y locales vacíos en alquiler. No había ningún sitio al que se pudiera ir andando, salvo al bar. Por eso Mitchell fue en coche y aparcó el Grand Prix en el espacio vacío que había junto al edificio de ladrillo pintado de verde, entre los camiones y los grandes coches con sombreros en la repisa de la ventana trasera.

Mitchell solo había entrado un par de veces antes. No recordaba nada concreto del lugar: un bar que parecía como otros cientos de bares; una balada *country* en la máquina de música y cerca de una docena de trabajadores sentados bebiendo Strohs, la mayoría en la barra. El primero que Mitchell reconoció fue Ed Jazik, el agente local ciento noventa y nueve. Estaba solo en la barra. Mitchell pasó junto a él y Jazik no se dio la vuelta, ni pareció haberle visto. Vio a Leo Frank en una mesa pegada a la pared, jugando nerviosamente

con una caña de plástico. Sobre la mesa había una bebida y otra caña.

Leo le sonrió al levantarse y saludarle. Mitchell le dio la mano con firmeza, apretando el flácido montoncito de carne, y oyó que la voz de Leo se rompía antes de decir:

—Encantado de que haya podido venir. Siento queeeeeeee... haya tenido que dejar el trabajo.

Su rostro reflejó una chispa de alivio cuando se acercó la camarera y Mitchell se sentó:

—¿Qué desea?

—Nada —contestó Mitchell.

—Bueno, yo me tomaría otro —dijo Leo a la camarera—, aprovechando que ha venido.

Al irse la camarera, bebió con moderación un trago corto de su vodka y miró hacia la barra y hacia la entrada, evitando la mirada de Mitchell.

—El sitio no está mal para las tardes —dijo Leo—. Apuesto a que si tuvieran tías bailando les iría mejor.

—Hacen su negocio a las tres y media y a las once y media —dijo Mitchell—, con el cambio de turno.

—Supongo que será solo un poco de conversación y una cerveza, ¿no?

—Supongo —dijo Mitchell. Esperó, sin prisa, viendo cómo Leo iba dando tragos a su bebida y luego encendía un cigarrillo para calmar los nervios.

—Tengo entendido —dijo Leo— que al final se puso en contacto con Alan, aquel tipo al que buscaba.

—Le vi —contestó Mitchell—. Luego vino él a verme. ¿Se lo dijo?

—Lo mencionó. Ah, bien —dijo Leo a la camarera, cogiendo su bebida fresca y devolviéndole el vaso de la anterior. Agitó un poco el vaso—. Lo que me he estado preguntando es por qué le contó que yo le había dicho dónde encontrarlo.

—Yo no le dije que hubiese sido usted.

—Él dijo que sí. Dijo... —Leo sonrió— que sus palabras exactas habían sido «me lo dijo su amigo, Leo Frank».

—Aquí hay algún error —comentó Mitchell—. Yo no le conté nada.

—¿Y entonces por qué me lo dijo?

—Usted le conoce mejor que yo —respondió Mitchell—. ¿Por qué lo haría?

—No lo sé. Fue como si me estuviera echando a mí toda la culpa.

—¿Echándole la culpa de qué?

—Quiero decir, bueno, ya sabe. Eso de lo que él le habló, el trato. Falló, ¿no?

—¿Eso le dijo?

—Bueno, verá usted, en realidad yo no sé mucho de todo eso, ¿sabe? Solo intenté ponerles en contacto, como un favor. Y luego va y dice que usted dijo que yo le había contado dónde encontrarle.

—Leo —dijo Mitchell—, le conozco, conozco a Alan y conozco al negro. Sé su nombre, Robert Shy, y el número de su carnet de conducir. Sé dónde viven o trabajan todos. Sé que los tres han matado a una chica llamada Cynthia Fisher y sé que es a los tres a quienes tengo que pagar para salirme de esto. Leo, ¿por qué no se toma otra copa?

Olía la loción de Leo. El hombre parecía temeroso de moverse, allí sentado, agarrado a su vaso y ahora mirando directamente a Mitchell. Bebió un trago, agitando la cabeza.

—Se equivoca si piensa que yo estoy en esto. ¿Se lo dijo Alan? —preguntó como si no pudiese creérselo.

—Leo —dijo Mitchell—, ¿por qué no vamos al grano? Hice un trato con Alan. Evidentemente, no se lo ha dicho todavía. Ni al negro. Vino a verme y tampoco sabía nada.

—Alan dijo que no puede pagar porque tiene deudas con el gobierno.

—Eso mismo me contó el negro.

—¿Bobby fue a verle?

—Hablemos de Alan, Leo. Le hice una oferta. Dije que pagaría cincuenta y dos mil pavos, porque eso es todo lo que puedo permitirme. Vio mis cuentas y dijo que de acuerdo, que le parecía bien. Le pregunté si lo iba a repartir con sus socios, porque no quería que se me echasen encima. Me contestó que sí, que por supuesto.

—A nosotros nos dijo que usted no tenía dinero. Que se lo debía al gobierno.

—Eso ya lo sé, Leo. Si quiere hablar de eso, vaya a hablar con Alan.

—El muy hijo de puta. Sabía que algo pasaba.

—¿Quiere otra copa? —Mitchell echó un vistazo a la barra y vio que Jazik ya no estaba—. Yo me tomaré otra.

Mitchell levantó un brazo e hizo una señal a la camarera, con dos dedos extendidos.

—Lo sabía —dijo Leo—. Por su manera de actuar, de hablar, sabía que estaba tramando algo.

—Si espera que me conmueva —dijo Mitchell—, es mucho pedir, ¿no? Dadas las circunstancias.

Estaba sorprendido por su propio tono de voz y por el hecho de que podía mantener la calma y no hacerle atravesar la pared de un puñetazo. Cuando la camarera trajo las bebidas, Mitchell alzó su copa.

—Siento no poder desearle suerte, amigo. Pero estoy seguro de que podrá entender que me importa una mierda lo que le ocurra. O a Alan, o al negro, Bobby.

Leo bebió un trago.

—Ya le he dicho que no estoy tan involucrado en esto como usted parece pensar.

—Bueno, digamos que está mezclado con ellos.

—Fue idea de Alan.

—Lo creo —dijo Mitchell.

—¿Lo que le hicieron a la chica? Le juro por Dios que les dije que yo no quería tener nada que ver.

—Pero estuvo allí, ¿no?

—Eso no lo puede probar.

—No estoy intentando probar nada —dijo Mitchell—. Estoy intentando arreglar esto, acabarlo de una vez. Incluso si para ello tengo que pagar cincuenta y dos mil. Eso está claro.

—Si paga, se acabó todo —dijo Leo—. También eso está previsto. En cuanto haya pagado le echará encima a Bobby. O lo hará él mismo. Joder, que yo sepa, están los dos metidos en eso. Ayer estuvieron juntos. Bobby sabe que Alan trama algo, pero siguen juntos por ahí.

—Parece que le están sacando de la foto —dijo Mitchell—. Divididos en dos bandos.

—No sé. Joder, nunca sé lo que piensa Alan. Le falta un tornillo.

—Yo tampoco lo sé —dijo Mitchell—, pero he de tomar su palabra y pagar. En caso contrario, me encontraría con una acusación de asesinato y muchas pruebas en mi contra.

Leo le estaba mirando fijamente, pensativo. Un momento después, se inclinó, acercándose más a la mesa.

—¿Y si fuera a la policía? A contarles toda la historia...

—Creo que tendría muchas posibilidades de acabar en la cárcel.

—No. Yo le respaldo. Hacemos un trato con la pasma. Yo testifico en contra de Alan y de Bobby. Subo al estrado, digo que ellos mataron a la chica... si la policía me permite que me declare culpable solo de la parte del chantaje. Además, sería verdad. Nunca tuve nada que ver con el asesinato de la chica.

—No sé. Sería solo su palabra. Seguirían teniendo muchas pruebas contra mí.

—¿Qué pruebas?

—El cadáver de la chica. Mi revólver, la película...

—¿Quiere saber una cosa? —dijo Leo—. No hay cadáver.

—¿Qué quiere decir?

—Está en el fondo del lago Erie, con toda la polución y la mierda.

—¿Desde cuándo?

—Desde que lo hicieron. Usted cree que está congelada en algún lugar, porque no puede correr el riesgo de pensar que no lo está, ¿verdad? Alan se lo imaginó. La ve muerta y esa es la imagen que le queda. Permanece grabada en su mente. Se caga de miedo y acepta pagar. Solo que ahora ya sabe que lo hicieron Alan y Bobby. Pague o no pague, le matarán de todos modos.

—O también a usted —dijo Mitchell. Durante unos instantes guardó silencio—. ¿Y las películas?

—En el lago, con la chica.

—¿Y mi revólver?

Leo dudó.

—Está en otra parte. Por si acaso lo vuelven a necesitar.

—Si no pueden probar nada contra mí —dijo Mitchell—, entonces puedo olvidarme, ¿no?

—Puede pensar así, si quiere —dijo Leo—. Pero igualmente van a matarle, tanto si paga como si no lo hace. Oiga, les resulta fácil.

Mitchell vio que Leo acababa su bebida. Cogió su propio vaso, intacto, y se lo puso delante.

—Para el camino.

—¿Se va?

—¿Por qué, tenemos algo más de qué hablar?

—Le estoy diciendo que lo van a matar —Leo estaba tenso y volvía a mirarle fijamente—. No ha dicho lo que piensa hacer.

—Todavía no lo sé —respondió Mitchell—. Pensar, supongo. O esperar a ver qué le hacen a usted. Entonces sabré si van en serio o no.

Tal como estaba aparcado su coche, apartado del bar, en un aparcamiento vacío, Ed Jazik podía ver el Grand Prix de Mitchell por el retrovisor. Al salir, unos minutos antes, lo había mirado y había estado a punto de romperle la ventana y hacerle una buena faena. Pero, probablemente, Mitchell le había visto dentro. O podía salir demasiado pronto. Cuando salió, Jazik le vio recorrer el corto tramo de carretera que iba hasta la fábrica y se alegró de haber esperado. Hubiera sido más fácil romperle la ventana y hacerlo ahí mismo, pero hacerlo en el aparcamiento de la fábrica sería mejor, porque sus empleados saldrían corriendo para verlo. Faltaba media hora para el cambio de turno. Luego, otra media hora, más o menos, para dar tiempo a que el personal de oficinas se fuera a casa. Y entonces iría él. Entrar por el camino, dejar el coche encarado hacia afuera y con el motor en marcha. Le costaría medio minuto.

Jazik volvió a entrar en el Pine Top y pidió una Strohs en la barra. La cuarta de la tarde. Miró al tipo que había estado hablando con Mitchell: un payaso gordo con un traje a rayas que le quedaba estrecho en los hombros, recostado sobre la mesa con dos bebidas a la vez. El escarabajo era probablemente un cliente de Mitchell, debía de ser dueño de alguna empresa de fabricación. Vaya un gordo hijo de puta, ahí sentado, sin nada que hacer, ninguna preocupación. Todos los que tenían pasta tenían la misma pinta.

El paquete para el señor Harry Mitchell lo trajo un mensajero cuando Janet estaba ya recogiendo su mesa, preparada para acabar su jornada. La etiqueta llevaba el nombre de una tienda de maletas de Detroit, y, por el tamaño de la compacta caja, Janet estaba segura de que se trataba de algún tipo de maletín. Abrió la caja y

vio el maletín, o lo que fuese, envuelto como regalo en un papel a rayas doradas y blancas, con una cinta y un sobre. No había ninguna tarjeta a la vista.

Mitchell levantó los ojos cuando Janet entró y lo dejó sobre su mesa.

—¿Qué es?

—No lo sé. No es su cumpleaños, ¿verdad?

—¿Quién lo envía?

—La tarjeta debe de estar dentro. ¿Quiere abrirlo usted, o lo hago yo misma?

—Hazlo tú.

Vio cómo Janet introducía un abrecartas por el extremo encolado y sacaba el maletín sin rasgar el papel: un maletín negro con cierres cromados. Era brillante y se veía barato, de plástico aunque fuese imitación de piel. Janet dio la vuelta al maletín para que lo viera Mitchell, recogió la cinta y empezó a enrollársela en una mano, viendo cómo él abría de golpe los cierres y levantaba la tapa. Ella no alcanzaba a ver el interior.

—¿No hay ninguna tarjeta?

Mitchell sacó un pequeño papel doblado e impreso.

«*Es una Porta-Sec —leyó—. Su secretaria ejecutiva portátil de Travel-Rama... hecha de genuina polipiel.*»

Janet no sabía qué decir. Lo intentó:

—¿Le gusta?

—Es lo que siempre había deseado —dijo Mitchell.

Ella seguía dudando.

—¿No hay tarjeta?

—No veo ninguna.

—¿Sabe de quién es?

—No pone nada. A lo mejor se les olvidó.

—Si quiere llamo a la tienda.

—No, ya está bien.

—Bueno, si no me necesita para nada más...

—No creo —contestó Mitchell, y la miró con amabilidad—. Nos veremos mañana.

Esperó a que Janet hubiera salido del despacho y la puerta estuviese cerrada para coger el pequeño sobre que había dentro del maletín vacío y sacar la tarjeta. Escrito a lápiz, ponía:

«¡Felices 52, colega! Deseo ver otros muchos miles».

John Koliba, jefe de turno de tarde, salió de la sala de control de calidad y caminó por el pasillo que daba a la última Warner-Swasey, en la hilera de máquinas giratorias. Eran las seis menos cuarto, como recordaría más tarde. Se iba a acercarse al operador para decirle que apagara la máquina y cambiase la torre de ajuste para una serie de topes de forro metálico plateado. No estaba seguro de si había mirado por casualidad hacia la puerta trasera o si primero había oído la explosión y luego había mirado, porque fue como si todo hubiera ocurrido al mismo tiempo.

La oyó y, a través de la cristalera de la puerta, vio alzarse las llamas dentro del coche que había aparcado a unos diez metros. No fue una explosión demasiado fuerte; un sonido apagado, casi sordo, pero fuerte. La mayoría de los empleados que trabajaban en ese extremo de la fábrica también lo oyeron y fueron detrás de Koliba en cuanto salió y vio que el coche que ardía en llamas era el del señor Mitchell. Koliba gritó a un par de tipos que cogiesen los extintores. Luego cruzó la fábrica corriendo para avisar a Mitchell. Pero, cuando llegó al despacho, la puerta estaba cerrada y, durante unos instantes, no supo qué hacer, por si interrumpía algo. «Por Dios», se dijo, y golpeó la puerta. La voz de dentro dijo «adelante». Koliba abrió la puerta, se quedó allí, mirando a Mitchell detrás de la mesa, y dijo:

—Perdone si le molesto, pero acaban de pegarle fuego a su coche con una bomba.

Cuando Mitchell y Koliba llegaron al coche, todos los hombres del turno de tarde que habían podido parar sus máquinas y abandonarlas estaban en el aparcamiento. Los dos hombres de los extintores estaban cubriendo el coche de montones de espuma blanca, pero no servía de mucho. Las llamas llenaban el interior y el humo se escapaba por una ventanilla parcialmente abierta. Finalmente, uno de ellos consiguió acercarse lo suficiente para abrir una puerta, meter la boca del extintor y soltar su carga dentro. El coche se llenó de espuma y las llamas parecieron apaciguarse. La gente apartaba los coches que había alrededor. Algún hombre miraba con atención concentrada hasta que se daba cuenta de que su coche estaba aparcado cerca del Grand Prix; entonces se

despertaba y corría como alma que lleva el diablo a llevárselo. En medio del fuego y del denso humo, varios automóviles salieron y dieron vueltas al aparcamiento durante unos minutos.

Mitchell se quedó mirando, con la mano apoyada en el borde de una cesta metálica para desechos y le dijo a Koliba, que estaba a su lado:

—¿Por qué has dicho que había sido una bomba?

Los ojos de Koliba, entrecerrados, seguían concentrados en el coche.

—Lo he visto antes —Mitchell no dijo nada y Koliba le miró—. ¿Qué otra cosa podría ser? ¿Se dejó una colilla en la alfombra?

Mitchell siguió sin hablar.

—¿Ha visto alguna vez que los cables se quemen dentro del coche? Debajo de la carrocería, tal vez; pero no dentro.

—A lo mejor ha sido el depósito de gasolina.

—El depósito no se ha quemado. Todavía no —dijo Koliba—. Empezó dentro, gasolina o algo. Pero no la han vertido, ya sabe, como cuando empapan la tapicería y luego tiran una cerilla. No, porque lo he oído. Eran hacia la seis y lo he visto explotar, como si el tipo hubiera encendido una mecha o una cuerda empapada en gasolina o en algo así y se hubiese largado antes de que estallara. De haber sido con una cerilla, lo hubiese visto.

Mitchell miraba el coche, cuyo interior estaba lleno de una espuma que parecía de gel de baño.

—¿Es imposible que haya sido accidental?

Koliba volvió a mirarle.

—Mierda, sabe tan bien como yo quién lo ha hecho —dijo.

Un maquinista que salía de la fábrica vio a Mitchell y se acercó a él.

—He llamado a los bomberos. Ahora llegan.

—Qué bomberos, si ya está apagado —dijo Koliba.

—Tú crees que lo está —dijo el maquinista—. Ellos se asegurarán.

—Destrozando el coche —puntualizó Koliba.

—Sí, bueno, pero si confías en que está apagado, de repente el hijo de puta te explota en la cara.

Mitchell no les escuchaba. Al principio —al salir y ver el coche en llamas— pensó en Alan Raimy, el *hippie* loco de Alan, y se

preguntó por qué habría de hacer una cosa así. No pensó en Ed Jazik ni se acordó de haberlo visto en el bar del otro lado de la carretera hasta que Koliba le dijo que sabía tan bien como él quién lo había hecho. Koliba lo sabía: en su mente no cabía la menor duda. Era como si últimamente todo tuviera que ver con Alan Raimy y el tipo gordo y el negro, y como si el trato con ellos se hubiera convertido en única prioridad. Pero seguía dirigiendo una fábrica y tenía a un sindicalista radical sobre sus espaldas. Jazik parecía pertenecer a tiempos pasados. Solo que estaba allí y entonces, tan real como el propio coche quemado. Algo más que arreglar. Bueno, llamaría al sindicato y le gritaría al presidente. O lo dejaría pasar. A lo mejor, Jazik se sentía mejor ahora. No podía concentrarse a la vez en Jazik y en Alan Raimy. Uno de los dos habría de esperar turno: Jazik. Aunque tendría que mantener los ojos bien abiertos. Tal vez otro boicot. Jazik da el espectáculo y a lo mejor se gana un par de nuevos amigos en el almacén. Así que era posible que las máquinas volviesen a estropearse. ¡Dios!

Miró la cesta metálica sobre la que estaba apoyado, los cientos de piezas que habían salido en mal estado de las máquinas durante las últimas dos semanas. Metió la mano en la cesta, sacó un conmutador y lo sostuvo sobre la palma de la mano. Era correcto, salvo que el diámetro interior se salía de la norma apenas por unos milímetros. Mitchell lo mantuvo en la mano mientras se acercaba al coche empapado, humeante, y echaba un vistazo al interior, que estaba destripado y abrasado y tenía el brillo negro propio de la materia chamuscada y olía a goma y vinilo quemados.

Alguien advirtió:

—Señor Mitchell, será mejor que se aparte. El depósito puede explotar.

Junto a él, Koliba dijo:

—Ya habría explotado. Mire, ¿ve los trozos de vidrio en el asiento? Apuesto lo que quiera a que son los restos de un cóctel molotov —Koliba sonrió, con un brillo en sus ojos pequeños—. Espero que la gasolina no tuviera plomo. No quiero que polucionen el aire.

Inmediatamente, pensó que tal vez no debería haberlo dicho. Mitchell no sonrió ni dio muestras de encontrarlo gracioso. Estaba mirando algo que llevaba en la mano.

—¿Qué es? —preguntó Koliba—. ¿Algo que ha encontrado?

Mitchell abrió la mano para enseñarle la pieza metálica, el conmutador.

—Nada, una pieza de desecho.

—Pensé que a lo mejor era algo que había encontrado dentro del coche —Vio que Mitchell se daba la vuelta y empezaba a alejarse—. ¿Va a llamar a la policía?

—No sé. Ya lo pensaré —contestó Mitchell.

Volvió hacia la fábrica. Koliba le vio lanzar la pieza de metal hacia arriba y cogerla con una mano, volverla a lanzar y cogerla de nuevo, jugando con ella. Su coche estaba quemado y no parecía importarle. «Joder, yo haría venir a la policía», pensó Koliba. No la pasma local, los *hijoputas* del FBI: se llevarían los trozos de cristal roto o alguna huella o algo, y descubrirían al hijo de puta. Koliba oyó entonces las sirenas, que se acercaban por la carretera. Miró hacia el camino de entrada con renovado interés, para ver que llegaban los camiones de bomberos.

A las seis en punto, sentado en su despacho con el maletín de polipiel frente a él, sobre la mesa, Mitchell llamó a casa.

El teléfono sonó siete, ocho, nueve veces. Estaba a punto de colgar, cuando oyó que la voz de su mujer saludaba.

—Hola. Por la voz parece que hayas estado durmiendo.

Hubo una larga pausa antes de que ella contestara que sí, que había echado una cabezada y se acababa de despertar.

—¿Cómo es que no has jugado hoy a tenis?

De nuevo, una pausa.

—No me apetecía. Creo que estaba demasiado cansada.

—¿De qué?

—No lo sé. De trabajar en la casa, supongo.

—¿Te encuentras mal?

—Estoy bien.

Tal vez lo estuviera, pero su voz sonaba extraña. Mitchell dijo:

—Llamaba porque... no iré a casa esta noche. Por dos razones: primero, tengo que trabajar en algo, un diseño, y no sé cuánto tiempo me va a costar. Quizá toda la noche, o más. Además, no tengo coche. No funciona y no podré conseguir uno de alquiler hasta mañana. Ya te lo contaré. Lo importante es que estaré en mi despacho o en la sección de ingeniería —tienes la extensión

apuntada en tu agenda—, así que si me necesitas no dudes en llamarme.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Barbara?

—Sí, estoy aquí.

—¿Qué pasa? ¿No te encuentras bien?

—Estoy bien, de verdad. Espera un segundo.

Esperó unos instantes y volvió a oírse la voz.

—¿A qué hora llegarás mañana?

—Supongo que a la de siempre. Si aún no me han traído el coche, encontraré alguien que me lleve. Te veré entonces —Hizo una pausa antes de decir—. Te echo de menos, Barbara.

La voz sin vida contestó:

—Yo también. Por Dios, yo también te echo de menos.

Y colgó.

Mitchell colocó el auricular en su sitio y se sentó, todavía con la mano apoyada en él, oyendo aún sus palabras y aquella voz casi irreconocible. No había dicho adiós, ni le había dado a él la oportunidad de decirlo. Pensó en ella, imaginándosela junto al teléfono de la cocina, aunque probablemente, si había estado haciendo la siesta, estaría en el de la cama. No podía imaginársela durmiendo a esas horas de la tarde.

Bueno, la vería mañana. O la llamaría más tarde. Ahora, era mejor que se pusiera el traje de trabajo y se dedicara a la faena. Cogió su maletín nuevo y el conmutador que había sacado de la cesta, se metió en la sala de dibujo de la sección de ingeniería y encendió la luz fluorescente que siempre parecía más fría y más brillante por la noche, cuando no había nadie en la habitación.

La policía de tráfico paró a Leo cuando iba por la carretera de Ten Mile. Estaba seguro de que el poli le iba a hacer salir y andar en línea recta e intentar recoger una moneda del suelo —luego, en la prueba del aliento, daría hasta veinte, tal como estaba, y tendría que pasar la noche a la sombra—. Pero el poli no le hizo salir. A lo mejor, su suerte estaba cambiando. El poli le pidió sus documentos de conducir y de identidad y le preguntó adónde iba. Leo dijo que iba a casa. Dijo que tenía una prisa horrorosa por ir al baño y que quizá por eso iba un poco más rápido de lo normal. Probablemente, resultaría verosímil. Había utilizado la excusa del lavabo, porque se

la había oído a alguien y a veces funcionaba. Incluso los polis tenían necesidad de ir al lavabo y si no era un sádico lo entendería. Aquel poli no perdió mucho tiempo con discursitos sobre seguridad y sobre que solo pretendían salvar vidas humanas ni ninguna mierda de esas. Le puso una multa por sobrepasar en más de veinte kilómetros por hora la velocidad permitida y le dijo que se parase en la siguiente estación de servicio.

El plan: iba a llegar a casa, meter unas pocas cosas en una maleta, pasaría por el estudio, cogería la pasta que hubiese en la caja, cerraría el local y se mudaría a un motel, tal vez en Pontiac o por ahí. Se pondría en contacto con Mitchell al cabo de uno o dos días y volvería a proponerle lo de ir a la policía. Tal vez los policías no sonrieran nunca, pero podían ser comprensivos, y era sabido que hacían tratos. Le daban a un tipo un año, o algo así, por chantaje, y a cambio tenían pruebas contra otros dos por asesinato en primer grado. Ese era el plan.

Pero cuando llegó a su piso en Highland Park, empezó a preocuparse de nuevo; qué iba a hacer con todo lo de su madre: con todas sus ropas y sus asquerosas joyas. Tendría que haber vendido el piso y todo lo suyo hacía un año, inmediatamente después de su muerte. Ahora iba a tener que abandonarlo quién sabe durante cuánto tiempo. Estaba seguro de que entraría alguien, se lo llevaría todo y destrozaría el piso. El maldito barrio se estaba yendo al diablo, lleno de zorras y putas y fulanos, y de gente que los mantenía. Así que también se preocupó por eso durante un rato. Hasta que decidió que sería mejor tomarse un par de pastillas y dormir un poco la mona. Ahora no iba contento: tenía dolor de cabeza y una sensación de cansancio y pesadez.

Cuando se despertó ya había oscurecido. Y cuando llegó al estudio ya eran las diez.

Vació la hucha metálica de su despacho, treinta pavos, cogió algunas pastillas, laca para el pelo y loción para después del afeitado. Se lo embutió todo en los bolsillos, fue a la mesa del vestíbulo y examinó la caja que había allí. Estaba vacía y él lo sabía antes de mirarlo, pero lo miró igualmente. Se quedó sentado, pensando. Venga, no pierdas más tiempo, vete hacia el centro, o hacia Pontiac, pero hazlo ya.

Alzó la mirada y vio a Bobby Shy, junto al mueble del pasillo, de

pie con las manos en los bolsillos, mirándole.

—¿Cómo has entrado? Tío, no he oído ningún ruido.

—He entrado por detrás —contestó Bobby.

—La puerta estaba cerrada. ¿Cómo has podido entrar?

—No lo sé —contestó Bobby—. Pero aquí estoy.

—¿Dónde te habías metido? Llevo dos días buscándote por todas partes.

—¿Que dónde he estado? Estaba donde estaba. ¿Qué quiere decir eso de que dónde me había metido?

—En dos días no os he visto a ninguno. Tío, estaba empezando a preocuparme.

—Estamos preparándolo todo para ocuparnos de ese tío —dijo Bobby—. Necesito su pipa.

—¿Vais a usar su propia arma contra él?

—Esa es la idea.

—¿Esta noche?

—¿Todo eso quieres saber? —dijo Bobby—. ¿Por qué no me das la pipa y dejas de preocuparte?

Volvieron hacia el despacho. Leo abrió el armario superior de la fila de cabinas, tanteó y sacó el Smith & Wesson del treinta y ocho.

—Casi me había olvidado de que la tenía. No tengo balas —dijo Leo—. Se las quedó Alan.

—Ya arreglaré eso con él —dijo Bobby—. Cogió el revólver y se lo metió en el bolsillo derecho de la chaqueta.

De vuelta hacia el vestíbulo, Leo dijo:

—Si quieres que te diga la verdad, estaba empezando a ponerme nervioso. No sabía qué os había pasado, dónde podíais estar. Y entonces, ya sabes, uno empieza a imaginar cosas como que estabais montando algo y pensabais dejarme fuera.

—No te dejaríamos fuera de nada —contestó Bobby—. Eres parte del grupo.

—Ya sabes cómo empieza uno a imaginar cosas cuando no sabe lo que está pasando.

—Tío —dijo Bobby—, siéntate a la mesa y tómatelo con calma. Piensa en cosas agradables.

—Ya no estoy preocupado —dijo Leo—. Estaba un poco nervioso, pero ya estoy bien.

Bobby llevó a Leo a la mesa y le sentó suavemente, apoyando las

manos sobre sus hombros.

—¿Qué haces? Eh, ¿qué pasa?

—No pasa nada —dijo Bobby—. Quiero que te sientes y descanses, tío, que te lo tomes con calma.

—Ya, pero no te entiendo.

—¿Qué hay que entender? Siéntate, tío, y no te muevas hasta dentro de un rato. Deja que tu cuerpo se relaje, que se sienta en paz. Eso es.

Bobby se alejó de la mesa contando uno, dos, tres, cuatro pasos y medio. Abrió la puerta, saludó a Leo con una pequeña sonrisa y salió.

El local contiguo al estudio de modelos —también cerrado, pero con una luz encendida— era una sucia librería, Bobby entró, dando la espalda a la calle y a las luces de los coches que pasaban. Sacó el Smith & Wesson y cinco cartuchos del treinta y ocho del bolsillo y lo cargó. Miró hacia la calle, los coches que pasaban, pero sin estudiarlos ni preocuparse por ellos. Volvió a andar hacia la puerta frontal del estudio de modelos, contó uno, dos, tres, cuatro pasos y medio a partir de la puerta, se paró, se encaró al cristal oscuro pintado, enfrente de la letra «D» del «modelos desnudas», elevó el revólver a la altura de la cintura y disparó contra el cristal, provocando un ruido enorme, seis metros cuadrados de cristales rotos y la desaparición de la D, todo a la vez. Allí estaba Leo, sentado tras la mesa, como si nada. Bobby no sabía si le había acertado. Extendió el treinta y ocho y le disparó cuatro tiros, dándole en el centro del pecho. La última bala entró justo a tiempo, antes de que Leo empezase a resbalar detrás de la mesa. Bobby no necesitaba entrar a comprobar los resultados. Sabía que Leo estaba muerto antes de llegar al suelo.

17

MITCHELL DIJO:

—Dile que ya le llamaré yo. —Y colgó el teléfono.

Estaba en el despacho de la sección de ingeniería, sentado en un taburete alto, bajo las brillantes luces fluorescentes. Se apoyó en la mesa de diseño una vez más para estudiar los dibujos seccionados que había hecho de una pieza de cierre. Eran dibujos simples, hechos con la mano suelta, sin escuadra. Abierto sobre la mesa, estaba el maletín que había recibido el día anterior. Al lado del maletín estaba el conmutador que había sacado de la cesta de desechos también el día anterior.

Dibujó un rectángulo que representaba el maletín abierto, y lo miró. Luego, trazó una perspectiva desde arriba de uno de los dos cierres que había en la parte frontal del maletín.

Vic, su jefe de fabricación, entró en la sala de diseño y se quedó mirando la mesa.

—¿Qué? —dijo Mitchell.

—Los cincuenta metros de varilla del número ocho tienen que llegar mañana. Todavía no están aquí.

—Llámales y mételes prisa.

—Ya lo he hecho. Dices que ya verán qué pueden hacer.

—Vuelve a llamarles —insistió Mitchell—. Diles que como no estén aquí las varillas al mediodía ya se las pueden ir enrollando al culo para hacer Hula Hops, porque nos iremos a buscarlas a otro sitio.

—Dirán que de acuerdo, y las varillas estarán aquí a eso de las

cuatro o las cinco.

—Pero las tendremos —contestó Mitchell.

Vic se quedó mirando el dibujo.

—¿Qué pasa, nos vamos a meter en el negocio de las maletas?

—Estoy tratando de averiguar cómo se puede abrir esto —mira, es uno de los cierres— y provocar una conexión eléctrica en el interior.

—¿Para qué?

—Por ejemplo, para hacer que se encienda una luz cuando lo abres.

—Como un frigorífico.

—Solo que el maletín no puedes enchufarlo.

—Tienes que poner una batería dentro.

—Eso ya lo sé —dijo Mitchell—. Lo que pretendo averiguar es cómo conectar el cierre con la batería sin estropear el maletín, sin que cambie su apariencia.

—Es muy bonito.

—¿Entiendes el problema?

—Creo que ese conmutador es demasiado grande. Te bastaría con un muelle de cualquier tipo.

—Tal vez tengas razón.

—Bueno, supongo que se te ocurrirá una manera —dijo Vic—. Si es que eso es lo que pretendes, iluminar un maletín.

—Es más o menos lo que pretendo —contestó Mitchell.

Llevaba consigo el maletín cuando volvió a su despacho y se paró ante la mesa de Janet.

—¿Recuerdas de dónde era?

—Lo anoté, por si quería que comprobase lo de la tarjeta.

—La tarjeta ya la encontré. Estaba dentro.

—¡Oh! —dijo Janet. Y esperó.

—Lo que quiero es que vayas hoy, cuando tengas un momento, y me traigas otro. Exactamente igual que este.

—¿Quiere otro maletín igual que este?

—Estaba jugando con el cierre y ha saltado.

—Tal vez se pueda arreglar.

—Simplemente quiero otro nuevo, si te parece bien.

—Por supuesto que me parece bien.

—Muchas gracias.

—Ha vuelto a llamar el señor

O'Boyle

. Le he dicho que ya le he pasado el recado la primera vez.

—Ponme con él, ¿quieres?

—A sus órdenes, señor Mitchell.

Él la miró.

—Janet, tengo motivos para querer otro maletín. ¿Creerás mi palabra y lo aceptarás?

Se metió en su despacho.

—Tengo otro para que lo busques —dijo Mitchell al teléfono—. Se llama Robert Shy. Si te sirve de algo, te daré su dirección y el número de su carnet de conducir.

—¿Es un amigo de Leo Frank?

Mitchell dudó.

—¿Por qué?

—¿No has visto el periódico esta mañana?

—He pasado la noche aquí. Tenía que hacer una cosa.

—Coge un periódico —dijo

O'Boyle

—. Página tres, una foto de un estudio de modelos con el cristal destrozado.

—¿Ha tenido un accidente? ¿Qué le ha pasado?

—Le han pegado cuatro tiros. Me das el nombre de un tipo para que lo localice y tres días después aparece muerto. Ahora, ¿quieres contarme qué es lo que pasa?

—¿Fue un robo, o qué?

—Llevaba cuarenta y tres dólares encima, un peine, un frasco de laca para el pelo y una botella de loción Beach Boy para después del afeitado. No, no fue un robo y no estás contestando a mis preguntas, Mitch, ¿qué pasa?

—Espera un momento, Jim. ¿Qué hay de Alan Raimy?

—¿Qué pasa con él?

—¿Has sabido algo?

—De momento, el único del que he logrado saber algo es de Leo Frank. ¿Te acuerdas de Joe Paonessa, aquel fiscal con el que fuiste tan simpático? Le pedí que averiguase algo. Me llamó ayer por la tarde y me dijo lo que sabía.

—¿Qué?

—Mitch...

O'Boyle parecía impaciente. Exhaló un golpe de aire, probablemente agitando la cabeza.

—Venga, dímelo —insistió Mitchell.

—Una vez lo arrestaron —dijo

O'Boyle

— por exhibicionismo, tres veces por proxeneta; una de ellas fue declarado culpable y lo encerraron noventa días. Lo que quiero que entiendas —dijo entonces

O'Boyle

— es que los de la oficina del fiscal buscan sus datos por hacerme un favor, y al día siguiente el hombre está muerto. ¿Y ahora qué le cuento a Joe Paonessa cuando me llame?

—Espera a ver si lo hace.

—Mitch, lo han asesinado.

—No sé qué decirte, Jim —dijo Mitchell—. Quiero decir que, en este momento, no tengo nada que decirte. Tal vez dentro de un par de días.

—Voy a ir a hablar contigo —dijo

O'Boyle

—No estaré aquí.

—Mitch, le doy dos nombres a los de la oficina del fiscal. Uno de ellos aparece asesinado. ¿Qué van a hacer? Van a llamarme y preguntarme de qué conozco yo a ese tipo y qué pasaba con él. Y van a moverse detrás del otro nombre, Alan Raimy. Ahora sé que Alan y Leo están involucrados en lo del chantaje, obviamente. Joe Paonessa no lo sabe, porque naturalmente no mencioné tu nombre. Pero él podría ponerse a pensar y ligar una cosa con otra y podrías encontrarte con la policía llamando a tu puerta. Antes de que eso ocurra, quiero que me lo cuentes todo, ¿de acuerdo?

—No veo por qué tienes que decirle nada —contestó Mitchell—. Dile que son clientes tuyos. Vienen a verte, y tú quieres asegurarte antes de quiénes son. Jim, los que cometen crímenes también acuden a los abogados, ¿no? O los que han cometido un crimen y tienen miedo de que les pillen. Dile a ese Joe como-se-llame que han venido a verte pero todavía no te lo han contado todo. Han contraído una deuda en una apuesta de juego, o algo así, y les han

amenazado. Jim, tú eres el abogado, puedes inventarte algo.

—Quiero hablar contigo hoy, Mitch.

—De acuerdo. Pero más tarde, ¿de acuerdo? Tengo cosas que hacer y se me está agotando el tiempo.

—Mitch, prométeme... que no harás nada hasta que hayas hablado conmigo.

—Ya veremos —contestó Mitchell—. Pero podría no tener elección.

Alan estiró el cable del teléfono de la habitación, lo desconectó y se lo llevó escaleras abajo. Cogió el «Free Press» de la escalera de la entrada y leyó lo de Leo mientras hervía el agua. Ese Bobby... El maldito pistolero había tenido que cargarse todo el local. Con estilo, pero salvaje. Al tío le encantaba apretar el gatillo. Sí, dijo Alan, y sonrió.

Estaba funcionando, se dijo a sí mismo mientras se servía el café. Todo funcionaba. Repasó una lista mental.

Leo ya no era una molestia.

La mujer del tipo, arriba, bajo control.

El camión en el garaje. Robado, pero como si no lo fuera, porque Richard no iba a ir a la policía, eso seguro.

El tipo ocupado en el trabajo, sin enterarse de qué mierda estaba pasando.

Era el mejor de todos los premios que le habían tocado en la ruleta: que el tío no volviera a casa ayer por la noche. Joder, así no tuvo que sacar a la Flaca y esconderla en algún motel y dejar una nota falsa diciendo que había salido por la tarde o que había ido a visitar a su madre o alguna otra maldita excusa —cosa que él podría o no podría haber creído—. Esa había sido la parte más arriesgada de toda la idea y había resultado que no tenía por qué preocuparse.

Dejó la cafetera, las tazas, el periódico y el teléfono en una bandeja y la llevó a la habitación. Ella estaba tumbada en la enorme cama, cubierta con la sabana, y parecía dormir. Pero sus ojos se abrieron al ver la bandeja en la mesilla de noche. Le vio meterse la pistola en el bolsillo y volver a conectar el teléfono.

—¿Dónde ha dormido? —le preguntó.

—Eh, Flaca, venga. Lo que te ha pasado no era un sueño. Era real.

—¿Me ha dado otra inyección durante la noche?

Alan le sonrió.

—Quiero decir... de heroína, o de lo que sea.

—Solo la primera, antes de acostarnos. Alguna otra vez te mantendré despierta durante el espectáculo.

—¿Puedo vestirme ahora?

—Estás bien como estás. Siéntate, tomaremos un poco de café. Pero antes... —Se sentó al borde de la cama, cogió el teléfono y marcó un número.

—El señor Mitchell, por favor. Soy Alan Raimy. —Miró a Barbara y guiñó un ojo.

—¿Qué le ha pasado a su amigo? —dijo Mitchell, en cuanto oyó la voz de Alan.

—¿Qué amigo?

—Leo.

—Nunca oí ese nombre. Oiga —dijo Alan—, he estado pensando en usted y me ha dado malas vibraciones, como si estuviese intentando salirme con alguna mierda. ¿Nunca ha tenido esa sensación?

—Si está nervioso, vaya al médico —dijo Mitchell—. Si lo que quiere es que acabemos con esto, entonces acabémoslo.

—¿Tiene los cincuenta y dos?

—Puedo tenerlos hoy.

—De acuerdo. Será esta noche.

—¿Dónde?

—Consiga el dinero, vuelva a su despacho y quédese allí. Le llamaré.

—Supongo —dijo Mitchell— que lo quiere en el maletín que me envió.

—Supone bien. Y ahora, otra cosa.

—¿Qué?

—Nada de policía, ¿vale?

—Nada de policía.

—No es que no me fíe de usted, pero, tío, no me gusta correr riesgos, ¿entiende? Así que llevaré a alguien conmigo.

—¿Quién, Bobby?

—Eh, ya veo que ha estado ocupado. No, otra persona. Espere un segundo.

Mitchell esperó.

—¿Mitch? —dijo Barbara.

Su silla salió disparada cuando estiró los brazos y golpeó la mesa.

—Barbara, ¿dónde estás? ¡Barbara!

Hubo un momento de silencio antes de que Alan volviera a ponerse.

—¿Ha visto, colega? Si veo que la policía se mete en esto —tío, con solo que lo sospeche— se queda sin esposa. Yo corro un riesgo. Pudiera ser que la Flaca le importase un comino y yo me tendría que quedar con ella, pero no veo otra manera de hacerlo. Usted me da los cincuenta y dos y yo le doy a su mujer. Nos damos la mano y nos vamos a casa.

—¿Dónde está?

—¿Y eso qué importa? Le llamaré más tarde.

—Déjeme volver a hablar con mi mujer.

—No se preocupe, la cuidaré bien.

La línea quedó muerta.

Mitchell volvió a coger línea y llamó a su casa. Oyó sonar el teléfono diez veces antes de colgar.

Esperó, volvió a cogerlo y esta vez llamó a Ross.

Alan no dijo nada hasta que el teléfono dejó de sonar.

—Es tu maridito, comprobando.

—Podría ser otra persona.

—Es igual. Hoy no vamos a contestar al teléfono.

—Tenía un partido de tenis esta tarde. Si no aparezco, se extrañarán. Podría venir alguien.

—Deja que yo me preocupe de esas cosas —dijo Alan—. Hasta que nos vayamos, no contestarás al teléfono, ni abrirás la puerta.

—¿Adónde vamos?

—Eh, cállate un rato, ¿vale?

Volvió a coger el teléfono y marcó un número.

—Bobby, me ha gustado. Sí, eres todo un pistolero... Oye, está preparado para esta noche. Le llamaré más tarde, para hacerle saber exactamente dónde y todo eso. Pero, escucha, no hace falta que vayamos en dos coches. Haz que te lleve Doreen y nos encontraremos en Metropolitan Beach. Está solo un poco al este de su fábrica. A las ocho en punto... No estoy cerca y tengo cosas que

hacer... Oye, que te lleve Doreen y te deje allí. Quedamos en el aparcamiento de... ya verás el rótulo... pone «TOT LOT»... donde hay aquellos columpios y toboganes y toda esa mierda... Sí, lo verás a la derecha en cuanto llegues. Eh, Bobby, y tráete la pipa del tipo... Eso es. Te costará unos cuarenta y cinco minutos. Así que nos vemos allí a las ocho. Tío, como un clavo, a las ocho en punto.

Cuando colgó, Barbara le preguntó:

—¿Qué vamos a hacer hasta entonces? Queda mucho rato.

Alan se dio la vuelta para mirarla, la curva de sus pechos bajo la sábana y sus brazos desnudos a los lados, pesados, inmóviles.

—¿Qué quieres hacer? ¿Jugar al tenis en el club?

Ella no contestó.

—O podemos picarnos los dos. Darnos un viaje y, ya sabes, volar un poco.

—Hágalo usted —contestó Barbara—. Yo miro.

—Bueno, tendrás un poco más antes de que nos vayamos —dijo Alan—. Puedes apostar lo que quieras.

Mitchell se quedó en el pequeño vestíbulo exterior, mirando los paneles de fotografías de camiones, caravanas, tiendas de campaña y casas sobre ruedas. Se volvió hacia la ventana, que tenía un agujero redondo, al oír que la recepcionista decía:

—Señor Mitchell, no está en su despacho.

—¿Está en el edificio?

—Esther solo me ha dicho que no está en su despacho. ¿Tenía cita?

—No he tenido ninguna en tres años —contestó Mitchell—. ¿Qué tal si me espero un rato, a ver si aparece?

—Intentaré localizarle, por ser usted —dijo la recepcionista.

Mitchell encendió un cigarrillo y se quedó mirando la zona de despachos, una hilera de secretarias y oficinistas sentados en sus mesas metálicas de color verde pastel. Unos minutos después, la recepcionista dijo:

—Parece que no está en el edificio.

Mitchell asintió. Sonrió, para demostrarle que era paciente y no tenía ninguna prisa.

Unos minutos después, vio al ingeniero jefe llegar por el pasillo que daba a la fábrica y acercarse a una de las secretarias. Mitchell esperó. Cuando el ingeniero jefe se dio la vuelta, vio a Mitchell en

el vestíbulo, le llamó para que se acercara y abrió la ventanilla de cristal.

—¿Qué haces ahí fuera? Entra, por el amor de Dios.

—Estoy esperando a Ross, parece que no pueden localizarle.

—Acabo de hablar con él, hace unos minutos —dijo el ingeniero jefe—. ¿Qué quiere decir que no lo pueden localizar? Si no está en su despacho estará encerrado en el lavabo con alguna tía.

Mitchell sonrió.

—¿Cómo va todo? ¿Tenéis algún problema?

—Un par de cosas que podría contarte —contestó el ingeniero jefe—. ¿Por qué no vienes a mi despacho?

—¿Te va bien si entro cuando haya hablado con Ross? —dijo Mitchell—. Me ha llamado, y parecía importante.

Estaban ahora hablando en la sala de los ejecutivos, acercándose al despacho de Ross Wright. El ingeniero jefe le llevó hasta el final de la sala, donde estaba la mesa de la secretaria del señor Wright. Dijo:

—Esther, dile que está aquí el señor Mitchell. Ah, oye, y cuando acabe me lo envías a mi despacho. Por si se olvida.

Así fue como Mitchell consiguió ver a Ross, sentado detrás de su mesa negra, con una amplia sonrisa en su rostro.

Cuando la puerta se cerró, Ross dijo:

—Mitch, ¿cómo te va?

—Te he llamado un par de veces esta mañana —dijo Mitchell—. No has devuelto la llamada.

—Reuniones —Ross agitó la cabeza: el pobre ejecutivo saturado de trabajo—. Tengo aquí a algunos de los vendedores. No he tenido tiempo de parar ni un momento.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Agradezco tu ofrecimiento, pero no, que yo sepa. La producción funciona; ahora, el problema son las ventas. Si fuera posible mantener las dos a la vez en marcha, ¿eh? Eso estaría bien.

—Tengo entendido que saliste con mi mujer.

—¿Barbara?

—Así se llama. Barbara.

Ross puso cara de sorprendido por unos instantes, de inocente. Luego se volvió serio, sincero.

—Llevé a Barbara a cenar la otra noche. Pensé que le apetecería

hablar, ya sabes, le ofrecí un hombro sobre el que llorar, por si le hacía falta.

—¿Sí? ¿Y lloró?

—Por supuesto que no. Ni yo había imaginado que fuera a hacerlo. Pensaba que si pudiese averiguar cómo se sentía ella con respecto a vuestra situación, tal vez pudiera comentártelo y así a lo mejor te ayudaba a arreglarlo.

—¿Dónde estuvisteis, en el Inn?

Ross asintió.

—Sí, cenamos bastante bien. Lo justo. Pero no está tan bien como antes.

—¿Y luego champaña y coñac?

Ross asintió otra vez, despacio, como si intentara recordar.

—Sí, creo que sí.

—Barbara me lo contó.

—Mitch, no irás a pensar... —Ross probó una de sus sonrisas—. Eh, vamos, no me estarás acusando de nada, ¿no? Pensé que querría ir a algún sitio tranquilo para hablar y todavía tenía una habitación de un cliente que había estado aquí, ya sabes, una habitación para estar sentado. Pensé que sería más cómodo.

—Ella no me había dicho lo de la habitación.

—Oh —dijo Ross—. Bueno, solo estuvimos unos minutos. Tomamos una copa, hablamos un poco y la llevé a casa. Eso fue todo. Quiero decir que incluso había olvidado que estuvimos en la habitación, en la *suite*. Estuvimos sentados un par de minutos, hablando de ti la mayor parte del tiempo. Eh, de cuando estuviste en el ejército del aire y te cargaste los dos Spitfires. Joder, nunca me lo habías contado. ¿Cuántos aviones derribaste?

—Siete —contestó Mitchell—. No, nueve.

—Joder, vaya marca. No lo sabía.

—Ross, ¿todavía trabajas en las pistas de esquí, esas del norte?

—¿Qué? —El cambio brusco de conversación le paró los pies.

—La última vez que comimos juntos dijiste que estabas haciendo algunas mejoras en las pistas. Derribando algunos montículos.

—Es verdad. Empezaron hace unos días.

—¿Está aquí el tío de la dinamita?

—Debería estar. ¿Por qué?

—Necesito algo.

Ross se lo quedó mirando.

—¿Necesitas dinamita?

—Cerca de media docena de barras —respondió Mitchell—. Y una cabeza, ya sabes, un detonador. Si llamaras a alguno de allí arriba, podrían estar aquí en unas tres horas y media, ¿verdad?

—Sí, pero —Ross estaba sorprendido, helado— ¿para qué la quieres?

—Tal vez tenga que volar algo —dijo Mitchell—. Tal vez no la necesite, pero quiero estar preparado por si acaso.

—Mitch, no sé. Dinamita..., quiero decir que no es como pasarle a alguien una docena de huevos.

—No quiero huevos —insistió Mitchell—. Quiero dinamita. Tú puedes conseguírmela y creo que quieres hacerlo, Ross. Como un favor. ¿Sabes por qué? Porque siempre hemos estado muy unidos. Tú y yo, y ahora Barbara. Así que, ¿por qué no haces una llamada telefónica y me la consigues?

O'Boyle estaba sentado en un extremo del sofá con su maletín junto a él y una carpeta abierta en su regazo. Dijo:

—¿Por qué no te sientas un momento? No sé si me estás escuchando o no.

—Te escucho —dijo Mitchell. Anduvo desde la ventana hasta su mesa, pero no se sentó.

—Es un poco difícil hablarte.

—Te estoy escuchando —insistió Mitchell—. Tú habla; yo te escucharé.

—Parece como si estuvieras a punto de saltar la pared, o de atravesarla.

O'Boyle le vio ir otra vez hacia la ventana, la luz del temprano atardecer pesada y brillante contra el cristal.

—¿Vas a comer a casa?

—Todavía no lo sé.

—¿Quieres que tomemos un bocado en algún sitio?

—¿Por qué no me lees lo que has traído?

—Porque tengo la sensación de que estás en otra parte.

Mitchell miró a su abogado.

—Aquí estoy y aquí me quedo. Ahora cuéntame lo de ese tipo.

Jim O'Boyle era suave, inteligente y un abogado de éxito. Conocía bastante bien a Mitchell, en general. Creía conocer sus

reacciones. Una cosa estaba clara: no iba a romperse la cabeza golpeándose la contra una mente cerrada. Bajó la mirada hacia su carpeta abierta.

—Alan Sheldon Raimy. Nacido en Detroit. Se graduó hace siete años en Michigan, en un masters de empresa; el tercero de la clase, aunque, según un conocido, lo suspendieron y lo echaron por actividades abortivas.

Mitchell le miró.

—¿Qué?

—Era un abortista —dijo

O'Boyle

—. Las chicas recurrían a él cuando tenían algún problema. Raimy arreglaba la operación y se quedaba un diez por ciento, como si fuera un agente. Lo arrestó la policía y también el *sheriff* del condado. No fue declarado culpable hasta que... —Las manos de O'Boyle

se movieron por la carpeta— volvieron a arrestarlo tres años después por un desfalco. Acusado por una cadena de tiendas de ropa femenina en Detroit. Les enviaba facturas a cuenta de falsas compañías de nombres muy parecidos a los de los auténticos proveedores, cobraba él mismo las facturas y las ingresaba en cuentas bancarias con los mismos nombres falsos. Se sacó unos veinte mil antes de que le cogieran y le condenasen a pasar medio año en la cárcel de Jackson. Desde entonces, ha sido arrestado por, veamos, una vez por obscenidad y comportamiento indecente... Había participado en un acto pornográfico. Él y dos chicas.

—¿Qué habían hecho?

—De todo, probablemente. Volvieron a arrestarle por perversión de menores. Le pescaron en un motel con varios litros de vino, marihuana y una niña de catorce años. Treinta días en el correccional. Otra acusación de obscenidad, la última, por pasar una película pornográfica. Se libró. Así que este es Alan Sheldon Raimy —dijo

O'Boyle

—. Ahora ha pasado de las películas pomos al chantaje... ¿y a qué más?

—¿Quieres beber algo?

Mitchell se dirigió al mueble bar, sacó una botella de *bourbon* y

sirvió dos vasos cortos.

O'Boyle

le miró.

—La policía anda detrás de Raimy. No logran encontrarle.

—¿Cómo lo sabes?

—Mitch, yo he sido el primero en recibir la llamada de la oficina del fiscal. ¿Por qué he preguntado por Leo Frank, asesinado, y por Alan Raimy? Les he dicho que no conozco ninguna vinculación entre ambos. La razón por la que he pedido datos de ellos es información confidencial. Pero he tenido que decirles que si sabía algo me pondría en contacto con ellos. Eso podría retenerles, pero tal vez no.

Mitchell pasó una bebida a

O'Boyle

. Tomó la suya, dio la vuelta a la mesa y se sentó.

—No sé dónde está Raimy.

—Pero te está amenazando, ¿no?

—Está haciendo algo más que eso —contestó Mitchell, bebiendo un trago de su *bourbon*—. Tiene a Barbara.

Explicó la llamada telefónica y el haber oído su voz muy débil. Mitchell hablaba con calma, sin prisa. Dijo:

—Sí, me está amenazando. Va a venir aquí para un pago, o me dirá dónde encontrarme con él. Y si sospecha que la policía está en esto, no volveré a ver a Barbara, al menos no con vida. Eso es lo que está pasando.

O'Boyle guardó silencio. Las preguntas se agolpaban en su mente, pero intentó ignorarlas momentáneamente y concentrarse en Mitchell, sentado al otro lado de la mesa con un vaso de *bourbon*, controlado, sin dar vueltas a la habitación. Eso era lo que más le asustaba. Su calma. Casi como si no sintiese nada. O como si hubiese tomado alguna decisión, y de eso debía de tratarse.

—¿Por qué no me lo habías explicado antes?

—¿Antes de cuándo? Ha llamado esta tarde. Estoy esperando a que vuelva a llamar.

—Antes de que lo haga... —

O'Boyle

hizo una pausa, como si conociera de antemano la reacción de Mitchell y quisiese evitarla— tenemos que avisar a la policía.

—No —dijo Mitchell. Era una respuesta contundente—. Ya te he contado lo que me ha dicho por teléfono, y le creo. Nada de policía, Jim. Como has dicho tú, ya no se dedica solo a pasar películas pomos. Ahora, mata a la gente.

—Cierto, y puede matarte también a ti.

—O a Barbara. Si no me las arreglo bien.

—¿Qué quieres decir con esto de arreglártelas bien?

—Tengo una oportunidad. Puedo pagarle, o no pagarle. Pero lo primero que tengo que hacer es recuperar a Barbara.

—En eso estamos de acuerdo —dijo

O'Boyle

—. Pero, aun así, tenemos que llamar a la policía.

—No —De nuevo la negación rotunda—. Al principio, hace unos días, tenía la vaga intención de engañarle. Le doy el dinero y, de alguna manera, le engaño, le rompo un brazo si es necesario y se lo entrego a la policía. Pero ahora tengo otra idea y tal vez sea la única forma de solucionarlo.

—Mitch, la policía tiene experiencia en este tipo de situaciones, un procedimiento...

Negó con la cabeza.

—Jim, ¿recuerdas que cuando esto empezó viniste aquí y yo te lo expliqué? Grabé en una cinta todo lo que recordaba de mi primer encuentro con ellos. Esta tarde he grabado algunas cosas más. Todo lo que ha pasado desde entonces y lo que puede ser que yo haga. Te lo voy a dar, Jim, y si me pasa algo sabrás quiénes son esos tipos, lo que han hecho, todo. Pero no lo voy a discutir contigo y no voy a meter a la policía en esto, porque sé que ese hijo de puta, Alan Raimy, saldría del juzgado al día siguiente. ¿Cómo pueden acusarle de asesinato? La chica ha desaparecido, igual que la película. Él diría «¿qué chica?». ¿Que lo arrestarían por secuestro? Tal vez. Pero también es posible que él piense que ya ha ido demasiado lejos para abandonar. Jim, ese tipo es un asesino. Podría volver a matar, a Barbara o a mí, y salirse con la suya —Mitchell hizo una pausa—. De modo que me las voy a arreglar. De una forma o de otra.

O'Boyle se lo quedó mirando, como si pretendiera leer su mente.

—De acuerdo. ¿Qué vas a hacer?

—Pagarle.

—No te creo.

—Pues no me creas. Agradezco tu ayuda, Jim, y tu preocupación, pero no voy a discutir contigo.

—Mitch, tengo el horrible presentimiento de que vas a hacer algo —por Dios, no sé qué— que no deberías ni considerar.

—Pero sé lo que me hago —contestó Mitchell—. No olvides eso.

—Ahora ni siquiera sé de qué estás hablando.

Y Mitchell contestó:

—Mejor.

Bobby Shy estaba hundido en el asiento, mirando a través de la ventana hacia el aparcamiento bordeado de árboles que había junto a Metropolitan Beach.

—¿Qué hora es?

Doreen giró la muñeca, sin apartar la mano de la parte superior del volante, para mirar su reloj.

—Pasan diez minutos. Llegamos un poco tarde, ¿no?

Bobby no dijo nada.

—¿Y ahora dónde?

Estaban entrando en un área que cubría unas cuarenta hectáreas; una zona abierta de pavimento que llegaba hasta los edificios bajos de ladrillo tostado —los baños, el pabellón y los edificios de mantenimiento, que, a estas alturas del año, estaban vacíos, desiertos—. Detrás quedaba la vista del lago Saint Clair, una llanura de agua gris que se extendía hasta el horizonte.

—A la derecha —dijo Bobby—. ¿Ves ese camión?

—¿Es Alan?

Bobby no contestó. Doreen le miró, pero no volvió a preguntar. Vio que metía la mano en la chaqueta y sacaba su treinta y ocho Special de la cintura y lo ponía sobre el asiento, debajo de su muslo izquierdo. El Smith & Wesson de Mitchell estaba en el bolsillo derecho de su chaqueta.

—Quédate a la izquierda del camión —dijo Bobby—. Dos o tres sitios más allá.

Doreen frunció el ceño.

—¿Y cómo sabes que es él?

—Es él —contestó Bobby—. Mírame y no digas nada. Si te digo que salgas, lo haces. ¿Vale? No antes de que yo te lo diga.

Mientras se paraban, frente al área de juego vallada y al rótulo que decía «TOT LOT», Alan salió del camión y se acercó, relajado,

amistoso, con una sonrisa agradable.

Bobby le devolvió la sonrisa.

—¿Ahora te dedicas a la droguería?

—¿Qué te parece?

—Ha llamado Richard, preguntando si te había visto en algún sitio. Dice que le habías comprado algo de caballo para mí.

—Lo necesitaba para una cosa —contestó Alan—. También necesitaba ruedas, y ahí están. Supongo que no es el día más adecuado para coger un coche y que te paren por conducción peligrosa.

—Richard te va a partir el culo.

—No nos preocupemos ahora de Richard. ¿Has traído la pipa?

—Aquí la tengo.

—Déjamela ver.

Bobby sacó la mano del bolsillo con el Smith & Wesson de Mitchell. Miró a Alan con expresión apacible, insinuando una sonrisa, cogió el revólver por el cañón con la mano izquierda y se lo pasó a Alan a través de la ventana.

Alan lo cogió por la empuñadura, curvando el dedo sobre el gatillo.

—¿Está cargado?

—No, pequeño. No lo está.

—Esta sí —contestó Alan.

Sacó la pistola de juguete de Richard del bolsillo lateral, dio un paso atrás con el pie izquierdo y disparó tres veces a Bobby Shy — en la cara, en el cuello y en el pecho—. Doreen gritaba, golpeando la puerta para abrirla, y luego se revolvió para levantar el pestillo de seguridad. Alan le disparó dos tiros en la nuca, justo cuando la puerta se abría y ella empezaba a salir.

Miró detenidamente a Bobby, aplastado contra el asiento, se acercó y sacó el treinta y ocho Special sin tocarle. Dio la vuelta al coche para llegar hasta donde estaba Doreen, recorriendo el aparcamiento con la mirada, y luego la miró, encogida sobre el pavimento, y la empujó por las costillas con la punta de la bota.

Barbara, con el ceño fruncido, le miró cuando volvió al camión.

—He oído un ruido horroroso. Un ruido muy fuerte en algún sitio.

—Son fuegos artificiales —contestó Alan—. Alguien celebra

algo.

Se metieron en un Holiday Inn, en la parte sur de Mount Clemens. Los movimientos de Barbara eran un tanto lentos, ya que estaba empezando a notar el bajón posterior a la euforia; pero no tuvo demasiados problemas para sacarla del camión y meterla en la bonita habitación de veinte pavos, con teléfono. Ella dijo que tenía dolor de cabeza. Él le dijo que se tumbase en la cama, la que estaba más lejos de la puerta, y que ya se encargaría él de su dolor de cabeza dentro de un rato. Antes llamó al servicio para que les trajesen hamburguesas, patatas fritas y una botella de vino rosado, diciéndole a Barbara al colgar que siempre le había gustado tomar vino cuando estaba en un motel con una señora. Alan imaginó que la comida tardaría media hora en llegar, así que cogió el teléfono y marcó el número de Ranco Manufacturing.

—¿Qué tal, colega? ¿Lo tiene? Esto está muy bien. Cabe en la caja, ¿no?... Bien. Ahora, escuche. A las once en punto quiero que salga y vaya hacia el norte por la Noventa y dos; dirección Port Huron. Pasará el desvío de la base aérea de Selfridge, ya verá el indicador. Siga adelante, un kilómetro y medio... Espere un momento... espere... espere... ¡Eh! Espérese, ¿quiere? ¿Cómo que no tiene coche? —Escuchó un momento—. A ver.

Alan tapó el auricular con la mano y miró a Barbara, que estaba tumbada en la cama con los ojos abiertos.

—Ayer, tu marido dijo algo de que no tenía coche.

—¿Qué?

—Cuando llamó para decir que no vendría por la noche. Dijo algo sobre su coche. ¿Qué era?

Barbara movió la cabeza.

—No me acuerdo.

—Dijo que había pedido otro. Se suponía que se lo darían hoy, pero no ha llegado, todavía no está preparado.

Barbara volvió a mover la cabeza.

—No sé de qué me está hablando.

Alan esperó.

Hijo de puta. Tenía que pensarlo, pero tenía que decirle algo a Mitchell. Al teléfono, dijo:

—Pida uno, volveré a llamarle. —Y colgó.

La dejó salir del baño cuando la chica del servicio ya se había

ido. La bandeja, con sus platos metálicos cubiertos y una botella de vino en una cubitera de plástico, quedó encima de un tocador que había delante del espejo. Al salir, ella creyó que eran dos bandejas.

Barbara olió las patatas fritas y volvió a sentir náuseas. Negó con la cabeza cuando Alan le dijo que se sirviera ella misma. Él las cogía con los dedos, untándolas de *catsup* y llevándolas a la boca, al mismo tiempo que cogía la botella de vino y servía dos vasos. Barbara cogió uno porque estaba sedienta y parecía frío. La hizo acercarse para cogerlo. Al pasar junto al tocador, se vio en el espejo. Parecía enferma, como si hubiera estado en cama con la gripe. Debería haber llevado un albornoz, no un impermeable. Necesitaba maquillarse y peinarse. La parte baja del impermeable estaba parcialmente abierta. Se la abotonó con una mano y, entonces, se dio cuenta de que no llevaba nada debajo. Alan le dijo que se sentara y fuese buena chica. El vino estaba muy frío. Cuando empezó a beberlo y él le dejó fumar un cigarrillo, se sintió un poco mejor.

Alan estaba comiéndose la hamburguesa, de pie, devorándola, sin alejarse de las patatas, que seguían en la bandeja. Tenía hambre. Podía preocuparse por Mitchell, preguntarse si el hijo de puta estaría tramando algo, pero seguía teniendo hambre y tenía que comer. El vino estaba bueno; le ayudaba a relajarse. Pero deseaba haberse quedado un poco más ayer, otros veinte minutos, para que Richard le consiguiese un poco de maría. Con la maría podía concentrarse y verlo todo claro.

Dijo a Barbara:

—¿Ha tenido problemas con el coche?

—No, que yo sepa.

—¿Cómo pensaba volver a casa?

—Ha dicho que le iban a llevar otro, ¿no?

—Pero no ha llegado. Precisamente el día en que necesita un coche, dice que no le ha llegado.

—Eso suele ocurrir, ¿no?

Alan se quedó pensativo.

—No sé. Podría estar tramando algo, pero no tengo tiempo para darle vueltas.

Barbara le vio beberse el vino y volver a llenar el vaso.

—Si mi marido le ha dicho que va a pagar, lo hará.

—Te tomo la palabra.

—Esto ha sido idea suya —dijo Barbara—, no nuestra. Supongo que en su trabajo uno ha de ser optimista y creer que va a cobrar; si no, no se hubiera metido en esto.

Siguió mirándole mientras se movía hacia el fondo de la habitación y apartaba las cortinas para mirar fuera. Había oscurecido. Veía el brillo de un coche y unas luces de neón en la calle.

—¿Y para qué necesita un coche?

—Para ir a donde yo le diga.

—Quiero decir, ¿por qué no ir a la fábrica y recoger allí el dinero?

Alan se apartó de la ventana para mirarla, pero no dijo nada.

—Tiene miedo de la policía —dijo Barbara—. Pero sea donde sea el sitio al que quiere hacerle ir, podría llevar a la policía igualmente, ¿no? —Hizo una pausa—. Pero no lo hará. Si ha dicho que va a pagar, pagará.

—Túmbate —dijo Alan—. Si quiero hablar contigo te lo diré.

Se metió en el baño, dejando la puerta abierta. Salió y se sirvió otro vaso de vino. Luego, se sentó, apagando la lámpara que había junto a la cama, se bebió el vino y se fumó dos cigarrillos en la penumbra de la habitación. Fue al teléfono, se sentó en la cama de cara a Barbara y encendió otro cigarrillo antes de darle a la operadora el número de Mitchell.

Ella le oyó decir:

—¿Ha conseguido un coche?... De acuerdo, olvídelo, iré a verle, poco después del cambio de turno. Simplemente, esté allí solo. Ya sabe quién irá conmigo. Entraré en el aparcamiento. Si no me gusta, me largo y ahí se acaba todo para su esposa. Si me gusta, me da el dinero y se acabó el negocio... No, cuando lleguemos le diré lo que tiene que hacer —Hizo una pausa, escuchando—. No, ella está bien. De hecho, no sabía que una mujer tan mayor pudiese hacerlo tan bien. ¡Cómo gime y se retuerce!

Alan se rio con fuerza y colgó el teléfono.

A las once y cuarto llenó de heroína una cuchara del Holiday Inn y la calentó sobre una vela que se había llevado de casa de Mitchell. Cuando le vio venir con la jeringuilla, Barbara le dijo:

—No, por favor. Ya estoy enferma.

Alan le dijo que así sería mejor, pinchó una vena, esta vez en el brazo, y la inyectó antes de que ella tuviera tiempo de patear, gritar o dar las gracias. No usó toda la heroína de la cuchara para ella; aproximadamente la mitad, lo suficiente para cerca de una hora. Cogió una aguja nueva y se inyectó el resto del caballo en su propio brazo izquierdo. Síííííííí. Tío, eso ayudaría a superar la parte más dura. La maría era más suave, pero un buen pico de caballo no le iba a ir nada mal.

A las doce menos diez, Alan sacó de la habitación un par de sábanas y una almohada e hizo una pequeña cama en la parte posterior del camión. Metió a Barbara sin que nadie les viera y tomó hacia el sur por la autopista. Barbara emitía pequeños gemidos, como si estuviera cantando. Alan se sentía estupendamente. Mierda, tenía que estarlo. Como que era día de cobro.

18

MITCHELL, llevando en la mano su maletín, cerró la puerta de la salida de incendios detrás de sí. Se acercó a los interruptores de la pared, empezó a apagar todas las hileras de fluorescentes y alguien, en la oscuridad de la fábrica, gritó:

—¡Eh, que no veo!

Todavía quedaba alguien.

Mitchell no vio quién era hasta que desanduvo el camino, dirigiéndose hacia el lugar de donde había procedido el sonido, y apareció John Koliba, saliendo de un pasillo oscuro, entre dos cestas de material: Koliba, con la camiseta blanca anudada a la cintura, sosteniendo un par de cámaras de vacío de goma, una en cada mano.

—Pensé que se había ido —dijo Koliba—. Hubiera jurado que le vi pasar hace cinco minutos con ese maletín en la mano. Estaba en la sala de control de calidad.

—Había salido. He vuelto a mi despacho a buscar una cosa —dijo Mitchell.

—Supongo que no le he visto volver a entrar.

—Yo tampoco te había visto —dijo Mitchell—. ¿En qué andas?

—Bueno... no se ría, ¿eh? Tengo una idea para una especie de pieza de sujeción y estoy dándole vueltas, intentando que funcione. En mi tiempo libre, claro, ya me entiende. Tal vez consiga algo, todavía no lo sé.

—¿Por qué no lo haces durante tu tiempo de trabajo? —dijo Mitchell. Y estaba pensando «¿por qué diablos no te largas ahora

mismo?».

—Bueno, pensé que debería hacerlo en mi tiempo libre. Usted tiene diseñadores e ingenieros. No me paga para esa clase de trabajo.

—No, pero si crees que has encontrado algo, John, me encantará hacer la prueba —dijo Mitchell—. A partir de mañana, y en horas de trabajo.

—Eso sería genial —contestó Koliba—. Si tiene un momento le enseñaré lo que estoy haciendo, la idea.

—Me encantaría verlo, pero será mejor esperar a mañana, ¿vale? ¿Ahora por qué no lo dejas y te vas a casa?

—Ya, bueno, oiga, se lo enseñaré mañana.

—Quiero cerrar —dijo Mitchell—. El tipo de seguridad se encontraba mal, o no sé qué le pasaba. Esta noche no está.

—De acuerdo —contestó Koliba—, me lavo y salgo dentro de un momento.

—Muy bien, tengo ganas de irme ya.

—¿Por qué no va saliendo? Yo me aseguraré de que todo quede cerrado.

—No. Quiero controlar un par de cosas —dijo Mitchell—. Date prisa, ¿de acuerdo?

Estaba pensado «joder, deja de hablar», y se alejó, apretando el maletín contra su pierna. Detrás de él, Koliba dijo algo de que serían solo un par de minutos. Delante de él, al fondo del pasillo flanqueado por las máquinas giratorias y por filas de cestas de material, un haz de luz se reflejaba en la parte acristalada de la puerta trasera. Llegó a la puerta y salió, cerrándola.

El reflejo era de una farola. El aparcamiento estaba vacío. Bien.

No, por Dios, había un coche aparcado en el terreno, hacia el extremo de la derecha. Claro, el de Koliba. Se dijo a sí mismo «¿por qué habrá escogido precisamente esta noche?». El chico estaba demostrando que tenía iniciativa, que quería subir. Y la culpa era suya, se dijo, por haber hablado con él y haberle estimulado. Dios. «Venga, John —se dijo— sal ahora mismo, coge tu coche y llévate de aquí de una jodida vez, ¿quieres?». Por Dios, tenía que lograr que se fuera. Pero, justo cuando se lo estaba diciendo a sí mismo, ya era demasiado tarde.

Aparecieron las luces del vehículo, procedentes del camino que

había junto a la fábrica, cruzando el pavimento por el mismo sitio que habían aparecido la vez anterior.

Pero esta vez no era un Thunderbird blanco, sino un camión. Su figura cuadrada, roja al llegar a la farola, con algunas letras pintadas a un lado, circulaba lentamente por la zona abierta del aparcamiento. Mitchell se quedó mirando, pensando que no debía de ser él. Alguien más que quitarse de encima. Pero el camión llegó, manteniendo su paso lento, y dio otra vuelta, barriendo con las luces el espacio que le separaba de la valla.

Mitchell abrió la puerta y salió a un espacio iluminado por los focos del interior.

Como si le hubiese sentido, el camión —al otro lado del terreno— dio la vuelta y se dirigió hacia él hasta que lo tuvo en medio del área iluminada por sus faros. Se paró.

Mitchell levantó el maletín a la altura de los hombros y volvió a bajarlo.

No hubo respuesta desde el camión. El único ruido era el leve ronroneo del motor en marcha.

—¿Lo quiere, o no?

De nuevo el silencio, alargándose, hasta que, finalmente, se oyó la voz de Alan.

—¿De quién es ese coche?

—De un tipo que se ha quedado a hacer horas.

—Tío, ya sabe lo que le dije.

—No he sabido que seguía aquí hasta hace poco —Mitchell esperó—. ¿Dónde está mi mujer?

No hubo respuesta desde el camión.

Volvió a levantar el maletín.

—Mire, aquí está lo que ha venido a buscar. Cójalo. Suelte a mi mujer y lárguese.

—Acérquese un poco más —dijo la voz de Alan.

Mitchell caminó hacia los faros. Cuando estaba a unos diez metros de distancia, Alan dijo:

—Vale. Ya está bien. Ábralo y enséñeme lo que contiene.

—¿Dónde está mi mujer?

—Usted primero —dijo Alan—. Enséñeme usted lo suyo, y yo le enseñaré lo mío.

—Está todo aquí —dijo Mitchell—. ¿Quiere salir a buscarlo, o

quiere que se lo lleve?

—Tío, ya se lo he dicho. ¡Quiero verlo! Y no voy a decir ni una palabra más.

Mitchell dudó. Se arrodilló, posó el maletín plano en el suelo y abrió los dos cierres con sus dedos pulgares.

—Dele la vuelta —dijo Alan.

Mitchell lo hizo, manteniendo la parte superior abierta hacia sí, de manera que Alan pudiera ver los paquetes de billetes de diez y veinte dólares atados, limpiamente ordenados en filas que llenaban el interior del maletín.

—Coja unos cuantos —dijo Alan—. Ande hasta delante del camión.

Mitchell se levantó con paquetes de billetes en ambas manos. Se acercó para quedarse próximo a los faros.

—Levántelo —dijo Alan.

La cabeza y los hombros de Mitchell quedaban ahora por encima de los faros. Podía ver a Alan al otro lado del cristal. Levantó los paquetes de billetes.

—¿Dónde está mi mujer?

Vio que Alan se daba la vuelta y decía algo. Un momento después apareció Barbara, saliendo de la oscuridad, detrás del asiento vacío.

—Déjela salir.

—Antes tráigame el maletín.

Mitchell miró a Barbara.

—¿Qué le pasa a mi mujer?

—Está colgada, tío. Está de viaje.

—¡Déjela salir!

—Cuando me traiga el maletín. Eh —dijo Alan—, ¿ve esto? —Sacó la treinta y ocho Special de Bobby y apuntó a Mitchell—. Déjese de mierdas, ¿eh? Si se mueve, le disparo entre los ojos, tío. Y ahora tráigalo.

Mitchell caminó hacia donde yacía el maletín abierto y volvió a arrodillarse. Echó dentro los paquetes de billetes. Dando la espalda al camión, sacó un destornillador del interior, de entre los billetes, y encajó la punta entre un lado y la tapa. Bajó la tapa y la apretó, pero no se cerraba. Mitchell la toqueteó un rato.

—¿Qué pasa?

—No puedo cerrarlo. Ha saltado el cierre.

Se levantó con el maletín, manteniéndolo cerrado con las dos manos y los dedos abiertos.

—Cogeré algo para mantenerlo cerrado.

—Tráigalo.

—Solo tardaré un momento —dijo Mitchell—. Lo ataré.

—¡Tío, tráigalo aquí! ¡Me importa una mierda!

Mitchell se paró y se dio media vuelta.

—No quiero que vuele. Creería que le he engañado.

Volvió a darse la vuelta y se encaminó a la puerta trasera de la fábrica.

—¡Quieto!

Mitchell paró y volvió a darse la vuelta. Vio que Alan estaba fuera del camión, con el arma apoyada en la repisa de la ventana, apuntándole.

—Le pondré un cable alrededor. Vuelvo, usted suelta a mi mujer y yo le doy la pasta. Piénselo un momento —dijo Mitchell— e intente no mojarse los pantalones.

Volvió a caminar, ignorando a Alan y el treinta y ocho que le apuntaba, llegó hasta la puerta y entró.

John Koliba venía por el pasillo.

Mitchell le dijo:

—John, creo que me he dejado la luz del despacho encendida. ¿Te importa ir a comprobarlo?

Koliba hizo un gesto con la mano.

—Claro que no —dijo. Y se volvió a marchar por el pasillo a través de las máquinas.

Mitchell se metió en una sección de estanterías metálicas que había tras la pared que daba a la puerta trasera. Dejó el maletín en un estante de media altura, se subió a un estante superior, que le quedaba por encima de la cabeza, y bajó un maletín idéntico, de vinilo negro, rodeado varias veces por un cable metálico.

«No tienes elección», se dijo a sí mismo. No podía salir, sacar a Alan del camión, partirle la boca y llamar a la policía. Eso estaría bien, pero ¿cómo podría hacerlo? Alan estaba armado e iba a matarles. De eso estaba seguro. A lo mejor tenía miedo. Se dijo a sí mismo que claro que lo tenía. No hubiera querido hacerlo así. Y se dijo a sí mismo que si no lo hacía moriría, al igual que Barbara. Así

que tenía que hacerlo.

Mitchell miró su reloj. Esperó treinta segundos antes de volver a la puerta.

Alan volvió a meterse tras el volante e hizo poner a Barbara en el asiento contiguo, a su alcance. Estaba despierta: atontada, pero ya había salido de la inconsciencia y no quería tenerla a su espalda.

Allí sentado, con el treinta y ocho apoyado en la repisa de la ventanilla, se dijo a sí mismo que debía irse, en aquel mismo instante. Poner la primera, hundir el acelerador y largarse de allí.

Pero había visto el dinero. Joder, aquel montón de billetes de diez y de veinte que llenaban el maletín. Estaba allí. Lo tenía el tipo.

Pero si el tipo tramaba algo...

Sal y llámalo.

No, ya no había tiempo para vacilar. Estaba allí, en el maletín.

Si todavía estaba en el maletín.

Si el tipo no salía en diez segundos...

La puerta se abrió. Mitchell, con el maletín a su lado, anduvo hacia la luz.

Alan le siguió con el revólver, pasándolo en un momento de la repisa al parabrisas, mientras Mitchell entraba en el campo de luz de los faros y se quedaba enfrente del camión. Se quedó donde había estado antes y apoyó el maletín en el capó.

Alan se pasó el treinta y ocho a la mano derecha y lo apoyó en la bandeja, casi tocando el parabrisas con el cañón.

—Ábralo.

Mitchell dudó.

—Ya ha visto el dinero.

—Quiero verlo otra vez.

—Estoy cansado —dijo Mitchell—. No quiero seguir jugando.

Cogió el maletín del capó y se dirigió hacia el lado contrario al del conductor.

—¡Quieto ahí! —Alan le siguió con la pistola.

Pero Mitchell siguió caminando, llegó a la puerta y la abrió.

—Dije que le pagaría —Cogió a Barbara del brazo, la ayudó a salir, levantó el maletín, con sus ojos fijos en los de Alan, y lo soltó sobre el asiento—. Y aquí me tiene. Le estoy pagando.

—Ábralo —le gritó Alan.

Se apartó, todavía cogiendo a Barbara por el brazo, y pasó por delante de los focos, para pararse delante del camión.

—¡Alto ahí! Tío, les mataré a los dos.

Mitchell se paró, a unos diez metros del camión y miró.

—Ya lo tiene. ¿Qué quiere que haga, contarlo?

Se dio la vuelta sosteniendo a Barbara, y siguió andando.

Alan tenía el treinta y ocho apuntando a un punto mortal sobre el blanco de su espalda móvil, a medio camino entre el camión y la puerta.

Pero el maletín negro rodeado con el cable estaba a su lado, justo allí, a unos palmos. Lo miró.

Abrirlo. Rápidamente.

Extendió la mano y tanteó los extremos retorcidos del cable, anudados dos o tres veces, duros como el hierro.

Ellos estaban ya casi en el edificio, debajo de la luz que proyectaban los focos altos que esparcían su luz por el pavimento.

—¡Cuento hasta tres y disparo!

Mitchell se paró. No se dio la vuelta. Puso a Barbara delante de él y la empujó suavemente, de manera que si extendía el brazo podía tocar la puerta.

Alan mantuvo el revólver apuntado a la espalda de Mitchell y le siguió con la mirada mientras deshacía el nudo con la mano libre. Notó que se soltaba y dobló la tira superior hacia atrás, apartándola de en medio. Entonces miró el maletín, dándose la vuelta de manera que quedase de frente a él.

Volvió a mirar a Mitchell y empezó a bajar la mano que tenía ocupada con el arma.

—¡Tío, si se mueve es hombre muerto!

Soltó el treinta y ocho en su regazo y extendió ambos brazos hacia el maletín.

Mitchell le dijo a su mujer:

—Barbara, ¿cómo estás?

Vio que asentía.

—Estoy bien. Un poco débil.

—Cuando te toque la espalda, entra rápido por la puerta. No dudes. Llegaré antes que tú y la abriré.

—Mitch...

—¡Ahora! —dijo Mitchell. Y se movió con ella, con la mano

apoyada en su espalda.

Alan les vio. Notó el movimiento por encima de su hombro, quiso coger el revólver y disparar, pillar al tipo antes de que llegase a entrar. Pero, en el mismo momento en que les vio, supo que era demasiado tarde, por el modo en que estaba girado, con las manos sobre los cierres metálicos del maletín.

Eso era lo que había venido a hacer, y tenía que abrirlo. Inmediatamente.

Pasó por su mente, por un instante, que el maletín no estaba roto. El cierre no había saltado. Ahora estaba cerrado. No le hacía falta el cable. Pero también esta vez fue demasiado tarde. Sus pulgares ya estaban apretando los cierres.

El camión con las letras de «Droguería el ritual», y con Alan en su interior, explotó, se desintegró en un estallido de fuego y piezas que salieron disparadas y se esparcieron por todo el aparcamiento de la Ranco Manufacturing.

Koliba se apartó de la ventana destrozada al ver a Mitchell rodeando con el brazo a la mujer del impermeable.

—¿Estaba dentro? —preguntó.

—¿Quién?

—Jazik —dijo Koliba, como si dijera «¿quién iba a ser?».

—No sé —contestó Mitchell—. Había alguien.

—Llamaré a los bomberos. La segunda vez en dos días. Les tenemos ocupados, ¿eh?

Koliba empezó a alejarse. Miró hacia atrás y vio que Mitchell sacaba su maletín de un estante que había junto a la pared.

—¿Quiere que llame también a la policía?

—Si quieres... —contestó Mitchell. Seguía cogiendo a la señora por el brazo, mientras miraba a Koliba—. Pero... ¿a quién van a arrestar?

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *DE MUERTE,*
FULGOR
Elmore Leonard
2. ,
CALIFORNIA
ROLL
Roger L. Simon
3. *APTO PARA MUJERES,*
NO
P. D. James.
4. *MALDITA,*
HERENCIA
Eric Ambler
5. *EN EL,*
ASESINATO
SAVOY
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *ANOCHECER,*
EL
David Goodis
7. *SINGULAR,*
INOCENCIA
Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *EL MAÑANA,*

CONTRA

William P. McGivern

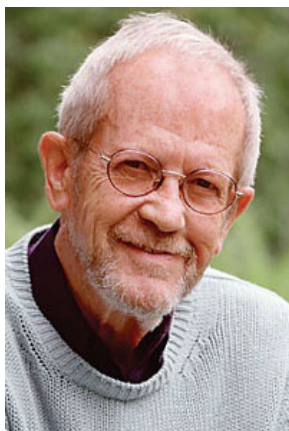
9. *EN EL DIQUE,*
MUERTE
Janwillem Van de Wetering
10. *PARA,*
BLUES
CHARLIE
DARWIN
Nat Hentoff
11. *EN LA SINAGOGA,*
ASESINATO
Harry Kemelman
12. *TERRORISTAS,*
LOS
Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *DURO,*
JUGAR
Elmore Leonard
14. ,
RATEROS
David Goodis
15. *SIN ROSTRO,*
VÍCTIMA
Janwillem Van de Wetering
16. *AMOS DE LA NOCHE,*
LOS
Nicholas Freeling
17. *ESPECIAL,*
AGENTE
Nat Hentoff
18. *HUIDA,*
LA
Charles Williams
19. *MORTAL,*
CHANTAJE
Elmore Leonard

20. *SANGRIENTA,*
SIDRA
Peter Lovesey
21. *ZAPATO HOLANDEÉS,*
EL
Ellery Queen
22. *DE UN CÓMICO,*
CAÍDA
Roger L. Simon
23. *INFANTILES,*
CRÍMENES
B. M. Gill
24. ,
ABRACADÁVER
Peter Lovesey
25. ¿ *QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*,
POR
Nicholas Freeling
26. *CLUB DEL CRIMEN,*
EL
B. M. Gill
27. *A LOS INFIERNOS,*
DESCENSO
David Goodis
28. *DE MÁSCARAS,*
BAILE
Anthony Berkeley
29. *VIENTO DEL NORTE,*
EL
Nicholas Freeling
30. *FALSO INSPECTOR,*
EL
DEW
Peter Lovesey
31. *EN,*
DETECTIVE
JERUSALÉN

Harry Kemelman

32. *CHICA DE,*
LA
CASSIDY
David Goodis
33. *MORTAL,*
CAÍDA
B. M. Gill
34. *PELIGROSOS,*
SECRETOS
William P. McGivern
35. *DEL MATADERO,*
CAMINO
Ruth Rendell
36. *CON ESA MUJER,*
CUIDADO
David Goodis
37. *CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR,*
UN
QUEEN
Ellery Queen
38. *MUERO POR CONOCERTE,*
ME
B. M. Gill
39. *Y EL JOCKEY,*
SU
ALTEZA
Peter Lovesey
40. *CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS,*
EL
Anthony Berkeley
41. *DESPEDIDA,*
ETERNA
Ruth Rendell
42. *VIUDA,*
LA
Nicholas Freeling

43. *DE MADRE,*
AMOR
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *PARA TRES DETECTIVES,*
MISTERIO
Leo Bruce
45. *JURADO NÚMERO DOCE,*
EL
B. M. Gill
46. *SUCIOS,*
TRAPOS
Roger L. Simon
47. *CONDENADOS,*
LOS
Malcolm Bosse
48. *NO NATURALES,*
CAUSAS
Thomas Noguchi
49. ,
ESTACIÓN
TÉRMINO
Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *POR EL VIENTO,*
ARRASTRADO
Janwillem Van de Wetering



ELMORE JOHN LEONARD, JR. (Nueva Orleans, 11 de octubre de 1925 - Detroit, 20 de agosto de 2013) fue un escritor y guionista estadounidense.

Sus primeras novelas, publicadas en los años cincuenta, fueron novelas del oeste, pero después se especializó en novela policiaca y desde entonces ha escrito numerosos libros, muchos de los cuales han sido adaptados al cine convirtiéndose en exitosas películas de cineastas tan dispares como John Sturges, Quentin Tarantino o Steven Soderbergh, entre muchos otros. En algunos casos el proceso ha sido a la inversa, escribiendo novelas a partir de guiones originales o tratamientos para guiones cinematográficos.

Elmore Leonard falleció el 20 de agosto de 2013 en su casa de Detroit, a los 87 años de edad.